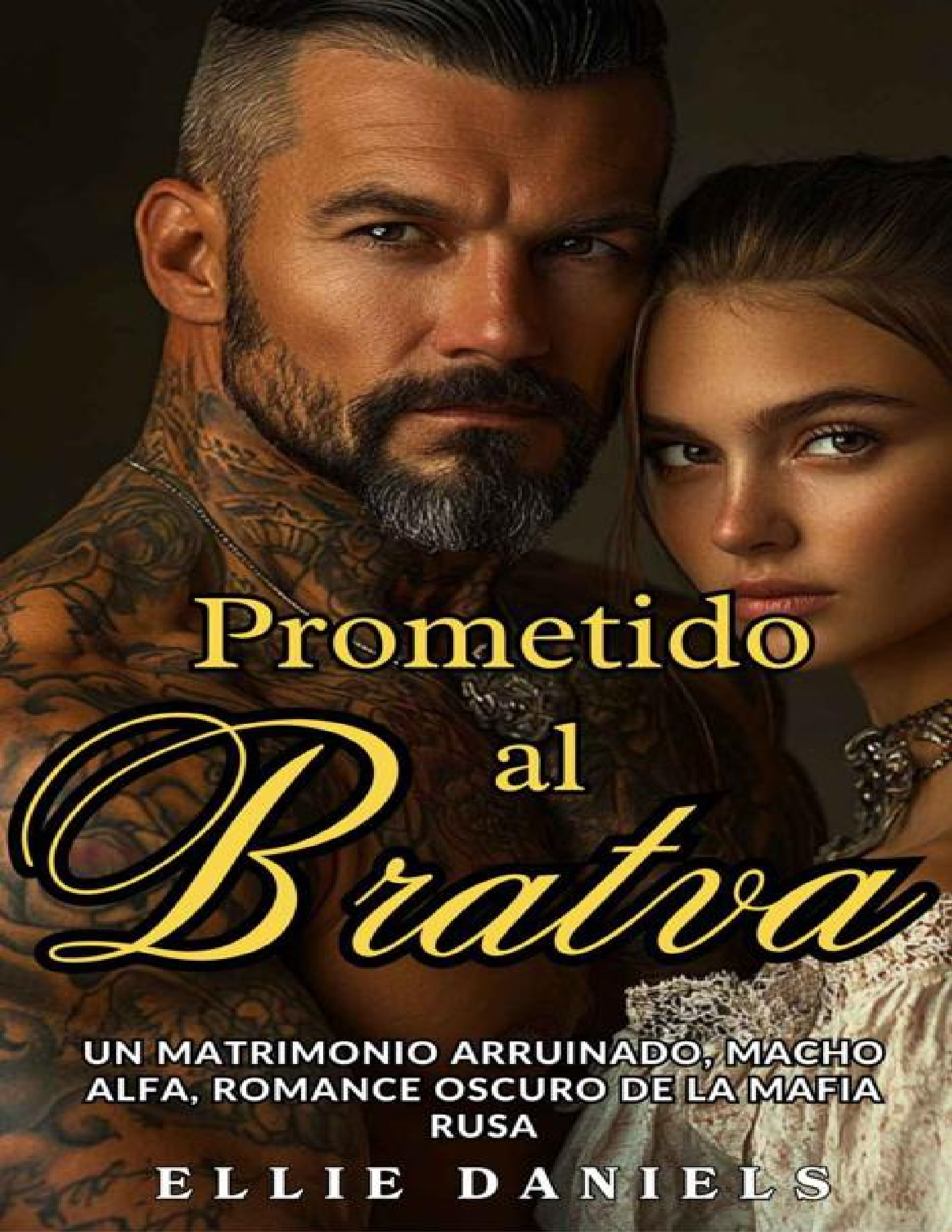
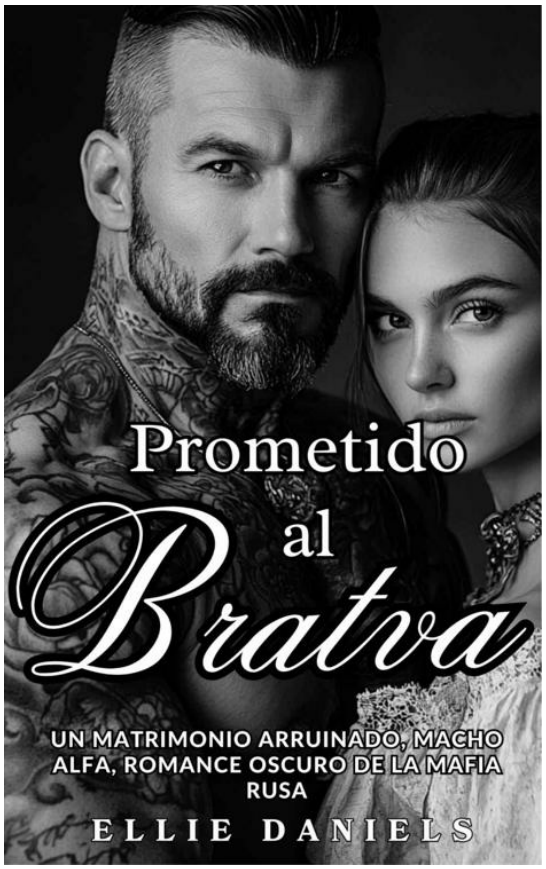

Prometido
al
Bratva
UN MATRIMONIO ARRUINADO, MACHO ALFA, ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA RUSA
ELLIE DANIELS


Prometido
al
Bratva
UN MATRIMONIO ARRUINADO, MACHO ALFA, ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA RUSA
ELLIE DANIELS

Prometido al Bratva

Derechos de autor © 2024 Ellie Daniels y Street Cat Publishing

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas. en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Escanee el código QR para unirse a la comunidad romántica de Ellie Daniels y recibir actualizaciones y promociones.



Otros títulos de

Ellie Daniels:

Serie Volkov Bratva:
Reclamado por el Rey Bratva
Prometido a la Bratva
Preñada por el Bratva Enforcer

Relaciones tabú

El secreto de mi profesor

Deseos iluminados por la luna

Atado por la traición

Tabla de Contenido

7. Capítulo 1

35. Capítulo 2

57. Capítulo 3

84. Capítulo 4

117. Capítulo 5

146. Capítulo 6

163. Capítulo 7

191. Capítulo 8

209. Capítulo 9

224. Capítulo 10

246. Capítulo 11

280. Capítulo 12

301. Capítulo 13

334. Capítulo 14

355. Capítulo 15

379. Capítulo 16

397. Capítulo 17

418. Capítulo 18

441. Capítulo 19

471. Capítulo 20

491. Capítulo 21

Capítulo 1

Tatiana estaba sentada a la pequeña mesa de la cocina, sus dedos recorrían distraídamente el borde gastado de la madera. El sol de la mañana se filtraba a través de las cortinas de encaje, proyectando una suave luz dorada por toda la habitación. La cocina era modesta, como el resto de su casa, pero siempre había sido el orgullo de su madre. Era el corazón de su hogar, un lugar donde su familia se reunía todas las noches, donde las risas y las conversaciones fluían tan libremente como las comidas calientes que preparaba su madre.

El largo cabello castaño oscuro de Tatiana caía en cascada sobre sus hombros, enmarcando su delicado y pálido rostro. Su piel era suave y clara, casi como de porcelana, un testimonio de su herencia rusa. Sus ojos grandes y expresivos, de color azul pálido, en sorprendente contraste con su cabello oscuro, eran el rasgo más cautivador de ella, siempre brillando con una mezcla de curiosidad e inocencia. Sus labios eran suaves, de un tono rosado claro, lo que le daba un aire de belleza natural que no se veía afectado por el mucho maquillaje que sus compañeras solían usar.

Era esbelta, su figura grácil y elegante, aunque siempre había sido tímida acerca de la forma en que se había desarrollado su cuerpo a lo largo de los años. Las curvas que ahora moldeaban su cuerpo habían atraído las miradas de los hombres, pero el ojo protector de su padre siempre se había asegurado de que esas miradas nunca se prolongaran demasiado. A Tatiana nunca se le había permitido explorar la atención o disfrutar de la libertad que disfrutaban sus compañeros. Siempre había habido reglas, reglas estrictas. Y su padre, Iván, se había asegurado de que ella los siguiera.

Su padre ya se había ido al restaurante, como todas las mañanas. Había construido el pequeño restaurante ruso desde cero, dedicando su vida a ello, tal como se había dedicado a proteger a su familia. Tatiana había crecido viéndolo trabajar incansablemente, un hombre tranquilo, decidido y que mantenía sus emociones cerca. Su madre, por otro lado, siempre había sido la más expresiva: cariñosa, tradicional y profundamente ligada a sus raíces rusas. La suya era una familia que se aferraba ferozmente a la tradición, preservando las viejas costumbres en medio de la bulliciosa y siempre cambiante ciudad de Nueva York.

Tatiana siempre había amado sus tradiciones. Crecer en un hogar tradicional ruso había marcado gran parte de su vida. Su comunidad era muy unida y sus valores fuertes. Las fiestas rusas se celebraban con reverencia y sus costumbres se honraban con respeto. Asistían a la iglesia con regularidad, donde su madre encendía velas y susurraba oraciones en los tonos suaves y líricos de su idioma. Su padre era estricto en

cuanto a preservar su herencia, insistiendo en que hablaran ruso en casa y siguieran las reglas que se habían transmitido de generación en generación.

Pero Tatiana siempre había sido consciente de las restricciones que conllevaban esas tradiciones. Mientras que otras chicas de su edad tenían novios, iban a fiestas y experimentaban la libertad de la juventud, la vida de Tatiana era diferente. No se le permitía tener citas, no se le permitía alejarse demasiado de los ojos vigilantes de su familia. Las reglas de su padre eran rígidas y su madre las apoyaba con una devoción silenciosa pero firme.

Hoy, sin embargo, la mente de Tatiana bullía de anticipación. Mañana cumpliría diecinueve años, un hito con el que había soñado durante años. Diecinueve... era un número que llevaba el peso de la posibilidad. Seguramente ahora podría tener la independencia que anhelaba. Seguramente su padre aflojaría su control y ella finalmente podría experimentar la vida más allá de los muros de su pequeño y protector mundo.

Su hermano menor, Aleksander, se dejó caer en el asiento junto a ella, interrumpiendo sus pensamientos. “Hoy estás tranquila, Tati. ¿Estás pensando en tu cumpleaños?

Tatiana sonrió, aunque sus pensamientos estaban lejos de ser simples celebraciones de cumpleaños. "Por supuesto. Estoy emocionado. Diecinueve, parece que va a ser un gran año".

Aleksander sonrió y se metió un trozo de pan en la boca. A los dieciséis años, él estaba creciendo rápidamente, superándola ya en altura. Pero todavía tenía la actitud despreocupada de un niño, ajeno al peso de las expectativas de su padre en la forma en que ella era.

“Tal vez papá finalmente te deje salir de casa sin un guardaespaldas”, bromeó Aleksander, dándole un codazo.

Ella se rió levemente, aunque una parte de ella deseaba que sus palabras fueran más que una simple broma. La verdad era que Tatiana nunca había conocido la verdadera libertad. Nunca había tenido novio, nunca había ido a una fiesta e incluso su padre vigilaba de cerca sus amistades. Toda su vida había estado protegida, confinada dentro de los muros de las expectativas de su familia y las tradiciones que mantenían tan firmemente.

Pero mañana, pensó Tatiana, mañana sería diferente.

Tatiana no se hacía ilusiones sobre su familia. Ella sabía que la amaban. Habían hecho

todo lo que estaba a su alcance para mantenerla a salvo, para educarla con valores sólidos y un sentido del deber. Pero estaba empezando a sentirse como una extraña en su propia vida, viendo a otros vivir las experiencias que ella anhelaba.

Amaba a su familia: la forma en que se aferraban a sus raíces rusas, la forma en que la cocina de su madre llenaba el apartamento con los olores de su tierra natal, la forma en que su padre trabajaba tan duro para mantenerlos. Pero a veces el peso de esas tradiciones resultaba asfixiante. Quería algo más que una vida de obediencia y protección. Quería explorar, experimentar, enamorarse.

Su madre entró en la cocina, con las manos ocupadas con un cesto de ropa sucia. “Tatiana, ¿terminaste de preparar tus cosas para la cena de cumpleaños de mañana por la noche? Tu padre quiere que todo sea perfecto”.

Tatiana asintió, aunque sus pensamientos se dirigieron a otra parte. La cena de cumpleaños iba a ser un simple asunto familiar, como todas sus otras celebraciones. Ya podía imaginarlo: sentada alrededor de la misma mesa, comiendo la misma comida, y su padre mirándola severamente desde el otro lado de la mesa para recordarle que, incluso a los diecinueve años, todavía estaba bajo su protección.

Su madre, como si sintiera sus pensamientos errantes, sonrió suavemente. “Tu padre te ama, ¿sabes? Él sólo quiere mantenerte a salvo”.

Tatiana le devolvió la sonrisa, pero la inquietud que había sentido durante semanas volvió a burbujear en su interior. Este año había algo diferente, algo que no lograba identificar. Últimamente su padre se había mostrado más retraído, su humor más sombrío y sus llamadas telefónicas más reservadas. Lo había visto paseando por la sala a altas horas de la noche, hablando en voz baja con alguien al otro lado de la línea. Cuando ella le preguntó al respecto, él la desestimó con una respuesta distraída, diciéndole que no se preocupara.

Pero Tatiana sí se preocupó. Algo se acercaba, algo que ella no entendía.

Aún así, dejó esos pensamientos a un lado. Mañana era su cumpleaños. Se suponía que iba a ser el comienzo de algo nuevo, algo emocionante. Estaba lista para liberarse, para descubrir quién era fuera del refugio de su familia.

Su madre la besó en la frente al pasar. "Siempre serás nuestra pequeña, sin importar la edad que tengas".

Tatiana suspiró y vio cómo su madre salía de la habitación. Niña pequeña. Eso es lo que ella siempre había sido para ellos. Pero ella ya no era una niña pequeña. Ella tenía

diecinueve años. Mañana sería libre de tomar sus propias decisiones. ¿No lo haría ella?

Sin embargo, a medida que pasó el día y la noche se apoderó de su pequeña casa, esa extraña tensión regresó, como una sombra acechando fuera de su alcance. Su padre llegó tarde a casa del restaurante, con el rostro sombrío cuando los saludó con poco más que un movimiento de cabeza. La sonrisa de su madre vaciló y sus ojos se dirigieron a su marido con una pizca de preocupación.

Tatiana fingió no darse cuenta, pero en el fondo lo sintió. Lo que fuera que viniera, lo cambiaría todo.

La mañana siguiente amaneció brillante y fresca, la brisa de principios de septiembre entraba por la ventana ligeramente entreabierta al lado de la cama de Tatiana. El suave susurro de los árboles y el distante zumbido de la vida de la ciudad eran sonidos familiares, pero hoy todo parecía diferente. Había una energía eléctrica en el aire, como si algo monumental estuviera a punto de suceder. Se estiró y sus largas extremidades se desplegaron bajo las delicadas sábanas de lino. Diecinueve. Hoy todo cambiaría.

O eso esperaba.

Tatiana se levantó de la comodidad de su cama y caminó descalza por la pequeña habitación que había ocupado toda su vida. Su habitación era tanto un reflejo de su existencia protegida como de su infancia: una suave paleta de cremas y pasteles, estantes llenos de libros y baratijas que había coleccionado a lo largo de los años, y un armario de vestidos y faldas pulcramente colgados, todo elegida por su madre para mantener su "modestia". Había poco de la rebelión o vitalidad que uno podría esperar de una niña de su edad. Nada de carteles de músicos o actores, nada de colores llamativos ni declaraciones de moda. Era una habitación diseñada para mantenerla castigada, inocente y pura.

Hoy, sin embargo, se encontró mirándose en el espejo encima de su tocador, preguntándose cómo sería verse a sí misma de otra manera. El vestido azul pálido que había elegido para su cena de cumpleaños se ajustaba modestamente a su cuerpo, la tela era delicada y suave. Se volvió de un lado a otro, estudiando su reflejo. Su cabello castaño oscuro caía en suaves ondas sobre su espalda, y sus ojos azul pálido, aunque amplios y expresivos, tenían un toque de curiosidad y anhelo en ellos. Ya no era una niña, a pesar de la forma en que todavía la trataban sus padres.

Su mano recorrió la parte delantera de su vestido, alisando arrugas invisibles mientras suspiraba. Se veía... apropiada, como siempre lo había hecho. Pero, ¿era esto realmente ella o era para lo que había sido moldeada? La vida de Tatiana había sido

una vida de cuidadosas restricciones, pero mientras permanecía allí, se dio cuenta de lo poco que sabía de sí misma en realidad. Había vivido según las reglas de sus padres durante tanto tiempo que ni siquiera sabía lo que se sentía romperlas.

La voz de Aleksander la sacó de sus pensamientos. “Tati, ¿vienes? Mamá dice que el desayuno está listo”.

Se giró y lo vio apoyado contra el marco de la puerta, con el pelo oscuro despeinado por el sueño. Él la miró con curiosidad, con una ceja levantada. "¿Qué sucede contigo? Parece que estás teniendo una crisis”.

Tatiana dejó escapar una suave risa. “Supongo que lo soy, un poco. Es mi cumpleaños y me siento... mal”.

"¿Apagado?" repitió Aleksander, entrando en la habitación. Él le dio una mirada antes de encogerse de hombros. “Te ves bien para mí. ¿Qué hay para sentirse mal? Tienes diecinueve años, lo que significa que eres básicamente anciano. Es hora de casarse y tener hijos, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco, pero sus palabras tocaron una fibra sensible. Su madre tenía diecinueve años cuando se casó. Casamiento. Niños. Ésas eran cosas que su padre había insinuado antes, aunque ella nunca lo había tomado en serio. Su vida apenas comenzaba. ¿No era demasiado pronto para pensar en esas cosas?

"Lo digo en serio, Aleksander", dijo, sentándose en el borde de la cama. “Yo simplemente… no lo sé. Algo se siente diferente este año. Mamá y papá han estado actuando raro. ¿No te has dado cuenta?

Aleksander se encogió de hombros de nuevo; su actitud tranquila contrastaba marcadamente con la inquietud de ella. “Papá siempre actúa raro. Dirige el restaurante como si fuera una fortaleza y te trata como si fueras la princesa encerrada en una torre. No hay nada nuevo allí”.

Tatiana sonrió débilmente, aunque no tenía el corazón en ello. “Tienes razón, supongo. Simplemente lo estoy pensando demasiado”.

Pero en el fondo sabía que no era sólo su imaginación. Algo había cambiado en las últimas semanas. Su padre se había vuelto más distante, su estado de ánimo más sombrío y volátil. Había pasado más tiempo en el restaurante, a veces no regresaba a casa hasta altas horas de la noche, y cuando lo hacía, se mostraba callado y evasivo sobre su día.

Tatiana lo había pillado en más de una ocasión susurrando conversaciones en el pasillo, en voz baja y urgente. Cuando ella le preguntó qué estaba pasando, él la hizo caso omiso y le dijo que no se preocupara. Pero Tatiana sí se preocupó. No podía evitar la sensación de que algo se avecinaba en el horizonte, algo que cambiaría sus vidas para siempre.

"Vamos", dijo Aleksander, sacándola de sus pensamientos nuevamente. "Mamá hizo esos panqueques que te gustan".

Tatiana lo siguió por el estrecho pasillo hacia la cocina, con la mente todavía dando vueltas en preguntas sin respuesta. No recordaba la última vez que se había sentido verdaderamente a gusto en su casa. Había una corriente subyacente de ansiedad que lo impregnaba todo, y aunque nadie había hablado de ello directamente, Tatiana lo percibió en la forma en que su madre se apresuraba por la casa, en la forma en que su padre evitaba el contacto visual cada vez que sonaba el teléfono.

Su madre la saludó con una cálida sonrisa cuando entró a la cocina, con las manos ocupadas volteando panqueques en la estufa. "Ahí está mi cumpleañera", dijo, con la voz llena de la alegría habitual. "¿Dormiste bien?"

Tatiana asintió, aunque su mente todavía estaba en otra parte. Miró la silla vacía de su padre en la cabecera de la mesa. “¿Dónde está papá?”

La sonrisa de su madre vaciló sólo por un segundo, tan breve que Tatiana casi no la notó. “Tuvo que salir temprano para encargarse de algunas cosas en el restaurante. Aunque volverá a casa más tarde para tu cena de cumpleaños. No te preocupes."

Tatiana se sentó a la mesa, con una punzada de decepción instalándose en su pecho. Su padre siempre había sido distante, pero últimamente sus ausencias se habían vuelto más frecuentes. Intentó librarse de la sensación de inquietud cuando Aleksander se dejó caer en el asiento junto a ella, agarró un plato y lo llenó de panqueques.

La tensión entre sus padres era palpable desde hacía semanas. Tatiana no había hecho demasiadas preguntas, sabiendo que su padre no las respondería de todos modos. Pero había visto la forma en que su madre evitaba el contacto visual, la forma en que se estremecía ante cada llamada telefónica.

“Todo está bien”, dijo su madre, poniendo un plato de panqueques frente a ella. Las palabras pretendían ser reconfortantes, pero Tatiana podía oír la calma forzada en su voz. "Esta noche celebraremos tu cumpleaños, como siempre lo hacemos".

Tatiana forzó una sonrisa, aunque la sensación de cambio inminente pesaba mucho en su corazón. Picó su comida, la alegría que una vez había sentido por su cumpleaños se desvanecía con cada minuto que pasaba. Algo se acercaba; podía sentirlo en sus huesos. Algo que cambiaría todo.

A medida que avanzaba el día, Tatiana no podía evitar la sensación de que su vida estaba al borde de un cambio significativo. Se suponía que los cumpleaños eran emocionantes, una celebración de la vida y el crecimiento. Pero para ella, éste tenía una pesadez que se asentó profundamente en su pecho. Había pasado el día haciendo lo que siempre hacía: ayudar en el restaurante de la familia durante unas horas, doblar servilletas y organizar la cocina mientras su madre preparaba la comida. Los clientes habituales habían ido y venido, algunas caras conocidas se habían acercado para desearle un feliz cumpleaños.

Pero nada había cambiado realmente.

Tatiana estaba parada en el frente del restaurante, limpiando las mesas después de que el último grupo de clientes se hubo ido. Era un lugar pequeño, acogedor y con poca luz, con muebles de madera oscura y un menú en pizarra colocado sobre el mostrador. Había sido el orgullo y la alegría de su familia durante años, un símbolo de su arduo trabajo y perseverancia. Pero últimamente parecía una jaula, un lugar donde el tiempo se detenía, donde la vida de Tatiana era cuidadosamente controlada y monitoreada.

Su mirada se desvió hacia la gran ventana que daba a la calle. El vecindario estaba lleno de gente, amigos que se reunían para tomar unas copas después del trabajo, parejas paseando de la mano y niños jugando en el parque al otro lado de la calle. Por un momento, se imaginó entre ellos, riendo y viviendo una vida fuera de los límites de las reglas de su familia.

Ella nunca había tenido esa libertad. Su padre, especialmente, se había asegurado de ello. Él siempre había sido estricto, incluso cuando ella era pequeña, limitando sus interacciones con el mundo exterior y prohibiéndole ir a fiestas de pijamas o fiestas. Sólo había empeorado a medida que ella crecía.

El razonamiento de su padre siempre había sido el mismo: “Es por tu propia protección, Tati”, decía con voz firme y definitiva. “El mundo es un lugar peligroso. No conoces el tipo de gente que hay ahí fuera”.

Tatiana lo había aceptado durante años, diciéndose a sí misma que su padre sólo estaba siendo protector, que la cuidaba a su manera. Pero ahora, a los diecinueve años, empezaba a ver las fisuras en su razonamiento. ¿De qué la estaba protegiendo realmente? ¿Vida? ¿El mundo? ¿Sí misma?

No pudo evitar sentirse resentida. Mientras otras niñas de su edad estaban experimentando la vida (enamorándose, viajando, yendo a la universidad), ella estaba aquí, limpiando mesas y viviendo una vida que se sentía cada vez más asfixiante.

Su madre siempre había sido más indulgente, ofreciéndole pequeñas garantías de que algún día las cosas cambiarían. “Cuando seas mayor, Tatiana”, había dicho innumerables veces. “Lo entenderás. Tendrás tu propia vida”.

Pero Tatiana ya no estaba segura de creer eso. Se suponía que su decimonoveno cumpleaños marcaría el comienzo de algo nuevo, una transición de niña a mujer, pero en cambio, se sentía como si todavía estuviera atrapada en la misma rutina, el mismo conjunto de reglas, sin salida. La inquietud en el aire, la tensión en el comportamiento de su padre, todo eso la hizo sentir como si estuviera en la cúspide de algo, pero no la libertad que esperaba.

“¿Soñando despierto otra vez?” La voz de su madre la sacó de sus pensamientos.

Tatiana se giró, logrando esbozar una pequeña sonrisa cuando su madre se acercó, secándose las manos en el delantal. Las líneas de su rostro parecían más profundas hoy, sus ojos cansados pero cálidos.

“Supongo”, admitió Tatiana, dejando el trapo que había estado usando. “Es solo que… no lo sé, mamá. Pensé que cumplir diecinueve años sería diferente. Pero todo sigue igual”.

La sonrisa de su madre flaqueó, sólo por un momento, antes de recuperarse. “Dale tiempo, mi amor. Las cosas están cambiando, ya lo verás”.

Allí estaba otra vez: esa tensión subyacente, esa sensación de algo no dicho. El estómago de Tatiana se retorció de ansiedad. “¿Qué está pasando, mamá?” preguntó, su voz suave pero insistente. “Tú y papá… habéis estado actuando extraño durante semanas. Siento que hay algo que no me estás diciendo”.

La expresión de su madre cambió, un breve destello de culpa cruzó por su rostro. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego la cerró, sacudiendo la cabeza. “No es nada de lo que debas preocuparte. Esta noche es tu cumpleaños, Tati. Lo celebraremos y verás que todo está bien”.

Tatiana no le creyó. El hoyo en su estómago solo se hizo más profundo cuando su madre puso una mano en su hombro y le dio un suave apretón. “Ahora sube las

escaleras y prepárate. Tu padre llegará pronto a casa y cenaremos juntos. Es una noche especial".

Especial. Tatiana quería creer eso. Pero había un tono en la voz de su madre que la hizo sentir como si la mantuvieran en la ignorancia sobre algo mucho más serio.

Ella asintió en silencio mientras salía del restaurante y se dirigía hacia su casa. El aire se sentía más pesado con cada paso que daba, su mente se llenaba de posibilidades. ¿Qué podrían estar escondiéndole? ¿Y por qué tuvo la sensación de que esa noche no iba a ser la celebración que esperaba?

Al entrar a su dormitorio, Tatiana cerró la puerta detrás de ella y se apoyó en ella, respirando profundamente. Su corazón se sentía pesado por el peso de sus preguntas sin respuesta. Caminó hacia su tocador y miró el vestido azul pálido que había dejado esa mañana. Era modesto, sencillo, como cualquier otro conjunto que poseía. Pero esa noche no se sentía ella misma.

Los dedos de Tatiana rozaron la suave tela antes de suspirar y dejarse caer en el pequeño taburete frente al espejo. Su reflejo le devolvió la mirada, la misma chica que siempre había visto: piel pálida, cabello oscuro, grandes ojos azules. Pero esta noche se sentía diferente. Era como si la persona que la miraba no fuera quien ella era realmente.

Cogió su cepillo y lo pasó distraídamente por sus largas ondas. Quizás las cosas cambiaran esta noche. Tal vez estaba exagerando, interpretando demasiado la tensión entre sus padres. Después de todo, era su cumpleaños. Su padre era estricto, sí, pero la amaba. Ella era su pequeña, ¿no?

Aún así, algo dentro de ella le advirtió que las cosas estaban a punto de cambiar de una manera que nunca hubiera imaginado.

Y una vez que lo hicieran, no habría vuelta atrás.

Tatiana se miró fijamente en el espejo por un momento más antes de finalmente levantarse y ponerse el vestido. La tela sedosa abrazaba modestamente sus curvas, pero su inquietud persistía. Se recogió el pelo en un moño suelto y no se molestó en maquillarse mucho; su madre siempre prefirió que ella pareciera natural e inocente. Una pequeña parte de ella quería rebelarse, ponerse algo más atrevido, más atrevido, pero descartó ese pensamiento. Su padre nunca lo permitiría y esa noche no tenía energía para otra discusión.

Podía oír a sus padres moviéndose abajo, el tintineo de los platos y el murmullo de las conversaciones mientras se preparaban para la cena de su cumpleaños. Pero en lugar de emoción, había una extraña tensión en el aire. Fue sutil, pero innegable. La sonrisa forzada de su madre, los silencios repentinos de su padre... todo parecía estar mal.

Tatiana intentó sacudirse la inquietud mientras salía de su habitación y bajaba las escaleras. El olor de su plato favorito, los pelmeni, llenó el aire, un pequeño consuelo en medio de sus pensamientos arremolinados. Llegó al final de las escaleras y se detuvo mientras veía a sus padres sentados en la pequeña mesa del comedor. Su padre, Iván, estaba sentado a la cabeza, con rostro severo y concentrado. Su madre, Elena, estaba parada junto a la estufa, revolviendo una olla distraídamente, con la mirada distante.

Ambos levantaron la vista cuando Tatiana entró en la habitación y sus expresiones se suavizaron cuando la vieron en la puerta.

“Ahí está”, dijo Iván, con voz áspera pero afectuosa. "Nuestra cumpleañera".

Elena se giró, su sonrisa brillante pero teñida con la misma inquietud que Tatiana había notado antes. “Te ves hermosa, Tati”, dijo, cruzando la habitación para darle un abrazo. “Ven, siéntate. La cena está casi lista”.

Tatiana sonrió cortésmente, pero su corazón no estaba en eso. Ella tomó asiento en la mesa, cruzando las manos en su regazo mientras su padre la miraba con un gesto de aprobación.

“Hoy tengo diecinueve años”, dijo, con la voz llena de orgullo. “Parece como si fuera ayer cuando estabas corriendo por este lugar, una niña pequeña. Ahora mírate”.

“El tiempo vuela”, dijo Tatiana en voz baja, mientras sus ojos se desviaban hacia su madre, que todavía estaba preocupada por la estufa. "Sin embargo, en realidad no parece un cumpleaños".

El ceño de Iván se frunció. "¿Qué quieres decir?"

Tatiana vaciló, sin saber cómo expresar con palabras sus sentimientos. “No lo sé… todo se siente… diferente. Como si estuviera pasando algo de lo que nadie me cuenta”.

Su padre intercambió una rápida mirada con su madre, quien inmediatamente volvió a ocuparse de la comida. La tensión en la habitación aumentó y a Tatiana se le revolvió el estómago.

"No está pasando nada", dijo Ivan con firmeza, su tono no dejaba lugar a discusión. “Esta noche se trata de ti. Ya te estás convirtiendo en mujer, Tati. Eso es algo que vale la pena celebrar”.

Convertirse en mujer. Las palabras resonaron en su mente, pero no le brindaron el consuelo que debían brindar. En cambio, los sentía pesados, como un peso presionando su pecho.

"Supongo", dijo en voz baja, bajando los ojos al plato. “Simplemente pensé que las cosas se sentirían diferentes. Quizás tendría más libertad ahora que soy mayor”.

La expresión de su padre se endureció y Tatiana inmediatamente se arrepintió de sus palabras. Iván nunca fue alguien que hablara de libertad, especialmente cuando se trataba de su hija.

“La libertad conlleva responsabilidad”, dijo en tono frío. “Y mientras vivas bajo este techo, seguirás las reglas que te hemos establecido. ¿Se entiende eso?

Tatiana asintió rápidamente, con el rostro sonrojado de vergüenza. “Sí, papá”.

La habitación cayó en un silencio incómodo, el único sonido era el ruido de los platos cuando Elena llevaba la comida a la mesa. Colocó los humeantes platos de pelmeni frente a ellos, sus manos temblaban levemente mientras los dejaba.

“Ahí vamos”, dijo Elena, forzando una sonrisa mientras tomaba asiento. "Vamos a comer, ¿sí?"

Tatiana miró a su madre y la preocupación en sus ojos era inconfundible. Su madre rara vez parecía tan ansiosa, especialmente durante las cenas familiares. Pero esta noche le temblaban las manos y su sonrisa era forzada, como si apenas pudiera mantenerse en pie.

Tatiana cogió el tenedor y de repente se le acabó el apetito. Empujó la comida en su plato, tratando de ignorar el nudo que se apretaba en su estómago.

"¿Está todo bien?" —preguntó en voz baja.

El tenedor de su padre se detuvo a medio camino de su boca y sus ojos se entrecerraron ligeramente. "Todo está bien", dijo bruscamente. “No te preocupas por nada”.

Tatiana se mordió el labio, pero las palabras seguían burbujeando en su interior, desesperadas por ser pronunciadas. No podía quitarse la sensación de que había algo que no le estaban diciendo, algo importante.

"Pero-"

“Dije que está bien, Tatiana”, interrumpió Iván con voz severa. “Se supone que esta noche será una noche feliz. No lo arruines con preguntas innecesarias”.

Tatiana se estremeció ante la dureza de su tono y se hundió en su silla. La tensión en la habitación ahora era asfixiante, una espesa nube se cernía sobre ellos mientras comían en silencio. Su madre mantuvo los ojos en el plato, con los hombros encorvados como si intentara hacerse lo más pequeña posible.

Tatiana tragó saliva y la inquietud crecía con cada minuto que pasaba. No era así como se suponía que sería su cumpleaños. Había esperado reír, emocionarse, vislumbrar la libertad que tan desesperadamente anhelaba. Pero en cambio, sentía como si algo se le estuviera escapando, algo que no podía captar del todo.

Miró a su padre, con la mandíbula apretada y concentrado por completo en la comida. Y luego a su madre, que parecía estar conteniendo las lágrimas.

Algo estaba por llegar. Algo que cambiaría todo.

Tatiana aún no sabía qué era, pero sí sabía, en el fondo, que nada volvería a ser igual.

Tatiana se disculpó de la mesa, sin apetito. Forzó una sonrisa, agradeciendo a su madre por la comida, pero su corazón no estaba en eso. La tensión en la habitación era asfixiante y necesitaba espacio para respirar. Mientras subía las escaleras hacia su dormitorio, su mente corría con pensamientos que no podía controlar.

Una vez dentro de su habitación, cerró la puerta silenciosamente detrás de ella y se apoyó contra ella, dejando escapar un suspiro tembloroso. La inquietud que había ido acumulándose durante toda la noche ahora se instaló pesadamente en su pecho. Se sentía prisionera en su propia casa, atrapada por las expectativas y reglas que sus padres habían impuesto desde que tenía uso de razón.

Las palabras de su padre resonaron en su mente: “Mientras vivas bajo este techo, seguirás las reglas”.

No fueron sólo las reglas las que la hicieron sentir atrapada: fue el peso de sus expectativas tácitas. Siempre había sabido que su familia era tradicional, inmersa en los antiguos valores rusos. Pero nunca había comprendido el alcance total del control que ejercían sobre su vida.

Incluso ahora, a los diecinueve años, nunca le habían permitido tener citas. Sus interacciones con los niños habían sido monitoreadas de cerca, sus amistades restringidas a las niñas que su padre consideraba "aceptables". Había observado cómo otras niñas de su edad experimentaban cosas normales: primeros amores, desamor, fiestas, libertad. Pero para ella, esas cosas estaban prohibidas.

Su padre siempre había dicho que era para su protección, que el mundo era un lugar peligroso para una mujer joven. Y Tatiana le había creído. Había confiado en que su sobreprotección nacía del amor, que él sólo quería lo mejor para ella. Pero ahora, mientras estaba sola en su habitación, no podía evitar preguntarse si había algo más. Algo más oscuro.

Cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama, mirando por la ventana la tranquila calle de abajo. El pequeño barrio ruso en el que había crecido ahora le parecía una jaula, y su acogedora familiaridad había sido sustituida por una sensación de asfixia. Las calles siempre estaban llenas de charlas de los dueños de restaurantes y residentes locales, y era un lugar que ella siempre había considerado seguro. Pero ahora la seguridad parecía asfixiante.

El sonido de la suave voz de su madre llegó desde la cocina de abajo, y Tatiana se esforzó por escuchar, con la esperanza de captar algo, cualquier cosa, que pudiera explicar la tensión que había sentido durante la cena. Pero todo lo que escuchó fue el tono silencioso de su madre, seguido por el grave murmullo de la voz de su padre. Estaban hablando de algo serio, pero ella no podía entender las palabras.

Se levantó y caminó por la habitación, con las manos inquietas mientras jugueteaba con el dobladillo de su vestido. La sensación punzante en sus entrañas se hacía cada vez más fuerte, una sensación de temor que no podía evitar. Se suponía que su cumpleaños sería una celebración, un punto de inflexión en el que finalmente ganaría algo de independencia. Pero en cambio, sentía como si algo se le estuviera escapando.

Pensó en las innumerables veces que su padre le había advertido sobre los peligros del mundo exterior. Siempre había sido tan estricto, tan controlador. ¿Pero por qué? ¿Por qué toda su vida había estado tan estrictamente controlada? ¿Por qué nunca se le había permitido tomar sus propias decisiones?

Tatiana se sentó en su pequeño tocador y miró fijamente su reflejo, su cabello oscuro

enmarcando su rostro, sus grandes ojos azules mirándola. Siempre le habían dicho que era hermosa, pero era una belleza que había estado escondida, encerrada detrás de los muros de protección de sus padres. Había estado protegida durante tanto tiempo que ni siquiera sabía quién era fuera de su control.

¿Cómo sería vivir libremente? ¿Tomar sus propias decisiones, explorar el mundo más allá de este pequeño barrio? Había soñado con ello durante años, pero ahora, en su decimonoveno cumpleaños, se preguntaba si alguna vez conocería realmente ese tipo de libertad.

Sus pensamientos se dirigieron al futuro, a lo que siempre había esperado que fuera su vida. Se había imaginado salir de casa, tal vez ir a la universidad, viajar, conocer gente nueva y finalmente experimentar las cosas que siempre le habían negado. Pero en el fondo sabía que esos sueños eran sólo eso: sueños. Su padre nunca lo permitiría. Y tal como iban las cosas, no estaba segura de tener opción.

Había algo que ella no entendía. Algo que sus padres le ocultaban. Y no fueron sólo las reglas estrictas o las expectativas anticuadas. Era algo más profundo, algo que hizo que el control de su padre sobre su vida fuera aún más fuerte. Podía sentirlo en la forma en que él la miró esa noche, en la forma en que sus ojos se habían oscurecido cuando ella mencionó la libertad. Era como si él supiera algo que ella ignoraba, algo que había sido planeado mucho antes de que ella tuviera edad suficiente para comprenderlo.

Un golpe repentino en su puerta la sacó de sus pensamientos y Tatiana saltó ligeramente, con el corazón acelerado. Se giró y vio a su madre parada en la puerta, con el rostro pálido y tenso.

“Tati”, dijo su madre suavemente, con la voz temblorosa. “Baja las escaleras. Tu padre y yo necesitamos hablar contigo”.

El estómago de Tatiana se retorció en un nudo, la inquietud que había estado sintiendo toda la noche ahora se convirtió en ansiedad total. Ella asintió en silencio y se puso de pie, siguiendo a su madre escaleras abajo.

Cuando entró en la sala de estar, vio a su padre de pie junto a la ventana, de espaldas a ella, mirando hacia la calle. Se giró cuando los escuchó entrar, con expresión sombría. El aire en la habitación era pesado, opresivo.

“Siéntate, Tatiana”, dijo su padre, su voz carente de su habitual calidez.

Tatiana obedeció, hundiéndose en el sillón frente a él. Su madre estaba sentada a su

lado, con las manos fuertemente cruzadas sobre el regazo y los ojos fijos en el suelo.

Iván respiró hondo y apretó la mandíbula mientras se giraba hacia su hija.

"Hay algo que tenemos que decirte", comenzó, en voz baja y firme. "Algo... sobre tu futuro".

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho mientras miraba a sus padres, el nudo en su estómago se apretaba con cada segundo que pasaba.

"¿Qué es?" preguntó, su voz apenas un susurro.

La mirada de su padre se endureció y sus siguientes palabras provocaron que una fría ola de temor la invadiera.

“Tu vida está a punto de cambiar, Tatiana. De formas que ni siquiera puedes imaginar”.

Capítulo 2

El aire en la sala de estar se sentía espeso, incluso sofocante, mientras Tatiana se sentaba rígidamente en el borde de su asiento, con los dedos apretados con fuerza alrededor del borde de la silla. Frente a ella, su padre estaba junto a la ventana, de espaldas a ella, con una postura tensa e inmóvil. No había hablado durante varios minutos, sólo el sonido de su respiración superficial rompía el pesado silencio. Su madre estaba sentada en el sofá, con las manos fuertemente entrelazadas en el regazo y el rostro pálido y sin color. La energía nerviosa de la habitación envolvió el pecho de Tatiana, apretándolo más con cada segundo que pasaba.

Su cumpleaños número 19 había comenzado con mucha esperanza. Se suponía que éste sería su año: el año en que obtuvo su independencia, comenzó su propia vida y tal vez finalmente entendió por qué sus padres habían sido tan protectores. Siempre había esperado que las restricciones que le imponían se relajarían a medida que creciera. Había esperado la libertad. Pero ahora, mientras miraba los rostros de sus padres, el temor que se acumulaba en su estómago le dijo que la verdad era mucho más oscura de lo que podría haber imaginado.

"¿Papá?" La voz de Tatiana era suave, vacilante, pero tenía un toque de incertidumbre. Su padre no se dio vuelta de inmediato y el silencio en la habitación se hizo más pesado. "¿Qué está pasando? ¿Por qué ambos actúan tan extraño?"

Su padre, Ivan, exhaló lentamente antes de volverse hacia ella, con los hombros caídos como si el peso del mundo descansara sobre ellos. Su rostro generalmente severo estaba arrugado por algo que ella rara vez veía: miedo. El corazón de Tatiana latía con fuerza mientras buscaba respuestas en sus ojos, pero lo que vio allí sólo hizo que el temor fuera más fuerte. Hubo culpa. Y vergüenza.

“Tati”, comenzó usando el cariñoso apodo con el que la llamaba desde pequeña. Su voz vaciló, inestable. "Hay algo que necesito decirte, algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo, pero... no pude". Sus ojos se dirigieron hacia su madre, que permaneció congelada en el sofá, sin querer encontrarse con la mirada de Tatiana.

“¿Qué pasa, papá? Me estás asustando”, dijo, con la voz ligeramente temblorosa. Miró a sus padres, esperando que alguno de ellos aliviara la creciente tensión, pero ninguno se movió. El silencio de su madre parecía más siniestro que las palabras de su padre. "Sólo dímelo".

Ivan se pasó una mano por la cara, tratando de ordenar sus pensamientos. Dio un paso adelante, abrió los labios como para hablar y luego se detuvo de nuevo. Parecía dolido,

incluso torturado, y a Tatiana se le revolvió el estómago.

“Tienes razón en estar asustada, Tati. Pero debes entender... Hice lo que tenía que hacer por nuestra familia”. Su voz se quebró y su vulnerabilidad sorprendió a Tatiana. Su padre era un hombre orgulloso, siempre en control, siempre seguro de sus decisiones. Verlo así sintió como si el suelo se moviera debajo de ella.

“Hace años”, comenzó, su mirada oscilando entre ella y el suelo, “hice un trato, un trato terrible, pero no tenía elección. Fue justo después de que naciste”.

Tatiana sintió que se le cortaba la respiración. “¿Qué trato? ¿De qué estás hablando?" El nudo en su estómago se hizo más fuerte y, por primera vez en su vida, temió lo que su padre estaba a punto de decir.

Él se miró los pies, como si fuera incapaz de enfrentarla. “Hubo un tiempo en que estuve involucrado en cosas... cosas peligrosas. Tu madre y yo... nuestras vidas no siempre fueron simples. Había deudas... y hombres poderosos que controlaban todo”. Hizo una pausa y apretó la mandíbula. "Uno de esos hombres era Viktor Petrov".

El nombre le pareció extraño, pero algo en él le provocó un escalofrío.

"No entiendo", susurró Tatiana, su voz apenas audible. "¿Qué tiene esto que ver conmigo?"

Ivan dejó escapar un largo suspiro y su rostro palideció. “Viktor es… es un hombre peligroso, Tatiana. Es parte de la Bratva, una de las figuras más poderosas del hampa rusa”.

La mente de Tatiana se aceleró. ¿La Bratvá? Había oído rumores sobre ello en su comunidad: historias de sindicatos del crimen, luchas de poder, violencia. Pero nada de eso había parecido nunca real. A ella no. Siempre me habían parecido historias de fantasmas, cosas que les sucedían a otras personas en lugares lejanos.

Su padre continuó, con la voz cargada de culpa. "Cuando eras sólo un bebé, le debía a Viktor una deuda que no podía pagar. Él me dio una opción: pagar con mi vida... o prometerle algo más valioso".

A Tatiana se le heló la sangre cuando las palabras de su padre empezaron a tener sentido. Todo su cuerpo se puso rígido y el pulso le martilleaba en los oídos. "No..." susurró, sacudiendo la cabeza. “No, no lo hiciste”.

Su padre no podía mirarla a los ojos, pero asintió solemnemente. “Le prometí… a ti. Que cuando cumplieras diecinueve años serías suyo.

El mundo se inclinó sobre su eje y Tatiana sintió como si le hubieran arrancado el suelo debajo de ella. Su corazón latía con fuerza en su pecho, la incredulidad y el horror arañaban sus entrañas. “¿Me lo prometiste? ¿A algún... criminal? Su voz se quebró, apenas capaz de procesar las palabras.

“¡No tuve otra opción!” La voz de Iván se elevó, desesperada. “Si no hubiera estado de acuerdo, Viktor nos habría destruido, nos habría matado a todos. Pensé que sería diferente cuando fueras mayor de edad. Pensé que encontraría una salida”. Se desplomó hacia adelante, con los hombros hundidos por el arrepentimiento. "Pero Viktor nunca olvida una deuda."

Tatiana se levantó bruscamente y su silla rozó el suelo. “¿Me prometiste a un hombre así?” Le temblaba la voz y se le hizo un nudo en la garganta mientras lágrimas calientes le picaban en los ojos. “Todos estos años… cada regla, cada restricción que me pusiste… no fue para protegerme. ¿Fue para mantenerme para él?

Su padre dio un paso hacia ella, pero Tatiana retrocedió con las manos temblorosas. “Tati, por favor…”

"No lo hagas", siseó, la traición ardiendo en su pecho. “Tú me vendiste. Soy tu hija, no un... un objeto que se puede intercambiar.

Su madre finalmente habló, con voz débil y temblorosa. “Fue por tu seguridad, Tatiana. Nunca quisimos esto”.

La respiración de Tatiana se convirtió en jadeos superficiales cuando la realidad de su situación se hizo evidente. Su padre había hecho un trato con un monstruo, y ahora ese monstruo vendría por ella.

Mientras su padre intentaba ofrecer explicaciones débiles, la visión de Tatiana se nubló por las lágrimas y los muros de su mundo se cerraron a su alrededor. Todo lo que había sabido era mentira.

El golpe en la puerta fue firme y autoritario, lo que provocó una sacudida en el pecho de Tatiana. Resonó en la pequeña y silenciosa casa como una señal, un sonido que significaba el final de una vida y el comienzo de algo mucho más oscuro. El corazón de Tatiana se aceleró cuando vio a su padre ponerse de pie, con el rostro pálido. Ivan se movió más rápido de lo que jamás había visto, su mano temblaba cuando alcanzó la

manija de la puerta. Lanzó una mirada nerviosa a su esposa, que estaba sentada congelada en el sofá, con el rostro sin color. Tatiana nunca los había visto así, como si estuvieran a punto de enfrentar una tormenta que no podrían capear.

Su pulso se aceleró cuando su padre abrió la puerta con dedos temblorosos y la abrió apresuradamente. En el momento en que se abrió la puerta, el aire pareció cambiar, volviéndose más pesado y más frío. El hombre que cruzó el umbral no se parecía en nada a nadie que Tatiana hubiera visto jamás. Era alto, sus anchos hombros llenaban la estrecha puerta como si el propio apartamento luchara por contener su presencia.

Víktor Petrov.

La tensión en la habitación era lo suficientemente espesa como para cortarla con un cuchillo. Tatiana podía sentirlo enrollándose alrededor de su pecho, dificultando la respiración. Se quedó mirando la puerta, con el corazón latiéndole en los oídos mientras su padre se apresuraba a contestar el golpe. Sus manos, normalmente fuertes y seguras, temblaban y, por primera vez en su vida, Tatiana vio el verdadero miedo grabado en el rostro de su padre.

Abrió la puerta con mano temblorosa y el hombre que entró en su casa inmediatamente aspiró todo el aire de la habitación.

Víktor Petrov.

Tatiana nunca antes había visto a nadie como él. Era alto, sus anchos hombros contrastaban con el traje oscuro y hecho a medida que le sentaba como si hubiera sido hecho a partir de las sombras mismas. Se movía con una gracia silenciosa y letal, su presencia dominaba cada centímetro del espacio en el momento en que cruzó el umbral. Su cabello era corto, peinado con perfecta precisión, aunque un mechón rebelde caía sobre su frente, suavizando la severidad de sus rasgos por lo demás duros.

Pero fue su rostro el que la atrajo: agudo, anguloso y frío. Su mandíbula era fuerte, sus labios formaban una línea delgada e inexpresiva, y sus ojos gris acero... atravesaban la habitación como cuchillos. No había calidez en esos ojos, ni señal de nada humano. Eran tan fríos y sin emociones como una tormenta de invierno, y no reflejaban nada más que el poder y el peligro que llevaba consigo.

A Tatiana se le cortó el aliento en la garganta cuando su mirada la recorrió. Había algo depredador en la forma en que la miraba, como si la estuviera evaluando, decidiendo hasta qué punto sería una amenaza (o una debilidad). A pesar del terror que le arañaba el pecho, no podía negar el extraño tirón que sintió en ese momento. Era aterrador, sí,

pero había algo magnético en él, algo que le aceleraba el pulso de una manera que no entendía.

Su padre, de pie a un lado con la cabeza ligeramente inclinada, parecía más pequeño de lo que ella lo había visto nunca. Su habitual aire de autoridad desapareció en presencia de Viktor. Su madre, sentada rígidamente en el sofá, mantuvo la vista baja, negándose a mirar al hombre que acababa de entrar a su casa. El peso de su miedo presionó a Tatiana como una pesada manta, asfixiándola.

"Señor. Petrov", tartamudeó su padre, su voz era una débil sombra de su fuerza habitual. "Bienvenido. Por favor, entra".

Viktor apenas lo reconoció, sus ojos todavía estaban fijos en Tatiana. Por un momento, la habitación quedó en silencio y la tensión se volvió insoportable. Los dedos de Tatiana se curvaron en la tela de su vestido, su corazón latía con fuerza mientras la mirada de Viktor la fijaba en su lugar. Nunca se había sentido tan vulnerable, tan completamente expuesta y, sin embargo… también había algo más. Algo que ella no podía ubicar del todo. Un extraño calor floreció en lo bajo de su estómago, una sensación que nunca antes había sentido.

"Tatiana", dijo Viktor, su voz profunda y suave, como terciopelo envuelto alrededor de una hoja de acero. El sonido le provocó un escalofrío por la espalda. "Es el momento".

¿Tiempo para qué? La mente de Tatiana se aceleró, sus pensamientos giraban en espiral mientras luchaba por darle sentido a lo que estaba sucediendo. Su padre había mencionado un trato, una promesa hecha años atrás, pero ella nunca había imaginado que llevaría a esto. Miró a Viktor, luego a su padre, esperando que alguien le explicara, que le diera algo, cualquier cosa, a qué aferrarse.

Su padre tragó saliva y sus manos se retorcieron de una manera que lo hacía parecer desesperado. "Tatiana, este es Viktor Petrov. Él… él ha venido a cumplir el acuerdo que hicimos hace tantos años".

¿Acuerdo? ¿Qué arreglo?

El estómago de Tatiana se retorció dolorosamente cuando las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar en su lugar. Su padre había hablado antes de deudas, de cosas que tenía que hacer para mantener segura a su familia, pero nunca había sido específico. Había asumido que se trataba sólo de negocios, que cualquier trato que él hiciera no era más que el costo de administrar un restaurante en un vecindario lleno de hombres poderosos. Pero ahora, mirando a Viktor y el miedo en los

ojos de su padre, se dio cuenta de que había mucho más de lo que jamás había conocido.

Viktor dio un paso más cerca, su mirada nunca abandonó la de ella. “Me lo prometiste cuando naciste”, dijo con voz tranquila y práctica. "Esta noche estoy aquí para cobrar".

Prometido. La palabra resonó en la mente de Tatiana, resonando en su pecho como un tambor hueco. Se le cortó el aliento y el corazón le martilleó contra las costillas cuando comprendió la realidad de sus palabras. Se la habían prometido a él, como una propiedad, como algo que podía intercambiarse o venderse. Toda su vida, cada regla que sus padres le habían impuesto, cada límite que le habían puesto, había sido para prepararla para este momento. Para él.

Su pecho se apretó, la ira se mezcló con el miedo dando vueltas dentro de ella. ¿Cómo pudieron hacerle esto? ¿Cómo podían ocultarle algo como esto durante diecinueve años y luego esperar que ella simplemente lo aceptara? Sus manos se cerraron en puños, sus uñas se clavaron en sus palmas mientras miraba a Viktor, su mente gritándole que corriera, que peleara, que hiciera cualquier cosa menos quedarse ahí y dejar que esto sucediera.

Pero el tirón... el extraño e inexplicable tirón que sentía hacia él la mantuvo clavada en el lugar. Ella no lo entendía, no quería entenderlo, pero estaba ahí. Debajo del miedo, debajo de la traición, había algo en Viktor, algo peligroso y atractivo, que hizo que su pulso se acelerara y que su respiración se atascara en su garganta.

"No tienes elección", dijo Viktor, en voz baja y con la mirada dura. "Esto se decidió hace mucho tiempo".

Los labios de Tatiana se abrieron, pero no salieron palabras. Se sentía congelada, atrapada entre la vida que siempre había conocido y el futuro oscuro y desconocido que representaba Viktor. La traición de su padre flotaba en el aire, pero no podía apartar los ojos del hombre que estaba frente a ella, el hombre que, para bien o para mal, ahora controlaba su destino.

Viktor dirigió su atención a Ivan, un destello de impaciencia cruzó su comportamiento por lo demás tranquilo. "Los periódicos", dijo bruscamente.

Su padre se movió rápidamente y sacó un grueso sobre del escritorio en un rincón de la habitación. El corazón de Tatiana se hundió mientras lo veía entregárselo, y su última esperanza de escapar se desvanecía con cada segundo que pasaba.

Viktor sostuvo el sobre por un momento antes de volver a mirarla. "Ahora eres mía",

dijo, su voz no dejaba lugar a discusión.

La mente de Tatiana dio vueltas cuando el peso de sus palabras se apoderó de ella. Ella era suya.

La tensión en la habitación se volvió insoportable, un peso presionando el pecho de Tatiana mientras Viktor señalaba al hombre que estaba justo detrás de él. El hombre, que había permanecido silencioso e inmóvil como una sombra, dio un paso adelante, llevando un elegante maletín de cuero. El corazón de Tatiana dio un vuelco cuando colocó el maletín sobre la mesa y lo abrió con un clic nítido. Dentro había una pila de documentos de aspecto oficial, cuidadosamente organizados y demasiado formales para lo que estaba a punto de suceder.

Viktor tomó los papeles del maletín y los extendió sobre la mesa. A Tatiana se le aceleró el pulso, con los ojos fijos en la jerga legal impresa en las páginas. Todo lo relacionado con la situación parecía surrealista, como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar. Tragó con fuerza, con la garganta apretada mientras miraba el contrato: su contrato de matrimonio.

"Esto", dijo Viktor, su voz suave y sin emociones, "finaliza el acuerdo hecho entre tu padre y yo. Una vez que firmes, estarás legalmente ligada a mí. Serás mi esposa".

Esposa. La palabra envió un escalofrío por su espalda, haciendo que sus dedos temblaran. La realidad de la situación la golpeó como una tonelada de ladrillos. Esto no era sólo una relación forzada o una broma cruel: era real. Estaba a punto de convertirse en la esposa de Viktor Petrov, unida a él por la ley y sin salida.

Los ojos grises de Viktor eran duros como el acero mientras deslizaba el contrato hacia ella, tocando con el dedo la línea donde su nombre ya estaba escrito. "Firma", dijo, sin dejar lugar a la negociación en su voz.

El padre de Tatiana, que había estado esperando en silencio, palideció aún más, pero no dijo una palabra. Él la miró con los ojos llenos de vergüenza y miedo, pero no había ningún indicio de rebelión o disculpa. No se enfrentaría a Viktor. Él no la salvaría de esto.

A Tatiana se le hizo un nudo en el estómago mientras alcanzaba el bolígrafo. Le temblaba tanto la mano que casi la deja caer. La tinta negra brillaba en la página, burlándose de ella por su finalidad. Le ardían los ojos por las lágrimas no derramadas, pero se obligó a parpadear para contenerlas. Ella no lloraría delante de Viktor. Ella no le mostraría que él ya había quebrantado su espíritu.

Por un momento, ella dudó, sus dedos congelados sobre la línea de la firma. Quizás todavía hubiera una salida. Tal vez si corriera lo suficientemente rápido, si gritara lo suficientemente fuerte, alguien la oiría. Pero una mirada al rostro frío e impasible de Viktor le dijo la verdad: no había escapatoria. La puerta estaba cerrada, su padre estaba paralizado por el miedo y Viktor era el tipo de hombre que no dejaba que las cosas se le escaparan de las manos. Ahora ella le pertenecía a él, le gustara o no.

Con el corazón apesadumbrado, Tatiana garabateó su nombre sobre la línea. El bolígrafo se movía torpemente en su mano temblorosa, las letras desiguales y descuidadas, pero no importaba. Ella había renunciado a su libertad. Se había registrado en el mundo de Viktor: un mundo de oscuridad, violencia y control. Un mundo donde ella ya no era suya, sino propiedad de Viktor.

El sonido del bolígrafo raspando el papel resultó ensordecedor en la habitación silenciosa. La respiración de Tatiana se convirtió en jadeos superficiales mientras le devolvía el bolígrafo, con los dedos fríos y entumecidos. Su corazón se aceleró, su pecho se apretó cuando Viktor tomó el contrato y, sin dudarlo, firmó su nombre junto al de ella. Sus movimientos eran precisos y deliberados, como si para él se tratara simplemente de otro negocio más, nada más.

En el momento en que su firma llegó a la página, ya estaba hecho.

Tatiana Ivanov ya no existía. Ahora era Tatiana Petrov, esposa de Viktor Petrov, uno de los hombres más peligrosos de la ciudad de Nueva York.

Viktor dejó el bolígrafo con un suave clic y dobló el contrato cuidadosamente antes de deslizarlo nuevamente dentro del maletín. El hombre que estaba a su lado la cerró con un chasquido, asegurando los papeles en el interior como si contuvieran la llave del futuro de Tatiana. En cierto modo, lo hicieron.

Tatiana se sintió vacía, como si le hubieran quitado la vida en ese único y terrible momento. Quería gritar, llorar, tirar los papeles al otro lado de la habitación y salir corriendo, pero no tenía sentido. Se acabó. La deuda de su padre estaba pagada, pero ella se había convertido en el precio.

Los ojos de Viktor nunca dejaron los de ella mientras el peso del momento se apoderaba de ellos. Su mirada era ilegible, su expresión fría y distante. Tatiana no sabía qué esperar: tal vez una sonrisa cruel, tal vez algún comentario burlón sobre cómo finalmente era suya. Pero no dijo nada, sus labios se apretaron en una línea dura como si este fuera solo otro día para él.

"Ahora eres mío", dijo Viktor en voz baja, su voz oscura y autoritaria. Sus ojos se clavaron en los de ella, enviando un escalofrío por su espalda. “Todo lo que alguna vez fue tuyo ahora es mío. Tu vida, tu nombre, tu cuerpo, todo me pertenece”.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho, el miedo se mezclaba con una extraña y retorcida sensación de inevitabilidad. Por mucho que lo odiara, por mucho que quisiera gritar, luchar y liberarse, una parte de ella sabía que no podía. Ahora estaba unida a él, en todos los aspectos importantes.

Tatiana sintió el peso de la mirada de Viktor sobre ella mientras él se erguía, con una expresión aguda e inquebrantable. No había rastro de bondad, ni dulzura en sus ojos. Su presencia era abrumadora, proyectando una sombra sobre todo lo que había en la habitación. El contrato estaba firmado, su destino sellado y ahora Viktor estaba listo para alejarla de todo lo que había conocido.

"Te irás conmigo ahora", dijo Viktor, su voz era un estruendo bajo y autoritario. No había vacilación ni lugar a discusión en su tono. Fue una orden, no una sugerencia. No le dio tiempo para hacer las maletas, ni momento para ordenar sus pensamientos o despedirse. Sus palabras fueron frías y definitivas, cortando el aire como una espada.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho y respiraba entrecortadamente. Podía sentir el pánico creciendo dentro de ella, arañándole la garganta, pero no podía moverse. Era como si su cuerpo se hubiera apagado, paralizado por la intensidad de la presencia de Viktor. Cada instinto le gritaba que corriera, que luchara, pero todo lo que podía hacer era quedarse allí, congelada en su lugar, mientras los ojos grises de Viktor la taladraban.

Se volvió hacia sus padres, desesperada por algo, cualquier cosa, pero ellos permanecieron en silencio. Su padre, todavía de pie junto a la ventana, miraba a lo lejos, con el rostro pálido y demacrado. Él no la miró, ni siquiera la reconoció. Estaba derrotado, abatido por su propio miedo al hombre que ahora la poseía.

Su madre estaba sentada temblando en el sofá, con lágrimas corriendo por sus mejillas. Tatiana sintió una oleada de ira hacia ellos, hacia las personas que la habían traicionado tan completamente. La habían entregado a un hombre como Viktor sin pensarlo dos veces. ¿Cómo pudieron hacerle esto?

Pero la ira fue rápidamente superada por una tristeza profunda y abrumadora. A pesar de todo, seguían siendo sus padres. Y en ese momento, mientras su mundo se desmoronaba a su alrededor, sintió una necesidad desesperada de aferrarse a lo poco que quedaba de su antigua vida. No podía soportar irse sin despedirse de su madre.

Tatiana cruzó la habitación lentamente, le temblaban las piernas mientras se acercaba a su madre. La mujer mayor la miró con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblando como si quisiera hablar pero no pudiera encontrar las palabras. A Tatiana le dolió el corazón al ver el dolor de su madre, aunque sabía que no era suficiente para compensar lo sucedido.

Sin decir una palabra, Tatiana se arrodilló junto a su madre y la rodeó con sus brazos, abrazándola con fuerza. Su madre sollozaba suavemente, abrazando a Tatiana como si intentara retenerla un poco más. Fue un momento breve y frágil, uno que Tatiana sabía que la perseguiría por el resto de su vida. No quería soltarse, no quería adentrarse en lo desconocido, pero no tenía otra opción.

“Lo siento”, susurró su madre entre lágrimas, su voz apenas audible. "Lo siento mucho."

Tatiana quería gritarle, preguntarle por qué no había luchado más, por qué no había hecho algo para detener esto. Pero no tenía sentido. El daño ya estaba hecho. En cambio, susurró: "Te amo" y le dio un beso en la mejilla. Fue el único adiós que se permitiría.

Se apartó lentamente, con el corazón pesado por la pena, y se puso de pie. Los gritos de su madre resonaron en sus oídos mientras se giraba hacia la puerta, sus ojos se encontraron con los de Viktor una vez más. Su rostro estaba impasible, ilegible, pero ella podía sentir la impaciencia que irradiaba de él como calor. Él estaba esperando, esperando que ella lo siguiera sin hacer preguntas.

Viktor hizo un gesto hacia la puerta con una ligera inclinación de la cabeza y el estómago de Tatiana se retorció de miedo. Quería rechazarlo, plantar los pies firmemente en la tierra y negarse a irse. Pero una mirada a la expresión fría y autoritaria de Viktor le dijo que la resistencia era inútil. No era un hombre que aceptara el desafío.

Con una última mirada a su padre, que no se había movido de su lugar junto a la ventana, Tatiana respiró hondo y obligó a sus pies a moverse. El primer paso fue el más difícil. Cada parte de su cuerpo le gritaba que se detuviera, pero ella superó el miedo, sabiendo que no había escapatoria. Caminaba hacia su destino, hacia lo desconocido, y no había vuelta atrás.

El sonido de sus pasos resonó en la silenciosa habitación mientras seguía a Viktor hasta la puerta. Su presencia era abrumadora, una fuerza oscura y peligrosa que parecía atraerla a pesar de que cada instinto le decía que corriera en la dirección

opuesta. No pudo evitar sentir una atracción extraña, casi magnética, hacia él. Era irracional, aterrador, pero innegable.

Tatiana vaciló sólo un momento cuando llegaron al umbral, la puerta abierta parecía la entrada a otro mundo. Su corazón se aceleró y se sintió como si estuviera parada al borde de un acantilado, a punto de dar un salto hacia lo desconocido.

Pero una sola y aguda mirada de Viktor, entrecerrando ligeramente los ojos en señal de advertencia, fue suficiente para impulsarla hacia adelante. Cruzó la puerta y el peso de su antigua vida cayó detrás de ella como un recuerdo lejano. Ya no era Tatiana Ivanov, la hija protegida de una familia de inmigrantes rusos. Ahora era Tatiana Petrov, la esposa de Viktor Petrov, un hombre que dominaba el poder, el miedo y la autoridad.

Su mente era un torbellino de emociones mientras caminaba junto a Viktor, su cuerpo temblaba con cada paso. La ira, el miedo y la confusión luchaban en su interior, pero debajo de todo había algo más oscuro, algo que no quería reconocer. Por mucho que quisiera odiar a Viktor, por mucho que quisiera resistirse a él, había una parte de ella que se sentía atraída hacia él, atraída por su poder puro, su autoridad, su dominio.

La aterrorizaba esa extraña atracción que hervía a fuego lento bajo la superficie. Sabía que debería despreciarlo, que debería rebelarse contra la vida a la que él la estaba obligando. Pero en cambio, se sintió atraída más profundamente hacia su órbita, como una polilla atraída por la llama.

Viktor la condujo a través del jardín delantero, su paso rápido e implacable. Tatiana luchó por mantener el ritmo, su mente todavía dando vueltas por los acontecimientos de la noche. Lanzó una última mirada a la casa detrás de ella, el lugar al que había llamado hogar durante tantos años. Pero ya no era su hogar. Estaba dejando eso y su antigua vida atrás.

Cuando llegaron a la calle, los esperaba un elegante coche negro. Viktor le abrió la puerta, su expresión todavía fría e ilegible, y le hizo un gesto para que entrara.

Tatiana vaciló sólo un momento antes de deslizarse en el asiento trasero, el cuero frío debajo de ella contrastaba fuertemente con el calor y la agitación que se arremolinaban en su interior. Viktor la siguió, su gran figura ocupaba la mayor parte del espacio junto a ella. La puerta se cerró con un ruido sordo, sellando su destino una vez más.

Mientras el auto se alejaba de la acera, Tatiana miró por la ventana y vio cómo su antigua vida desaparecía en la distancia. Las calles de la ciudad estaban tranquilas, las luces proyectaban largas sombras que parecían reflejar la oscuridad que se apoderaba

de su corazón. No sabía a dónde la llevaba Viktor, no sabía cómo sería su nueva vida. Lo único que sabía era que no había vuelta atrás.

El silencio entre ellos era pesado, sofocante, mientras el coche avanzaba por la ciudad. Tatiana podía sentir la presencia de Viktor a su lado, su cercanía a la vez intimidante y extrañamente reconfortante de una manera que no podía explicar. Ella no se atrevía a mirarlo, no se atrevía a hablar. Todo lo que pudo hacer fue sentarse allí, con el corazón acelerado, mientras comprendía la realidad de su situación.

Ella era suya ahora. Y nada volvería a ser lo mismo.

Capítulo 3

Tatiana se sentó rígidamente en el asiento trasero de la camioneta negra de Viktor mientras navegaba por las calles oscuras de la ciudad de Nueva York. El mundo fuera de su ventana se volvió borroso, una mezcla de luces de neón y edificios imponentes, pero ella apenas se dio cuenta. Su mente corría a toda velocidad y su corazón latía con fuerza mientras repetía los acontecimientos de la última hora una y otra vez. Había abandonado su hogar, el único mundo que había conocido, atada a un hombre que no entendía, casada con una vida en la que no tenía voz y voto. Toda su realidad se había hecho añicos en el lapso de una noche, y ahora Se dirigía hacia lo desconocido, al mundo de Viktor.

Viktor se sentó a su lado, silencioso y sereno, con la mirada fija al frente. Su presencia llenó el espacio entre ellos, fría y poderosa, y aunque no habló, su control era palpable. Tatiana lo miró furtivamente por el rabillo del ojo. Parecía fuera de lugar en el mundo ordinario, demasiado imponente, demasiado peligroso para pertenecer al ritmo mundano de la ciudad exterior. El traje oscuro se pegaba a sus anchos hombros, su fuerte mandíbula proyectada en las sombras de las tenues luces interiores. Había algo depredador en él, algo de lo que no podía apartar la mirada a pesar del miedo que se le revolvía en el estómago.

Debería odiarlo; eso lo sabía. Él acababa de quitarle la vida, sus decisiones, y las había retorcido hasta convertirlas en algo que ella no reconocía. Él irrumpió en su casa, hizo un trato sobre su futuro y todo lo que ella pudo hacer fue firmar el contrato matrimonial que selló su destino. Y, sin embargo, por mucho que quisiera sentir nada más que rabia, había algo más, algo más oscuro que la confundía: un tirón, una extraña atracción por el poder que él exudaba con tanta facilidad.

La camioneta atravesó grandes puertas de hierro forjado y comenzó su ascenso por un largo camino flanqueado por árboles imponentes. Cuando se acercaron a una enorme finca, su pulso se aceleró. El mundo de Viktor, el lugar al que ahora llamaría hogar, se alzaba ante él como una fortaleza, frío y poco atractivo. El auto se detuvo y Viktor salió primero, sus movimientos fluidos y decididos. Tatiana dudó por un momento antes de seguirla, sus piernas se sentían temblorosas cuando tocaron el suelo.

La finca en sí era enorme. Las paredes de piedra pálida se extendían hacia el cielo nocturno, con elegantes ventanas de vidrio que reflejaban la luz de la luna. El edificio era moderno, elegante e intimidante. Se sentía como si perteneciera a un rey o un señor de la guerra y no a un hombre de negocios. Viktor la condujo escaleras arriba y sus largas zancadas la obligaron a apresurarse para seguir el ritmo. Podía sentir el peso de su autoridad a cada paso. Tuvo que reprimir el pánico creciente en su pecho,

recordándose a sí misma que, a pesar de cómo se sentía, seguía siendo ella misma. Ella todavía podía luchar.

Cuando las puertas se abrieron, Tatiana se quedó sin aliento. El interior de la finca era tan abrumador como su exterior: opulento, elegante y casi estéril en su perfección. Los pisos brillaban bajo la tenue iluminación y las paredes estaban adornadas con costosas obras de arte. Todo estaba impecable, como si no hubiera sido tocado por el tiempo ni por las personas que vivían allí. La inmensidad de todo aquello la hacía sentir aún más pequeña y fuera de lugar.

"Ven", ordenó Viktor, su voz baja pero firme. No miró hacia atrás para ver si ella lo seguía.

Tatiana lo siguió, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Miró nerviosamente a su alrededor cuando pasaron junto a algunos hombres, todos vestidos de manera similar con trajes negros, con expresiones ilegibles. Su presencia fue un claro recordatorio del peligro que corría la vida de Viktor. No eran sólo guardaespaldas: eran ejecutores, hombres dispuestos a matar cuando se les ordenaba. Podía sentir sus ojos sobre ella mientras pasaba, y la comprensión de que esta era su nueva realidad le provocó un escalofrío.

“¿Es esta tu casa?” Tatiana preguntó suavemente, su voz apenas era más que un susurro cuando doblaron una esquina.

"Ahora es tu casa", respondió Viktor sin mirarla, con un tono definitivo. "Te acostumbrarás".

Tatiana tragó saliva, tenía la boca seca. Aquí no había calidez ni consuelo. Este lugar era tan frío como el propio Viktor. Se sentía como una prisión envuelta en lujo y no pudo evitar sentirse asfixiada por todo ello. Sus pasos resonaron en los vastos pasillos mientras continuaban adentrándose en la finca. Quería decir algo, cualquier cosa, para romper el pesado silencio entre ellos, pero las palabras no salían.

Finalmente, llegaron a un par de puertas dobles y Viktor las abrió con facilidad. La habitación que había al otro lado era grande y estaba meticulosamente diseñada, un gran dormitorio con muebles elegantes y colores apagados. La cama era enorme, estaba cubierta con ropa de cama cara y la habitación tenía una ventana del piso al techo que daba a los terrenos de la finca. Era hermoso, sí, pero no parecía un lugar al que alguna vez pudiera llamar hogar.

"Aquí es donde te quedarás", dijo Viktor, su voz rompiendo el silencio. “Descansa un poco. Hablaremos por la mañana”.

Tatiana se quedó congelada en la puerta, observando cómo Viktor se giraba para irse. Quería gritar, exigir respuestas, decirle que eso no era justo, que eso no era lo que ella quería, pero las palabras no le salían. Toda su vida había sido desarraigada y estaba atrapada en una situación que no entendía, con un hombre al que apenas conocía.

Viktor se detuvo en la puerta y la miró, entrecerrando ligeramente los ojos. “Sé que esto es un shock”, dijo, con voz más suave pero aún controlada. “Pero aprenderás a vivir en este mundo. Es mejor de lo que piensas”.

Con eso, salió de la habitación y la puerta se cerró detrás de él.

Tatiana se quedó allí por un momento, mirando la puerta cerrada, con su mente acelerada. ¿Aprender a vivir en este mundo? ¿Cómo podría ella hacer eso? Ella no pertenecía aquí. Ella no pertenecía a un hombre como Viktor. Y aún así... una parte de ella no podía deshacerse del extraño tirón que sentía hacia él. La aterrorizó. El poder que tenía, la forma en que controlaba todo lo que lo rodeaba, la forma en que la hacía sentir tan pequeña... era aterrador, pero también magnético.

Caminó lentamente hacia la cama, sintiendo las piernas débiles debajo de ella. Sentándose en el borde del colchón, hundió la cara entre las manos, luchando contra las lágrimas que amenazaban con derramarse. Ella no podía llorar. Ahora no. Necesitaba ser fuerte, descubrir cómo sobrevivir en este nuevo mundo al que Viktor la había empujado.

Pero mientras estaba sentada allí, sola en la enorme y fría habitación, Tatiana no podía evitar la sensación de que su vida nunca volvería a ser la misma.

Tatiana se sentó en el borde de la cama, su mente dando vueltas con todo lo que había sucedido. El lujo y la elegancia de la propiedad de Viktor no hicieron nada para calmar la tormenta de emociones que se arremolinaban en su interior. La habían arrancado de la vida que conocía y la realidad de su situación estaba empezando a asimilarse. No era un mal sueño. No iba a despertarse en su antiguo dormitorio de la modesta casa de sus padres.

El contraste entre su antigua vida y la que acababa de vivir le resultaba abrumador. El pequeño y acogedor apartamento de su familia estaba lleno de calidez, aunque a veces resultaba sofocante. Sus padres, estrictos y protectores como eran, siempre habían sido una fuente de consuelo, una presencia familiar en su vida. ¿Y ahora? La había reclamado un hombre que parecía encarnar todo aquello de lo que su padre había tratado de protegerla.

Víktor Petrov.

Pensó en el momento en que él entró en su casa: cómo su presencia había absorbido el aire de la habitación, cómo su padre prácticamente se había encogido ante él, pálido y tembloroso. Su madre apenas lo había mirado, como si encontrarse con la mirada de Viktor de alguna manera les traería más desgracia. Tatiana nunca antes había visto así a sus padres. Nunca había visto a su padre asustado.

Y el propio Viktor... No se parecía a nadie que ella hubiera conocido. La forma en que se movía, la forma en que dominaba el espacio que lo rodeaba, era aterradora, pero también extrañamente cautivadora. Era alto, de hombros anchos, y su traje oscuro sólo aumentaba la intensidad de su presencia. Sus ojos fríos y grises se habían fijado en los de ella cuando se conocieron por primera vez, y fue como si hubiera mirado directamente a través de ella, dentro de su alma, despojando cualquier pretensión o fachada que ella pudiera haber puesto.

Las palabras de su padre resonaron en su mente. **“** Para salvarnos de la ruina, te lo prometí a Viktor. No había otra opción. **"**

No hay otra opción.

Tatiana volvió a esconder el rostro entre las manos, aplastada por el peso de la traición de su padre. ¿Cómo pudo haber hecho esto? ¿Cómo pudo haberle prometido a ella (su hija) a un hombre como Viktor, un hombre que gobernaba a través del miedo y la intimidación? Toda su vida, cada regla estricta, cada limitación que sus padres le habían impuesto, habían sido para prepararla para este momento. Y ella ni siquiera lo sabía.

Pensó en los años que había pasado escuchando que no podía tener citas, que no podía salir con amigos, que no podía hacer nada de lo que otras chicas de su edad estaban haciendo. Su padre siempre había sido tan protector, tan autoritario, y ella nunca había entendido por qué. Ella pensó que era por amor, por el deseo de mantenerla a salvo. Ahora se daba cuenta de que todo había sido para preservarla para Viktor, para asegurarse de que permanecería intacta, pura, cuando llegara el momento de ser entregada como una propiedad.

Apretó los puños y la ira le subió al pecho. Le habían mentido toda su vida. ¿Y para qué? ¿Para pagar alguna deuda que su padre había contraído en un mundo del que ella no sabía nada? La vida protegida que había llevado, el aislamiento, la falta de libertad... todo había sido para Viktor.

Tatiana se levantó abruptamente y comenzó a pasear por la habitación, hundiendo sus pies descalzos en la lujosa alfombra. Ella no podía quedarse quieta. Necesitaba moverse, hacer algo, cualquier cosa, para liberar la frustración que se acumulaba en su interior. La habitación parecía demasiado grande, demasiado fría y el silencio era ensordecedor. Se sentía atrapada, como un pájaro en una jaula dorada, rodeada de opulencia pero sin salida.

Su mente se aceleró mientras consideraba sus opciones. ¿Podría irse? ¿Podría simplemente salir por la puerta y desaparecer en la noche? ¿Pero adónde iría? Los hombres de Viktor estaban por todas partes, e incluso si lograba esquivarlos, ¿entonces qué? No tenía dinero ni recursos. Y sabía, en el fondo, que Viktor no la dejaría ir. Lo había dejado perfectamente claro. Ahora ella le pertenecía a él, le gustara o no.

Un escalofrío recorrió su espalda al pensar en las posesivas palabras de Viktor. **“** Aprenderás a vivir en este mundo. Es mejor de lo que piensas. **"**

¿Qué significa eso siquiera? Tatiana no tenía idea de cómo era realmente el mundo de Viktor. Había visto el miedo en los ojos de su padre, la forma en que se había encogido de miedo en presencia de Viktor. ¿Pero qué quería Viktor de ella? ¿Era sólo un peón en un juego mayor, un símbolo de poder y dominio sobre su padre? ¿O había algo más?

Su mente volvió a la forma en que Viktor la había mirado, la forma en que sus fríos ojos parecían permanecer en ella más de lo necesario. No había calidez en su mirada, ni amabilidad, pero había algo más, algo oscuro, algo que hizo que su piel hormigueara tanto por el miedo como por la anticipación.

Tatiana sacudió la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos. No podía dejarse arrastrar por cualquier dinámica retorcida que Viktor estuviera tratando de crear. Tenía que mantenerse fuerte, tenía que mantener la cabeza fuera del agua, incluso si sentía que se estaba ahogando.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el suave clic de la puerta al abrirse detrás de ella. Tatiana se dio la vuelta, con el corazón saltándole a la garganta. No necesitaba mirar para saber que era Viktor. Su presencia llenó la habitación, pesada e imponente, y ella pudo sentir sus ojos sobre ella incluso antes de abrir los suyos.

"¿Ya estás cansado?" La voz de Viktor era profunda, suave, pero tenía un toque filo.

Tatiana abrió lentamente los ojos y se volvió hacia él. Él se quedó en la puerta, mirándola con la misma expresión ilegible. Ya se había quitado la chaqueta del traje y tenía las mangas arremangadas, dejando al descubierto los músculos de sus antebrazos. Parecía relajado, casi casual, pero Tatiana lo sabía mejor. No había nada casual en Viktor Petrov.

“No estoy cansada”, dijo en voz baja, con voz firme a pesar del miedo y la incertidumbre que se arremolinaban en su interior.

Viktor levantó una ceja, claramente no esperaba que ella le respondiera con tanta calma. Dio unos pasos dentro de la habitación, sin apartar su mirada de la de ella.

"Bien", dijo, su tono casi divertido. "Porque vamos a tener una pequeña charla".

El pulso de Tatiana se aceleró cuando Viktor se acercó, su imponente figura proyectando una sombra sobre ella. Se enderezó en su silla, agarrando los apoyabrazos con las manos mientras se preparaba para lo que vendría después.

Una cosa estaba segura: fuera lo que fuese esta charla, no sería fácil.

Viktor se sentó frente a Tatiana, su presencia se cernía sobre la mesa entre ellos. Sus ojos grises se clavaron en los de ella y, a pesar de su miedo, Tatiana lo miró a los ojos, negándose a apartar la mirada. Ella no le dejaría ver lo conmocionada que estaba realmente.

Se reclinó, cruzó los brazos sobre el pecho y, por un momento, la habitación quedó en silencio, salvo por el débil tictac de un reloj en la pared. Entonces, sin preámbulos, Viktor comenzó a hablar, su voz baja y autoritaria.

“Probablemente te estés preguntando por qué estás aquí. Por qué te llevé”. Dijo esas palabras sin ningún atisbo de disculpa, como si su vida simplemente hubiera cambiado de rumbo de una manera inevitable y predestinada.

El estómago de Tatiana se retorció, pero permaneció en silencio, con las manos apretadas en los apoyabrazos de su silla. Quería respuestas, pero no estaba segura de querer escuchar lo que él tenía que decir. La traición de su padre ya pesaba mucho en su corazón, y el hombre sentado frente a ella (el hombre con el que se había visto obligada a casarse) estaba en el centro de todo.

"Mi negocio con tu padre comenzó hace años", continuó Viktor, su tono frío y distante. “Cometió un error, uno costoso. Y en lugar de pagar con su vida ese error, te ofreció a

ti.

Tatiana se estremeció ante sus palabras, la forma casual en que mencionó el trato de su padre como si ella no fuera más que una pieza en un tablero de ajedrez. La expresión de Viktor seguía siendo ilegible, pero había una dureza en sus ojos que le decía que no le importaba el precio que sus palabras le cobraran.

Tragó con dificultad, tratando de reprimir la ira que burbujeaba en su interior. "¿Qué tipo de error?" preguntó, su voz sonó más temblorosa de lo que pretendía. Ella necesitaba saberlo. Tenía que entender cómo su padre pudo haberle hecho esto.

La mirada de Viktor se oscureció y, por un breve momento, Tatiana creyó ver un destello de algo peligroso pasar por su expresión. "Eso no es importante en este momento", dijo con voz aguda. "Lo que importa es que tu padre tomó una decisión. Y ahora eres mía".

La finalidad de sus palabras provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Tatiana. No estaba hablando sólo de una transacción comercial. Este no fue un trato simple entre dos hombres. Él le estaba diciendo que su vida ahora le pertenecía... completamente.

Ella lo miró fijamente, tratando de procesar lo que estaba diciendo. El peso de todo aquello resultaba asfixiante. Su padre había hecho un trato con este hombre, intercambiándola como si fuera una especie de mercancía. Y ahora, debido a ese trato, estaba unida a Viktor de maneras que ni siquiera había comenzado a comprender.

Su voz tembló mientras hablaba de nuevo. "Entonces, ¿eso es todo? Sólo soy... ¿pago?"

Viktor se inclinó ligeramente hacia adelante, entrecerrando los ojos como si la estuviera estudiando. "En cierto modo, sí", dijo, su tono carente de cualquier dulzura. "Tu padre pensó que podía traicionarme y salirse con la suya. Se equivocó. Salvarle la vida fue una misericordia. Pero el precio por esa misericordia fuiste tú".

El corazón de Tatiana se aceleró cuando el impacto total de sus palabras la golpeó. Siempre había creído que su padre era un buen hombre, alguien que había hecho todo lo posible para proteger a su familia. Pero ahora no estaba tan segura. Sintió una profunda sensación de traición, no sólo por parte de Viktor, sino también por parte de su propio padre.

“¿Y qué pasa ahora?” Preguntó Tatiana, su voz apenas era más que un susurro. “¿Qué esperas de mí?”

La mirada de Viktor no vaciló, sus ojos fríos y penetrantes se clavaron en los de ella. "Vivirás aquí, bajo mi techo. Seguirás mis reglas. Y con el tiempo, aprenderás cuál es tu lugar en mi mundo".

El pecho de Tatiana se apretó y su mente dio vueltas con las implicaciones de lo que él estaba diciendo. Ella siempre había vivido bajo el techo de su padre, siguiendo las estrictas reglas de sus padres, pero esto era diferente. Viktor no era su padre. Era algo mucho más peligroso, mucho más poderoso. Y la forma en que hablaba de ella, la forma en que afirmaba ser dueño de su vida, la aterrorizaba.

Pero más que eso, había algo más. Algo que ella no quería reconocer. Una parte de ella se sentía atraída por Viktor, por el poder puro que exudaba, por la forma en que controlaba todo a su alrededor. Era una atracción peligrosa, que hacía que su corazón latiera con fuerza y su pulso se acelerara. Y por mucho que quisiera odiarlo por lo que había hecho, por la forma en que la había sacado de su casa y la había arrojado a su mundo, no podía negar la atracción que sentía hacia él.

La voz de Viktor interrumpió sus pensamientos. "Deberías estar agradecido", dijo, con un tono frío y natural. "Podría haber adoptado un enfoque mucho más duro con tu padre. Pero vi valor en ti".

A Tatiana se le cortó la respiración y lo miró entrecerrando ligeramente los ojos. "¿Valor?" —repitió, con la voz llena de amargura. "¿Como si fuera una especie de objeto para intercambiar?"

La expresión de Viktor permaneció sin cambios, como si sus palabras no tuvieran ningún efecto en él. "Eres más que un objeto, Tatiana", dijo con calma. "Pero no te equivoques, ahora eres mía. Y harás lo que te diga".

Un escalofrío recorrió su espalda y Tatiana apartó la mirada, incapaz de sostener su mirada por más tiempo. Nunca se había sentido tan impotente, tan atrapada. Pero también sabía que luchar contra él, resistirse a su control, sólo empeoraría las cosas. Viktor no era un hombre al que se podía desafiar a la ligera.

Mientras estaba sentada allí, con su mente acelerada, Tatiana sintió que una extraña sensación de resignación la invadía. Esta era su vida ahora. Esta era su realidad. Y le gustara o no, Viktor Petrov tenía todo el poder.

Pero debajo del miedo y la ira, había algo más, algo que hacía que su pulso se acelerara cada vez que Viktor la miraba. Algo peligroso y oscuro, pero innegablemente

atractivo. Lo odiaba, odiaba la forma en que su cuerpo reaccionaba ante él, pero no podía negarlo.

Viktor se levantó, sus movimientos eran lentos y deliberados, y Tatiana sintió que su corazón daba un vuelco. Él se cernió sobre ella, su fría mirada nunca la abandonó mientras decía sus últimas palabras de la noche.

"Aprenderás a aceptar esto", dijo en voz baja. "Tarde o temprano."

Con eso, Viktor se giró y salió de la habitación, dejando a Tatiana sola con sus pensamientos y el peso asfixiante de su nueva realidad.

Y a pesar de todo, a pesar de la traición y el miedo, Tatiana sabía que esto era sólo el comienzo de su batalla, no sólo con Viktor, sino también con sus propios deseos en conflicto.

Tatiana permaneció inmóvil en la mesa mucho después de que Viktor se fuera, su mente acelerada, tratando de procesar todo. La enormidad de su situación la golpeó en oleadas. Su vida ya no era suya, estaba controlada por un hombre al que apenas conocía, un hombre que no tenía intención de permitirle autonomía alguna. La traición de su padre fue profunda, pero la presencia fría e imponente de Viktor sólo profundizó la sensación de desesperanza.

El lujoso entorno de la propiedad de Viktor parecía más una jaula que un santuario. Todo era opulento, prístino y completamente desprovisto de calidez. El marcado contraste entre la vida que había vivido y este nuevo mundo en el que se encontraba era abrumador. Se levantó de la mesa, con las piernas temblorosas, y deambuló por la enorme sala de estar. Los muebles de cuero oscuro y las superficies pulidas brillaban bajo la suave iluminación, pero había frialdad en todo. Era el dominio de Viktor, una extensión de su poder y control. Aquí no había lugar para la suavidad, ni para su antigua vida.

Mientras Tatiana caminaba hacia los grandes ventanales que daban a los vastos terrenos de la propiedad, pudo ver a los hombres de Viktor estacionados en varios lugares, sus ojos vigilantes explorando el área, siempre alerta. Esto no era sólo un hogar: era una fortaleza. Una prisión, pensó con amargura. Ni siquiera fuera de las paredes de la casa encontraría la libertad. Siempre habría ojos sobre ella, los ojos de Viktor, a través de los hombres que él comandaba.

Sus dedos rozaron el frío cristal de la ventana y miró hacia la noche, la oscuridad coincidía con su estado de ánimo. Su mundo ahora estaba envuelto en incertidumbre. La seguridad, la protección que había dado por sentada en la casa de su padre se

había desvanecido, reemplazada por la cruda comprensión de que su vida siempre había sido moneda de cambio.

Por un momento, Tatiana se permitió imaginar una vida diferente. Uno en el que no estuviera atada a Viktor ni a la Bratva, donde podría haber elegido su propio camino. Tal vez habría ido a la universidad, viajado o conocido a alguien que realmente la amara. Pero esa vida ya no estaba, le fue arrebatada antes de que supiera que era una opción. En cambio, ella estaba aquí, bajo el control de Viktor, su posesión, atada por un contrato en el que ella no tenía voz y voto.

Una repentina oleada de frustración la invadió, mezclándose con su miedo. Ella odiaba esto. Odiaba sentirse impotente. Y odiaba la forma en que Viktor la hacía sentir: aterrorizada y extrañamente atraída hacia él. No tenía sentido. ¿Cómo podía sentirse atraída por alguien tan frío y despiadado? Y, sin embargo, había algo en él, algo en la forma en que se comportaba, en la forma en que inspiraba respeto y miedo a todos los que lo rodeaban, que la atraía. Era como estar atrapado en una tormenta: peligrosa e impredecible, pero innegablemente magnética.

Los pensamientos de Tatiana fueron interrumpidos por el sonido de pasos que se acercaban. Se tensó, su corazón se aceleró, cuando uno de los hombres de Viktor apareció en la puerta. Era alto, musculoso y tenía la misma expresión estoica que los demás.

"El señor Petrov solicita su presencia en el estudio", dijo el hombre con voz impasible.

El estómago de Tatiana se retorció. No estaba segura de estar lista para enfrentar a Viktor nuevamente tan pronto, pero no tenía sentido retrasar lo inevitable. Ella asintió y siguió al hombre por los sinuosos pasillos de la finca hasta que llegaron a un gran conjunto de puertas dobles. El hombre los abrió sin decir palabra y le hizo un gesto para que entrara.

El estudio era aún más imponente que el resto de la casa. Paredes con paneles de madera oscura, estanterías del suelo al techo llenas de volúmenes encuadernados en cuero y un enorme escritorio que dominaba la habitación. Viktor estaba detrás de él, su figura alta y autoritaria proyectaba una larga sombra. Levantó la vista cuando ella entró, su mirada aguda e ilegible.

Por un momento, simplemente se miraron el uno al otro, el aire entre ellos estaba cargado de tensión. Tatiana se obligó a mantenerse erguida, a pesar de que sentía las piernas débiles debajo de ella. No le dejaría ver su miedo, no si podía evitarlo.

"Siéntate", ordenó Viktor, su voz baja pero firme.

Tatiana dudó una fracción de segundo antes de obedecer. Cruzó la habitación y se sentó en la silla frente a su escritorio, con las manos fuertemente entrelazadas en el regazo. Ella mantuvo sus ojos en él, negándose a apartar la mirada.

Viktor la miró por un momento, su mirada penetrante, como si pudiera ver a través de ella. Luego, sin preámbulos, empezó a hablar.

"Entiendo que esta situación es... difícil para ti", dijo, con un tono casi indiferente. "Pero necesitas entender algo, Tatiana. Tu vida, tal como la conocías, se acabó. De ahora en adelante, seguirás mis reglas. Harás lo que te diga y, a cambio, te protegeré. Esto no es a debate."

A Tatiana se le hizo un nudo en la garganta. Quería gritar, exigir respuestas, decirle que no podía quitarle la vida así sin más. Pero ella sabía que sería inútil. Viktor no era el tipo de hombre que se deja llevar por arrebatos emocionales.

"Permanecerás aquí", continuó Viktor, con voz firme. "No abandonarás esta propiedad sin mi permiso y estarás acompañado por mis hombres en todo momento. Esto es tanto por tu seguridad como por control".

Tatiana sintió una oleada de ira subir por su pecho. Control. De eso se trataba todo esto, ¿no? A Viktor no le importaba su seguridad; le importaba poseerla, asegurarse de que ella supiera cuál era su lugar.

"¿Y si no quiero quedarme aquí?" preguntó, su voz más aguda de lo que pretendía.

Los ojos de Viktor se entrecerraron levemente, pero su expresión permaneció tranquila. "No tienes otra opción".

La finalidad de sus palabras la golpeó como un golpe. Por supuesto, ella no tenía otra opción. Ella nunca lo había hecho. Su padre se había asegurado de eso en el momento en que cerró el trato con Viktor. Su vida ya no era suya y cuanto antes lo aceptara, mejor.

Pero aceptarlo no hizo que fuera más fácil de soportar.

El pecho de Tatiana se apretó mientras miraba a Viktor, el hombre que ahora controlaba su destino. Quería odiarlo, quería despreciar todo lo que él representaba. Pero había algo en él que hacía imposible darle la espalda. Su poder, su autoridad... era embriagador, al mismo tiempo que la aterrorizaba.

"¿Lo entiendes?" Preguntó Viktor, su voz suavizándose sólo una fracción.

Tatiana asintió, aunque su corazón gritó en protesta. "Entiendo."

La mirada de Viktor se detuvo en ella por un momento más, como si estuviera buscando algo en su expresión. Luego, sin decir más, volvió a los papeles sobre su escritorio, despidiéndola con un solo gesto.

"Puedes irte", dijo.

Tatiana se levantó de su asiento, le temblaban las piernas mientras se dirigía hacia la puerta. Se sentía como una prisionera a la que condujeran de regreso a su celda, cada paso más pesado que el anterior. Pero cuando alcanzó la manija de la puerta, se detuvo y su mano se cernió justo sobre la madera.

"¿Por qué yo?" preguntó, su voz apenas un susurro.

Viktor no levantó la vista de su escritorio, pero su respuesta fue inmediata.

"Porque tu padre me debía y yo siempre cobro lo que es mío".

Las palabras flotaban en el aire, pesadas y asfixiantes. El corazón de Tatiana se hundió al darse cuenta de todo el peso de su nueva realidad. Ella era de Viktor ahora, le gustara o no.

Tatiana salió del estudio con la mente llena de emociones encontradas. Las palabras de Viktor resonaron en sus oídos, un recordatorio constante del poder que tenía sobre ella. “Porque tu padre me debía y yo siempre cobro lo que es mío”. Sintió la fría finalidad de esas palabras instalarse en su pecho como una piedra.

Caminó por los vastos y resonantes pasillos de la finca, cada paso le recordaba la inmensidad de su nuevo mundo. Era muy diferente del pequeño y humilde apartamento de su familia. Todo aquí era grandioso, imponente y frío. Ni siquiera los cuadros de las paredes y los lujosos muebles aportaban calidez: todo parecía tener un propósito, y ese propósito era el control.

Sus pensamientos giraron en torno a la conversación de la cena, la firma del contrato y el nuevo mundo al que se había visto lanzada. Esta finca, con su madera oscura, cuero y mármol, no era un hogar: era una fortaleza y ella era una cautiva. No importaba adónde mirara, sabía que los ojos de Viktor (a través de sus hombres) siempre estaban

puestos en ella. Ya había notado el equipo de seguridad estacionado discretamente en cada rincón de la finca. Sus ojos siguieron sus movimientos, pero ninguno se atrevió a hacer contacto visual. Eran como sombras, siempre observando pero nunca presentes. Ella lo odiaba.

Su cuerpo se sentía pesado por el cansancio, pero era más que solo cansancio físico. Estaba emocionalmente agotada. El peso de la traición de su padre se le hizo como un nudo en la garganta, con el corazón todavía en carne viva por la revelación del trato hecho cuando era sólo un bebé. Había pasado toda su vida pensando que sus padres simplemente eran sobreprotectores, protegiéndola del mundo por amor, cuando en realidad la mantenían a salvo para Viktor.

La verdad era abrumadora y, por mucho que intentara apartarla, la arañaba implacablemente.

Llegó a la escalera que conducía a su nuevo dormitorio. El dormitorio que Viktor le había mostrado era lujoso, con sábanas de satén y una cama lujosa que fácilmente podría tragársela entera. Todo en él gritaba opulencia, pero carecía de cualquier sensación de hogar. Nunca se había sentido más sola que en ese momento.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y Tatiana vaciló antes de entrar. Cerró la puerta detrás de ella, apoyándose en ella por un momento mientras dejaba que el peso de su nueva realidad se apoderara de ella. Esta habitación sería ahora su santuario y su prisión. Dormiría aquí, sola, bajo la atenta mirada de los hombres de Viktor.

Tatiana se acercó a los grandes ventanales que se extendían desde el suelo hasta el techo y daban a los vastos terrenos de la propiedad. Los jardines, iluminados por una suave iluminación exterior, parecían hermosos en la oscuridad. Pero ni siquiera la belleza pudo borrar la sensación de atrapamiento que sentía.

Un golpe repentino en la puerta rompió sus pensamientos. Sorprendida, se giró cuando una mujer, mayor que ella, entró con una bandeja de té. La mujer vestía con sencillez, su rostro era amable pero desgastado, con la mirada de alguien que había visto demasiado.

"Soy Lena", dijo en voz baja, con un acento fuerte y ruso. "Señor. Petrov me pidió que cuidara de usted.

Tatiana asintió, sin saber qué decir. "Gracias", murmuró, aunque no estaba segura de por qué le estaba agradeciendo a esta mujer. ¿Fue por el té o por alguna apariencia de normalidad en un mundo que ya no tenía sentido para ella?

Lena dejó la bandeja en la pequeña mesa al lado de la cama. "Si necesitas algo, estaré al final del pasillo", añadió, con un tono amable pero natural.

Tatiana observó cómo Lena salía de la habitación y la puerta se cerraba suavemente detrás de ella. El silencio que siguió fue asfixiante.

Se acercó a la cama y se sentó en el borde, con las manos apoyadas en el regazo mientras miraba la bandeja de té. La enormidad de lo ocurrido en las últimas horas la abrumó nuevamente. Ella era de Viktor ahora. No había forma de negarlo ni de escapar de ello. Él lo había dejado muy claro cuando le dijo que seguiría sus reglas. Y lo que más la aterrorizaba era que no tenía idea de cuáles serían esas reglas o hasta dónde llegaría él para hacerlas cumplir.

Sin embargo, a pesar de su miedo, Tatiana no pudo deshacerse de la extraña atracción que sentía hacia Viktor. Era ridículo, de verdad. Era frío, despiadado y aterrador. Él le había quitado la vida y su libertad y, sin embargo, había algo en su imponente presencia que despertaba algo en lo más profundo de su interior, algo que no quería reconocer.

Tal vez era su poder, la forma en que controlaba todo lo que le rodeaba con tanta facilidad. Tal vez fue la forma en que la miraba, como si ella fuera un rompecabezas que aún no había resuelto. O tal vez fue la forma en que habló, su voz baja y autoritaria, haciéndola sentir atrapada y extrañamente... deseada.

Se odió a sí misma por sentirlo. Viktor era todo lo que ella debería despreciar, pero también era todo lo que no podía ignorar.

Tatiana suspiró y se recostó en la cama, mirando al techo. Las sábanas de satén eran frías contra su piel, pero no le proporcionaban ningún consuelo. Se sentía en carne viva y expuesta, sus emociones deshilachadas y enredadas. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir en este mundo?

Mientras yacía allí, el recuerdo de la fría mirada de Viktor ardía en su mente. No sabía qué quería él de ella, pero una cosa era segura: ahora era suya, le gustara o no. Y esa comprensión hizo que su pecho se oprimiera por el miedo y algo más que aún no podía nombrar.

Agotada, sus ojos comenzaron a cerrarse, pero el sueño no le traía la paz. En cambio, trajo sueños llenos de los penetrantes ojos grises de Viktor y el peso del contrato que los unía.

Mañana se enfrentaría a una nueva realidad, una en la que ya no sería sólo Tatiana

Ivanov. Ahora ella era Tatiana Petrov y no había manera de escapar del hombre que tenía su futuro en sus manos.

Capítulo 4

Tatiana se despertó lentamente, la suavidad de la cama debajo de ella contrastaba fuertemente con la agitación que se arremolinaba en su pecho. Parpadeó para protegerse de la luz de la mañana que se filtraba a través de las pesadas cortinas, casi esperando encontrarse de nuevo en la habitación de su infancia, con los sonidos familiares de su madre ajetreada en la cocina y su padre refunfuñando mientras leía el periódico de la mañana. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a lo que lo rodeaba, la realidad se desplomó sobre ella con un peso asfixiante.

Esto no fue un sueño.

Se sentó en la gran cama, las sábanas de seda se acumulaban alrededor de su cintura. La habitación era lujosa, mucho más allá de todo lo que jamás había conocido: muebles de madera oscura, detalles intrincadamente tallados, una lámpara de araña colgando del techo. Pero hacía frío. Vacío. No era de ella. Nada en esta habitación se sentía como suyo. Se pasó los dedos por el pelo enredado, tratando de calmar los golpes en su pecho. Se sentía atrapada, como un pájaro en una jaula dorada.

Tatiana abrazó sus rodillas contra su pecho, su mente repasando los eventos de la noche anterior como una pesadilla de la que no podía escapar. En el momento en que Viktor entró en la casa de su familia, la forma fría y autoritaria en que había hablado, el trato que su padre había hecho, todo se sintió borroso. Pero el contrato de matrimonio, la firma de su nombre junto al de Viktor, eso era real. Ella era suya ahora. Unida a él de una manera que no podía comprender del todo.

Ella sacudió la cabeza, tratando de sacudirse la sensación de hundimiento que se había instalado en lo profundo de su estómago. No podía quedarse en la cama. Estar aquí solo lo empeoró, como si el peso de la habitación estuviera presionando su pecho. Necesitaba moverse, encontrar cierta sensación de claridad en el caos de sus pensamientos.

Apartando las mantas, Tatiana salió de la cama y caminó por el frío suelo de madera hasta un armario en un rincón. Sacó una bata (de seda, bordada en oro) y se envolvió en ella, la tela era suave pero extraña contra su piel. La bata era demasiado elegante para su gusto, pero todo en aquel lugar lo era. La finca era grandiosa, mucho más opulenta que el modesto apartamento en el que había crecido. Sin embargo, a pesar de su belleza, parecía desalmada, como si le faltara algo vital.

Tatiana abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo. El largo pasillo se extendía ante ella, en silencio excepto por el débil eco de sus pasos. La casa parecía un laberinto, con demasiadas habitaciones y demasiado espacio para una sola persona. El personal, aunque eficiente, parecía moverse como sombras, apareciendo y desapareciendo de la vista como si intentaran pasar desapercibidos. Sólo aumentó su sensación de aislamiento.

Caminó sin rumbo fijo, sus pies descalzos rozaban el suelo pulido y el corazón le pesaba. Por primera vez en su vida, Tatiana se dio cuenta de lo sola que estaba. Incluso bajo el cuidado sobreprotector de sus padres, ella nunca había sentido este tipo de vacío. Sus padres... ¿cómo pudieron haberle hecho esto? El padre en el que había confiado, el que la había protegido del mundo, la había traicionado de la peor manera posible. Se la prometió a un hombre como Viktor.

Sus pasos la llevaron hacia la cocina, donde el olor de algo delicioso flotaba en el aire. Sintió una extraña atracción hacia la calidez del espacio, con la esperanza de encontrar allí algo parecido a la normalidad. Al entrar, vio a una mujer con el pelo oscuro recogido en un moño prolijo parada cerca del mostrador, cortando verduras con precisión practicada. La mujer levantó la vista y sonrió suavemente al ver a Tatiana.

"Buenos días, señorita", saludó con voz tranquila, casi maternal. "¿Quieres algo de comer?"

Tatiana vaciló por un momento, sin saber cómo responder. "Yo... no estoy segura. Yo sólo..." Miró alrededor de la cocina, sus palabras se fueron apagando.

"Debes estar cansada", dijo la mujer, con ojos amables pero observadores. "Ha sido un gran ajuste, estoy seguro".

Tatiana asintió, sintiendo un nudo en la garganta. "Sí", susurró, su voz apenas audible. "Todo un ajuste".

La mujer se secó las manos en el delantal y avanzó hacia ella. "Soy Lena, nos conocimos anoche. Administro la casa aquí. Si necesitas algo, no dudes en preguntar".

"¿Dónde está..." La voz de Tatiana se quebró y tragó saliva, luchando por decir su nombre. "¿Dónde está Víctor?"

La sonrisa de Lena se desvaneció levemente y su expresión se volvió más mesurada. "El señor Petrov salió temprano esta mañana por motivos de trabajo. No dijo cuándo

regresaría, pero supongo que será más tarde por la noche".

Tatiana sintió una extraña mezcla de alivio y decepción ante las palabras de Lena. Una parte de ella se alegraba de que Viktor no estuviera allí, de que no tuviera que enfrentarlo todavía. Pero otra parte de ella, una parte que no entendía del todo, se sentía inquieta por su ausencia. Había esperado que él estuviera allí, asomando al fondo, observando cada uno de sus movimientos. El hecho de que él no estuviera la inquietó de una manera que no podía explicar.

"Gracias", dijo Tatiana en voz baja, asintiendo levemente antes de darse la vuelta.

Después de eso, deambuló por los pasillos durante horas, la tranquila soledad presionándola como un vicio. La finca era enorme, con habitaciones que parecían diseñadas para impresionar más que para confortar. Dondequiera que mirara, había símbolos de riqueza y poder: muebles ornamentados, pisos de mármol, pesadas cortinas que bloqueaban la luz del sol. Y, sin embargo, a pesar de la grandeza, el lugar parecía una prisión.

Finalmente, se encontró afuera, y el aire fresco del jardín le ofreció un breve respiro de la atmósfera sofocante del interior. Los terrenos estaban impecablemente cuidados, con altos setos y elegantes fuentes, pero Tatiana no se atrevía a apreciar la belleza. Lo único en lo que podía pensar era en lo fuera de lugar que se sentía, en lo pequeña que era en comparación con la vida a la que Viktor la había arrastrado.

Deambuló por el jardín, sus pensamientos dando vueltas en un caos caótico. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Cómo podría pasar de la vida protegida que siempre había conocido a esto? Una vida ligada a un hombre que irradiaba peligro y poder, un hombre que la había tomado como parte de una deuda que ella ni siquiera sabía que existía.

El rostro de su padre apareció en su mente y su pecho se apretó con una mezcla de ira y tristeza. ¿Cómo pudo haber hecho esto? ¿Cómo pudo haber hecho este trato y ocultárselo todos estos años? Todo lo que había creído sobre su familia le parecía mentira.

El sol se estaba poniendo cuando Tatiana finalmente regresó al interior de la finca. El día había transcurrido en una confusión de contemplación errante y silenciosa. El personal había cumplido con sus deberes, prestándole poca atención, y ella se había quedado sola con sus pensamientos. Parecía como si hubieran pasado días, no horas.

Cuando regresó a su habitación, descubrió que le habían dejado la cena en una bandeja junto a la puerta. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo lo habían

entregado. No tenía hambre, pero verlo le recordó lo desconectada que estaba de este lugar, de esta vida que le habían impuesto.

Sentada en el borde de su cama, Tatiana sintió nuevamente el peso de todo presionándola. La traición de su padre, la fría autoridad de Viktor, la vasta y vacía propiedad... todo parecía demasiado para soportarlo. ¿Pero qué opción tenía ella? Ya no había vuelta atrás.

El sol hacía tiempo que había desaparecido cuando Tatiana escuchó el sonido de un coche entrando en el camino de entrada. Su corazón dio un vuelco y se quedó paralizada, escuchando cómo se abría la puerta principal y unos pasos pesados resonaban por los pasillos.

Víktor estaba en casa.

Había pasado todo el día vagando por la finca en silencio, perdida en sus pensamientos, pero ahora que Viktor había regresado, todo parecía volver a enfocarse. Se levantó del borde de la cama, con las palmas húmedas de sudor, sin saber si quedarse en su habitación o mirarlo.

El peso de la situación volvió a presionarla. Este hombre, este extraño, era ahora su marido. Su destino había quedado sellado de un plumazo y no había forma de escapar de él. ¿Pero qué significó eso realmente para ella? ¿Qué esperaba Viktor de ella? Las palabras de su padre resonaron en su mente, el miedo frío que había visto en sus ojos cuando se la entregó a Viktor. Pero Viktor no la había lastimado... todavía. Aun así, la amenaza de lo que podría venir persistía.

Nunca había estado a solas con un hombre como Viktor. Demonios, ella nunca había estado a solas con un hombre, no así. La idea de lo que podría pasar entre ellos hizo que se le revolviera el estómago con una combinación de miedo y algo que no quería reconocer: una extraña curiosidad que no podía evitar.

El sonido de la voz de Viktor recorrió la casa, baja y autoritaria, aunque no pudo distinguir las palabras. Probablemente estaba hablando con uno de los miembros del personal. Tatiana vaciló, con los pies clavados en el suelo. Debería quedarse en su habitación. Debería mantenerse reservada y evitar cualquier interacción innecesaria con él, al menos por esta noche.

Pero justo cuando se giraba hacia la cama, sonó un suave golpe en la puerta y, antes de que pudiera responder, se abrió.

Viktor estaba en la puerta, su gran figura recortada contra la tenue luz del pasillo. Sus ojos se clavaron en los de ella, fríos y calculadores, aunque había algo más detrás de ellos: un destello de curiosidad, tal vez. Él no sonrió, pero había una sensación de propósito en su mirada que hizo que a ella se le acelerara el pulso.

"Confío en que te hayas adaptado", dijo, su voz suave pero con un tono que insinuaba su verdadera naturaleza.

Tatiana tragó saliva y asintió a pesar de que sentía la garganta seca. "Sí, yo... me he estado adaptando".

Avanzó más dentro de la habitación y cerró la puerta detrás de él con un suave clic. "Bien." Sus ojos recorrieron ella, observando la bata que envolvía holgadamente su cuerpo y su cabello cayendo en suaves ondas sobre sus hombros. "Ven", dijo, su tono no dejaba lugar a discusión. "Únase a mí para tomar una copa en el estudio".

La respiración de Tatiana se entrecortó. Ella quiso negarse, decirle que estaba demasiado cansada o enferma, pero las palabras se le atragantaron en la garganta. Había algo en la forma en que Viktor la miraba, algo que la hacía sentir como si el desafío sólo empeoraría las cosas. Sintió un temblor de miedo en lo profundo de su estómago pero asintió con la cabeza en silencio.

Sin decir otra palabra, Viktor se giró y salió de la habitación, esperando que ella lo siguiera. Tatiana respiró hondo, se alisó la bata y salió al pasillo detrás de él. Intentó calmar el pánico que crecía en su interior, recordándose a sí misma que aquello era sólo una bebida. No significaba nada más que eso. Pero la forma en que su piel se erizaba con cada paso, la tensión en el aire mientras Viktor la conducía a través de los pasillos oscuros, la hacían cuestionar esa lógica.

La finca era enorme y silenciosa, ese tipo de silencio que parecía absorber cada sonido. Era desorientador caminar por aquellas lujosas habitaciones que estaban tan alejadas de todo lo que Tatiana había conocido alguna vez. Cada mueble, cada cuadro de las paredes, cada detalle del lugar gritaba riqueza y poder. Sin embargo, todo parecía frío. No había calidez ni vida.

Viktor se detuvo frente a una pesada puerta de madera y la abrió, revelando un estudio lleno de estanterías oscuras, un enorme escritorio en el otro extremo y una pequeña zona para sentarse junto a una gran chimenea de piedra. Se había encendido un fuego y su resplandor anaranjado proyectaba sombras parpadeantes por toda la habitación. El aroma del cuero y del whisky llenó el aire, mezclándose con el calor ahumado del fuego.

"Siéntate", dijo Viktor, señalando el sillón de cuero cerca de la chimenea. Su voz era tranquila, pero había un trasfondo de autoridad que no dejaba lugar a la vacilación.

Tatiana se sentó con cuidado, cruzando las manos sobre el regazo para evitar que temblaran. Viktor se acercó a un pequeño carrito de bar y sirvió dos vasos de whisky, sus movimientos suaves y controlados, como todo lo que hacía. Él le entregó un vaso y sus dedos rozaron los de ella por un breve momento. Ella casi se estremeció pero logró mantener su expresión neutral.

Viktor se sentó frente a ella, sus ojos nunca abandonaron su rostro mientras tomaba un lento sorbo de su bebida. El silencio entre ellos era denso y opresivo. Tatiana miró fijamente su vaso, agitando nerviosamente el líquido ámbar, sin saber qué decir o hacer. Se sentía fuera de lugar en ese mundo suyo, como una intrusa en una vida que no entendía.

"Estás callado", observó Viktor, su voz rompiendo el silencio.

Tatiana levantó la vista y se encontró con su mirada. "Yo... no sé qué decir."

Él inclinó ligeramente la cabeza, estudiándola con una intensidad que la hizo retorcerse en su asiento. "Te adaptarás", dijo simplemente. "Esta es tu vida ahora".

Sus palabras enviaron un escalofrío por su espalda, la finalidad de ellas la golpeó como un puñetazo en el estómago. Esta era su vida ahora. No había vuelta atrás. No hay escapatoria. Estaba ligada a él, a esta casa, a este mundo de frío lujo y poder. El peso la presionaba, dificultándole la respiración.

"Nunca pedí esto", susurró, apenas capaz de escuchar su propia voz por encima del fuego crepitante.

La mirada de Viktor se oscureció, sus labios se curvaron en algo que no era del todo una sonrisa. "No", dijo, su tono frío. "Pero no importa. Ahora eres mía. Te adaptarás".

El corazón de Tatiana se aceleró, una mezcla de miedo e ira burbujeaba en su interior. Quería arremeter, gritarle que ella no era un objeto al que reclamar, que no iba a alinearse simplemente porque él lo exigiera. Pero las palabras se atascaron en su garganta, su coraje flaqueó bajo el peso de la mirada de Viktor.

En lugar de eso, miró hacia otro lado y miró fijamente el fuego como si éste pudiera ofrecerle algún tipo de consuelo.

Viktor se inclinó ligeramente hacia delante y bajó la voz. "¿Entiendes lo que eso significa, Tatiana?"

Tragó con dificultad y tenía la garganta apretada. "Que te pertenezco."

Los ojos de Viktor brillaron con satisfacción, la mirada depredadora volvió a su rostro. "Exactamente."

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho. La forma en que habló, la forma en que la miró, le provocó una extraña emoción, algo que no quería reconocer. Ya no era sólo miedo. Había algo más, algo oscuro y retorcido que hizo que su estómago se revolviera con una mezcla de temor y curiosidad.

El corazón de Tatiana se aceleró cuando las palabras de Viktor resonaron en la habitación. El fuego crepitaba, llenando el silencio, pero no hizo nada para calmar la creciente tensión entre ellos. El peso de la mirada de Viktor la inmovilizó en la silla, su implacable autoridad envolviéndola como un tornillo de banco. Su aliento se quedó atrapado en su garganta, sus dedos aferraron el vaso de whisky frío como si pudiera anclarla a alguna apariencia de normalidad.

No debería haber sentido nada más que miedo. Debería haberse sentido enfadada, aterrorizada e incluso rechazada por el hombre que acababa de reclamar la propiedad de su vida. Pero lo que más la ponía nerviosa era la silenciosa e inquietante curiosidad que crecía en su interior: una curiosidad por el hombre que se sentaba frente a ella con tanta fría confianza, el hombre que tenía su futuro en sus manos.

Tatiana apartó su mirada de Viktor y miró fijamente el fuego, las llamas parpadeantes proyectaban sombras que danzaban a lo largo de las paredes del estudio. Quería gritarle, decirle que ella no era una posesión que pudiera poseer, que era más que un contrato escrito años atrás. Pero las palabras se atascaron en su garganta, agobiadas por la opresiva realidad de su situación.

Viktor se reclinó en su silla, sus movimientos eran deliberados y medidos. "Aquí descubrirás que la resistencia no te sirve, Tatiana", dijo en voz baja, casi tranquilizadora. "Es mejor aceptar tu lugar".

Apretó la mandíbula. "¿Mi casa?" susurró, apenas audible, su voz temblaba con una mezcla de frustración y miedo.

La mirada de Viktor no vaciló. "Como mi esposa. Mi posesión. Es el único lugar que tienes ahora".

La finalidad de su tono aplastó cualquier esperanza que le quedara de razonar con él. Estaba claro que Viktor no la veía como a una igual o incluso como alguien con opción. A sus ojos, ella ya era suya, y cualquier argumento que pudiera reunir sería sólo una formalidad, un retraso en lo inevitable. Pero incluso mientras estaba sentada allí, atrapada bajo el peso de sus palabras, algo más se agitó dentro de ella: un destello de desafío, enterrado profundamente pero aún ardiendo.

Tatiana no era ingenua. Sabía que Viktor era peligroso, que no era el tipo de hombre que toleraría la desobediencia o la falta de respeto. Pero tampoco podía negar la atracción que sentía hacia él. No era sólo miedo; era algo más primario, algo que hacía que su pulso se acelerara cada vez que sus ojos se encontraban con los de ella.

Podía sentir cómo la tensión en la habitación cambiaba mientras Viktor continuaba mirándola, sus ojos escaneando su rostro como si estuviera buscando algo, alguna señal de sumisión, tal vez, o tal vez algo más. Su presencia era abrumadora, llenaba el espacio a su alrededor, dejándola sin espacio para respirar.

Tatiana se obligó a mirarlo a los ojos, tratando de reunir la fuerza que sabía que necesitaba para sobrevivir en su mundo. "No seré prisionera", dijo en voz baja, pero había un temblor en su voz que delataba la incertidumbre que sentía.

Los labios de Viktor se curvaron en una fría sonrisa y, por un momento, creyó ver un destello de diversión en sus ojos. "No lo entiendes, Tatiana. No eres una prisionera. Eres mi esposa".

Las palabras flotaban en el aire entre ellos, pesadas e inevitables. Tatiana sintió que se le aceleraba el pulso y su mente se aceleraba para procesar lo que eso realmente significaba. Esposa. No prisionero. No esclavo. Pero sigue siendo suyo.

"Ni siquiera me conoces", susurró, más para sí misma que para él, y el pensamiento se le escapó antes de que pudiera detenerlo.

Los ojos de Viktor se oscurecieron, su sonrisa se desvaneció mientras se inclinaba hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. "Ya sé lo suficiente", dijo, su voz era un murmullo tranquilo y peligroso. "Sé que me perteneces. Eso es todo lo que necesito saber".

La respiración de Tatiana se entrecortó. La intensidad de sus palabras, la absoluta certeza en ellas, le provocó un escalofrío por la espalda. No había lugar para negociar con Viktor, ni espacio para que ella labrara su propio camino. En su mundo, ella ya era reclamada, ya estaba unida a él de maneras que aún no podía comprender.

Tragó con fuerza, con la garganta apretada mientras intentaba hacer retroceder la creciente marea de miedo y confusión. Le temblaron las manos mientras dejaba el vaso de whisky sobre la mesa, sintiendo la mirada de Viktor en cada movimiento. "Yo no pedí esto", dijo, su voz apenas era más que un susurro.

Viktor se puso de pie lentamente, su figura alta e imponente proyectaba una larga sombra a través de la habitación mientras se acercaba a ella. "No", dijo, su voz era un murmullo bajo. "Pero es tuyo de todos modos."

Le tendió la mano y, por un momento, Tatiana vaciló, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Quería resistirse, alejarlo, aferrarse a cualquier fragmento de autonomía que le quedara. Pero la mirada de sus ojos le dijo que la resistencia sería inútil. Lentamente, a regañadientes, ella colocó su mano temblorosa en la de él, el calor de su piel contra la de ella envió un shock de conciencia a través de ella.

El agarre de Viktor fue firme pero no duro mientras la levantaba. Su toque fue un recordatorio del poder que ejercía, no sólo sobre su cuerpo sino sobre su vida. Mientras la conducía hacia la puerta del estudio, Tatiana sintió que el peso de la inevitabilidad se apoderaba de ella como un pesado manto. No había forma de escapar del control de Viktor, ni dar marcha atrás en el camino al que se había visto obligada.

Esta era su realidad ahora.

Y por mucho que la aterrorizara, por mucho que quisiera huir, había una parte de ella (una parte oscura y secreta) que no podía negar la atracción que sentía hacia el hombre que la había reclamado.

La mano de Viktor agarró la de Tatiana suavemente, pero no había nada suave en su orden mientras la conducía fuera del estudio. Los largos y oscuros pasillos de la mansión se extendían ante ellos y, aunque ella lo siguió, su mente estaba confusa. Su corazón martilleaba en su pecho, sus palmas estaban resbaladizas por el sudor y, sin embargo, debajo de todo, un calor extraño hervía a fuego lento en su vientre, algo que no entendía del todo pero que no podía ignorar.

Ella debería estar aterrorizada. Ella debería estar corriendo. Pero sus pies la acercaron más a lo que sea que le esperaba en los aposentos de Viktor.

Las puertas se alzaban delante, altas y amenazadoras, talladas intrincadamente en madera oscura. Viktor los abrió con facilidad y Tatiana se quedó sin aliento cuando entraron. La habitación era grandiosa, lujosa de una manera que parecía más opresiva que reconfortante. Una enorme cama dominaba el espacio, envuelta en sábanas

lujosas y profundas que parecían absorber la tenue luz del fuego que ardía en la chimenea. El aroma del cuero y la madera permaneció en el aire, mezclándose con el sutil almizcle que se adhería a la piel de Viktor.

La llevó al centro de la habitación antes de girarse para mirarla, sus ojos fríos y grises se clavaron en los de ella con una intensidad que hizo que sus piernas temblaran. El aliento de Tatiana se quedó atrapado en su garganta, una repentina conciencia la invadió cuando la presencia de Viktor la envolvió por completo. No hubo escapatoria. No de él. No de esto.

"Quítate la bata", ordenó Viktor, su voz tranquila pero con un tono que no dejaba lugar a la vacilación.

El pulso de Tatiana se aceleró. Ella tragó con fuerza, sintiendo el peso de su orden presionándola. Sus dedos buscaron a tientas el lazo de su bata, sus movimientos eran torpes como si el miedo y algo más (un anhelo que no quería nombrar) se enroscara más fuerte dentro de ella.

Con manos temblorosas, dejó que la bata se le deslizara por los hombros y se acumulara a sus pies. Debajo, llevaba un camisón fino, cuya delicada tela hacía poco para protegerla de la mirada de Viktor. Se sentía expuesta, vulnerable de una manera que nunca antes había sentido.

Los ojos de Viktor recorrieron su cuerpo, deteniéndose en sus curvas, la forma en que sus pezones se presionaban contra la tela transparente del vestido, endurecidos tanto por el frío como por la emoción prohibida que la recorría. Ella sintió su mirada como un toque, quemándole la piel, y su corazón se aceleró en respuesta. La vergüenza de su propia reacción la hizo querer cubrirse, pero su cuerpo la traicionó.

Podía sentir sus ojos sobre ella, el peso de su presencia era un recordatorio constante del poco control que tenía.

Ella jadeó suavemente cuando sus dedos rozaron sus hombros, deslizándose lentamente por sus brazos, haciendo que su piel hormigueara con anticipación y miedo. Su toque fue firme, asertivo, mientras trazaba la línea de su cuerpo, sus manos finalmente se posaron en sus caderas.

El aliento de Viktor era cálido contra la nuca mientras se acercaba. "Ahora me perteneces", susurró, su voz provocó que un escalofrío recorriera su espalda.

Las rodillas de Tatiana casi se doblaron cuando sus palabras se hundieron. Su cuerpo se sentía como si estuviera en llamas, el calor de su aliento, su toque, abrasando la

confusión y el miedo que nublaban su mente. Cada fibra de su ser le decía que resistiera, que se alejara, pero estaba congelada, atrapada en el momento, sin saber si era miedo o algo mucho más peligroso lo que la mantenía arraigada en su lugar.

Las manos de Viktor se movieron hacia abajo, deslizándose sobre la curva de su cintura antes de deslizarse debajo del dobladillo de su camisón. Tatiana jadeó, su cuerpo se tensó cuando sus dedos rozaron su piel desnuda, explorando los suaves planos de su estómago. Su respiración se entrecortó de nuevo y no pudo detener la forma en que su pecho se agitaba con cada inhalación entrecortada.

El camisón se deslizó de sus hombros con facilidad, cayendo formando un montón alrededor de sus tobillos, dejándola completamente expuesta ante él. Podía sentir el aire fresco de la habitación acariciando su piel desnuda, contrastando con el calor que parecía irradiar de Viktor.

Sus manos se movieron sobre sus senos, ahuecandolos firmemente, y Tatiana se mordió el labio, tratando de sofocar el gemido que amenazaba con escapar. Sus pezones se endurecieron aún más bajo su toque, un dolor agudo crecía dentro de ella que nunca antes había sentido.

Los dedos de Viktor rozaron sus pezones, girándolos entre su pulgar e índice, y Tatiana no pudo detener el jadeo que escapó de sus labios. La sensación no se parecía a nada que hubiera imaginado jamás, una mezcla de placer y vergüenza la recorrió mientras su cuerpo respondía a él en contra de su voluntad.

"Quieres esto", dijo Viktor suavemente, su aliento caliente contra su oreja.

Tatiana negó con la cabeza, pero la negación le pareció débil, incluso a ella. Su cuerpo la traicionaba con cada toque, sus pezones se elevaban bajo sus dedos, sus muslos se presionaban mientras un dolor nuevo y desconocido palpitaba entre sus piernas.

"Yo..." susurró, su voz apenas audible.

La mano de Viktor se deslizó más abajo, trazando un camino lento y deliberado por su estómago antes de encontrar la humedad entre sus muslos. La respiración de Tatiana se quedó atrapada en su garganta, todo su cuerpo tembló cuando sus dedos presionaron contra sus resbaladizos pliegues.

Ella dejó escapar un grito ahogado cuando uno de sus dedos se deslizó dentro de ella, moviéndose lentamente, provocándola con suaves caricias que la dejaron sintiéndose aún más vulnerable, más expuesta. Nunca antes había sentido algo así: la plenitud de

él dentro de ella, la forma en que su cuerpo se apretó alrededor de su dedo, desesperada por más, incluso cuando su mente le gritaba que se detuviera.

La otra mano de Viktor agarró su cadera, manteniéndola firme mientras la trabajaba con movimientos lentos y deliberados. Su dedo entró y salió de ella a un ritmo que la dejó sin aliento, su cuerpo temblaba mientras las sensaciones se acumulaban en su interior. Estaba mojada y dolía por él, aunque apenas entendía lo que estaba pasando. Todo lo que conocía era el calor, la presión, la forma en que el toque de Viktor la hacía olvidar todo lo demás.

Ella lo odiaba por eso. Odiaba la forma en que él la hacía sentir, la forma en que su cuerpo respondía a él como si no tuviera control sobre ello.

"Eres mía", gruñó Viktor, su voz llena de deseo mientras agregaba un segundo dedo, estirándola, llenándola aún más.

Las rodillas de Tatiana se doblaron y dejó escapar un suave grito, sus manos agarrando su brazo en busca de apoyo mientras oleadas de placer la invadían. No podía creer lo que estaba pasando; no podía creer cuánto lo deseaba, cuánto lo necesitaba, a pesar de todo.

"Dilo", exigió Viktor, sus dedos moviéndose más rápido, frotando contra el punto sensible dentro de ella que hizo que los dedos de sus pies se curvaran y su respiración se convirtiera en jadeos irregulares. "Di que me perteneces".

Tatiana negó con la cabeza, con la voz atrapada en la garganta, pero las palabras ya estaban allí, persistiendo en su lengua, esperando ser pronunciadas.

"Yo..." susurró, su voz se quebró a medida que el placer aumentaba, empujándola más cerca del límite.

"Eres mía, Tatiana", repitió Viktor, su voz era un gruñido bajo y peligroso. "Dilo".

"S-sí", jadeó, su voz apenas era un susurro. "Soy tuyo."

El agarre de Viktor sobre el brazo de Tatiana fue firme pero no doloroso mientras la conducía a la enorme cama que dominaba la habitación. La luz del fuego parpadeaba, proyectando sombras sobre el lujoso espacio, pero en lo único que Tatiana podía concentrarse era en la sensación de su mano sobre su piel. Su respiración era entrecortada, su pecho subía y bajaba rápidamente a medida que comprendía la realidad de lo que estaba a punto de suceder. Se sentía expuesta, vulnerable, pero

más que eso: su cuerpo, traidor y ardiendo de necesidad, lo anhelaba con fuerza. manera que la asustó y excitó al mismo tiempo.

Viktor la guió hasta el borde de la cama y suavemente la empujó hacia abajo. Las frescas sábanas de seda acariciaron su piel desnuda mientras se recostaba, su corazón latía tan fuerte que podía oírlo en sus oídos. No podía apartar los ojos de él mientras él comenzaba a desvestirse lentamente. Pieza por pieza, Viktor se quitó la ropa con cuidado deliberado, sin dejar de mirarla a los ojos. La visión de su pecho ancho, tatuado y musculoso, la forma en que su cuerpo parecía irradiar poder y control, sólo alimentó el creciente calor entre sus muslos.

Y luego se quitó los pantalones, dejando al descubierto su gruesa y palpitante polla, parada orgullosamente entre sus piernas. La respiración de Tatiana se atascó en su garganta, sus ojos muy abiertos estaban fijos en él. Nunca antes había visto a un hombre desnudo, nunca había imaginado cómo sería este momento, pero ahora que estaba sucediendo, lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que lo deseaba dentro de ella.

Viktor notó la forma en que su mirada se detuvo en él, y una sonrisa de satisfacción apareció en la comisura de sus labios. Se subió a la cama y se colocó entre sus piernas, el calor de su cuerpo presionándola. Tatiana sintió la cabeza de su polla empujar contra sus resbaladizos pliegues, enviando una sacudida de anticipación a través de ella. Todo su cuerpo tembló mientras agarraba las sábanas debajo de ella, su corazón latía con miedo y deseo.

Hizo una pausa y sus ojos se oscurecieron mientras recorrían su rostro sonrojado. "Nunca has hecho esto antes", dijo suavemente, pero no había ninguna duda en su tono: era una declaración, una confirmación de lo que ya sabía.

Tatiana asintió, con la voz atascada en la garganta. "Yo... no, no lo he hecho."

Un destello de algo (¿era ternura?) pasó por el rostro de Viktor, pero desapareció tan rápido como había aparecido. Se inclinó y sus labios rozaron su oreja mientras susurraba: "No te preocupes, yo cuidaré de ti".

La respiración de Tatiana se entrecortó cuando sintió que él presionaba más firmemente contra ella, la punta de su polla separando sus resbaladizos pliegues. Se movió lentamente, centímetro a centímetro agonizante, empujando su apretado calor. Ella jadeó, su espalda arqueada sobre la cama mientras luchaba por adaptarse a la abrumadora sensación de estar llena por primera vez. Viktor gimió suavemente, sus ojos se cerraron por un momento mientras saboreaba la sensación de su cuerpo estirándose a su alrededor.

Estaba tan apretada, tan increíblemente apretada, y Viktor disfrutó cada segundo de su rendición. Podía sentirla temblar debajo de él, podía ver la mezcla de miedo y deseo puro en sus ojos, y eso sólo hacía que la deseara más. Su polla se deslizó más profundamente, llenándola por completo, hasta que quedó completamente enterrado dentro de ella.

Tatiana dejó escapar un suave gemido, la mezcla de incomodidad y placer luchaba dentro de ella. Nunca había experimentado algo así: estar tan llena, tan completamente consumida por otra persona. Era aterrador, pero al mismo tiempo su cuerpo ansiaba más. La presión dentro de ella aumentaba con cada respiración superficial, sus caderas se movían instintivamente para encontrarse con las de él cuando él comenzó a empujar.

Viktor se movió lentamente al principio, sus movimientos deliberados y controlados. Él la estaba poniendo a prueba, observándola de cerca para evaluar sus reacciones, para ver hasta dónde podía llegar antes de quebrarse. Los ojos de Tatiana se cerraron mientras se concentraba en la sensación de él dentro de ella, la forma en que su polla la estiraba de una manera que nunca había creído posible.

Pero Viktor no se mantuvo amable por mucho tiempo. Con cada embestida, empujó más fuerte, más rápido, penetrándola con fuerza cada vez mayor. La cama crujió debajo de ellos cuando sus movimientos se volvieron más agresivos, más exigentes, y Tatiana se encontró aferrándose impotente a las sábanas mientras el placer y el dolor se mezclaban en un torbellino vertiginoso.

"Eres mía", gruñó Viktor, su voz áspera y posesiva mientras la empujaba de nuevo, esta vez con más fuerza. "Dilo".

La mente de Tatiana era una neblina de sensaciones, su cuerpo la traicionaba con cada poderoso empujón. No podía pensar, no podía hablar; todo lo que podía hacer era sentir. La forma en que la polla de Viktor la estiraba, la llenaba por completo, la forma en que su cuerpo respondía a su dominio con un deseo vergonzoso.

"Dilo", exigió Viktor de nuevo, sus embestidas se volvieron aún más implacables mientras la tomaba, reclamándola con cada movimiento.

Tatiana jadeó, su voz apenas era un susurro mientras ahogaba las palabras. "Yo... soy tuyo."

Los ojos de Viktor ardieron de satisfacción cuando la escuchó rendirse. Empujó con más fuerza, su ritmo se aceleró mientras los llevaba a ambos hacia el borde. El cuerpo

de Tatiana tembló debajo de él, sus piernas se envolvieron instintivamente alrededor de su cintura mientras la tensión dentro de ella crecía hasta un punto insoportable.

La presión, la intensidad de sus embestidas, la forma en que su cuerpo respondía al de él... todo era demasiado, demasiado abrumador. La respiración de Tatiana era entrecortada, su cuerpo temblaba al sentir que se tambaleaba al borde de algo que nunca antes había experimentado.

Y luego, con un último y brutal empujón, Viktor la empujó al límite.

Tatiana gritó, arqueando la espalda sobre la cama mientras el placer explotaba a través de ella, cada músculo de su cuerpo se tensaba mientras oleadas de éxtasis la invadían. Viktor gimió, sus manos agarrando sus caderas mientras la seguía hasta el borde, su polla palpitaba dentro de ella mientras la llenaba con su liberación.

Por un momento, el mundo desapareció y no hubo nada más que el sonido de su respiración agitada, la sensación de sus cuerpos apretados después de su clímax compartido.

Tatiana yacía debajo de él, su cuerpo temblaba con las réplicas de su orgasmo, su mente luchando por procesar lo que acababa de suceder. Nunca había imaginado que sería así: tan intenso, tan crudo, tan... consumidor.

Y, sin embargo, a pesar del miedo y la confusión, a pesar de que acababa de ser reclamada por un hombre al que apenas conocía, Tatiana no podía negar la conexión que sentía con Viktor en ese momento. Él era peligroso, poderoso y aterrador, pero también era el único que alguna vez la había hecho sentir así: viva, deseada y completamente consumida.

El aliento de Viktor era cálido contra su piel mientras se inclinaba y rozaba sus labios contra su oreja. "Eres mía, Tatiana", susurró, en voz baja y posesiva. "Y nunca te dejaré ir".

El corazón de Tatiana se aceleró, su cuerpo todavía temblaba debajo de él mientras el peso de sus palabras se posaba sobre ella como una nube oscura. No sabía lo que le deparaba el futuro, no sabía qué sería de ella ahora que le pertenecía a él.

Tatiana yacía debajo de Viktor, su cuerpo todavía temblaba por la intensidad de lo que acababa de suceder. Su piel estaba sonrojada, una fina capa de sudor se pegaba a ella mientras intentaba recuperar el aliento. Viktor permaneció encima de ella por un momento más, su peso presionándola de una manera que era al mismo tiempo angustiosa y asfixiante.

Mientras él salía lentamente de ella, ella sintió una abrumadora mezcla de emociones inundar su sistema: miedo, vergüenza, confusión y algo más oscuro, algo que persistía en la boca de su estómago, un hambre que no entendía. Viktor acababa de reclamarla de la manera más íntima y cruda posible, y en lugar de sentirse rota o devastada, se sentía... despierta. Cambió.

Viktor se alejó de ella, su gran figura proyectaba una sombra sobre ella mientras se sentaba en el borde de la cama. Él no habló, no la saludó de inmediato, como si ya la hubiera sacado de sus pensamientos. Por un breve momento, Tatiana sintió el escozor del rechazo, la repentina frialdad en la habitación la hizo temblar.

Observó cómo Viktor se levantaba, sus movimientos lentos y calculados, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se puso los pantalones con el mismo cuidado que había tenido al quitárselos, dejando la camisa suelta sobre sus anchos hombros. Exudaba confianza, como si lo que acababa de suceder sólo hubiera solidificado su control sobre ella.

La mente de Tatiana se aceleró. Levantó las sábanas para cubrirse, aunque el acto le pareció inútil después de lo que acababa de suceder. El aire entre ellos estaba cargado de tensión, pero Viktor no parecía afectado en absoluto, como si tomarla no hubiera sido más que un deber cumplido.

"Descansen un poco", dijo Viktor, su voz baja y autoritaria, rompiendo el silencio entre ellos. Él no la miró, sino que su mirada se fijó en las llamas moribundas de la chimenea. "Necesitarás tu fuerza".

El corazón de Tatiana dio un vuelco. ¿Fuerza para qué? Quería preguntar, exigir respuestas, pero las palabras no le salían. Todavía estaba demasiado cruda, demasiado abrumada por la avalancha de sensaciones que la habían invadido.

Viktor finalmente se giró para mirarla, su expresión era ilegible, pero sus ojos ahora estaban más oscuros, llenos de algo que ella no podía identificar. "No seré amable la próxima vez", añadió, con un tono informal pero con un peso que hizo que a Tatiana se le revolviera el estómago.

Se le cortó el aliento y una oleada de inquietud la invadió. Ella no sabía cómo responder, no sabía cómo navegar la dinámica de poder que ahora existía entre ellos. Nunca se había sentido más vulnerable en su vida, sin embargo, había una extraña sensación de seguridad en la presencia de Viktor, a pesar de que sabía que él podría destruirla fácilmente si así lo deseaba.

Viktor la observó por un momento más, como si evaluara su reacción, antes de darse la vuelta. Cruzó la habitación hasta un pequeño carrito de bar cerca de la ventana y se sirvió un vaso de whisky. Tatiana no pudo evitar sentir la marcada división entre ellos: él estaba tranquilo, en control, mientras que ella tenía que lidiar con las consecuencias de lo que acababa de suceder.

Le dolía el cuerpo, un recordatorio de la intensidad de su encuentro, pero no era sólo físico. Algo dentro de ella había cambiado, una parte de ella que siempre había estado protegida y protegida, ahora expuesta a las duras realidades del mundo de Viktor. Nunca se había sentido tan en conflicto: una parte de ella quería huir, huir lo más lejos posible de él, mientras que otra parte, una parte más oscura, quería más. Anhelaba más.

Viktor tomó un sorbo de su bebida, dándole la espalda, aparentemente perdido en sus pensamientos. El silencio se extendió entre ellos, pesado y asfixiante, pero Tatiana no se atrevía a hablar. No estaba segura de qué decir, no estaba segura de cómo salvar el abismo que se había abierto entre ellos.

Se sentó lentamente, apretando la sábana alrededor de su cuerpo mientras balanceaba las piernas sobre el borde de la cama. Su corazón latía con fuerza en su pecho, su pulso se aceleraba mientras miraba a Viktor, sin saber si debía quedarse o irse.

"No correré", dijo en voz baja, las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Viktor se giró para mirarla, su expresión era ilegible, pero había un destello de algo en sus ojos: aprobación, tal vez. Él no respondió, no le ofreció ningún consuelo, pero el peso de su mirada dejó claro que esperaba que ella cumpliera su palabra.

El pulso de Tatiana se aceleró y en ese momento se dio cuenta de que su vida ya no era la suya. Estaba unida a Viktor ahora, en más de un sentido, y no había manera de escapar del dominio que él tenía sobre ella. No importa cuánto quisiera negarlo, había sentido algo durante su encuentro, algo oscuro y primitivo que se había agitado dentro de ella, y sabía que Viktor también lo había sentido.

El silencio entre ellos se hizo más pesado, más opresivo, mientras la comprensión se apoderaba de ella como un peso. Se había entregado a Viktor y, al hacerlo, había renunciado a una parte de sí misma que nunca podría recuperar.

Pero incluso cuando el miedo y la incertidumbre se arremolinaban en su interior, había una atracción innegable, una atracción oscura que hacía que su estómago se retorciera de miedo y deseo.

Los ojos de Viktor permanecieron fijos en los de ella, su presencia dominando la habitación. No necesitaba decir nada más; su mensaje era claro. Ahora ella le pertenecía a él, en cuerpo y alma.

Y no hubo vuelta atrás.

Capítulo 5

La luz de la mañana se filtraba a través de las gruesas cortinas del dormitorio de Viktor, proyectando largas sombras en el suelo de madera. Viktor se sentó en el borde de la cama, de espaldas a la habitación, contemplando la quietud de su propiedad. Su camisa colgaba holgada sobre sus hombros, con los primeros botones desabrochados como si el simple acto de vestirse hubiera requerido más esfuerzo del habitual. Su mente estaba en otra parte, perdida en los acontecimientos de la noche anterior.

Tatiana.

Su nombre despertó algo en él, algo que no estaba acostumbrado a sentir. Se pasó una mano por el cabello oscuro y exhaló lentamente mientras el recuerdo de ella inundaba su mente. La forma en que su cuerpo había respondido a él, sus ojos muy abiertos se llenaron de miedo y algo más, algo más oscuro. Deseo.

Viktor no estaba familiarizado con el deseo, pero lo que había sucedido la noche anterior era diferente. Había tomado mujeres antes, mujeres que sabían qué esperar de él, mujeres que lo buscaban por su poder y dominio. Pero Tatiana había sido virgen. Intacto. Puro de una manera que lo fascinaba y frustraba al mismo tiempo.

No esperaba que ella le afectara de la forma en que lo había hecho. En el momento en que la vio, de pie tímidamente en la puerta de la casa de su padre, algo se movió dentro de él. No era amor, eso lo sabía. El amor era una debilidad que no podía permitirse, especialmente en su mundo. Pero había algo en Tatiana que persistía en sus pensamientos, algo que lo hacía sentir... posesivo.

Sus manos se flexionaron involuntariamente al recordar la sensación de su piel, suave y cálida bajo su tacto. Ella había estado tan vacilante, tan insegura, pero su cuerpo la había traicionado, respondiéndole de maneras que la habían sorprendido incluso a ella. Viktor sonrió para sí mismo, un atisbo de satisfacción curvándose en las comisuras de su boca. Había esperado resistencia, incluso desafío, pero lo que encontró fue sumisión envuelta en miedo y confusión. Y había tomado lo que era suyo, tal como tenía todo el derecho a hacerlo.

Ella era suya ahora.

El peso de esa comprensión se apoderó de él como un manto, a la vez tranquilizador y peligroso. No necesitaba una esposa. Se lo había dejado claro a Nikolai cuando se mencionó el acuerdo por primera vez. Este matrimonio no se trataba de amor o compañerismo; se trataba de poder. Una herramienta para solidificar su dominio, un recordatorio para aquellos que se atrevieron a contrariarlo de que podía tomar lo que quisiera.

Pero Tatiana no era un peón más. Ella era diferente.

Viktor frunció el ceño, molesto por la dirección que estaban tomando sus pensamientos. No era el tipo de hombre que dejaba que las emociones nublaran su juicio. Todo en su vida estaba calculado, controlado. No se encariñaba con la gente, especialmente con las mujeres. Iban y venían, desechables y reemplazables. Sin embargo, aquí estaba, sentado en la tranquilidad de su dormitorio, pensando en una mujer que apenas conocía, una mujer que había sido forzada a entrar en su vida como parte de un trato hecho años atrás.

Apretó la mandíbula al recordar la expresión del rostro de su padre cuando la cedió. Ivan Ivanov había sido un hombre destrozado, desesperado y débil, dispuesto a hacer cualquier cosa para salvarse de la ira de la Bratva. Viktor lo había perdonado, no por misericordia, sino porque había más poder para mantenerlo con vida, para controlar su destino. Prometerle a Tatiana había sido una manera de recordarle a Ivanov quién realmente tenía el poder, una manera de mantenerlo bajo el control de Viktor.

Viktor había esperado no sentir nada hacia la chica. Ella era un medio para un fin, nada más. Pero la noche anterior había despertado algo en su interior, algo que no entendía del todo.

Posesión.

Eso fue todo. No fue amor. No era deseo en el sentido romántico. Era la necesidad de poseer, de reclamar lo que por derecho era suyo. Tatiana no había sido tocada y ahora era suya en todos los aspectos importantes. Nadie más la tocaría jamás. Nadie más la tendría jamás.

Se levantó de la cama y cruzó la habitación con pasos medidos. Su reflejo le devolvió la mirada desde el espejo de la pared, las líneas marcadas de su rostro expresaban una expresión sombría. No era un hombre dado a la introspección, pero algo en esta situación lo corroía, inquietándolo de maneras que no podía definir del todo.

La noche anterior había cambiado las cosas, aunque no estaba seguro de cómo. Tatiana se había rendido ante él, pero no había sido la victoria que esperaba. No había sido la conquista fácil que había previsto. Ella se había resistido a él, no físicamente, sino emocionalmente, y esa resistencia sólo había hecho que él la deseara más.

Había visto el miedo en sus ojos, la forma en que su respiración se atascaba en su garganta cuando sus manos se movían sobre su cuerpo. Pero también había algo más: un destello de curiosidad, de deseo. Ella le había respondido, aunque no hubiera sido su intención. Su cuerpo la había traicionado, revelando la verdad de sus deseos incluso mientras su mente luchaba contra ello.

Y ahora ella era suya, unida a él por la ley y la carne. Podía hacer lo que quisiera con ella y nadie lo cuestionaría. Pero mientras estaba allí, mirando su reflejo, se preguntó qué significaba eso realmente.

Viktor no era un hombre que se dejara distraer por asuntos personales, especialmente cuando había cosas más importantes entre manos. La Bratva tenía enemigos, enemigos serios. Los Morozov eran cada día más audaces y las tensiones entre las facciones estaban a punto de desbordarse. Hoy tuvo una reunión con Nikolai para discutir la situación y planificar su próximo movimiento. Eso era lo que importaba. Ni Tatiana, ni el extraño tirón que sentía hacia ella.

Y sin embargo...

Viktor sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos. No podía permitirse el lujo de distracciones, no ahora. La niña aprendería cuál es su lugar. Ella se adaptaría a su nueva vida y él se aseguraría de que entendiera quién tenía el control. No había lugar para la debilidad en este mundo, y Viktor no estaba dispuesto a permitir que una chica ingenua y protegida le hiciera olvidar eso.

Con una última mirada a la cama donde Tatiana había yacido apenas unas horas antes, Viktor se arregló la corbata y salió de la habitación. Había trabajo por hacer y él no era el tipo de hombre que permitía que los asuntos personales interfirieran con los negocios.

Mientras descendía la gran escalera, el sonido de sus pasos resonó en los pasillos vacíos, un recordatorio del poder que ejercía en esta casa. Era Viktor Petrov, segundo al mando de la Volkov Bratva, y nada (ni siquiera los extraños e inquietantes sentimientos que Tatiana despertaba en él) cambiaría eso.

El elegante sedán negro se detuvo frente a la gran propiedad que servía como base de operaciones de Nikolai Volkov. Viktor salió, ajustándose las solapas de su traje a medida mientras miraba la imponente estructura. Era un símbolo de poder, al igual que su dueño. Viktor siempre había admirado la capacidad de Nikolai para gobernar con mano de hierro mientras mantenía a raya a sus enemigos mediante una calculada crueldad. La Bratva prosperó bajo el liderazgo de Nikolai y, como su mano derecha, Viktor desempeñó un papel vital en el mantenimiento de ese equilibrio de miedo y respeto.

Pero hoy algo se sentía diferente. Mientras Viktor entraba a la mansión, su mente no estaba únicamente en la volátil situación con Morozov Bratva o en los planes que necesitaban implementar para hacer frente a la creciente amenaza. No, una parte de él todavía estaba enredada en pensamientos de Tatiana, de la noche que habían compartido y de las emociones inquietantes que habían aflorado en él desde entonces. Era una distracción que no podía permitirse en ese momento.

Las pesadas puertas de roble de la oficina de Nikolai se abrieron y Viktor fue recibido por la visión de su jefe y confidente más cercano sentado detrás de un amplio escritorio, revisando documentos con gran atención. Nikolai levantó la vista cuando Viktor entró, sus acerados ojos azules lo evaluaron con la aguda inteligencia que le había ganado la posición de capo de Bratva.

"Viktor", saludó Nikolai, su tono neutral pero mezclado con la autoridad que siempre persistía en su voz. "Adelante. Tenemos mucho que discutir".

Viktor asintió brevemente y se movió para tomar asiento en una de las sillas de cuero frente al escritorio de Nikolai. Dejó su maletín a su lado y se reclinó ligeramente, su postura relajada, pero su mente ya aguda y lista para la conversación que tenía por delante.

"Los Morozov se están volviendo audaces", dijo Nikolai sin preámbulos, pasando una página del expediente que tenía delante. “Nuestras fuentes indican que se están preparando para hacer un movimiento en una de nuestras rutas de suministro. Necesitamos estar preparados para ellos”.

La mandíbula de Viktor se apretó. “Han estado poniendo a prueba nuestros límites durante demasiado tiempo. Es hora de que les recordemos quién controla este territorio”.

Nikolai levantó una ceja y su mirada se dirigió a Viktor con un brillo de complicidad. “Normalmente no eres tan rápido para saltar a la acción. ¿Tienes algo en mente?

Viktor dudó por un breve momento antes de negar con la cabeza. “Nada que afecte la situación. Es necesario ocuparse de los Morozov. Estoy listo para hacer lo que sea necesario”.

Nikolai estudió a Viktor durante un largo momento, sus agudos ojos parecían atravesar cualquier fachada. "No dudo de tu disposición", dijo lentamente. “Pero te conozco, Viktor. Te conozco desde hace años. Algo anda mal”.

Los labios de Viktor se apretaron formando una fina línea. Debería haber sabido que no podía ocultarle nada a Nikolai. Su jefe tenía una extraña habilidad para sentir cuando algo andaba mal, y la distracción de Viktor por Tatiana claramente mostraba más de lo que había imaginado.

"¿Es la chica?" Preguntó Nikolai, recostándose en su silla mientras una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios. "Tu nueva esposa".

La palabra "esposa" se sintió extraña en los oídos de Viktor. Tatiana era, legalmente, su esposa, pero él no se había permitido pensar en ella de esa manera. Ella era una herramienta, una propiedad, como cualquier otro activo que venía con la vida que él llevaba. Pero la mirada cómplice de Nikolai dejó claro que Viktor no podía ignorar el tema tan fácilmente.

"Yo me encargo", dijo Viktor, con la voz entrecortada.

Nikolai levantó una ceja y la diversión brilló en sus ojos. "¿Eres? Porque he visto esto antes. El poder que conlleva tener a alguien atado a ti de esa manera es más que solo control sobre otra persona. Te afecta, Viktor. Lo admitas o no”.

Viktor se puso ligeramente rígido. "No dejo que los asuntos personales interfieran con los negocios".

Nikolai se rió suavemente, aunque no había malicia en el sonido. “No estoy sugiriendo que lo hayas hecho. Todavía. Pero he visto a hombres como tú intentar convencerse de que tener una mujer (especialmente una joven e inocente como Tatiana) no los cambiará. Lo hace. Ya estás pensando en ella, ¿no?

El silencio de Viktor fue toda la confirmación que Nikolai necesitaba. El hombre mayor se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio mientras su sonrisa se convertía en algo más serio.

“Deberías tomarte este matrimonio en serio, Viktor. Entiendo por qué hizo el trato con Ivanov y fue una decisión inteligente. Pero debes darte cuenta de que Tatiana es más que un simple peón. Ella es tu esposa, la futura madre de tus hijos. Ahora es parte de tu vida y, si no tienes cuidado, se convertirá en una debilidad”.

Los ojos de Viktor se entrecerraron. "Ella no es una debilidad".

“Tal vez todavía no”, admitió Nikolai, “pero lo será si no manejas esto adecuadamente. Una mujer como Tatiana, joven y protegida, no va a aceptar simplemente porque la has reclamado. Tendrás que ganarte su lealtad, su confianza. Y una vez que tengas eso, ella será una de tus mayores fortalezas”.

La idea de que Tatiana fuera una fortaleza no había pasado por la mente de Viktor. Había pensado en ella sólo en términos de posesión y control, una forma de recordarle a Ivanov su lugar y consolidar el poder. Pero lo que Nikolai decía tenía sentido, aunque fuera una verdad difícil de aceptar.

"Ella no está preparada para nuestro mundo", dijo Viktor en voz baja.

Nikolai asintió. “No, no lo es. Pero lo será si se lo presentas de la manera correcta. Has hecho la parte difícil: reclamarla. Ahora hay que integrarla. Tráela al club. Preséntala a las esposas de los otros hombres. Déjala ver cómo es esta vida”.

Viktor frunció el ceño, la idea de hacer desfilar a Tatiana frente a los otros hombres de Bratva no le sentaba bien. No le gustaba la idea de que la miraran, aunque sabía que ninguno de ellos se atrevería a hacer ningún movimiento hacia ella. Ella era suya, y ese solo hecho debería ser suficiente para mantenerla a salvo. Aún así, el instinto protector que había estado hirviendo en el fondo de su mente desde la noche anterior se agitó nuevamente.

"No quiero que ella esté en peligro", dijo Viktor.

La mirada de Nikolai se suavizó ligeramente, aunque su tono siguió siendo pragmático. “Ella está en peligro solo por ser tu esposa. Ya lo sabes. Mantenerla encerrada no cambiará esa realidad. Lo mejor que puedes hacer es asegurarte de que ella conozca el resultado y comprenda lo que está en juego”.

Viktor exhaló lentamente, sus pensamientos dando vueltas mientras intentaba procesar lo que Nikolai estaba diciendo. Tatiana no era simplemente una mujer cualquiera que había conocido por capricho. Ahora estaba unida a él por el matrimonio y por la promesa que le había hecho a su padre. Si no manejaba esto adecuadamente, podría

convertirse en un problema, un problema que podría costarle algo más que su reputación.

"Lo pensaré", dijo finalmente Viktor, en voz baja.

Nikolai asintió, pareciendo satisfecho con esa respuesta. "Bien. Y recuerda, Viktor, esta vida es más que sólo poder. Se trata de control. Cuanto más control tengas sobre Tatiana, más control tendrás sobre todo lo demás".

Viktor se puso de pie, con la mente cargada de pensamientos sobre el futuro y el peso de su responsabilidad. Nikolai tenía razón: Tatiana era parte de su mundo ahora, le gustara o no. Y si él no encontraba una manera de manejarla, ella podría convertirse en su mayor activo y su mayor responsabilidad.

"Vamos a encargarnos de los Morozov", dijo Viktor, volviendo la conversación al tema de los negocios. "Y luego me ocuparé del resto".

Viktor respiró hondo, su mente dando vueltas con la conversación sobre Tatiana, pero sabía que ahora no era el momento de insistir en ello. Nikolai tenía una forma de indagar en las partes de él que intentaba mantener enterradas, pero Viktor necesitaba concentrarse en el asunto en cuestión: los Morozov. Si no manejaban esta creciente amenaza con precisión, todo lo que habían construido estaría en riesgo.

Nikolai se reclinó en su silla, sintiendo el cambio en el comportamiento de Viktor. "Los Morozov se están volviendo audaces", dijo con voz aguda. "Han estado haciendo movimientos en nuestro territorio durante semanas, poniendo a prueba los límites de lo que pueden salirse con la suya. Es hora de recordarles su lugar".

Viktor asintió, su mente volviendo al papel de estratega. "Nuestras fuentes dicen que están planeando algo grande: posiblemente atacar una de nuestras líneas de suministro. Están tratando de cortarnos las rodillas antes de atacar la cabeza".

"Exactamente", dijo Nikolai. Se levantó y caminó hacia la gran ventana detrás de su escritorio, contemplando la ciudad en expansión que se extendía debajo. "Hemos sido indulgentes y les hemos dejado traspasar los límites. Eso termina ahora".

La mandíbula de Viktor se apretó. Los Morozov eran una molestia, pero no se podía subestimar. En el mundo de Bratva, en el momento en que mostrabas debilidad, tus enemigos se acercaban como buitres. Viktor siempre se había enorgullecido de ser quien imponía la voluntad de Nikolai con fuerza implacable, y esta situación no sería diferente.

"Ya han colocado a algunos de sus hombres en sus posiciones", dijo Viktor. “Tenemos los ojos puestos en ellos, pero sugiero que ataquemos primero. Golpee sus operaciones antes de que puedan siquiera hacer un movimiento contra nosotros”.

La mirada de Nikolai permaneció fija en el horizonte, su expresión ilegible. "¿Cuántos hombres necesitamos?"

Viktor consideró la pregunta, su mente ya trazaba un plan de ataque. “Necesitaremos un equipo pequeño pero altamente capacitado. Entrar con demasiada potencia de fuego los alertará incluso antes de que nos acerquemos. Tengo algunos hombres en mente: leales, eficientes y buenos en el combate cuerpo a cuerpo. Les golpeamos donde más duele, en silencio, y les enviamos un mensaje claro”.

Nikolai asintió con las manos entrelazadas a la espalda. “Asegúrate de que esté limpio. Sin cabos sueltos. No podemos permitirnos un espectáculo público en este momento, especialmente cuando todos los ojos están puestos en nosotros”.

Viktor se puso de pie y sacó su teléfono de su bolsillo. Ya estaba redactando mensajes para los hombres que necesitaría para esta operación. “Considérelo hecho”.

Mientras Viktor comenzaba a caminar hacia la puerta, Nikolai habló de nuevo, su voz tenía la misma autoridad de siempre, pero con un toque de algo más, algo casi personal. “Y Viktor… cuando se trata de Tatiana, no cometas el error de subestimarla. Las mujeres como ella son más fuertes de lo que parecen. Lo descubrirás muy pronto”.

Viktor hizo una pausa y miró a Nikolai. Había un peso extraño en sus palabras, algo que Viktor no podía identificar. Pero ahora no había tiempo para pensar en ello. Tenía que prepararse para una operación y los Morozov estaban a punto de aprender una dura lección.

Sin decir una palabra más, Viktor salió de la oficina de Nikolai, su mente una vez más consumida por los negocios. El viaje de regreso a su propiedad fue borroso, sus pensamientos se centraron en la próxima misión. Tendría que actuar con rapidez, asegurarse de que todo estuviera en su lugar antes de que los Morozov tuvieran la oportunidad de reaccionar. No había margen de error.

Pero por mucho que intentó dejarlo de lado, la conversación sobre Tatiana permaneció en el fondo de su mente. El consejo de Nikolai resonó en sus oídos, resonando con más fuerza que los planes de los Morozov. Control. Fortaleza. Activos. Viktor siempre había visto el mundo a través de esa lente: las personas eran herramientas que debían usarse o obstáculos que debían eliminarse. Tatiana no había sido más que un medio

para lograr un fin, una forma de saldar una vieja deuda y recordarle a Ivanov cuál era su lugar.

Pero ahora, después de esa noche, las cosas se sentían diferentes.

La forma en que Tatiana lo había mirado, la forma en que su cuerpo había respondido a su toque, había despertado algo en él que no esperaba. Había querido controlarla, dominarla, pero al hacerlo, sintió que algo se movía dentro de él, algo que no había previsto. No era sólo lujuria; fue más que eso. Y eso le molestó.

Cuando el auto de Viktor se detuvo en la finca, apretó los puños, tratando de sacudirse la inquietud que se había instalado en su pecho. Este no era el momento para dudas ni distracciones. Tenía un trabajo que hacer y Tatiana tendría que esperar.

En el momento en que entró en la mansión, su teléfono vibró con un mensaje de uno de sus hombres. Fue una confirmación: todo estaba en su lugar para el ataque a los Morozov. Viktor se permitió una pequeña sonrisa mientras guardaba su teléfono en el bolsillo. Había llegado el momento de recordarles a todos por qué Volkov Bratva gobernaba esta ciudad.

Mientras se dirigía a su oficina, los pensamientos de Viktor regresaron a Tatiana, a pesar de sus mejores esfuerzos por bloquearlos. Ella todavía estaba allí, en algún lugar de esta casa, y por mucho que intentara sacarla de su mente, no podía quitarse la imagen de ella tendida debajo de él, con los ojos muy abiertos por el miedo y algo más, algo que él había sentido. No esperaba verlo.

Maldito Nikolai por plantar esa semilla de duda.

Viktor sacudió la cabeza y apretó la mandíbula. Tenía que mantenerse concentrado. Los Morozov eran la verdadera amenaza, no una chica. Tatiana era sólo una pieza más del rompecabezas, otro activo que debía controlar. Pero cuando llegó a su oficina y cerró la puerta detrás de él, Viktor no pudo evitar preguntarse si Nikolai había tenido razón todo el tiempo.

¿Tatiana se convertiría en su fuerza o sería ella lo único que lo rompería?

Ese pensamiento, más que cualquier otra cosa, permaneció mientras Viktor comenzó a planear el derribo de Morozov Bratva.

Viktor se sentó en su escritorio, el suave cuero de la silla crujió bajo su peso. La gran superficie de caoba estaba despejada a excepción de algunos papeles y la jarra de

whisky que guardaba para momentos como éste. Se sirvió un vaso y el líquido ámbar reflejó la luz de la lámpara de araña del techo. Tomó un sorbo lento, saboreando el ardor mientras se deslizaba por su garganta.

Pero a pesar de la comodidad de la bebida y el entorno familiar de su oficina, la mente de Viktor estaba todo menos tranquila. Los planes para Morozov Bratva ya estaban en marcha (sus hombres atacarían rápida y eficientemente, como siempre), pero no era la operación inminente lo que le pesaba ahora.

Era Tatiana.

Había sabido desde el momento en que firmó el contrato matrimonial que ella sería parte de su vida, lo quisiera o no. Pero no esperaba que ella se infiltrara en sus pensamientos tan rápidamente. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que la llevó a su cama, la reclamó como suya en todos los sentidos de la palabra y, sin embargo... no podía evitar la sensación de que algo había cambiado entre ellos.

Ella no era como las otras mujeres que había tenido en su vida. Esas mujeres habían sido distracciones temporales, indulgencias momentáneas de placer, pero nada más. Habían cumplido su propósito y luego desaparecieron en un segundo plano, fácilmente olvidados. Tatiana, sin embargo, era diferente.

La forma en que ella lo había mirado la noche anterior, a la vez temerosa y desafiante, había encendido algo en él. Había visto la confusión en sus ojos, la forma en que su cuerpo había traicionado sus deseos incluso cuando intentaba resistirse a él. Y por primera vez en mucho tiempo, Viktor había sentido algo más allá de la lujuria. Era una conexión, aunque retorcida.

Tomó otro sorbo de whisky y se reclinó en su silla mientras miraba el techo. Las palabras de Nikolai resonaron en su mente: *Las mujeres como ella son más fuertes de lo que parecen. Lo descubrirás muy pronto.*

¿Fuerte? Tal vez. Pero Tatiana también era vulnerable e inexperta en aspectos que lo intrigaban. Había estado protegida toda su vida, mantenida alejada de las realidades del mundo que habitaba Viktor. Ella no entendía el peligro, la violencia o las dinámicas de poder que regían su existencia. Y, sin embargo, había una parte de ella (una parte pequeña y oculta) que parecía atraída por ello.

Lo había visto la noche anterior cuando la tocó. La forma en que su cuerpo había respondido a él, la forma en que su respiración se había entrecortado cuando él la besó, la forma en que se había aferrado a él cuando finalmente él la tomó... era más

que sólo físico. Tatiana había sentido la atracción del poder, el atractivo del peligro, y aunque había tratado de ocultarlo, Viktor había sentido su anhelo.

Era ese anhelo lo que le molestaba ahora. Había esperado que ella estuviera asustada, incluso enojada. Pero no esperaba que ella se sometiera tan fácilmente, que cediera a deseos que claramente no entendía. Y ahora, después de su noche juntos, Viktor se encontró pensando en ella de una manera que no había anticipado.

Dejó su vaso sobre el escritorio con un ruido sordo, la frustración burbujeaba bajo la superficie. Se suponía que esto no iba a suceder. Se suponía que Tatiana era una herramienta, un medio para lograr un fin. Ella era un símbolo de poder, una manera de ajustar cuentas con Ivanov, nada más. Pero ahora… ahora no estaba tan seguro.

Viktor apretó la mandíbula y sus dedos se apretaron alrededor de los brazos de su silla. No podía permitirse el lujo de distraerse con ella. No cuando los Morozov todavía eran una amenaza. No cuando había cosas mucho más importantes en las que concentrarse. Y, sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, su mente seguía volviendo a ella: su suave piel bajo sus manos, sus ojos muy abiertos mientras lo miraba, la forma en que su cuerpo había cedido al de él.

Se puso de pie abruptamente y caminó a lo largo de su oficina como si el movimiento pudiera sacar los pensamientos de su cabeza. Necesitaba controlarse. Tatiana era su esposa, sí, pero eso no significaba que tuviera un control real sobre él. Ella era su posesión, nada más. Y él la trataría como tal. No tenía lugar para la debilidad, ni tiempo para enredos emocionales.

Pero incluso mientras se decía esto, Viktor no podía negar el pequeño destello de duda que persistía en el fondo de su mente. Quizás Nikolai tenía razón. Tal vez había más en Tatiana de lo que había pensado inicialmente. Tal vez, sólo tal vez, ella no era tan fácil de controlar como él había supuesto.

Dejó de caminar y su mirada se dirigió a la puerta cerrada de su oficina. Tatiana estaba en algún lugar de la casa, probablemente en una de las muchas habitaciones que aún no había explorado. Había estado callada ese día, sin duda recuperándose de los acontecimientos de la noche anterior. Viktor no se había molestado en buscarla, sabiendo que necesitaría tiempo para adaptarse. Pero ahora, solo en su oficina, se encontró deseando verla, evaluar su reacción, ver si realmente había aceptado su lugar a su lado.

Con un gruñido de frustración, Viktor cruzó la habitación y abrió la puerta, sus pasos resonaron por el pasillo mientras se dirigía hacia ella. No sabía qué esperaba encontrar

(miedo, ira, desafío, tal vez las tres cosas), pero necesitaba verla, recordarse a sí mismo que ella era suya.

La casa estaba en silencio mientras caminaba, el único sonido era el ruido sordo de sus botas sobre el suelo de mármol. Pasó junto a varios miembros del personal, cada uno inclinando la cabeza en señal de deferencia mientras él pasaba. Fue un recordatorio del control que ejercía, el poder que tenía sobre todos en su vida.

Y, sin embargo, mientras se acercaba a la habitación de Tatiana, Viktor no podía evitar la sensación de que ella era diferente. Que de alguna manera, a pesar de todo, había logrado traspasar los muros que él había construido a su alrededor.

Abrió la puerta de su habitación sin llamar, y sus ojos inmediatamente la encontraron sentada junto a la ventana, de espaldas a él. Ella no se dio la vuelta, pero él pudo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se movían nerviosamente en su regazo.

"Tatiana", dijo, en voz baja y autoritaria.

Ella se quedó helada al oír su voz, pero no respondió. Viktor dio un paso más cerca, entrecerrando los ojos mientras la estudiaba. Todavía llevaba la bata de antes y su cabello caía suelto sobre sus hombros. La habitación se llenó con el suave resplandor del sol poniente, proyectando largas sombras sobre el suelo.

"Has estado callado hoy", observó Viktor, su tono neutral.

Tatiana finalmente se giró para mirarlo, con los ojos muy abiertos e inseguros. Había miedo allí, pero también había algo más, algo que Viktor no podía identificar.

"He tenido mucho en qué pensar", dijo en voz baja, su voz apenas era más que un susurro.

La mirada de Viktor se oscureció, su mandíbula se apretó mientras daba otro paso hacia ella. “¿Y has llegado a alguna conclusión?”

Tatiana vaciló y sus dedos se entrelazaron en su regazo. “No lo sé”, admitió. "No sé lo que se supone que debo sentir".

Los labios de Viktor se curvaron en una leve sonrisa, aunque no llegó a sus ojos. "Aprenderás", dijo suavemente, su voz mezclada con promesa y amenaza.

Mientras estaba allí, mirándola, Viktor sintió que el mismo destello de duda resurgía. Él la había tomado, había tomado lo prometido y, sin embargo... no podía evitar la sensación de que Tatiana se le escapaba entre los dedos.

Y eso, más que cualquier otra cosa, inquietaba a Viktor.

Viktor estaba allí, cerniéndose sobre Tatiana, sus ojos oscuros mientras sostenían su mirada. La tensión entre ellos se hizo más espesa, como una serpiente enroscada lista para atacar. La incertidumbre de Tatiana era palpable, pero Viktor no podía permitirse el lujo de vacilar ahora. Ella era suya, unida a él por el peso de ese contrato y el voto que había firmado la noche anterior. Su confusión, su vacilación... todo era parte del proceso. Ella aprendería, como Nikolai había dicho, y Viktor se aseguraría de que ella lo hiciera.

Pero la duda persistió.

El silencioso desafío de Tatiana era algo que no había esperado y, sin embargo, no pudo evitar sentirse intrigado por ello. Ella no era como las mujeres con las que había estado antes: aquellas que conocían su lugar, que entendían la dinámica del poder desde el principio. Tatiana era nueva en este mundo, inocente y no contaminada por la violencia y la oscuridad que lo rodeaban. Sin embargo, esa inocencia pronto desaparecería.

No podía dejar que se le escapara, no emocionalmente. Había mucho en juego, mucho que demostrar, no sólo a ella, sino a él mismo. El viejo Viktor habría sido frío e indiferente, ignorando cualquier signo de debilidad en sí mismo o en los demás. Pero Tatiana había despertado algo en lo más profundo de su ser, algo que no había previsto.

"Quizás no sepas qué sentir en este momento", dijo Viktor, en voz baja y uniforme. Dio otro paso más cerca, acortando la distancia entre ellos. “Pero con el tiempo comprenderás cuál es tu lugar. Ahora me perteneces, Tatiana”.

La respiración de Tatiana se quedó atrapada en su garganta y Viktor pudo ver el destello de vulnerabilidad en sus ojos. Sus labios se abrieron como si quisiera protestar, decirle que esto no era justo, que ella no pedía nada de esto. Pero no salieron palabras. En cambio, ella lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos e insegura, mientras entrelazaba los dedos con ansiedad.

"No tienes que luchar contra esto", continuó Viktor, su tono se suavizó, aunque su resolución se mantuvo férrea. "Cuanto antes aceptes lo que está pasando, más fácil será para ambos".

El ceño de Tatiana se frunció y se miró las manos, evitando su mirada. Viktor podía sentir la batalla que se libraba dentro de ella: el deseo de resistir, de empujar hacia atrás las cadenas que la unían a él, y la innegable atracción que sentía hacia él, una atracción que aún no entendía.

Durante un largo momento, ninguno de los dos habló. El silencio era pesado, lleno de palabras no dichas y de la tensión de su nueva realidad. Viktor podía sentir el peso de su miedo, pero también podía sentir su curiosidad, su confusión sobre lo que significaba todo esto. Y aunque sabía que podía aplastar ese desafío con una sola orden, algo lo detuvo.

En cambio, dejó que el silencio perdurara, la dejó luchar con sus propios pensamientos, mientras la observaba de cerca. No necesitaba hablar; su sola presencia fue suficiente para recordarle quién tenía el control.

Finalmente, Tatiana levantó la mirada y sus ojos se fijaron en los de él. Hubo un destello de algo (determinación, tal vez, o tal vez desesperación), pero no importó. Todavía estaba luchando por entender su lugar en todo esto, y Viktor se encargaría de que así fuera.

“¿Por qué haces esto?” preguntó suavemente, con la voz temblorosa. "¿Por qué yo?"

La mandíbula de Viktor se apretó. No esperaba que ella le hiciera esa pregunta, al menos no directamente. Pero claro, Tatiana no era como las demás. No había sido criada en el mundo Bratva, no le habían enseñado a aceptar su destino sin cuestionarlo.

"Tu padre tomó una decisión", dijo Viktor, su tono ahora más frío, más distante. “Una elección que tuvo consecuencias. Eres el precio que pagó por sus errores”.

“Pero no tomé esa decisión”, susurró Tatiana, su voz apenas audible. "No hice nada malo".

La mirada de Viktor se endureció. Cruzó los brazos sobre el pecho, con expresión inquebrantable. “A la vida no le importa la justicia, Tatiana. Este es el mundo en el que vives ahora y te adaptarás”.

Los ojos de Tatiana brillaban con lágrimas no derramadas, pero las apartó parpadeando, negándose a dejarlas caer. Viktor admiraba eso de ella: la fuerza que ni siquiera sabía que poseía. Estaba tratando de aferrarse a algo, a cualquier cosa, frente

a un cambio abrumador. Pero al final, no importaría. Él la había reclamado y ella se alinearía, como todos los demás.

Pero mientras la observaba luchar, un nuevo pensamiento cruzó por la mente de Viktor. Quizás Nikolai tenía razón. Quizás este matrimonio no se tratara sólo de poder o control. Quizás se trataba de algo más profundo, algo que Viktor aún no se había permitido reconocer.

Tatiana era diferente. Y esa diferencia lo intrigaba de maneras que no podía explicar del todo.

Sin previo aviso, Viktor dio un paso adelante, agachándose para levantar suavemente su barbilla para que sus ojos se encontraran una vez más. Su toque fue firme pero no duro, y la repentina intimidad del gesto provocó un escalofrío por el cuerpo de Tatiana.

"Lo entenderás con el tiempo", murmuró Viktor, su voz baja y controlada. "Pero hasta entonces, debes confiar en mí".

La respiración de Tatiana se entrecortó y su pulso se aceleró bajo su toque. Su piel era cálida, sus labios ligeramente entreabiertos y Viktor sintió la familiar oleada de deseo recorrerlo. Pero esta vez no se trataba sólo de posesión. Había algo más debajo de la superficie, algo que Viktor no había sentido en mucho tiempo.

Por un breve momento, la distancia entre ellos pareció desaparecer, como si el aire mismo hubiera cambiado. Viktor podía sentir la vacilación de Tatiana, pero también podía sentir la forma en que su cuerpo respondía a él, la forma en que su pulso se aceleraba bajo su mano.

Podría haberla besado entonces, podría haberla tomado una vez más, pero algo lo detuvo. No estaba seguro de qué era, tal vez era la mirada en sus ojos, o la forma en que su respiración se hacía entrecortada y nerviosa, pero Viktor se contuvo.

En cambio, le soltó la barbilla, se alejó y le dio la espalda. No podía permitirse distraerse, no ahora. Había demasiado en juego. Demasiado que perder.

"Vete a la cama, Tatiana", dijo Viktor, su voz volvió a su tono frío y autoritario. “Necesitarás descansar. Mañana empezarás a aprender lo que significa ser mi esposa”.

Tatiana parpadeó, sorprendida por el repentino cambio en su comportamiento. Abrió la boca para hablar, pero Viktor no le dio la oportunidad. Caminó hacia la puerta,

dejándola sola en la habitación, con sus emociones arremolinándose en una caótica tormenta de confusión y deseo.

Cuando Viktor entró al pasillo, su mente se aceleró. No podía permitirse el lujo de dejar que sus emociones se apoderaran de él. Tatiana era una complicación, una pieza del rompecabezas que no esperaba que fuera tan difícil de controlar.

Pero mientras avanzaba por los oscuros pasillos de la finca, un pensamiento permaneció claro en su mente.

Él la tendría. Completamente. Completamente. En todos los sentidos.

Y cuando llegara ese momento, ella sería suya de maneras que ni siquiera podía imaginar.

Capítulo 6

Tatiana estaba sentada a la gran mesa del comedor, sus dedos trazando nerviosamente el borde de su plato intacto. La habitación que la rodeaba era deslumbrante, una visión de riqueza y opulencia, pero se sentía vacía y fría. El aire estaba cargado de silencio, roto sólo por el suave crepitar de un fuego en el rincón más alejado. Los techos altos y los grandes candelabros, aunque impresionantes, sólo parecían resaltar lo pequeña que se sentía en el espacio cavernoso.

La cena había sido preparada meticulosamente ante ella y los ricos aromas llenaban la habitación, pero Tatiana apenas había tocado la comida. Al otro lado de la mesa, Viktor estaba sentado en silencio, cortando su filete con movimientos deliberados y precisos, completamente concentrado en su comida. No había dicho mucho desde que se sentaron, dejando a Tatiana sentada sola con sus pensamientos, pensamientos que la habían estado atormentando desde la noche anterior.

Todavía podía sentir el peso de su tacto sobre su piel, la forma en que sus manos la habían reclamado tan completamente. El recuerdo de esa noche se retorció en su mente, una confusa mezcla de miedo, ira y algo más que no estaba dispuesta a admitir. Odiaba cómo su cuerpo la había traicionado, cómo ella le había respondido a pesar de su terror. Cada vez que intentaba alejar los recuerdos, estos regresaban rápidamente, dejándola sin aliento y desorientada.

Y ahora aquí estaba ella, sentada frente a él como si nada hubiera pasado, como si fueran dos personas cenando juntas. Pero no lo fueron. Nunca lo serían.

La verdad de su situación se cernía sobre ella como una nube oscura, imposible de ignorar. Ahora estaba atada a él, su destino sellado de un plumazo. Viktor la había reclamado de todas las formas posibles: física, emocional y legal. Ella era suya, le gustara o no. Y, sin embargo, a pesar del miedo y la ira que hervían a fuego lento en su interior, no pudo evitar la inquietante curiosidad que carcomía los bordes de su mente. ¿Quién era Viktor en realidad? ¿Qué lo había llevado a este punto? Y, lo que es más importante, ¿qué había hecho su padre para llegar a un acuerdo tan horrible?

El pensamiento de su padre se retorcía como un cuchillo en su pecho. La había vendido, la había traicionado de la peor manera posible. El hombre que la había protegido toda su vida, que la había mantenido protegida e inocente, la había entregado a Viktor como si fuera una propiedad para intercambiar.

Su estómago se revolvió ante el recuerdo de los ojos atormentados de su padre la noche en que Viktor había venido a reclamarla. Él no había luchado por ella. Ni siquiera había intentado detenerlo. En cambio, se había acurrucado en un rincón, demasiado asustado de la ira de Viktor como para siquiera mirarla a los ojos. Tatiana nunca se había sentido tan sola, tan abandonada, como en ese momento.

El peso de sus preguntas sin respuesta la oprimía, haciéndole imposible concentrarse en otra cosa. No podía seguir viviendo así, atrapada en una jaula dorada sin saber toda la verdad de cómo había acabado allí.

Tatiana miró a Viktor al otro lado de la mesa, sus rasgos afilados iluminados por el suave brillo de la luz de las velas. Él no había levantado la vista de su plato ni una sola vez, pero ella podía sentir su presencia como una fuerza física en la habitación. Había algo en él, algo oscuro y autoritario, que la hacía temer y anhelar su atención. Era enloquecedor ese constante tira y afloja entre querer luchar contra él y querer comprenderlo.

Ya no podía soportar el silencio. Ella tenía que saberlo.

“Quiero saber la verdad”, dijo Tatiana de repente, con la voz más alta de lo que pretendía. Las palabras parecían flotar en el aire, pesadas y cargadas.

Viktor hizo una pausa, con el tenedor en el aire, antes de bajarlo lentamente hacia su plato. Sus ojos grises finalmente se alzaron para encontrarse con los de ella, agudos y penetrantes. No hubo ningún atisbo de sorpresa en su expresión, ningún indicio de que su repentina pregunta lo hubiera tomado por sorpresa. Él simplemente la miró fijamente, con una mirada fría y calculadora, esperando a que ella continuara.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho, pero se obligó a sostenerle la mirada. "Quiero saber qué pasó realmente entre tú y mi padre", dijo, ahora con voz más firme. “¿Por qué hizo ese trato? ¿Por qué él... me lo prometió?

Viktor se reclinó en su silla, sin dejar de mirarla a los ojos. Su expresión seguía siendo ilegible, su rostro era una máscara de calma y control, pero Tatiana podía sentir la tensión en el aire entre ellos. Estaba decidiendo cuánto decirle, cuánta verdad merecía escuchar.

Por un momento, el silencio se prolongó, tan denso que resultaba asfixiante. Entonces Viktor habló, su voz baja y mesurada, cada palabra llena de autoridad.

"Tu padre me traicionó", dijo simplemente, su tono carente de emoción. “Y por eso tuvo que pagar”.

El aliento de Tatiana quedó atrapado en su garganta ante la contundente respuesta de Viktor. La forma en que habló, tan fría y natural, le heló la sangre. Ella se quedó quieta, sus dedos apretando el borde de la mesa. “¿Qué quieres decir con que te traicionó?” preguntó, su voz ahora más tranquila pero temblando de urgencia. “¿Qué hizo?”

La mirada de Viktor se endureció, un destello de algo peligroso pasó por sus ojos grises. Se reclinó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho, con movimientos deliberados. “Tu padre”, comenzó lentamente, con tono plano, “fue una vez un hombre engreído y poderoso. Tuvo influencia en el hampa rusa. Trabajó en estrecha colaboración con Nikolai, una figura confiable en nuestro círculo. Pero un poder como ese... tiene un costo. La avaricia, la ambición... son cosas peligrosas”.

Los ojos de Tatiana se abrieron con incredulidad. ¿Su padre había estado involucrado con la Bratva? Siempre había sido distante, callado, nunca hablaba en detalle de su trabajo. Había cosas que había escuchado cuando era niña, conversaciones en voz baja y llamadas telefónicas nocturnas, pero nunca había imaginado que él fuera parte de algo tan oscuro.

La voz de Viktor se volvió más amenazadora, sus palabras atravesaron su sorpresa. “Hace diecinueve años, yo era joven y empezaba a ganarme un lugar junto a Nikolai. Todavía me estaba probando a mí mismo, todavía aprendiendo el juego. Tu padre, Iván, era mayor y tenía más experiencia. Se había ganado una reputación. Pero como todos los hombres cegados por su propia arrogancia, pensó que podía ser más astuto que las personas que lo hicieron poderoso”. Los labios de Viktor se curvaron en una sonrisa amarga. “Trató de vendernos, específicamente a mí. Fue a mis espaldas e hizo un trato con Morozov Bratva. Pensó que podría entregarnos información que nos paralizaría y acabaría con toda nuestra operación”.

El corazón de Tatiana latía con fuerza mientras Viktor hablaba, sus manos temblaban. El padre que había conocido toda su vida, el hombre que la había criado en un hogar tranquilo y protector, había traicionado a las mismas personas que le habían dado poder. Parecía imposible, como una especie de horrible pesadilla.

"Me enteré de ello", continuó Viktor, su tono se volvió más oscuro. “No era el tipo de hombre que dejaba pasar algo así. Fui a la casa de tu padre esa noche, dispuesto a matarlo a él y a su familia. Sabía que había cometido un error y cuando llegué ya estaba de rodillas rogando por su vida”.

La respiración de Tatiana se entrecortó. Podía imaginarse la escena, el miedo de su

padre, su desesperación. Pero Viktor no se detuvo. Su voz se volvió más fría, más aguda.

"Tenía toda la intención de matarlo", dijo Viktor, sin apartar su mirada de la de ella. “Me habría asegurado de que el apellido de tu familia muriera con él. Pero entonces vi algo, algo que lo cambió todo”. Hizo una pausa, dejando que sus palabras asimilaran. “Tu madre sostenía a un bebé recién nacido en sus brazos. Tú."

Los ojos de Tatiana se abrieron y su mente daba vueltas. Ella era sólo un bebé, inocente, inconsciente de los horrores que se desarrollaban a su alrededor.

"Ivan suplicó por su vida", dijo Viktor, su voz ahora más tranquila, pero no menos intensa. “Juró que haría cualquier cosa, daría cualquier cosa, para vivir. Y fue entonces cuando se me ocurrió una idea, una idea que garantizaría que su dolor durara el resto de su vida. Matarlo habría sido demasiado fácil y demasiado rápido. Quería que sufriera, que todos los días le recordaran lo que había hecho”.

Tatiana sintió un escalofrío recorrer su espalda cuando la fría mirada de Viktor la clavó. “Le perdoné la vida”, continuó Viktor. “Pero a cambio, le quité algo, algo mucho más valioso que su patética existencia. Yo te llevé. Le hice prometer que cuando fueras mayor de edad, me pertenecerías. Un recordatorio permanente de su traición, un símbolo vivo del poder que había perdido”.

El estómago de Tatiana se retorció por las náuseas. Su padre había cambiado su vida, su futuro, para salvarse a sí mismo. Todos estos años, ella no había sido más que un peón en un juego de poder entre hombres como Viktor y su padre. El peso de la revelación la golpeó como un golpe, la traición más profunda que cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

"Estuvo de acuerdo sin dudarlo", dijo Viktor, su voz llena de desdén. “Él te entregó a mí antes de que tuvieras edad suficiente para entender lo que significaba. Y durante diecinueve años ha vivido con ese conocimiento, sabiendo que algún día vendría a recoger lo que era mío”.

La mente de Tatiana se aceleró, sus pensamientos eran un torbellino de incredulidad, ira y horror. Se sentía enferma hasta lo más profundo, la traición se hacía más profunda con cada palabra que Viktor decía. Su padre no la había protegido: la había vendido, intercambiado su futuro por su propia supervivencia.

"Tú eras su pago", terminó Viktor, su voz era como hielo. "Y ahora, eres mía".

Las manos de Tatiana se cerraron en puños y su cuerpo temblaba con una mezcla de

ira e impotencia. Quería gritar, arrojar algo, romper el silencio que ahora pesaba entre ellos. Su padre la había condenado a esta vida, al control de Viktor, ¿y para qué? ¿Para salvar su propio pellejo? La traición le dolió más que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

"¿Cómo pudo él…?" susurró, con la voz quebrada. “¿Cómo pudo hacerme esto?”

La expresión de Viktor no cambió, su comportamiento frío era inquebrantable. "Porque los hombres como él, como nosotros, hacen lo que sea necesario para sobrevivir".

El pecho de Tatiana dolía por el peso de las palabras de Viktor, la verdad hundiéndose como un cuchillo. Su padre había tomado una decisión: había elegido su propia vida antes que la de ella, condenándola a este retorcido destino. Y Viktor la había tomado, no por amor o deseo, sino como símbolo de su poder, un recordatorio del fracaso de su padre.

Las lágrimas picaron en sus ojos, pero parpadeó para contenerlas, negándose a dejar que Viktor la viera llorar. Ella no le daría la satisfacción. Pero por dentro se sentía rota, destrozada por la verdad de la traición de su padre. El hombre en quien había confiado, el hombre que la había criado, no había sido más que un cobarde.

Y ahora estaba atrapada en una vida que no había elegido, atada a un hombre que la veía como poco más que una herramienta de venganza.

El corazón de Tatiana latió con fuerza cuando la verdad de la historia de Viktor la invadió, cada palabra más devastadora que la anterior. La ira que había estado burbujeando dentro de ella ahora se convirtió en algo más crudo, más doloroso: un intenso sentimiento de traición. Su padre había cambiado su vida y su libertad en un trato con un hombre como Viktor. No sólo le había fallado: la había condenado.

Le temblaron las manos mientras apartaba el plato, olvidando la comida y sin apetito. Ella miró hacia la mesa, incapaz de seguir mirando a Viktor, el peso de su presencia presionándola. El silencioso tintineo de los cubiertos contra la porcelana era el único sonido en la habitación, el silencio entre ellos estaba cargado de una tensión tácita.

Viktor, sentado frente a ella, la observaba de cerca. Su expresión permaneció tranquila, incluso distante, como si no estuviera contando nada más que una transacción comercial. No había simpatía ni disculpa en sus ojos. No se arrepintió.

La voz de Tatiana tembló cuando finalmente habló. “¿Cómo puedes ser tan… frío con esto? ¿Te das cuenta siquiera de lo que has hecho? No sólo me llevaste a mí, Viktor: me quitaste la vida. Mis elecciones. Todo."

Viktor levantó una ceja, sus ojos grises eran duros como la piedra. “Tu padre tomó su decisión mucho antes de que tuvieras edad suficiente para entenderlo. Simplemente recogí lo prometido”.

El pecho de Tatiana se apretó de rabia y sus dedos se cerraron en puños. “¡No soy un… objeto para ser intercambiado! No cobraste una deuda, Viktor; me robaste el futuro. Me alejaste de todo lo que he conocido”.

Su voz se quebró, la ira en sus palabras teñida de una innegable tristeza. La vida que había soñado, la independencia que había esperado, todo eso ya no existía. Ella no tenía voz y voto en su propio destino. Su padre la había entregado sin dudarlo y Viktor la había reclamado sin remordimientos.

La expresión de Viktor permaneció inquebrantable, su voz tranquila mientras respondía. “Tu padre sabía lo que pasaría. Comprendió las consecuencias de sus acciones y aceptó los términos. Salvó su propia vida a cambio de la tuya. Y ahora me perteneces”.

La fría finalidad de sus palabras hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Tatiana, pero su desafío estalló una vez más. "No te pertenezco", escupió, alzando la voz. “Puedes pensar que eres mi dueño, que puedes controlarme, pero estás equivocado. Nunca seré tuyo”.

Los ojos de Viktor se oscurecieron y, por primera vez desde que había comenzado a hablar, un destello de algo más peligroso cruzó su rostro. Él se inclinó hacia delante, sin apartar su mirada de la de ella y bajando la voz hasta convertirse en un susurro amenazador. “Eres mía, Tatiana. Lo aceptes o no. La cobardía de tu padre se encargó de ello.

Tatiana se estremeció, la dura verdad de sus palabras la hirió profundamente. Su padre había sido un cobarde. Había elegido salvarse a sí mismo en lugar de luchar por ella, y ahora ella estaba pagando el precio. Pero incluso cuando le dolía el corazón al darse cuenta de ello, no podía permitir que Viktor tuviera la satisfacción de saber que la había roto.

"Crees que eres tan poderoso", dijo, con voz temblorosa pero desafiante. “Pero no eres mi dueño. Nunca tendrás mi corazón, mi lealtad”.

Los labios de Viktor se curvaron en una sonrisa cruel. “No necesito tu corazón, Tatiana. Sólo necesito tu obediencia”.

Sus palabras le provocaron un escalofrío, pero se negó a dar marcha atrás. "Puede que me hayas obligado a hacer esto, pero no seré tu marioneta".

Viktor se puso de pie lentamente, empujando su silla hacia atrás con deliberada gracia. Caminó alrededor de la mesa, sus pasos resonaron en la gran sala mientras se acercaba a ella. Tatiana se puso rígida, su corazón se aceleró cuando él se detuvo a su lado, su presencia abrumadora. Ella se negó a levantar la vista, se negó a mirarlo a los ojos, pero podía sentir que él la miraba, sentir el peso de su autoridad presionándola.

"Aprenderás, Tatiana", dijo Viktor suavemente, su voz engañosamente gentil. “Aprenderás lo que significa ser mío. Puedes resistir todo lo que quieras, pero al final te someterás. No tendrás elección”.

El corazón de Tatiana se aceleró y el pulso le latía con fuerza en los oídos. Ella apretó los puños en su regazo, negándose a darle la satisfacción de una reacción. Pero en su interior se desató una tormenta de emociones: miedo, ira, impotencia y algo más, algo que no podía nombrar. Una parte oscura y vergonzosa de ella que se sentía atraída por el dominio de Viktor, por el control que ejercía sobre su vida.

Ella lo odiaba. Ella lo odiaba. Pero la verdad innegable era que ella no tenía poder aquí. Estaba atrapada, atada por una promesa hecha incluso antes de saber lo que significaba pertenecer a alguien como Viktor.

Viktor se inclinó, su aliento cálido contra su oído mientras susurraba: "Puedes odiarme todo lo que quieras, pero obedecerás".

Tatiana se estremeció, su cuerpo la traicionó con un estremecimiento de miedo y algo más, algo más oscuro, más primitivo. Ella apretó los dientes, sus ojos ardían con lágrimas no derramadas mientras miraba al frente, negándose a darle la satisfacción de verla romperse.

Viktor se enderezó, su mirada se detuvo en ella por un momento más antes de darse la vuelta y alejarse, sus pasos se desvanecieron mientras salía de la habitación. La puerta se cerró detrás de él, dejando a Tatiana sola en el frío y vacío silencio del comedor.

Estuvo sentada allí durante mucho tiempo, con las manos temblando en el regazo y la mente corriendo. Su mundo había sido destrozado, su sentido de identidad había sido despojado en el lapso de unos pocos minutos. Todo lo que sabía sobre su padre, sobre su familia, era mentira. Y ahora estaba unida a Viktor, un hombre que la veía nada más que como una herramienta de poder y control.

El peso de esa verdad se posó pesadamente sobre sus hombros, y por primera vez desde que Viktor la había reclamado, se sintió verdadera y completamente perdida.

Pero a medida que pasaban los minutos y las lágrimas empezaban a caer, una nueva emoción se agitaba en su interior, algo más oscuro, más peligroso que su ira. Una determinación silenciosa y latente.

Ella no iba a aceptar simplemente este destino. No importaba cuánto poder tuviera Viktor sobre ella, no importaba cuánto intentara controlarla, ella no se rendiría tan fácilmente.

Tatiana se secó las lágrimas y apretó la mandíbula con resolución. Encontraría una manera de sobrevivir a esto: encontrar su propia fuerza en medio del dominio de Viktor.

Y un día, ella haría que él se arrepintiera de haber pensado que podría poseerla.

Tatiana se sentó sola en el comedor durante lo que le pareció una eternidad. El silencio a su alrededor era sofocante, los ecos de las palabras de Viktor se repetían en su mente. Todavía podía sentir su presencia persistiendo en la habitación, el peso de su dominio flotando sobre ella como una sombra de la que no podía escapar. Cada palabra que había dicho, cada mirada fría que le había dirigido, la habían herido más profundamente de lo que ella quería admitir.

Pero en medio del dolor y la abrumadora sensación de traición, algo más estaba creciendo dentro de ella. Algo inesperado, algo que la aterrorizó.

No podía negarlo más: a pesar de todo, a pesar de su ira y el miedo que Viktor le infundía, una parte de ella se sentía atraída hacia él. Odiaba que fuera verdad, pero no había forma de escapar de ello. La forma en que su toque la había hecho temblar, la forma en que sus ojos se habían fijado en los de ella como si pudiera ver cada parte vulnerable de ella, todo eso la atormentaba.

Tatiana apretó los puños y su respiración se aceleró mientras luchaba contra las emociones que se arremolinaban en su interior. ¿Cómo podía sentirse así? ¿Cómo podía sentirse atraída por el hombre que le había quitado todo?

No tenía sentido. Nada de esto tenía sentido.

Pero en el fondo ella sabía la verdad. No fue sólo el poder de Viktor o su control sobre ella lo que la atrajo. Fue la cruda intensidad de su presencia, la forma en que dominaba una habitación sin decir una palabra, la forma en que la miraba como si ella fuera su

premio. y su desafío. Había algo oscuro y primitivo en ello, algo que nunca antes había sentido.

Se odió a sí misma por eso. Odiaba no poder dejar de pensar en él, en la forma en que su toque había encendido su piel, en la forma en que su voz le provocaba escalofríos por la espalda. Pero por mucho que intentara alejarlo, el deseo persistía.

Tatiana se levantó de la mesa y le temblaban las piernas. Necesitaba escapar de las sofocantes paredes del comedor, alejarse de los fantasmas de la presencia de Viktor que aún rondaban el espacio. Necesitaba aclarar su mente, encontrar alguna apariencia de control en un mundo donde sentía que no lo tenía.

Mientras caminaba por los tranquilos pasillos de la propiedad de Viktor, sus pensamientos corrían, sus emociones eran un torbellino de confusión y frustración. Ella no quería sentirse así. Ella no quería desearlo.

Pero la verdad era innegable.

Las manos de Tatiana se cerraron en puños a los costados mientras se juraba en silencio a sí misma. Podría estar atrapada en este matrimonio, unida a Viktor por un trato que nunca había aceptado, pero no permitiría que él la rompiera. No del todo.

Ella pelearía. Ella se resistiría. Y tal vez, sólo tal vez, encontraría una manera de recuperar parte del control que Viktor le había robado.

Incluso si eso significara confrontar las partes más oscuras de sí misma en el camino.

Capítulo 7

Los pasillos de la propiedad de Viktor estaban tenuemente iluminados, el silencio de la noche envolvía a Tatiana mientras caminaba sin rumbo fijo, su mente dando vueltas con los acontecimientos de la noche.

Los pensamientos de Tatiana eran una tormenta caótica. El peso de la confesión de Viktor aún persistía en el fondo de su mente, carcomiéndola con una ferocidad implacable. La traición de su padre se sentía como un cuchillo retorciéndose en sus entrañas, pero lo que más le molestaba era lo mucho que se sentía atraída por Viktor a pesar de todo. ¿Cómo podía estar enojada con Viktor, incluso furiosa, y aún sentir esa ardiente atracción por él? Cuanto más intentaba alejar esos sentimientos, más fuertes se volvían, acercándose a ella, retorciendo sus emociones hasta convertirlas en algo oscuro y confuso.

Sus pies descalzos hacían sonidos suaves, casi silenciosos, contra el suelo mientras avanzaba por el largo pasillo, cada paso la enojaba más. Había estado tan protegida toda su vida, su padre le había dicho que él la estaba protegiendo, solo para descubrir que ella no había sido más que una moneda de cambio en un trato que él hizo con un hombre como Viktor. Y Viktor... Viktor no sólo se la había llevado; él la había reclamado. Ella era suya ahora, y no importaba cuánto quisiera negarlo, la verdad estaba frente a ella.

Mientras caminaba, su ira crecía, burbujeando dentro de ella como una olla a punto de desbordarse. Sin embargo, no sólo estaba enojada con Viktor; estaba enojada consigo misma. Enojada porque ella le había permitido tocarla, enojada porque ella había respondido a su toque con una mezcla de miedo y deseo. ¿Qué clase de persona era ella que podía sentir algún tipo de atracción por un hombre que le había quitado la vida de las manos?

Sus manos se cerraron en puños a los costados mientras pensaba en la forma en que Viktor la había tocado antes, la forma en que sus dedos se habían movido sobre su piel con tanto propósito y control. Fue enloquecedor. Ella nunca antes había deseado a nadie así. Nunca en su vida había sentido algo parecido a lo que sentía ahora.

"¿Cómo pudo hacerme esto?" susurró para sí misma, su voz apenas audible en el pasillo vacío.

Su mente recordó el momento en que Viktor había revelado el trato con su padre. Cómo se había quedado allí, tan tranquilo y sereno, contándole cómo su padre lo había traicionado, cómo le habían prometido ella como pago de una deuda. Y ahora estaba unida a él, física, emocional y legalmente. Al darse cuenta, se le revolvió el estómago.

Los pasillos parecían extenderse eternamente y cada paso la acercaba a algo que no podía identificar. No pensaba hacia dónde iba, simplemente se movía con la fuerza de sus emociones, dejando que la ira y la confusión la guiaran. Su pecho se apretó al pensar en la forma en que Viktor la había mirado, sus fríos ojos grises taladrándola con una mezcla de deseo y dominio.

Antes de que se diera cuenta, sus pies la habían llevado hasta el final del pasillo, y allí estaba, afuera de la puerta del dormitorio de Viktor.

Tatiana se quedó helada y se le cortó el aliento en la garganta. Su corazón latía contra sus costillas, y por un breve momento, consideró darse la vuelta, alejarse y dejar a Viktor con cualquier pensamiento que estuviera teniendo. Pero algo la mantuvo allí. La ira, la confusión, el deseo retorcido que se arremolinaba en su interior como una tormenta... era demasiado. Ella no podía simplemente irse. Ahora no. No cuando sus emociones pedían a gritos liberación.

Su mano se levantó, casi por sí sola, y antes de que pudiera detenerse, llamó a la puerta. El sonido fue agudo en el silencio, como el eco de un disparo en la quietud de la noche.

Por un momento no pasó nada. El silencio se prolongó y Tatiana sintió que su resolución flaqueaba. ¿Qué estaba haciendo ella? ¿Qué esperaba que sucediera aquí? Pero antes de que pudiera darse la vuelta y huir, la puerta se abrió con un chirrido y allí estaba Viktor.

La respiración de Tatiana se atascó en su garganta. Viktor parecía tan sereno como siempre, aunque su cabello estaba ligeramente despeinado por el largo día y su camisa colgaba holgada sobre sus anchos hombros. Su mirada se fijó en la de ella, fría y penetrante, pero había un destello de algo más en sus ojos: una curiosidad, tal vez, o tal vez algo más oscuro.

"¿Qué estás haciendo aquí?" Su voz era baja y firme, pero había una corriente subyacente de tensión en su tono.

Tatiana abrió la boca para hablar, pero no le salieron palabras. La ira que había estado hirviendo dentro de ella momentos atrás de repente se sintió apagada en su presencia.

Ella lo miró fijamente, su corazón latía con fuerza y su cuerpo reaccionaba de una manera que no entendía.

Viktor se hizo a un lado, indicándole que entrara a la habitación. Ella dudó sólo un momento antes de cruzar el umbral, sus piernas temblaban mientras pasaba junto a él hacia su espacio privado. La puerta se cerró detrás de ella y sintió que la tensión en la habitación cambiaba, como si el aire se hubiera vuelto más denso, más pesado.

Tatiana estaba parada en el centro de la habitación, sin saber qué hacer o decir. Sus ojos recorrieron rápidamente la gran cama, los muebles oscuros y la tenue luz que proyectaba sombras en las paredes. Todo en la habitación de Viktor era un reflejo de él: frío, oscuro y poderoso.

"Estás enojado", dijo Viktor, su voz cortando el silencio.

La mandíbula de Tatiana se apretó y la ira que había sentido antes estalló de nuevo, esta vez más caliente. Ella se volvió hacia él y apretó los puños a los costados.

"Por supuesto que estoy enojada", dijo, con la voz temblorosa de emoción. "Me has quitado todo: mi libertad, mi vida. Y ahora esperas que yo simplemente... ¿qué? ¿Lo acepte? ¿Te acepte?"

La mirada de Viktor se oscureció y dio un paso hacia ella, su presencia cobrando gran importancia en la habitación. "Siempre fuiste mía, Tatiana. Desde el momento en que tu padre tomó su decisión, me perteneciste".

El pecho de Tatiana se agitó con la fuerza de sus emociones. "¡Yo no elegí esto! ¡Yo no te elegí a ti!"

Los labios de Viktor se curvaron en una lenta y peligrosa sonrisa mientras acortaba la distancia entre ellos. "No", dijo en voz baja, "pero tu cuerpo sí".

Los ojos de Tatiana se abrieron, su aliento se quedó atrapado en su garganta cuando las palabras de Viktor se asimilaron. Lo odiaba por decirlo, lo odiaba aún más porque una parte de ella sabía que era verdad. Pero ella no estaba lista para admitir eso. Aún no. A él no.

"Sal de mi cabeza", susurró, con la voz temblorosa.

La mano de Viktor se extendió, apartando un mechón de cabello de su cara, su toque ligero pero posesivo. "Ya estoy allí, moya printsessa", murmuró. "Y no me voy."

La tormenta dentro de Tatiana estaba a punto de estallar.

El pulso de Tatiana se aceleró cuando las palabras de Viktor resonaron en su mente. *Ya estoy ahí, moya printsessa. Y no me voy.*

Su respiración era entrecortada y superficial, sus emociones se arremolinaban en una violenta mezcla de rabia, traición y algo más oscuro, algo que la inquietaba hasta lo más profundo. Quería arremeter contra él, hacerle sentir la ira que ella sentía, el dolor de todo lo que había perdido. Pero más que eso, quería algo más, algo que ni siquiera podía admitir del todo ante sí misma.

Viktor se acercó, el calor de su cuerpo irradiando hacia ella mientras se elevaba sobre su pequeño cuerpo. A Tatiana se le hizo un nudo en la garganta y su mente daba vueltas con cada reacción posible, cada resultado. Pero su cuerpo la estaba traicionando de nuevo, tal como lo había hecho la noche anterior. Podía sentir la tensión creciendo en su núcleo, la misma tensión que había tratado de ignorar y contra la que había tratado de luchar. Sin embargo, ahora era innegable y Viktor lo sabía. Él siempre parecía saberlo.

Su mano, todavía descansando suavemente sobre su mejilla, se deslizó por el costado de su cuello, su toque persistió de una manera que la hizo estremecer. Quería apartarlo de un empujón, gritarle por haberle quitado todo, pero su cuerpo se inclinó hacia el calor de su mano antes de que pudiera detenerse.

"¿Qué quieres de mí?" susurró, su voz temblaba de emoción.

Los ojos de Viktor se oscurecieron, su mirada nunca abandonó la de ella. “Quiero lo que es mío, Tatiana. Y tú eres mía”.

Sus palabras le provocaron un escalofrío y, aun así, no podía negar la forma en que su cuerpo reaccionó ante ellas. Se odiaba a sí misma por eso, odiaba sentirse siquiera remotamente atraída por un hombre que le había quitado la vida, pero había algo en Viktor (algo en la forma en que la miraba, la tocaba, la controlaba) que encendió un fuego en su interior. su.

Las manos de Tatiana se cerraron en puños a los costados y las uñas se clavaron en las palmas. La ira, la confusión, el deseo... todos chocaron juntos, creando una tormenta dentro de ella que no pudo contener por más tiempo.

Ella levantó la mano con la intención de alejarlo, pero Viktor agarró su muñeca antes de que pudiera hacer contacto. Su agarre fue firme, pero no doloroso. Él sostuvo su mano

entre ellos, su mirada nunca se apartó de la de ella.

“Ya basta, Tatiana”, dijo en voz baja, con voz baja y peligrosa. "Puedes luchar contra esto todo lo que quieras, pero ambos sabemos lo que sientes".

La respiración de Tatiana se entrecortó. "No sabes nada sobre mí".

Los labios de Viktor se curvaron en una lenta y cómplice sonrisa. “¿No es así?” Le levantó ligeramente la muñeca y guió su mano para que descansara contra su pecho. Podía sentir el constante latido de su corazón bajo la palma de su mano, el calor de su piel quemando la tela de su camisa. Su otra mano se deslizó alrededor de su cintura, acercándola hasta que apenas quedó espacio entre ellos.

La mente de Tatiana le gritó que se detuviera, que se alejara, que corriera, pero su cuerpo permaneció clavado en el lugar, su pecho subía y bajaba rápidamente mientras la proximidad de Viktor abrumaba sus sentidos. Cada centímetro de su piel se sentía como si estuviera en llamas, cada nervio al límite.

"Te odio", respiró, las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera detenerlas.

Viktor se rió suavemente, el sonido fue bajo y oscuro. "No, no lo haces".

La ira de Tatiana estalló de nuevo, y trató de apartar su mano de su pecho, pero el agarre de Viktor en su cintura se apretó, manteniéndola firmemente en su lugar.

“Déjame ir”, exigió, con la voz temblando con una mezcla de furia y desesperación.

La expresión de Viktor se suavizó ligeramente, aunque sus ojos permanecieron agudos y calculadores. “¿Es eso realmente lo que quieres, Tatiana?” Su pulgar acarició la piel desnuda de su cintura, enviando una descarga eléctrica a través de ella.

Ella abrió la boca para responder, para decir que sí, pero las palabras no le salían. Su cuerpo la traicionó una vez más, el calor acumulándose en su vientre, su corazón latía con más fuerza que nunca.

La mano de Viktor se deslizó por su espalda, sus dedos pasando por su cabello mientras inclinaba su cabeza ligeramente hacia atrás, obligándola a mirarlo a los ojos. "Dime lo que quieres", murmuró, su voz era aterciopelada.

El pulso de Tatiana se aceleró y su pecho se apretó con el peso de su orden. No podía

pensar con claridad, no podía encontrar las palabras para expresar la guerra que asolaba su interior. Todo lo que sabía era que, en ese momento, lo deseaba más de lo que jamás había deseado nada en su vida.

"No lo sé", susurró, su voz apenas audible.

Los ojos de Viktor brillaron con satisfacción mientras se inclinaba, sus labios rozando los de ella en un fantasma de beso. "Mentirosa", susurró contra su boca, la palabra le provocó un escalofrío por la espalda.

La tensión entre ellos se rompió como una banda elástica, y antes de que Tatiana pudiera detenerse, cerró la distancia restante entre ellos, presionando sus labios contra los de Viktor en un beso que era tan enojado como desesperado. Sus manos se cerraron en puños en su camisa, acercándolo más, necesitando sentir algo, cualquier cosa que pudiera darle sentido al caos dentro de ella.

Viktor respondió de inmediato, su mano apretando su cabello mientras profundizaba el beso, sus labios duros y exigentes contra los de ella. Las rodillas de Tatiana se debilitaron y se habría caído si Viktor no la hubiera estado abrazando con tanta fuerza. Su otra mano recorrió su cuerpo, deslizándose bajo el dobladillo de su camisa para descansar sobre la piel desnuda de su espalda.

Tatiana jadeó contra su boca cuando los dedos de Viktor rozaron su piel, la sensación envió una descarga eléctrica a través de ella. Su mente le gritaba que se detuviera, que lo alejara, pero su cuerpo la traicionaba de nuevo, respondiendo a su toque con una necesidad que no quería reconocer.

Viktor rompió el beso, con la respiración entrecortada mientras la miraba fijamente, con los ojos oscuros por el deseo. "Esto es lo que querías, ¿no?"

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho y su mente corría con mil pensamientos contradictorios. Quería negarlo, gritarle que estaba equivocado, pero la verdad estaba escrita en todo su rostro, en la forma en que su cuerpo se inclinaba hacia el de él, en la forma en que su respiración se entrecortaba cada vez que sus dedos rozaban su piel.

Ella lo odiaba por tener razón, lo odiaba por saber exactamente cómo desenmarañarla. Pero más que eso, se odiaba a sí misma por desearlo.

Y en ese momento, no se podía negar.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho mientras las manos de Viktor se movían por su espalda, su toque posesivo y embriagador. Su mente le gritaba que se alejara, que lo empujara hacia atrás, que recuperara cierta sensación de control sobre la situación. Pero su cuerpo, su cuerpo traidor, se negó a cooperar. Cada nervio, cada fibra de su ser parecía traicionarla, respondiendo al toque de Viktor con un anhelo que no quería admitir.

Mientras lo miraba fijamente, su mirada oscura y hambrienta, vio el mismo deseo reflejado en sus ojos. Pero también había algo más: la necesidad de dominación, de control. Eso envió un escalofrío a través de ella, a pesar de que se odiaba a sí misma por sentirlo. Este era el hombre que le había arrancado la vida, que la había obligado a aceptar este retorcido acuerdo, y sin embargo allí estaba ella, ansiando el mismo dominio que la aterrorizaba.

La mano de Viktor, firme e implacable, se movió desde su espalda hasta la curva de su cintura, acercándola aún más a su cuerpo duro y musculoso. Sus labios se cernieron sobre los de ella por un momento, su aliento cálido contra su piel, y Tatiana pudo sentir que su propia determinación se desvanecía por completo.

"Has estado luchando contra esto, ¿no?" La voz de Viktor era baja, burlona, como si pudiera ver directamente a través de ella, ver la guerra que se desataba dentro de ella. "Luchar contra lo que sabes que quieres".

La boca de Tatiana se abrió y su respiración se entrecortó cuando las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. No quería darle la satisfacción de admitirlo, no quería dejarle ver cuánto poder tenía sobre ella. Pero Viktor no necesitaba que ella dijera nada. Él ya lo sabía.

Con deliberada lentitud, la mano de Viktor se deslizó desde su cintura hasta su muslo, sus dedos rozando la piel desnuda justo debajo del dobladillo de su falda. El pulso de Tatiana se aceleró al sentir el calor de su toque, su corazón martilleaba en su pecho. Se mordió el labio, tratando de reprimir el grito ahogado que amenazaba con escaparse de ella.

"Ahora me perteneces", murmuró Viktor, su voz espesa por el peso de sus palabras. “Cada parte de ti”.

La respiración de Tatiana se entrecortó y apretó los puños a los costados, tratando de aferrarse al último fragmento de resistencia que le quedaba. Pero se deslizaba entre sus dedos como arena, y el toque de Viktor sólo hacía que fuera más difícil de agarrar.

“No dejaré que… me controles”, logró decir Tatiana, aunque su voz era débil, temblando por el esfuerzo de su negación.

Los labios de Viktor se curvaron en una lenta y peligrosa sonrisa. "No tienes otra opción".

Antes de que Tatiana pudiera responder, la mano de Viktor se movió más arriba de su muslo, su toque era más insistente, más exigente. Ella contuvo el aliento, todo su cuerpo se tensó cuando una ola de calor la inundó. Odiaba cómo reaccionaba su cuerpo ante él, odiaba la facilidad con la que él la desenredaba, pero no podía detenerlo. La tensión entre ellos era palpable y ella podía sentir que su resolución se desmoronaba con cada segundo que pasaba.

"No te haré daño", susurró Viktor contra su oído, su aliento cálido y embriagador. “Pero te someterás a mí, Tatiana. Lo harás, porque en el fondo ya quieres”.

La mente de Tatiana gritó en protesta, pero su cuerpo la traicionó nuevamente. Se sintió inclinada hacia él, sintió la atracción de su dominio, el atractivo del poder que ejercía con tanta facilidad. Era embriagador de una manera que nunca antes había experimentado, y por mucho que quisiera luchar contra ello, había una parte de ella que ansiaba el control que él ejercía sobre ella.

"Yo… yo no…" comenzó, pero las palabras murieron en sus labios cuando la mano de Viktor se deslizó debajo de su falda, sus dedos rozando la sensible piel de la parte interna de su muslo. Todo su cuerpo se tensó, un grito ahogado se le escapó cuando sintió su toque.

"Ya eres mío", dijo Viktor, su voz baja y autoritaria, como si no hubiera lugar para la discusión. Y no lo hubo. Ya no.

La respiración de Tatiana se aceleró, su corazón latía con fuerza en su pecho mientras la mano de Viktor continuaba su lenta y tortuosa exploración de su cuerpo. Ella sintió que sus rodillas se debilitaban y su resolución se desmoronaba bajo el peso de su dominio. Ya no podía negarlo: ella quería esto. Ella lo deseaba.

Los labios de Viktor rozaron los de ella, provocándola, pero sin besarla del todo. Sus dedos se deslizaron más arriba de su muslo, enviando una descarga eléctrica a través de su cuerpo. Tatiana se mordió el labio y le agarró los brazos con las manos como para estabilizarse, aunque sabía que no había manera de calmar la tormenta que asolaba su interior ahora.

"Dime que quieres esto", susurró Viktor, sus labios tan cerca de los de ella que ella podía sentir el calor de su aliento. "Dilo."

La garganta de Tatiana se apretó, su mente dando vueltas por la intensidad del momento. Todo su cuerpo le dolía de deseo, su piel enrojecida y hormigueando bajo el toque de Viktor. Quería negarlo, luchar contra él, pero no podía. Ya no.

"Yo..." La voz de Tatiana se quebró cuando la mano de Viktor se deslizó más arriba, sus dedos rozaron su humedad y su aliento se quedó atrapado en su garganta. Su cuerpo se arqueó hacia él, un suave gemido escapó de sus labios antes de que pudiera detenerlo.

Los ojos de Viktor brillaron con satisfacción mientras la miraba, su mano moviéndose con deliberada precisión. "Dime", exigió de nuevo, su voz baja y autoritaria.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho, todo su cuerpo temblaba de necesidad. Se odiaba a sí misma por ello, odiaba la facilidad con la que él había atravesado sus defensas, pero no podía negar lo que sentía ahora. Ella lo deseaba, lo necesitaba.

"Yo... quiero esto", susurró finalmente Tatiana, su voz apenas audible.

Los labios de Viktor se estrellaron contra los de ella en un beso posesivo y hambriento, su mano se deslizó debajo de sus bragas para encontrarla mojada y deseando. Todo el cuerpo de Tatiana se tensó cuando sus dedos rozaron su clítoris, enviando una ola de calor que la recorrió.

El beso se hizo más profundo, la lengua de Viktor reclamaba su boca con la misma intensidad con la que sus dedos reclamaban su cuerpo. Las manos de Tatiana agarraron sus brazos, sus uñas se clavaron en su piel mientras el placer y el deseo inundaban sus sentidos.

Ya no había vuelta atrás.

El beso de Viktor fue implacable, una fuerza devoradora que dejó a Tatiana sin aliento y temblando. Sus manos se aferraron a sus brazos como si fueran lo único que la anclara a la realidad, pero su mente se estaba hundiendo más en el calor del momento. Podía sentir su cuerpo respondiendo a cada movimiento, cada caricia de sus dedos, y le aterrorizaba lo mucho que lo deseaba.

Viktor se apartó del beso, dejándola sin aliento, con los labios hinchados y

hormigueando. Él retrocedió un poco, su intensa mirada nunca abandonó la de ella mientras alcanzaba el dobladillo de su camisa. Con un movimiento lento y deliberado, comenzó a levantarlo sobre su cabeza, sus ojos se oscurecieron por el hambre a medida que se revelaba más piel desnuda. Luego vino su sostén. La habitación se sentía increíblemente calurosa a pesar del aire frío que rozaba su piel expuesta.

Tatiana se quedó congelada en su lugar, con los brazos cayendo a los costados mientras Viktor le quitaba la falda, dejándola nada más que sus finas bragas de encaje. Nunca se había sentido tan vulnerable, tan expuesta, pero el calor entre ellos sólo se intensificó. Podía sentir la mirada de Viktor recorriendo cada centímetro de su cuerpo, devorándola con sus ojos. Su mirada se detuvo en sus pechos, donde sus pezones estaban duros y doloridos, su cuerpo traicionaba la lujuria que la recorría.

"Eres hermosa", murmuró Viktor, su voz llena de deseo mientras pasaba un dedo ligeramente por su clavícula, haciéndola temblar.

La respiración de Tatiana se entrecortó cuando la mano de Viktor se movió por su cuerpo, rozando la hinchazón de sus pechos antes de descansar en su cintura. Su toque era firme, posesivo, y ella se encontró inclinándose hacia él a pesar del torbellino de emociones que se arremolinaban en su interior. Odiaba la facilidad con la que él podía hacer que su cuerpo respondiera, pero no podía detenerlo. La atracción entre ellos era demasiado fuerte.

Con un movimiento rápido, Viktor enganchó sus dedos alrededor de la cintura de sus bragas y lentamente las deslizó por sus piernas. El corazón de Tatiana se aceleró al sentir el aire fresco en su cuerpo ahora completamente expuesto, su piel hormigueaba después de su toque. Estaba temblando, una mezcla de nervios y deseo, sin saber qué hacer, pero el dominio de Viktor la mantuvo congelada en su lugar.

Sus ojos se oscurecieron con satisfacción mientras la miraba, desnuda y vulnerable ante él. Su mano se deslizó por su muslo, rozando sus pliegues húmedos, y Tatiana jadeó ante la sacudida de placer que la recorrió. Su cuerpo reaccionó instintivamente, sus caderas se movieron hacia adelante como si tuvieran mente propia, buscando más de su toque.

"Quieres esto," dijo Viktor suavemente, su voz era una mezcla de orden y satisfacción. No lo expresó como una pregunta: era un hecho. Él lo sabía y ahora ella también.

La respiración de Tatiana se produjo en ráfagas cortas y entrecortadas mientras los dedos de Viktor se movían suavemente sobre su clítoris, frotando círculos lentos y tortuosos que la dejaban temblando. Todo su cuerpo se sentía como si estuviera en llamas, un furioso infierno de necesidad que no podía controlar. Quería negarlo, decirle

que no quería eso, pero la verdad era innegable. Lo deseaba más de lo que jamás había deseado nada.

Los labios de Viktor encontraron los de ella nuevamente, el beso áspero y exigente, sus manos trabajando su cuerpo con precisión experta. Lentamente deslizó un dedo dentro de ella y todo el cuerpo de Tatiana se tensó cuando un gemido escapó de sus labios. Se tomó su tiempo, saboreando el momento, su dedo deslizándose dentro y fuera de ella con movimientos lentos y deliberados que la dejaron deseando más.

"Estás tan apretada", murmuró Viktor contra sus labios, su voz baja y llena de satisfacción. "Voy a disfrutar cada segundo de esto".

Tatiana jadeó cuando Viktor añadió otro dedo, estirándola más, su pulgar presionando contra su clítoris de una manera que hizo que sus piernas temblaran. Sentía que se ahogaba en sensaciones, que su cuerpo respondía a cada toque, a cada caricia, de una manera que no entendía. Nunca antes había experimentado algo así y la abrumó.

Odiaba lo mucho que lo deseaba, lo mucho que anhelaba el placer que él le estaba dando, pero ya no había forma de detenerlo. El dominio de Viktor, su control, todo alimentaba el extraño deseo que la recorría. Ella no sólo lo quería: lo necesitaba.

Los dedos de Viktor se clavaron más profundamente dentro de ella, sus movimientos se volvieron más contundentes, más insistentes, y Tatiana sintió que la presión crecía dentro de ella. Sus caderas se movieron contra su mano, su cuerpo traicionó cada pensamiento y pudo sentir que se tambaleaba al borde de la liberación. Era aterrador cuánto poder tenía Viktor sobre ella, pero en ese momento, no le importaba. Lo único en lo que podía pensar era en cómo él la hacía sentir.

Viktor se apartó del beso, su respiración era pesada mientras la miraba con ojos oscuros y posesivos.

Sin decir una palabra, la guió hasta que se arrodilló mientras se quitaba la ropa.

"Abre la boca", ordenó, su voz baja y áspera, provocando que un escalofrío recorriera su espalda.

Tatiana vaciló por un segundo, su cuerpo temblaba con una mezcla de miedo y deseo. Pero cuando su mirada se encontró con la de Viktor, vio el fuego en sus ojos, la demanda tácita que no podía ignorar. Sus labios se separaron y sintió que el calor subía a su rostro mientras se inclinaba hacia adelante.

La mano de Viktor se enredó en su cabello, guiándola más cerca, su polla dura y palpitante mientras rozaba sus labios. Por un momento, se sintió abrumada por su enorme tamaño, sin estar segura de poder soportarlo, ni siquiera de querer hacerlo. Pero el dolor punzante entre sus piernas era innegable. Estaba mojada, anhelándolo de una manera que nunca había creído posible.

Tentativamente, Tatiana envolvió sus labios alrededor de la cabeza de su polla, su aliento se quedó atrapado en su garganta al sentir el calor y la dureza de él. Viktor dejó escapar un gruñido bajo, su agarre se apretó en su cabello mientras ella lo tomaba más profundamente. La sensación era extraña, abrumadora, pero cuando la punta de él rozó el fondo de su garganta, algo dentro de ella despertó.

Se descubrió deseándolo, su vacilación inicial se desvaneció mientras movía su boca a lo largo de su longitud, probándolo, sintiendo el cambio de poder entre ellos. Sus pezones estaban duros y todo su cuerpo respondía a la energía primaria que llenaba la habitación. Sintió la mano de Viktor apretarse en su cabello mientras empujaba más profundamente, su voz ronca y sin aliento.

"Buena chica", gruñó, acercándola aún más. "Tómalo todo".

El corazón de Tatiana se aceleró mientras obedecía, su cuerpo vibraba con una extraña mezcla de miedo y euforia. Nunca antes había sentido algo así: el poder, la sumisión, el deseo puro que latía a través de cada centímetro de ella.

Pero justo cuando sintió la polla de Viktor palpitar en su boca, él se apartó de repente, dejándola sin aliento y ansiando más. Antes de que pudiera siquiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Viktor la agarró bruscamente, levantándola e inclinándola sobre el final de la cama. Sus manos se movieron sobre su cuerpo antes de deslizarse por su espalda hasta la humedad entre sus piernas.

"Estás tan jodidamente mojada para mí", gruñó, su voz llena de lujuria mientras sus dedos se deslizaban a través de sus resbaladizos pliegues. "Quieres esto, ¿no?"

Tatiana jadeó, su cuerpo temblaba cuando sintió sus dedos frotar su clítoris, provocándola con movimientos lentos y deliberados. No quería admitirlo, pero la verdad era innegable: lo deseaba. Ella lo necesitaba.

Las manos ásperas de Viktor agarraron sus caderas mientras la acercaba hacia él, su cuerpo presionándose más cerca. La respiración de Tatiana se entrecortó cuando sintió el calor de su polla empujando contra sus pliegues húmedos, provocándola. El dolor entre sus piernas se volvió insoportable, su cuerpo respondió instintivamente, sus

caderas se movían ligeramente como si pidieran más. La habitación pareció encogerse, el aire se espesó con el olor del deseo y la energía crepitante que palpitaba entre ellos.

Se apoyó contra la cama, sus manos agarrando las sábanas mientras Viktor se movía detrás de ella, su presencia era a la vez abrumadora y embriagadora. El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho, su cuerpo temblaba al sentir todo el peso de lo que estaba por suceder. Esta no era su primera vez con Viktor, pero la intensidad del momento se sentía tan cruda y primitiva como si lo fuera. Cada nervio de su cuerpo estaba ardiendo, la anticipación se enroscaba en su vientre mientras esperaba que él la tomara.

Sin previo aviso, Viktor empujó hacia adelante, su polla deslizándose entre sus pliegues y empujando contra su entrada. Tatiana jadeó, su cuerpo se tensó ante la repentina presión, pero no se apartó. Ella no pudo. La necesidad que corría por sus venas era demasiado fuerte, el deseo de sentirlo dentro de ella dominaba cualquier miedo o vacilación persistente.

“¿Sientes eso?” Viktor gruñó, su voz baja y llena de lujuria. “Eres mía. Cada centímetro de ti me pertenece”.

La respuesta de Tatiana no fue más que un gemido, su cuerpo temblaba mientras Viktor se burlaba de ella aún más, frotando la cabeza de su polla a lo largo de sus resbaladizos pliegues, haciéndola sentir dolor por él. Podía sentir la tensión creciendo dentro de ella, su cuerpo prácticamente rogando que él la tomara, que la llenara por completo. Y cuando finalmente lo hizo, deslizando su gruesa longitud dentro de ella con un empuje lento y deliberado, ella dejó escapar un gemido bajo y necesitado, sus manos agarrando las sábanas aún más fuerte.

La polla de Viktor la estiró de una manera que era casi abrumadora, su cuerpo ajustándose a la plenitud de él mientras él la llenaba por completo. Sus manos agarraron sus caderas con más fuerza, atrayéndola hacia él mientras comenzaba a moverse, cada embestida profunda y contundente. La respiración de Tatiana era entrecortada y su cuerpo respondía a él de maneras que no podía controlar. Estaba mojada, resbaladiza y tan apretada alrededor de él que cada movimiento enviaba ondas de placer a través de ella.

"Te gusta eso, ¿no?" Murmuró Viktor, su aliento caliente contra su oreja mientras se inclinaba sobre ella, su cuerpo presionándola contra la cama. "Te gusta cuando te tomo así".

El gemido de Tatiana fue toda la confirmación que necesitaba, y con un gruñido bajo, Viktor comenzó a moverse más rápido, sus caderas hundiéndose en ella con una

urgencia que coincidía con la creciente necesidad dentro de ella. El sonido de sus cuerpos juntándose llenó la habitación, el golpe de piel contra piel mezclándose con los ruidos ásperos y guturales que Viktor hacía mientras la reclamaba, una y otra vez.

Estaba perdida en las sensaciones, su mente se quedó en blanco mientras su cuerpo tomaba el control. Cada embestida la empujaba más cerca del borde, la áspera fricción de su polla golpeando todos los puntos correctos dentro de ella, haciendo que su cuerpo se tensara con la promesa de liberación. Podía sentir los dedos de Viktor hundiéndose en sus caderas, su agarre posesivo y firme, como si no pudiera tener suficiente de ella.

El aliento de Tatiana se quedó atrapado en su garganta cuando Viktor se inclinó de nuevo, su mano deslizándose desde su cadera hasta su pecho. Él le pellizcó el pezón con fuerza, provocando que una sacudida de placer y dolor la recorriera, y ella dejó escapar un grito agudo, arqueando la espalda contra él. La otra mano de Viktor se deslizó hacia abajo, sus dedos encontraron el calor resbaladizo entre sus piernas, frotando su clítoris en círculos lentos y deliberados que hicieron que todo su cuerpo se estremeciera.

"Estás tan jodidamente apretado", gimió Viktor, su voz tensa mientras la empujaba más fuerte, más rápido. “Puedo sentir que me apretas, tratando de contenerte. No luches contra eso. Déjalo ir."

Todo el cuerpo de Tatiana tembló cuando sintió que la tensión dentro de su espiral se apretaba más, el placer aumentaba con cada embestida, cada golpe de sus dedos. Estaba tan cerca, tambaleándose al borde, y cuando Viktor se movió ligeramente, inclinando sus caderas justo, golpeando ese punto perfecto en lo profundo de ella, no pudo contenerse más.

Con un grito entrecortado, el cuerpo de Tatiana se convulsionó a su alrededor, su orgasmo se estrelló sobre ella en una ola de puro éxtasis. Su visión se volvió borrosa, sus músculos se tensaron mientras sus paredes internas se apretaban alrededor de la polla de Viktor, empujándolo aún más profundamente dentro de ella. Viktor dejó escapar un gruñido animal cuando sintió que ella se deshacía a su alrededor, sus embestidas se volvieron erráticas y desesperadas.

La abrazó con más fuerza, sus caderas chocaron contra ella con un ritmo brutal y primario mientras perseguía su propia liberación. Tatiana apenas era consciente de nada más que del placer abrumador que la recorría, su cuerpo todavía temblaba por las réplicas de su orgasmo. Y luego, con un último y profundo empujón, Viktor gimió su nombre, su polla palpitaba dentro de ella mientras encontraba su propia liberación.

Por un momento, ambos estuvieron quietos, con sus cuerpos entrelazados después de su pasión. El pecho de Viktor se agitó contra la espalda de Tatiana, su aliento caliente y pesado en su oído. Tatiana podía sentir su polla palpitar dentro de ella, todavía enterrada profundamente mientras él la abrazaba, sin soltarla nunca.

"Eres mío", susurró Viktor, su voz áspera pero llena de satisfacción. "Siempre serás mía".

Tatiana no respondió, su mente estaba demasiado confusa por la intensidad de lo que acababa de suceder. Todo lo que pudo hacer fue asentir débilmente, su cuerpo todavía temblaba cuando Viktor finalmente salió de ella, dejándola sintiéndose extrañamente vacía y expuesta. Él se puso de pie, acercándola a la cama junto a él, la finalidad de su afirmación resonó en la habitación a oscuras.

Capítulo 8

Tatiana se sentó en el borde de su cama, mirando el suave resplandor de la lámpara de la mesita de noche. La luz parpadeaba ligeramente, proyectando sombras danzantes a través de la gran sala que ahora consideraba suya. Era lujoso, mucho más opulento que cualquier cosa que jamás hubiera imaginado, pero a pesar de su belleza, parecía frío. Poco acogedor. Su vida había cambiado tan drásticamente en tan poco tiempo que apenas podía reconocer a la persona que alguna vez había sido.

Un profundo suspiro escapó de sus labios mientras acercaba sus rodillas a su pecho y las rodeaba con sus brazos. Se sentía perdida, atrapada entre dos mundos: uno de control y dominio, el otro de incertidumbre y miedo. Los acontecimientos de los últimos días se repetían en su mente y, con cada pensamiento que pasaba, sus emociones giraban en diferentes direcciones.

Pensó en Viktor. El hombre que ahora controlaba cada uno de sus movimientos, el hombre al que se había visto obligada a someterse. Su presencia era abrumadora, imponente e innegablemente magnética. Tatiana se sintió en conflicto de maneras que la aterrorizaron. A pesar de las circunstancias de su matrimonio forzado, a pesar de su enojo por la situación, no podía negar la forma en que su cuerpo había reaccionado ante él, la forma en que su mente seguía regresando a esos momentos en los que él la había reclamado.

El recuerdo de sus manos sobre su piel, su cálido aliento contra su cuello, la hizo estremecerse. No era sólo el aspecto físico, era el poder que ejercía sobre ella, la forma en que podía encender un fuego dentro de ella que ella no sabía que existía. Se odió a sí misma por eso. Odiaba lo mucho que lo había deseado, lo mucho que había anhelado su toque incluso cuando su mente le gritaba que se resistiera.

Los dedos de Tatiana se desplazaron distraídamente hasta el escote de su camisón, trazando el delicado encaje. Viktor la había tomado dos veces y cada vez la había dejado conmocionada. La intensidad de ello, la cruda necesidad que los recorrió a ambos, había despertado algo en ella. Algo que ella no quería reconocer. La habían criado para ser pura, intacta, preparada para una vida que se suponía debía controlar. Pero Viktor había destrozado todo eso.

Su mente volvió a la primera vez. La forma en que había tomado el control, la forma en que la había hecho sentir impotente y poderosa al mismo tiempo. Su aliento se había atascado en su garganta cuando él la miró con esa mirada depredadora, cuando susurró esas oscuras promesas contra su piel. Había estado aterrorizada, pero debajo

de ese miedo había algo más, algo que no podía nombrar. Deseo. Curiosidad. Un anhelo que la hacía sentir avergonzada.

¿Por qué ella lo quería? ¿Por qué, después de todo lo que había hecho, su cuerpo la traicionaba tan fácilmente? Ella nunca había estado con un hombre antes de Viktor. La idea de intimidad siempre le había sido ajena, algo que imaginaba que compartiría con alguien a quien amaba, alguien que se preocupaba por ella. Pero con Viktor fue diferente. No había dulzura ni ternura. Era crudo, primitivo, y la dejaba al mismo tiempo regocijada y vacía.

Tatiana apretó los puños, tratando de deshacerse de las emociones que se aferraban a ella. Su mente había sido un torbellino de pensamientos desde esa noche. Quería odiarlo, pero algo muy dentro de ella no podía. Hubo una atracción, un magnetismo que desafió la lógica. Viktor era peligroso, frío e implacable, pero cuando la tocaba, era como si el resto del mundo desapareciera y todo lo que existía era ellos dos. Ella no sabía cómo reconciliar eso.

Su pecho se apretó al pensar en su padre. Él la había traicionado de maneras que ella nunca podría perdonar. El hombre que la había criado, que la había protegido del mundo, la había vendido al mismo hombre que ahora era dueño de su cuerpo y alma. La ira hervía bajo la superficie, pero incluso eso parecía distante ahora. Se sentía atrapada, atrapada entre su pasado y su presente, sin saber dónde estaba su futuro.

Tatiana enterró su rostro entre sus manos, sintiendo el peso de todo. Ella no era tonta. Sabía que Viktor no se preocupaba por ella, no del modo en que un marido debería preocuparse por su esposa. Ella era una posesión para él, una herramienta en un juego más amplio de poder y control. Pero hubo momentos (momentos fugaces y raros) en los que creyó ver algo más en sus ojos. Un destello de algo más profundo. Pero desapareció antes de que pudiera agarrarlo.

Sus emociones luchaban dentro de ella, desgarrándola desde diferentes direcciones. Anhelaba la libertad, la vida que había soñado antes de que Viktor llegara a su mundo. Pero al mismo tiempo, sabía que ahora una parte de ella estaba irrevocablemente ligada a él. No había forma de escapar de él. Estaba unida a él de maneras que iban más allá del contrato matrimonial. Viktor la había marcado de maneras que no podía explicar, y le aterrorizaba lo mucho que estaba empezando a desear su toque a pesar de las circunstancias.

Se movió en la cama, apretándose más las mantas a su alrededor. La finca estaba inquietantemente silenciosa, el único sonido era el leve crujido de la chimenea en la esquina de la habitación. Lena había entrado antes para ver cómo estaba, ofreciéndole una sonrisa amable y algunas palabras de consuelo, pero Tatiana no se había sentido

reconfortada. Se sintió sola. Aislada en un mundo al que no pertenecía, pero del que no podía escapar.

Sus ojos se dirigieron a la ventana, donde la luna colgaba baja en el cielo, proyectando un pálido resplandor sobre los terrenos de la propiedad. Se preguntó dónde estaría Viktor. La había dejado sola la mayor parte del día y, aunque ella intentaba que no le importara, una parte de ella no podía evitar preguntarse qué estaba haciendo, si es que estaba pensando en ella. ¿La veía como algo más que un objeto a controlar? ¿Se preguntó alguna vez qué pasaba por su mente?

Un suave suspiro escapó de sus labios mientras se recostaba contra las almohadas. Estaba agotada, emocional y físicamente agotada por la constante agitación dentro de ella. No sabía lo que le deparaba el futuro, no sabía cómo sobreviviría en este mundo al que Viktor la había arrastrado. Pero por ahora lo único que podía hacer era intentar descansar.

Cuando sus pensamientos comenzaron a disminuir, la tensión en su cuerpo disminuyó. Sus párpados se volvieron pesados y el calor de la cama la adormeció con una sensación de fugaz comodidad. Tal vez, sólo tal vez, pudiera encontrar paz durante unas horas en el olvido del sueño. Su mente vagaba, la oscuridad arrastrándose alrededor de los bordes de su conciencia. El último pensamiento de Tatiana antes de dormir fue sobre Viktor, sobre sus ojos, fríos y calculadores, pero con ese destello de algo que no podía identificar.

Tatiana se despertó con una sacudida violenta y su cuerpo salió del sueño antes de que su mente pudiera alcanzarlo. Desorientada, parpadeó, tratando de encontrarle sentido a la voz aterrorizada que la llamaba por su nombre.

“¡Tatiana! ¡Despertar! ¡Rápido, debes despertar!

Sus ojos finalmente se centraron en la figura de Lena, el ama de llaves, parada al borde de su cama, con el rostro pálido de miedo. Tatiana luchó por sentarse, su corazón latía con fuerza mientras la adrenalina inundaba su sistema. El tenue resplandor de la lámpara de la mesita de noche proyectaba sombras sobre los ojos muy abiertos de Lena, y sus manos temblorosas sólo aumentaron la sensación de temor que se apoderaba del estómago de Tatiana.

"Lena, ¿qué... qué está pasando?" La voz de Tatiana estaba espesa por el sueño y la confusión, pero la urgencia en los movimientos de Lena hizo que se le acelerara el

pulso.

"Hay hombres en la casa", susurró Lena, con la voz temblorosa. “Hombres malos. Han venido por Viktor”.

La sangre de Tatiana se heló ante las palabras, su mente se apresuró a ponerse al día. Víctor. Hombres en la casa. Ella parpadeó, tratando de darle sentido a la situación. Su corazón latía con fuerza en su pecho, el repentino cambio del sueño tranquilo al pánico hizo que sus pensamientos giraran en espiral.

"¿Hombres malos?" Tatiana repitió, su voz apenas era más que un susurro.

"Sí", dijo Lena, su voz era un silbido apresurado mientras miraba nerviosamente hacia la puerta. “Escuché disparos, gritos. Viktor y sus hombres están luchando contra ellos. Tienes que permanecer escondida, Tatiana. Son peligrosos”.

El sonido de disparos distantes se filtró a través de las paredes y Tatiana se quedó helada, con el aliento atrapado en la garganta. Podía escuchar voces apagadas, enojadas y bajas, provenientes de algún lugar más allá de su habitación. Se escuchó un estrépito, el sonido de vidrios rompiéndose, seguido por el inconfundible estallido de más disparos. El corazón de Tatiana se subió a su garganta cuando el miedo se apoderó de ella.

"Están dentro de la casa", continuó Lena, con la voz quebrada. “Debemos quedarnos callados. Viktor se encargará de ello”.

Víctor. La mente de Tatiana inmediatamente se dirigió a él, el hombre que la había reclamado como suya. ¿Estaría ahí fuera ahora, luchando contra esos intrusos? Su corazón se aceleró ante la idea de que él estuviera en peligro, pero con la misma rapidez lo hizo a un lado. ¿Por qué debería preocuparse por su destino? Ella apenas lo conocía, pero su estómago se retorció ante la idea de que algo le pasara.

Lena tiró de su brazo y la sacó de la cama. “Necesitamos escondernos”, instó con voz de pánico.

Tatiana se puso de pie, le temblaban las manos mientras intentaba estabilizarse. Los sonidos de la pelea se hicieron más cercanos, los disparos más fuertes, más frenéticos. Su corazón latía con fuerza en su pecho, su cuerpo tenso por el miedo. Podía oír pasos (pesados, decididos) resonando por el pasillo, el sonido de puertas abriéndose, y la realidad de la situación la golpeó como una ola. Estaban en peligro. Peligro real e inmediato.

Lena llevó a Tatiana a un pequeño armario en el otro extremo de la habitación, la pesada puerta de madera crujió cuando la abrió. "Quédate aquí dentro", susurró Lena, con la voz llena de miedo. “No hagas ningún sonido. Me quedaré contigo”.

Tatiana vaciló por un momento, sus instintos le gritaban que corriera, encontrara a Viktor y se asegurara de que estuviera a salvo. Pero el miedo en los ojos de Lena la detuvo. No tenía idea de lo que estaba pasando, ni de quiénes eran estos hombres o qué querían, pero estaba claro que no estaban allí para nada bueno. Estaban aquí por sangre.

Lena la empujó hacia el interior del pequeño armario, ambas agazapadas en la oscuridad mientras la mente de Tatiana daba vueltas. Podía sentir los latidos de su corazón en la garganta, su respiración superficial y entrecortada mientras intentaba calmarse. El sonido de pasos se hizo más fuerte, más cercano. Podía oír el ruido sordo de las voces, el inconfundible ruido de las armas amartilladas y preparadas.

"Quédate callada", susurró Lena de nuevo, con la mano temblorosa mientras agarraba el brazo de Tatiana.

Los minutos se alargaron y cada segundo pareció una eternidad mientras esperaban, acurrucados en el armario. El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho, sus palmas estaban resbaladizas por el sudor a medida que la tensión aumentaba. Cada sonido parecía amplificado en el silencio: el arrastrar de pies afuera, la ocasional ráfaga de disparos, el distante estrépito de algo que se rompía.

No podía dejar de pensar en Viktor. ¿Dónde estaba él? ¿Estaba bien? La idea de él ahí fuera, enfrentándose a cualquier amenaza que hubiera invadido su hogar, la llenaba de una extraña mezcla de miedo y preocupación. No quería admitirlo, pero la idea de que le pasara algo la asustaba. Había llegado a confiar en su presencia, por abrumadora y dominante que fuera.

Tatiana tragó saliva, obligándose a concentrarse en el presente. Ahora no era el momento de pensar en Viktor o en el complicado lío de emociones que tenía hacia él. Ahora era el momento de sobrevivir.

El sonido de pasos se hizo aún más cercano, seguido de una voz profunda y desconocida. Tatiana se puso rígida y todo su cuerpo se enfrió. Podía escuchar a los hombres afuera de su puerta, sus voces bajas y amenazadoras. Estaban registrando las habitaciones, buscando algo... o alguien.

Su pulso se aceleró cuando el pomo de la puerta sonó, el sonido provocó una sacudida de miedo a través de ella. Lena apretó con más fuerza el brazo de Tatiana, con los

nudillos blancos por la tensión. Ambos contuvieron la respiración cuando los pasos se detuvieron afuera de la puerta.

Por favor, por favor, no entres aquí, suplicó Tatiana en silencio, su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que los hombres de afuera podían oírlo.

Pero la puerta se abrió de repente y la madera se astilló cuando dos hombres irrumpieron en la habitación. Tatiana reprimió un grito ahogado, todo su cuerpo temblaba mientras se metía más profundamente en el armario. Apenas podía distinguir las figuras en la penumbra a través de las tablillas, pero eran formas grandes y descomunales, peligrosas y violentas.

“Registrad la habitación”, ladró uno de ellos, con voz áspera y autoritaria.

A Tatiana se le cortó el aliento cuando comenzaron a destrozar la habitación, volcar muebles y abrir cajones. La mano de Lena apretó su brazo y Tatiana tuvo que morderse el labio para no gritar. Cerró los ojos con fuerza, rezando para que no los encontraran, para que pasaran a la habitación de al lado.

Pero el sonido de pasos pesados se acercó al armario y el corazón de Tatiana casi se detuvo. Podía oír a los hombres hablando en voz baja, sus palabras en voz baja y amenazadoras. Luego, sin previo aviso, la puerta del armario se abrió de golpe.

Un grito quedó atrapado en la garganta de Tatiana cuando uno de los hombres la agarró del brazo y la sacó bruscamente del armario. Lena gritó y corrió hacia adelante para intentar detenerlo, pero el segundo hombre la empujó hacia atrás y la hizo caer al suelo. El pulso de Tatiana se aceleró mientras la arrastraban por la habitación, su mente era un torbellino de terror y confusión.

"¡Déjame ir!" gritó ella, luchando contra su agarre, pero el hombre solo la apretó con más fuerza.

Lo último que vio antes de que la arrastraran fuera de la habitación fue el cuerpo inmóvil de Lena en el suelo, con la sangre acumulándose debajo de su cabeza.

El cuerpo de Tatiana se entumeció mientras el hombre la arrastraba por los pasillos de la propiedad de Viktor. La otrora familiar grandeza del lugar ahora parecía extraña y aterradora. Los pisos pulidos y las elaboradas obras de arte no eran más que una mancha borrosa mientras ella luchaba por el agarre de hierro del hombre, tratando de liberarse. Pero fue inútil: su agarre sobre ella era inflexible, y cada intento de escapar sólo hacía que la atrajera con más fuerza, sus manos ásperas mordiendo su piel.

"¡Déjame ir!" gritó de nuevo, su voz resonó por los pasillos vacíos. Pero el hombre permaneció en silencio, con especial atención mientras la arrastraba hacia la salida. El miedo se apoderó del corazón de Tatiana cuando se dio cuenta de que se dirigían hacia afuera. Cada fibra de su ser le decía que si dejaba la propiedad con ellos, tal vez nunca regresaría.

Los disparos que habían llenado el aire de la noche momentos atrás se habían calmado, reemplazados por un silencio inquietante que sólo aumentó su terror. No sabía si Viktor estaba vivo o muerto, y la idea de que yaciera en algún lugar de la propiedad, herido o algo peor, envió una fría ola de temor a través de ella. No podía permitir que estos hombres se la llevaran. Tenía que luchar.

Reuniendo cada gramo de fuerza que le quedaba, Tatiana se retorció en el agarre del hombre, tratando de clavarle las uñas en el brazo. Él apenas se estremeció, sólo apretó más su muñeca y la acercó más. El segundo hombre, que caminaba justo delante, miró hacia atrás, con el rostro una máscara de irritación.

"Mantenla callada", gruñó, en voz baja y amenazadora.

La respiración de Tatiana era entrecortada y entrecortada mientras luchaba contra ellos. El pánico le arañó el pecho, haciéndole difícil pensar, difícil concentrarse en algo que no fuera el puro terror que corría por sus venas. Ella no era rival para estos hombres, lo sabía, pero no podía darse por vencida. No podía permitir que la alejaran de la propiedad de Viktor, de cualquier pequeña posibilidad de seguridad que todavía pudiera existir allí.

El hombre que la sostenía de repente tiró de ella hacia adelante con fuerza brutal, casi haciéndola caer al suelo. Tatiana jadeó, tropezando para mantener el equilibrio mientras se acercaban a las enormes puertas de entrada de la finca. Podía ver la noche más allá de ellos, la fría oscuridad esperando para tragarla por completo.

"¡No!" gritó, con la voz quebrada mientras luchaba con más fuerza, agarrando con las manos cualquier cosa que pudiera alcanzar (el marco de una puerta, una barandilla, el borde de una mesa), pero el hombre era demasiado fuerte. Él la empujó hacia adelante con facilidad, arrastrándola a través del umbral y afuera al frío aire de la noche.

Los pies descalzos de Tatiana golpearon la grava del camino de entrada y las piedras afiladas le mordieron la piel. Apenas notó el dolor, estaba completamente concentrada en escapar, en encontrar alguna manera de liberarse antes de que fuera demasiado tarde. Pero el segundo hombre ya estaba abriendo la puerta de un coche que esperaba, con el motor en marcha y los faros proyectando largas y espeluznantes sombras sobre los terrenos de la finca.

Cuando llegaron al auto, el primer hombre la empujó bruscamente hacia la puerta abierta y el cuerpo de Tatiana se estrelló contra el costado del vehículo, dejándola sin aliento. Ella jadeó, sus manos lucharon por agarrarse mientras intentaba alejarse, pero antes de que pudiera recuperar el equilibrio, el segundo hombre la agarró por el cabello, obligándola a bajar la cabeza mientras la empujaba hacia el asiento trasero.

"Entra", gruñó, su voz llena de desprecio.

La visión de Tatiana se nubló por las lágrimas cuando la empujaron hacia el auto, su cuerpo temblaba de miedo y adrenalina. Apenas podía recuperar el aliento, el pánico le apretaba el pecho con tanta fuerza que pensó que podría desmayarse. La puerta se cerró de golpe detrás de ella, atrapándola dentro del espacio oscuro y confinado.

El frío cuero del asiento debajo de ella no hizo nada para calmar su corazón acelerado. Se apretó contra la puerta del fondo y su cuerpo temblaba incontrolablemente mientras los hombres subían a los asientos delanteros. El conductor, el primer hombre que la había agarrado, arrancó el coche con un giro brusco de la llave y el vehículo avanzó dando bandazos, alejándose a toda velocidad de la propiedad de Viktor.

La finca se hizo cada vez más pequeña en el espejo retrovisor, y su otrora imponente estructura se desvaneció en la distancia, tragada por la noche. La mente de Tatiana se aceleró, sus pensamientos eran un revoltijo caótico de miedo y desesperación. No tenía idea de adónde la llevaban ni qué pretendían hacer, pero la mirada siniestra en sus ojos le dijo que no terminaría bien.

Miró hacia la parte delantera del coche y sus ojos recorrieron a los dos hombres. Sus rostros eran duros, impasibles, como si lo hubieran hecho miles de veces antes. No se trataba de delincuentes comunes y corrientes; Estos hombres eran asesinos despiadados y entrenados, y ella era su rehén. Colateral. Nada más que un peón en cualquier juego retorcido que estuvieran jugando con Viktor.

La comprensión la golpeó como un puñetazo en el estómago. Esto no se trataba de ella. Se trataba de Viktor, de sus enemigos, el mundo peligroso en el que vivía, el mundo al que ella había sido arrastrada en contra de su voluntad. Ella no había sido más que una moneda de cambio, una palanca para usar contra él. Y ahora estaba atrapada en medio de una guerra que no entendía.

El coche aceleró en la noche, las calles eran una mancha de sombras oscuras y edificios débilmente iluminados. La mente de Tatiana se aceleró, tratando de decidir qué hacer. Tenía que encontrar una salida. No podía simplemente quedarse ahí

sentada y esperar los horrores que la aguardaban. Pero las puertas estaban cerradas con llave y las ventanas tintadas y seguras. No hubo escapatoria. Aún no.

Cuando el auto giró hacia una carretera desierta, Tatiana se obligó a respirar profundamente, tratando de calmar la creciente ola de pánico que amenazaba con consumirla. No podía permitirse el lujo de derrumbarse, no ahora. Tenía que mantenerse fuerte, tenía que pensar. Viktor vendría por ella... tenía que hacerlo. Pero hasta entonces, necesitaba sobrevivir.

Los hombres en el asiento delantero intercambiaron algunas palabras, en voz baja y ronca. Tatiana se esforzó por escucharlos, su corazón latía con fuerza en su pecho mientras intentaba darle sentido a su conversación.

“¿Es ella la indicada?” preguntó el conductor, en tono casual, como si no estuvieran hablando de un ser humano sentado a pocos metros detrás de ellos.

“Sí”, respondió el segundo hombre, con voz más fría. "Ella es la perra que Viktor ha estado manteniendo".

El estómago de Tatiana se retorció ante sus palabras y la bilis subió a su garganta. Hablaban de ella como si no fuera nada, como si no importara.

“¿Y qué se supone que debemos hacer con ella?” preguntó el conductor, mirando por el espejo retrovisor para mirar a Tatiana.

El segundo hombre se rió entre dientes. “Eso depende del jefe. Pero no contaría con que ella esté de una pieza cuando terminemos”.

A Tatiana se le heló la sangre y su cuerpo se puso rígido de miedo. Podía sentir el peso de sus palabras presionándola, asfixiándola. Estos hombres no sólo iban a retenerla para pedir un rescate o usarla como palanca, sino que iban a lastimarla.

Su mente daba vueltas, buscando desesperadamente una salida, algún tipo de escape. Pero el coche aceleró, alejándola cada vez más de cualquier esperanza de seguridad.

Lo único que Tatiana sabía con seguridad era que Viktor vendría por ella. Tenía que hacerlo.

¿Pero llegaría a tiempo?

El auto continuó corriendo por el camino oscuro, llevándola hacia lo desconocido, y

todo lo que Tatiana pudo hacer fue rezar para que Viktor llegara antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 9

El aire estaba denso por el humo, el fuerte estallido de los disparos resonaba por los pasillos de la propiedad de Viktor. Los pasillos, que alguna vez fueron prístinos, revestidos de costosas obras de arte y pisos pulidos, ahora estaban llenos de cuerpos de hombres caídos, tanto los suyos como los del enemigo. Cada respiro que Viktor tomaba se sentía pesado, el olor a sangre y pólvora asaltaba sus sentidos mientras se agachaba detrás de un pilar de mármol, evitando por poco una andanada de balas que se estrellaron contra la pared detrás de él.

Su pecho se agitaba, pero no por el esfuerzo. Era el miedo creciente lo que lo carcomía, un miedo que no había sentido en años. No era por su propia vida: Viktor se había enfrentado a la muerte más veces de las que podía contar, y cada vez la había contemplado sin pestañear. No, este miedo era diferente, más agudo. Fue para Tatiana.

Ella estaba arriba. Solo.

La idea de ella, vulnerable e inconsciente del peligro que se arremolinaba a su alrededor, le provocó una descarga de pánico. Viktor apretó la mandíbula, reprimiendo la emoción. Necesitaba mantenerse concentrado. No podía permitirse distracciones, no ahora, no con los hombres de Morozov Bratva inundando su casa como una marea de destrucción.

Pero a pesar de sus intentos de concentrarse, su mente seguía volviendo a ella. La imagen del rostro de Tatiana, con los ojos muy abiertos por el miedo, pasó por su mente. Probablemente estaba dormida, escondida en su habitación, ajena al caos que se desarrollaba debajo. Ese solo hecho hizo que su corazón se acelerara con una mezcla de frustración y algo más primario: protección. Él le había prometido seguridad, jurado protegerla de las brutales realidades de su mundo. Y ahora, esa promesa se le estaba escapando de las manos.

Enfocar, Viktor se reprendió mentalmente, recargando su arma con la facilidad practicada de un hombre que había peleado más batallas de las que podía recordar. Pero era difícil concentrarse cuando cada instinto le gritaba que llegara hasta ella.

Una ráfaga de balas atravesó la pared a pocos centímetros de su cabeza, devolviéndolo al presente. Dos hombres armados habían avanzado por el pasillo, con los ojos fijos en Viktor. Los reconoció de inmediato: los hombres de Morozov, vestidos

con equipo táctico negro, sus rostros sombríos bajo el brillo de las tenues luces de emergencia. Se movían con una precisión mortal, claramente entrenados para ello.

Víctor no dudó. Su cuerpo se movía en piloto automático, años de experiencia tomando el control. Salió de detrás del pilar y disparó dos tiros. La primera bala alcanzó a un hombre en la garganta y su cuerpo cayó al suelo con un grito gorgoteante. El segundo disparo alcanzó el otro cuadrado en el pecho. Dejó caer su arma mientras retrocedía tambaleándose y la sangre manaba de la herida. Viktor no le dio la oportunidad de recuperarse: avanzó rápidamente, acortando la distancia y le asestó un último disparo a la cabeza.

El sonido de los disparos resonó en sus oídos, pero todo lo que Viktor pudo oír fue el silencio que siguió. Un breve y fugaz momento de tranquilidad en medio del caos. No había terminado, todavía no. Sus hombres todavía estaban peleando, los sonidos de su lucha resonaban por toda la finca, pero para Viktor, la verdadera batalla apenas comenzaba.

Necesitaba llegar hasta Tatiana.

Los puños de Viktor se cerraron alrededor de la empuñadura de su arma mientras avanzaba, pasando por encima de los cuerpos sin vida de los hombres que acababa de matar. Cada segundo desperdiciado aquí parecía una eternidad. Sus pensamientos se aceleraron, alternando entre las decisiones que necesitaba tomar y la creciente sensación de temor que carcomía sus entrañas.

Ella está sola. Ella está desprotegida.

Había dejado a algunos de sus mejores hombres apostados cerca de su habitación, pero eso no detuvo la abrumadora ansiedad que lo atormentaba. ¿Y si no fueran suficientes? ¿Y si los hombres de Morozov Bratva ya la hubieran alcanzado?

El corazón de Viktor dio un vuelco cuando el sonido de los disparos resonó a través de las paredes. Su mente inmediatamente evocó imágenes de Tatiana, su delicado cuerpo temblando de miedo mientras la casa traqueteaba a su alrededor. La idea le hizo hervir la sangre.

No, no dejaré que se la lleven.

Disparó otra ronda mientras más hombres de Morozov aparecían en el pasillo, sus disparos eran precisos y mortales. Dos atacantes más cayeron, pero Viktor apenas registró sus muertes. Su único objetivo era terminar con esto y alcanzarla.

Una voz sonó a su lado. "Viktor, los estamos empujando hacia la entrada sur, pero estamos recibiendo fuego intenso".

"Detenlos a raya", ladró Viktor, su tono más frío que el hielo. "Nadie sale vivo de esta finca".

Esta noche no hubo piedad. Estos hombres habían venido a matarlo, a desmantelar todo lo que había construido. Pero lo que más le enfureció fue su audacia de entrar en su casa, su santuario, con Tatiana dentro. Eso fue imperdonable.

Sus pies golpeaban el suelo manchado de sangre mientras avanzaba por el pasillo, metiéndose en las habitaciones para eliminar cualquier amenaza restante. Cada esquina que doblaba, cada bala que disparaba, iba acompañada del mismo pensamiento persistente: *Tatiana.*

Su pulso se aceleró cuando se acercó a la escalera principal. Necesitaba subir las escaleras, verla y asegurarse de que estaba a salvo. Pero cuando se acercaba al pie de las escaleras, una nueva oleada de disparos estalló desde fuera de la entrada lateral.

Maldita sea.

Los Morozov Bratva no estaban aquí sólo por su sangre. Estaban aquí para enviar un mensaje: alterar la estructura de poder de Volkov Bratva y eliminar a los actores clave de un solo golpe.

Y Tatiana se había convertido en parte de esa ecuación, aunque no se diera cuenta.

La idea lo carcomía, perturbando el exterior tranquilo y calculado del que se enorgullecía. Debería haberla sacado de aquí antes. Debería haberse asegurado de que ella estuviera lejos de la violencia y el derramamiento de sangre que conllevaba estar atada a un hombre como él. Pero ya era demasiado tarde.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Viktor irrumpió por la puerta lateral de la finca y salió al aire libre. La batalla estaba llegando a su fin afuera: sus hombres estaban acabando con los atacantes restantes, la finca estaba cubierta de humo, pero sus ojos se vieron inmediatamente atraídos por la vista en la distancia.

A través de la neblina, Viktor los vio: dos hombres arrastrando a Tatiana fuera de la casa, su forma pequeña y frágil en sus manos. La estaban empujando hacia un auto que esperaba y a Viktor se le heló la sangre.

"¡No!" La palabra salió de su garganta antes de que pudiera detenerla, su voz estaba llena de rabia. Tatiana luchó contra sus captores, pero fue inútil: eran demasiado fuertes, demasiado decididos. Las manos de Viktor apretaron su arma, su cuerpo se movió antes de que su mente lo alcanzara.

Sin pensarlo, Viktor cargó hacia adelante, con el corazón martilleando en su pecho. Tenía que detenerlos. Tenía que llegar hasta ella antes de que se la llevaran, antes de que desaparecieran en la noche con lo único que no podía permitirse perder.

El grito de Tatiana atravesó la quietud de la noche como un cuchillo dentado, resonando por el largo camino de la propiedad de Viktor. Tenía el pelo revuelto, mechones pegados a su rostro y su piel pálida brillaba de miedo bajo las tenues luces de la finca. Ella pateó y luchó, sus puños golpearon a sus captores, pero los hombres eran demasiado fuertes.

En ese breve y agonizante segundo, algo se rompió en su interior. Su pulso se aceleró y una candente oleada de furia cobró vida en su pecho. La rabia, tan inmediata y visceral, se apoderó de todo pensamiento racional. Sus pies golpeaban el suelo, la grava se levantaba a su paso mientras corría hacia ella, pero la distancia entre ellos se extendía como una broma cruel. No importaba lo rápido que se moviera, sabía que no la alcanzaría a tiempo.

Los hombres la empujaron al asiento trasero de un elegante auto negro que esperaba al borde del camino de entrada. La puerta se cerró de golpe, su grito ahogado detrás del cristal polarizado. El pecho de Viktor se agitaba mientras se esforzaba más fuerte, la adrenalina corría a través de él como fuego, pero el auto ya se estaba alejando a toda velocidad, sus neumáticos chirriando sobre el asfalto.

"¡Coge el coche!" Bramó Viktor, con la voz ronca por la furia, volviéndose hacia sus hombres.

Dos de sus hombres de mayor confianza, Dimitri y Aleksei, ya estaban en movimiento, corriendo hacia el todoterreno estacionado cerca. Viktor se lanzó al asiento del conductor, cerrando la puerta mientras el motor cobraba vida bajo sus manos.

“Se la llevaron”, dijo Dimitri, con la voz tensa por la ira mientras subía al asiento del pasajero, con el arma ya en la mano y lista.

"No la tendrán por mucho tiempo", gruñó Viktor, sus nudillos se blanquearon mientras agarraba el volante.

El coche avanzó dando bandazos y los neumáticos chirriaron mientras salían del camino de entrada persiguiéndolos. El corazón de Viktor latía con fuerza en su pecho, el rugido del motor se mezclaba con el pulso frenético en sus oídos. Cada segundo contaba. Cada momento que pasaba era un momento en el que tenían a Tatiana, y Viktor ya podía sentir el abismo de perderla arrastrándose en los bordes de su mente.

Llegaron a la carretera principal y allí estaba: el sedán negro, a sólo unos cientos de metros más adelante, zigzagueando entre el tráfico con imprudente abandono. Las luces de la ciudad pasaron borrosas mientras Viktor empujaba la camioneta al límite, el motor rugía mientras aceleraban por las estrechas calles de Nueva York.

"¡Dispárales!" Viktor ladró, su voz áspera e inflexible mientras acortaban la brecha.

Aleksei, sentado atrás, bajó la ventanilla y se asomó, apuntando con su arma con precisión mortal. El primer disparo sonó y resonó en la noche, pero el sedán giró bruscamente justo a tiempo. La bala falló y en su lugar rompió la ventana de un automóvil estacionado.

Viktor maldijo en voz baja, zigzagueando entre el tráfico a una velocidad aterradora, sin dejar de mirar al objetivo. El sedán negro aceleró en una intersección y evitó por poco una colisión con un camión de reparto. Viktor apenas se estremeció, su concentración era nítida mientras reflejaba los movimientos del sedán, desviando vehículos y peatones por igual.

Se disparó otro tiro y esta vez dio en el blanco. La ventanilla trasera del sedán se hizo añicos y los fragmentos de vidrio explotaron en la noche. El conductor perdió el control durante una fracción de segundo y el coche se desvió de su trayectoria antes de corregirse.

"¡Más rápido!" Gritó Dimitri, ahora también con su arma en la mano, listo para disparar en la siguiente abertura.

La persecución se intensificó y las calles se convirtieron en una confusión de faros y luces traseras. Los peatones gritaban y se apartaban de un salto mientras los dos coches atravesaban la ciudad, girando en las esquinas a una velocidad imprudente. Las manos de Viktor se apretaron sobre el volante, todo su cuerpo se enroscó por la tensión, la furia hirviendo más con cada segundo que pasaba.

Tatiana. Su mente seguía volviendo a ella: la visión de cómo se la llevaban a rastras, el miedo en sus ojos. La rabia dentro de él amenazaba con consumirlo por completo, pero en algún lugar debajo de ella, una emoción diferente se agitó. Miedo. No miedo por él mismo, sino miedo a perderla. De no ser lo suficientemente rápido. De no poder

protegerla. La idea era extraña, inquietante, pero sólo añadió más leña al fuego que lo impulsaba hacia adelante.

El sedán giró de nuevo, tratando de perderlos en un callejón lateral, pero Viktor anticipó el movimiento. Giró el volante hacia la izquierda y atravesó un callejón paralelo al camino del sedán. Se estaban quedando sin camino. No pudieron escapar.

Aleksei disparó de nuevo y esta vez el resultado fue catastrófico. La bala se estrelló contra el neumático trasero del sedán, explotándolo con un fuerte estallido. El coche patinó bruscamente y perdió el control antes de estrellarse contra una farola. Saltaron chispas cuando el metal se arrugó y el sedán se detuvo repentina y violentamente.

Víctor no dudó. Pisó los frenos y el SUV se detuvo con un chirrido a solo unos metros detrás del auto destrozado. Salió del vehículo antes de que el polvo se asentara, con el arma en la mano y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Los dos hombres que se habían llevado a Tatiana ya estaban saliendo del coche, aturdidos por el choque pero todavía armados. La visión de Viktor se hizo un túnel. No había nada más que ellos. Nada más que la necesidad de hacerles pagar.

Sin pensarlo dos veces, Viktor levantó su arma y disparó. Un disparo, luego otro. El primer hombre cayó instantáneamente y su cuerpo golpeó el pavimento con un ruido sordo. El segundo se tambaleó, apuntando su arma hacia Viktor, pero nunca tuvo la oportunidad de apretar el gatillo. El disparo de Dimitri lo alcanzó primero y el hombre cayó al suelo, sin vida.

Víktor no se detuvo. Corrió hacia la parte trasera del auto y abrió la puerta de un tirón. Tatiana yacía dentro, con el rostro pálido y la respiración entrecortada, pero estaba viva.

"Tatiana", respiró Viktor, su voz áspera, su mano apartando suavemente el cabello de su cara.

Mientras Viktor se agachaba junto al auto destrozado, sus dedos temblaban ligeramente mientras quitaban un mechón de cabello del pálido rostro de Tatiana, una ola de emociones se estrelló sobre él con una fuerza que no había anticipado. El alivio, crudo y abrumador, surgió primero: estaba viva. El pensamiento se instaló en su pecho como si levantaran una piedra, pero tan rápido como llegó, el alivio fue reemplazado por algo más oscuro, más profundo.

Furia.

Se agitó en sus entrañas como una violenta tormenta, apretando su agarre sobre el hombro de Tatiana. Había estado tan cerca, demasiado cerca, de perderla. La imagen de ella siendo arrastrada, sus gritos aterrorizados, la impotencia en sus ojos, lo perseguirían por el resto de su vida. Viktor no estaba acostumbrado a sentirse impotente, pero en ese momento, mientras observaba el sedán negro alejarse con Tatiana dentro, lo había sentido. Y eso lo enfureció.

Era Viktor Volkov, segundo al mando de la Bratva más poderosa de Nueva York. Los hombres le temían, las mujeres le deseaban y sus enemigos sabían que cruzarse con él era una sentencia de muerte. Él tenía el control de cada situación, cada transacción, cada decisión de vida o muerte. Pero en el momento en que se la llevaron, ese control se perdió. Y por primera vez en años, Viktor había sentido miedo, no por él mismo, sino por ella.

¿Por qué? ¿Por qué se había permitido preocuparse?

Ella era su esposa, sí, pero no por elección propia. Se suponía que Tatiana sería un peón en este juego: un medio para un fin, una manera de reforzar su control del poder. La traición de su padre había sellado su destino, y Viktor la había cobrado como si fuera una deuda, no con amor o afecto, sino con frío cálculo. Se suponía que ella nunca significaría más que eso. Se lo había dicho cientos de veces, pero verla magullada y aterrorizada le provocó un dolor en el pecho que no sabía cómo procesar.

Él la miró de nuevo, apretando la mandíbula mientras sus ojos se abrían, aturdidos pero vivos. La necesidad de protegerla, de asegurarse de que nadie volviera a ponerle la mano encima, lo carcomía, pero debajo de eso había algo aún más inquietante: una vulnerabilidad que no quería admitir que existía.

Él le había fallado.

A pesar de todo su poder, a pesar de la precisión letal de sus hombres y la fortaleza que se suponía la mantendría a salvo, aún así habían llegado a ella. El pecho de Viktor se apretó al darse cuenta de que no era suficiente. Los muros que había construido a su alrededor, tanto literales como emocionales, se habían derrumbado y ella había sido llevada justo frente a él.

¿Y por qué importaba tanto? ¿Por qué la idea de perderla le parecía como un cuchillo en el estómago?

La mente de Viktor luchaba consigo misma. No era un hombre al que le importara fácilmente, en todo caso. Los apegos te debilitaron. Le daban ventaja a tus enemigos y, en su mundo, cualquier signo de debilidad podía significar la muerte. Siempre había

vivido según esa regla: mantente distante, mantén el control y sobrevivirás. Pero con Tatiana, las líneas se habían desdibujado. Ella había sido empujada a su vida, espontáneamente y no deseada, pero se había introducido en sus pensamientos, en su misma sangre.

En el momento en que la escuchó gritar, en el momento en que vio a esos bastardos ponerle las manos encima, algo se rompió dentro de él. Ya no se trataba sólo de venganza. No se trataba sólo de poder o territorio. Se trataba de ella. Manteniéndola a salvo. Protegiendo lo que era suyo.

Viktor tragó fuerte, su pulso aún acelerado por la persecución, la adrenalina aún corriendo por sus venas. Sabía lo que esto significaba. Si permitía que estos sentimientos se pudrieran, si permitía que Tatiana se convirtiera en algo más que un simple peón, estaba invitando al peligro. No sólo para ella, sino para él mismo. Las emociones no tenían lugar en su mundo. El amor (si eso era lo que era) era una debilidad que no podía permitirse.

Pero mientras la ayudaba suavemente a sentarse, su brazo sosteniéndola, Viktor no pudo ignorar la voz en el fondo de su mente, la que susurraba que ella ya era más que eso. Que por mucho que lo intentara, ya estaba demasiado lejos.

Capítulo 10

El SUV zumbaba suavemente mientras atravesaba las tranquilas calles de Nueva York, las luces de la ciudad proyectaban sombras fugaces sobre el parabrisas. Viktor se sentó rígido en el asiento del conductor, con los nudillos blancos mientras agarraba el volante con una intensidad que traicionaba el exterior tranquilo que intentaba proyectar. El silencio en el auto era palpable, cargado con los restos de la violencia de la noche. Detrás de él, Dimitri y Aleksei hablaban en voz baja, sus palabras se confundían en los oídos de Viktor. Su atención, toda su concentración, estaba en Tatiana sentada a su lado.

No había dicho una palabra desde que la sacaron de los escombros. Ella había luchado tan duro, su miedo era palpable en cada grito y lucha mientras la sacaban a rastras de su propiedad. Ahora, sin embargo, estaba inquietantemente silenciosa. Viktor la miró brevemente, sus ojos pasando del camino a su rostro pálido y delicado. Su mirada era distante, fija en algo más allá de la ventana, pero podía ver sus dedos temblando en su regazo, sus manos apretadas en puños apretados.

La culpa carcomía las entrañas de Viktor. Era algo desconocido, inquietante. No estaba acostumbrado a ese tipo de sentimiento, a esa preocupación persistente por otra persona. Durante años, Viktor había sido un hombre impulsado por la estrategia, el cálculo y el poder, sus emociones escondidas detrás de muros tan altos que rara vez los escalaba. Pero ahora, mientras miraba a Tatiana, con el cuerpo acurrucado sobre sí misma y el miedo aún persistente en sus ojos, esos muros se sentían peligrosamente a punto de desmoronarse.

Debería haberla protegido mejor. Debería haber visto venir el ataque. La Morozov Bratva había disparado, entrando en su casa, su santuario, y derribando a Tatiana. El mero pensamiento envió una oleada de rabia a través de sus venas, su mandíbula se apretó mientras agarraba el volante con más fuerza, los nudillos le dolían por la tensión. Les haría pagar. Hasta el último de ellos. Pero eso no era lo que importaba ahora.

Lo que importaba era la mujer sentada a su lado.

Ella estaba viva. Seguro. Por ahora.

Tatiana no se había movido desde que subieron al auto. Su cuerpo estaba tenso, rígido por las réplicas del miedo. El ocasional destello de luz de las farolas que pasaban iluminaba su rostro, proyectando breves sombras sobre sus rasgos. Viktor vio sus ojos fuertemente cerrados, su respiración superficial, la forma en que sus dedos se clavaban

en el asiento como si estuviera tratando de aferrarse a algo sólido en un mundo que había girado violentamente fuera de su control.

"Tatiana", dijo en voz baja, su voz rompió el pesado silencio. Salió más duro de lo que pretendía, su propia ansiedad se desbordó, pero necesitaba escuchar su voz, necesitaba saber que ella realmente estaba allí con él. "¿Estás bien?"

Ella parpadeó, como si saliera de un trance, y sus ojos se dirigieron hacia él por un breve momento antes de regresar a la ventana. Sus labios se separaron y dejó escapar un suspiro tembloroso, pero no hubo palabras.

Viktor luchó contra la frustración que crecía dentro de él. No hacia ella, nunca hacia ella, sino hacia él mismo. Ante la situación. Se suponía que él tenía el control, siempre un paso por delante, siempre intocable. Pero esa noche se había visto obligado a afrontar algo mucho más inquietante que un ataque a su casa. Se había visto obligado a afrontar la aterradora realidad de que podría perderla. Ese pensamiento, más que cualquier otra cosa, era lo que lo atormentaba ahora.

En el asiento trasero, la conversación entre Dimitri y Aleksei transcurría en voz baja, aunque Viktor se dio cuenta de que intentaban mantener la voz baja por respeto a Tatiana. Estaban discutiendo los próximos pasos, las violaciones de seguridad y las represalias que sin duda seguirían. Pero la mente de Viktor estaba en otra parte. El coche aceleró por las calles, acercándose a la finca, pero lo único que podía pensar era en el silencio de Tatiana, en su quietud. El miedo que todavía se aferraba a ella como una segunda piel.

Necesitaba arreglar esto.

Mientras tomaban el largo camino bordeado de árboles que conducía a la finca, Viktor redujo la velocidad del auto y sus ojos se dirigieron al espejo retrovisor. Sus hombres ya habían asegurado el terreno; podía ver el movimiento de los guardias patrullando el perímetro, sus siluetas oscuras visibles incluso en la penumbra. Pero dentro del coche, la tensión seguía siendo espesa, inflexible.

La finca se alzaba delante, su grandiosa e imponente estructura era ahora un testimonio de la violencia que la había arrasado antes. Viktor estacionó el auto cerca de la entrada y cuando el motor se apagó, el silencio se hizo aún más pronunciado. Nadie se movió.

Viktor se volvió hacia Tatiana y su mirada se suavizó mientras alcanzaba su mano. Ella no se inmutó, pero tenía los dedos fríos y temblaban contra los de él. “Ahora estás a salvo”, dijo, esta vez con voz más tranquila. "No dejaré que te vuelvan a tocar".

Los ojos de Tatiana finalmente se encontraron con los suyos, muy abiertos y llenos de algo que no podía nombrar: miedo, alivio, tal vez ambos. Por un momento, se miraron el uno al otro, con el peso de la noche flotando entre ellos. Viktor quería decir más, tranquilizarla, pero las palabras se sentían extrañas en su lengua, cargadas de un significado que no estaba preparado para afrontar.

En cambio, le apretó la mano con suavidad, prometiéndole en silencio lo único que sabía que podía hacer: protección.

El sonido de las puertas del auto abriéndose rompió el momento, y Dimitri y Aleksei salieron, dando órdenes a los hombres que estaban afuera. La finca era un desastre, pero eso no importaba. Lo único que importaba era Tatiana y asegurarse de que nada como esto volviera a suceder.

Tatiana era ahora más que una simple posesión. Ella era su responsabilidad. Y de una manera que lo aterrorizaba, ella se había convertido en alguien que no podía permitirse el lujo de perder.

Cuando Viktor salió del auto, el caos de la finca lo envolvió de inmediato. Los terrenos que alguna vez fueron prístinos ahora estaban llenos de restos del ataque. Los cristales rotos brillaban en el camino de grava y el distante murmullo de voces resonaba en la noche mientras sus hombres coordinaban la limpieza. El olor a sangre y pólvora todavía flotaba débilmente en el aire, un recordatorio de lo cerca que habían estado de perderlo todo.

Pero la atención de Viktor permaneció en Tatiana.

Ella dudó por un momento, todavía sentada en la camioneta, sus ojos escaneando los escombros de la propiedad. El lugar que había llegado a asociar con la presencia inquebrantable de Viktor ahora parecía una zona de guerra, con las cicatrices de la batalla frescas y crudas. Lentamente, salió del vehículo, sus pies tocando el suelo con un aire vacilante, casi frágil. Su mano se demoró en el marco de la puerta, como si se conectara a lo familiar antes de dar un paso hacia lo posterior.

Viktor captó el destello de algo en sus ojos—miedo, incertidumbre—pero fue rápidamente reemplazado por una sensación de determinación. No quería que la vieran como débil, incluso después de lo sucedido. Él admiraba eso de ella, la fuerza silenciosa que yacía bajo su superficie. Pero también sabía el precio que esa noche le había pasado. La tensión aún irradiaba de ella en oleadas, su cuerpo rígido mientras contemplaba la escena ante ella.

A medida que se acercaban a la entrada de la finca, la actividad a su alrededor pareció aumentar. Hombres con trajes oscuros pasaron corriendo, con voces entrecortadas y urgentes mientras trabajaban para asegurar el área. Algunos eran cuerpos en movimiento (los que habían caído durante el ataque), mientras que otros reparaban los daños tapiando ventanas rotas y barriendo escombros. A pesar del caos, había cierto orden en ello, un sistema que Viktor había orquestado mucho antes de esta noche. Sus hombres conocían sus roles y los ejecutaron con precisión.

Pero los ojos de Tatiana estaban en otra parte.

Al otro lado del gran vestíbulo de entrada, emergió una figura familiar, cojeando ligeramente pero aún erguida. Lena. A Tatiana se le cortó el aliento cuando vio al ama de llaves, cuyo aspecto habitualmente impecable se veía estropeado por las vendas que le envolvían la cabeza y el brazo. Lena se movió lentamente, con el rostro pálido pero decidido, mientras ordenaba al personal restante que limpiara el desorden.

Sin pensar, Tatiana se separó del lado de Viktor y sus pies la llevaron rápidamente hacia Lena. Viktor la observó mientras corría hacia la mujer mayor, la tensión en su postura finalmente dio paso a una emoción cruda. Los ojos de Lena se abrieron cuando vio acercarse a Tatiana y, por un breve momento, la expresión del estoico ama de llaves se suavizó.

“¡Lena!” Tatiana lloró, su voz llena de alivio y preocupación.

Rodeó a la mujer con sus brazos, abrazándola con fuerza como si se estuviera aferrando a un salvavidas. Lena, aunque claramente sorprendida por el gesto, le devolvió el abrazo, abrazando a Tatiana con una ternura que delataba la dura realidad de la noche.

"Estoy bien, niña", murmuró Lena, su voz tranquila pero llena de fatiga. "Un poco magullado, pero nada a lo que no haya sobrevivido antes".

Tatiana se echó hacia atrás ligeramente, sus ojos escaneando las vendas con preocupación. “Estaba tan asustada cuando los vi derribarte... pensé…” Se atragantó con sus palabras, las emociones que había estado reprimiendo toda la noche finalmente se desbordaron.

Lena colocó una mano suave en la mejilla de Tatiana, su toque fue reconfortante a pesar del dolor que claramente sentía. “No te preocupes por mí, Tatiana. Los hombres de Viktor llegaron hasta mí a tiempo, igual que hicieron contigo.

Viktor dio un paso atrás, observando el intercambio con una mezcla de emociones. No esperaba la reacción de Tatiana: cuán profundamente parecía preocuparse por Lena, cómo esa preocupación se había manifestado de una manera que le recordaba que ella no era como los demás en su mundo. Tatiana no había sido criada en esta vida. No se había acostumbrado a la violencia, las traiciones, la constante amenaza de muerte que acechaba en cada esquina. Para ella, esta noche fue más que un simple ataque: fue un desmantelamiento total de todo lo que había conocido.

Y, sin embargo, ella todavía estaba de pie.

La mirada de Viktor se suavizó mientras la miraba. Había una fuerza en ella, una que él no había apreciado del todo antes. Ella había sido arrojada a su mundo, a la oscuridad que lo rodeaba y, a pesar de todo, no se había roto. Estaba conmocionada, sí (cualquiera lo estaría después de lo que había soportado), pero no estaba destrozada. Esa comprensión agitó algo muy profundo dentro de él, algo que no se había permitido sentir por nadie en mucho tiempo.

Después de un momento, Tatiana se alejó de Lena, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas pero llenos de alivio. Miró por encima del hombro a Viktor, como si buscara su aprobación o tal vez simplemente garantía de que todo iba a estar bien. Él asintió una vez, un reconocimiento silencioso de que ahora estaban a salvo. Al menos por esta noche.

"Ven conmigo", dijo Viktor en voz baja, su voz cortando el ruido a su alrededor.

Tatiana vaciló por un segundo, aún permaneciendo cerca de Lena, pero luego dio un paso hacia él, con movimientos lentos y deliberados. El peso de la noche pesaba sobre sus hombros, pero había una nueva fuerza en su forma de comportarse. Ella no era la misma mujer que habían secuestrado antes. Algo había cambiado dentro de ella, tal como algo había cambiado dentro de él.

Viktor la condujo a través del gran vestíbulo de entrada, más allá del caos y los restos del ataque, y hacia su estudio privado. El silencioso zumbido de la actividad se desvaneció a medida que se adentraban en la finca, las pesadas puertas de roble del estudio se cerraban detrás de ellos con una finalidad que dejaba atrás el mundo exterior.

Por un momento, simplemente se quedaron allí, en el silencio de la habitación, mientras el fuego parpadeante arrojaba un cálido resplandor sobre los muebles de madera oscura y cuero. Tatiana se abrazó, como si intentara protegerse del frío que flotaba en el aire, a pesar del calor del fuego.

Viktor sirvió dos tragos, el líquido ámbar se arremolinaba en los vasos de cristal mientras le entregaba uno. Ella lo aceptó con un silencioso asentimiento, sus dedos rozaron los de él por un breve momento, enviando una inesperada sacudida de calidez a través de él.

"Bebe", dijo suavemente, con voz baja y firme. "Ayudará".

Tatiana se llevó el vaso a los labios y tomó un pequeño sorbo. La luz del fuego bailaba en sus ojos mientras lo miraba, su mirada ya no estaba llena de miedo, sino de algo más. Confianza. Vulnerabilidad. Una extraña sensación de seguridad en su presencia que ninguno de los dos había esperado.

Y en ese momento, Viktor se dio cuenta de algo que lo inquietó más que cualquier otra cosa.

Quería protegerla, no porque fuera su posesión, no porque fuera parte del trato hecho hacía mucho tiempo, sino porque era Tatiana. Y de alguna manera, contra toda lógica, ella se había convertido en alguien que le importaba.

El calor del fuego crepitaba suavemente en el hogar a medida que pasaban los momentos en tranquila reflexión. Viktor se apoyó en el borde de su escritorio, sus ojos nunca dejaron a Tatiana mientras ella estaba parada cerca de la ventana, con el vaso de whisky acunado en sus delicadas manos. Miró hacia la noche oscura más allá de la finca, aunque su mirada parecía lejana, como si estuviera perdida en pensamientos que no estaba lista para compartir.

Viktor nunca había sido alguien de reflexiones sentimentales, pero mientras la miraba, sintió una extraña opresión en el pecho. Tatiana había pasado por más en las últimas horas de lo que la mayoría de las mujeres podrían soportar en toda su vida. Y, sin embargo, ella estaba allí, frágil pero intacta, fuerte de una manera que él no había previsto. Su vulnerabilidad era innegable, pero había una resiliencia en ella que lo intrigaba y al mismo tiempo lo inquietaba.

Mientras Viktor dejaba su vaso con un suave tintineo, el momento de tranquilidad en la habitación se extendió entre ellos. Se volvió para mirar a Tatiana y entrecerró los ojos al notar el sutil temblor en su mano mientras sostenía su bebida. Su mirada se detuvo en ella por un momento, la habitual agudeza en sus ojos se suavizó ligeramente, pero no lo suficiente como para soltar el control que siempre exudaba.

"Esta noche", comenzó, en voz baja y deliberada, "fue un recordatorio del mundo en el que estás ahora. No hay lugares seguros. Ni siquiera aquí".

Los dedos de Tatiana se cerraron con más fuerza alrededor de su vaso. Sus palabras golpearon fuerte, recalcando una verdad que ella había estado tratando de hacer a un lado. Pero en presencia de Viktor, especialmente después de lo sucedido, esa verdad era inevitable. Él era la encarnación del peligro en el que ella vivía ahora. Sin embargo, había algo más: una extraña sensación de seguridad que se aferraba a él, a pesar de la violencia que siguió a su paso.

Tragó con dificultad, tratando de calmar la respiración, pero el peso de la noche todavía pesaba sobre ella. "Lo sé", dijo en voz baja, su voz casi frágil en la penumbra del estudio. Sus ojos se dirigieron al fuego que crepitaba suavemente en el hogar. "Pero... no esperaba que se sintiera tan..." Su voz se apagó mientras buscaba la palabra correcta.

El ceño de Viktor se frunció. "¿Real?" —ofreció, su tono casi desafiante, como si la desafiara a enfrentar la dureza de frente.

Tatiana asintió, sintiendo el peso de su mirada presionándola, instándola a levantar la vista y mirarlo a los ojos. Cuando finalmente lo hizo, encontró algo allí que no esperaba: algo más profundo que su frío control habitual. Eso la puso nerviosa. A pesar de todo, no podía negar el cambio que sentía entre ellos, como si la tensión que siempre había estado presente ahora tuviera un peso diferente.

"Estás vivo gracias a mí", dijo Viktor, su voz firme pero firme. "Porque protejo lo que es mío".

la palabra *mío* resonó en la habitación, colgando entre ellos como una cadena invisible. El corazón de Tatiana dio un vuelco involuntario ante el tono posesivo y una ola de emociones encontradas la recorrió. Una parte de ella quería rechazar la idea de ser posesión de alguien, luchar contra el papel que le habían impuesto. Pero otra parte, una parte más profunda y confusa, sentía algo que no estaba preparada para nombrar.

"No deberías haber tenido que protegerme", susurró Tatiana, con el cansancio asomando en su voz. "Ni siquiera debería estar aquí".

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y la mandíbula de Viktor se tensó. Esta vez dejó su vaso con un tintineo más fuerte y un destello de irritación cruzó su rostro. "Lo hecho, hecho está. Desear que fuera diferente no cambia nada". Dio un paso más hacia ella, su presencia dominaba el espacio a su alrededor. "Estás aquí y aprenderás a vivir en este mundo. Yo me aseguraré de ello".

El pulso de Tatiana se aceleró ante su proximidad, una mezcla de inquietud y algo más, algo que hizo que su pecho se oprimiera de una manera que no entendía. Sus palabras

tenían un matiz, un recordatorio de la dinámica de poder entre ellos, pero había una capa subyacente que era nueva. Era la forma en que él la miraba ahora: no sólo como una posesión, sino como alguien cuya supervivencia importaba. El cambio fue sutil, pero estaba ahí.

Viktor se acercó, el cuero de sus zapatos apenas hacía ruido en el piso de madera. Él estaba de pie junto a ella ahora, y Tatiana podía sentir la intensidad de su mirada, el peso de la misma presionando contra ella. La energía dominante que irradiaba era palpable, pero había una suavidad en su expresión que contradecía la agudeza de sus palabras.

"No volverás a tu habitación", dijo en voz baja pero resuelta. "De ahora en adelante, te quedarás en el mío".

Tatiana parpadeó y su corazón dio un vuelco ante lo repentino de su orden. "¿Por qué?" preguntó, su voz apenas era un susurro, incluso mientras su mente se apresuraba a procesar el cambio. La idea de estar en su espacio, en su cama, la inquietaba profundamente, pero no por las razones que debería haberlo hecho. Todavía podía sentir los efectos persistentes del terror de la noche, el miedo frío que se había apoderado de ella cuando esos hombres se la llevaron a rastras. Sin embargo, ahora, en presencia de Viktor, se sentía... más segura.

Los ojos de Viktor se estrecharon mientras buscaba su rostro, su mandíbula se movía como si estuviera luchando por contener toda la fuerza de sus emociones. Cuando habló, su tono fue mesurado, pero no había lugar a dudas sobre la autoridad subyacente en sus palabras. "Porque no volveré a correr ningún riesgo con tu vida. Estarás donde pueda mantenerte cerca, donde pueda protegerte".

No había ninguna suavidad en la forma en que lo dijo, ningún atisbo de afecto o ternura. Era una orden, tan segura e inamovible como el propio Viktor. Pero en el fondo, Tatiana podía sentir algo más: una emoción que luchaba por controlar. No estaba simplemente dando órdenes para afirmar su dominio. Esto fue diferente.

Tatiana lo miró, su mente todavía luchando con la tormenta de emociones dentro de ella. Debería haber protestado, debería haber insistido en mantener cierta distancia entre ellos. Pero después de todo lo que había sucedido, después de sentir tan cerca el frío agarre de la muerte, no se atrevía a luchar contra él en esto. La idea de estar sola, de estar separada de él después de los acontecimientos de la noche, la llenaba de un temor silencioso que no estaba preparada para afrontar.

Sin decir otra palabra, Viktor extendió la mano y suavemente tomó el vaso de su mano, colocándolo en la mesa a su lado. Sus dedos rozaron los de ella brevemente y Tatiana

sintió un escalofrío recorrerla ante el contacto. Fue un toque breve y fugaz, pero la dejó sintiéndose expuesta, vulnerable de una manera que no tenía nada que ver con la proximidad física.

Mientras Viktor se enderezaba, sin apartar su mirada de la de ella, Tatiana se dio cuenta con sorprendente claridad de que algo había cambiado entre ellos. No era sólo el miedo o la obligación lo que la mantenía atada a él ahora. Fue algo más. Pero fuera lo que fuese, no estaba preparada para nombrarlo. Aún no.

"Esta noche te mudarás a mi habitación", dijo Viktor de nuevo, esta vez con firmeza, como si la conversación hubiera terminado.

Tatiana abrió la boca para responder, pero las palabras murieron en sus labios. En cambio, asintió, el peso de todo presionándola como una pesada manta. No estaba preparada para este nuevo cambio entre ellos, pero por ahora era suficiente saber que no estaba sola.

Mientras Tatiana salía del estudio para recoger sus cosas, Viktor observó su figura alejarse, sus agudos ojos siguiendo sus movimientos con una mezcla de intensidad y contemplación. El suave clic de la puerta cerrándose detrás de ella resonó en la silenciosa habitación, dejándolo solo con sus pensamientos. Permaneció donde estaba, cerca de la chimenea, mientras las llamas proyectaban sombras parpadeantes sobre su rostro. Su mirada se desvió lentamente hacia el vaso de whisky que tenía en la mano, el líquido ámbar se arremolinaba lentamente mientras inclinaba suavemente el vaso.

La habitación estaba inquietantemente silenciosa ahora, el caos de la noche se desvanecía en el fondo, pero dentro de la mente de Viktor, no había silencio. Los acontecimientos de la noche se repitieron en su cabeza: el ataque, los disparos y, más vívidamente, la visión de Tatiana siendo arrastrada hacia el coche. Su mano se apretó alrededor del cristal, el familiar ardor de ira ardió brevemente antes de convertirse en algo mucho más inquietante.

Siempre había estado preparado para las amenazas. Su mundo estaba construido sobre la violencia y el poder, y él nunca había rehuido hacer lo necesario para mantener el control. Pero esta noche se había sentido diferente. Cuando se llevaron a Tatiana, algo dentro de él se rompió de una manera desconocida y desconcertante. No era sólo la ira o el instinto de proteger lo que era suyo; era algo más profundo, algo crudo que no podía identificar.

La mandíbula de Viktor se apretó mientras tomaba un lento sorbo de su bebida, el whisky deslizándose por su garganta como fuego. Nunca había sido alguien que se

concentrara en las emociones. Las emociones eran una debilidad, una carga en su mundo, y se había pasado toda la vida construyendo muros para mantenerlas a raya. Relaciones, conexiones... esas eran peligrosas. Te hicieron vulnerable. Y Viktor Volkov era todo menos vulnerable.

Al menos, eso es lo que siempre se había dicho a sí mismo.

Pero ahora, sentado después del ataque, no podía negar la sensación punzante que lo había estado carcomiendo desde el momento en que se llevaron a Tatiana. El miedo, el pánico que lo había invadido mientras veía a esos hombres llevársela a rastras, no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Y no fue sólo porque ella fuera parte del trato con su padre. No, esto era otra cosa.

Los dedos de Viktor se apretaron alrededor del cristal mientras los recuerdos de antes inundaban su mente. Los ojos muy abiertos de Tatiana, la forma en que su cuerpo temblaba mientras estaba sentada frente a él en el estudio, todavía conmocionada por los acontecimientos de la noche. Había visto miedo en sus ojos antes: miedo a él, miedo a la situación a la que se había visto obligada. Pero esta noche había sido diferente. Había tenido miedo, sí, pero había algo más. Se había producido un cambio entre ellos, sutil pero innegable.

Al principio no había querido admitirlo, pero ahora, en la tranquilidad del estudio, Viktor se vio obligado a enfrentar la verdad que lo había estado carcomiendo durante días, tal vez incluso semanas. Tatiana estaba empezando a traspasar los muros que con tanto cuidado había construido. Siempre la había visto como parte de la transacción: una posesión, un símbolo de poder. Pero ahora… ahora ella era algo más.

La idea lo inquietó.

Viktor había pasado toda su vida manteniendo a la gente a distancia. Incluso a sus aliados más cercanos, hombres como Dimitri y Aleksei, sólo se les había permitido entrar en su mundo hasta cierto punto. La confianza era una moneda que no gastaba libremente y las emociones eran un lujo que no podía permitirse. Sentir era ser débil. Y la debilidad hizo que te mataran.

Pero Tatiana... ella era diferente. La idea de perderla, de que algo le pasara, había encendido un fuego en su interior que no esperaba. Ya no se trataba sólo de posesión o control. Se trataba de ella: su seguridad, su supervivencia. Y eso lo asustó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Viktor miró fijamente su bebida, el líquido brillando a la luz del fuego. Nunca había sido alguien que se detuviera en el pasado, pero esta noche, sus pensamientos vagaban allí

en contra de su voluntad. Pensó en su padre, un hombre brutal que lo había criado en las duras realidades de la Bratva. Su padre le había enseñado que el amor era para los débiles, que lo único que valía la pena valorar era el poder. Viktor había tomado esas lecciones en serio, enterrando cualquier suavidad profundamente debajo de capas de hielo. Y había funcionado. Había llegado a la cima y se había convertido en uno de los hombres más temidos de la ciudad. Pero ahora, con Tatiana, sentía que esos muros cuidadosamente construidos comenzaban a resquebrajarse.

Ella ya no era sólo un medio para un fin. Y eso lo aterrorizó.

Viktor dejó el vaso sobre la mesa, el tintineo del cristal contra la madera sonó más fuerte en el silencio de la habitación. Se pasó una mano por el pelo, la frustración lo carcomía. No era así como se suponía que debía ser. Se suponía que no debía sentir nada por ella más allá de la propiedad. Ella era suya por derecho, según los términos del trato con su padre. Eso es lo que se había dicho a sí mismo desde el principio. Pero ahora... ahora todo estaba cambiando.

Y a Viktor no le gustaban los cambios.

No estaba seguro de cómo manejar esos nuevos sentimientos, esa desconocida sensación de protección, de responsabilidad que iba más allá de la mera posesión. Nunca antes se había sentido así por nadie, y eso lo inquietaba de maneras que no podía comprender del todo. Tatiana se había convertido en algo más que una simple parte del trato. Ella se había convertido en alguien a quien quería mantener a salvo, no sólo porque le pertenecía, sino porque... porque ella importaba.

La idea le hizo detenerse y sus dedos rozaron distraídamente el borde de la mesa. Ella importaba. Más de lo que debería.

Viktor sacudió la cabeza, tratando de dejar ese pensamiento a un lado. Este era un territorio peligroso: las emociones, las conexiones, no tenían lugar en su mundo. Pero por mucho que intentara negarlo, la verdad estaba ahí, mirándolo a la cara. Tatiana se estaba poniendo debajo de su piel. Y ya no había vuelta atrás.

Mientras estaba sentado allí, perdido en sus pensamientos, la puerta se abrió suavemente y Viktor levantó la vista para ver a Tatiana parada en la entrada. Se había puesto algo más cómodo, una bata suave que le colgaba holgada sobre los hombros, y sus brazos rodeaban un pequeño bulto de ropa. Sus ojos se encontraron con los de él y, por un momento, ninguno de los dos habló.

Hubo un cambio en el aire, un tranquilo entendimiento entre ellos. Viktor sintió una extraña sensación de calma invadirlo mientras la miraba. Ella estaba aquí, estaba a

salvo y, por ahora, eso era suficiente.

"¿Listo?" —preguntó en voz baja, con el tono habitual ligeramente suavizado.

Tatiana asintió, sus ojos buscaron los de él como si intentara encontrarle sentido al hombre frente a ella. Ella todavía no confiaba completamente en él (Viktor podía verlo en sus ojos), pero también había algo más allí. Un destello de algo más profundo, algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a nombrar.

Y en ese momento, Viktor se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, no la estaba protegiendo sólo porque tenía que hacerlo. Él la estaba protegiendo porque quería.

Capítulo 11

Tatiana estaba en la entrada del dormitorio, con la mano apoyada ligeramente en el pomo de la puerta, como si dudara en entrar. El aire se sentía diferente en esta parte de la finca: más denso, más pesado, como si llevara el peso de lo que había sucedido esa noche y todo lo que estaba a punto de suceder. La habitación en sí, débilmente iluminada por el brillo de una sola lámpara, era grandiosa e imponente, igual que Viktor. Madera oscura y colores ricos y profundos llenaban el espacio, cada mueble elegido cuidadosamente para irradiar poder y control. Era como si la habitación fuera una extensión de él, de su presencia que ahora se cernía sobre todos los aspectos de su vida.

Respiró lentamente y finalmente cruzó el umbral, la suave alfombra amortiguó el sonido de sus pasos mientras caminaba más hacia el espacio. No era la primera vez que había estado en la habitación de Viktor; dos veces antes, había entrado para tener sexo, cada vez cargada con una intensidad cruda y abrumadora. Pero esto fue diferente. Esta vez ya no era sólo *su* habitación; ahora, por algún cambio tácito, era *suyo* . La realidad de todo esto la golpeó en oleadas, mucho más fuertes que antes. Ella ya no era sólo una invitada en su mundo; ella estaba siendo absorbida por él, pieza por pieza. Y nada de ese momento parecía pertenecer a la vida que alguna vez conoció.

La mirada de Tatiana recorrió los muebles, las gruesas y masculinas cortinas bien cerradas sobre las ventanas, la imponente cama con sus sábanas oscuras y almohadas de terciopelo. Era lujoso, incluso opulento, pero había una frialdad innegable en él. No era una habitación diseñada para la comodidad o la suavidad: era un espacio destinado al control, al dominio. La esencia misma de Viktor parecía permanecer en cada rincón y, en comparación, la hacía sentirse pequeña y frágil.

Se acercó a la cama, sus dedos rozaron la suave superficie del poste de madera y el significado de lo que le esperaba se apoderó de sus pensamientos. Esta no era una habitación cualquiera. Esto fue *su* espacio, su santuario, y ahora se esperaba que ella lo compartiera con él. La intimidad de esa comprensión la inquietó y le aceleró el pulso. No se trataba sólo de compartir cama; se trataba de lo que eso significaba: cómo cambió todo entre ellos.

Por primera vez desde el ataque, Tatiana se permitió procesar lo sucedido. El recuerdo de los disparos, el pánico y el terror que se había apoderado de ella regresaron con vívidos detalles. Había sentido el frío acero del miedo presionando contra su corazón cuando esos hombres se la llevaron a rastras, indefensa y vulnerable, sin su destino ya en sus manos. Pero lo que más la atormentaba era la extraña sensación de calma que

la había invadido cuando apareció Viktor, cuando su presencia, poderosa e innegable, había sido lo único que podía romper la oscuridad que la rodeaba.

Tatiana exhaló, tratando de estabilizarse mientras se echaba el largo cabello sobre un hombro y sus dedos acariciaban distraídamente los mechones. El movimiento fue automático, pero sus pensamientos eran todo lo contrario. Seguían volviendo hacia él, hacia Viktor, y hacia la forma en que se había visto esta noche, la forma en que había luchado por ella con una ferocidad que ella no había esperado. No se trataba sólo de su fuerza o su habilidad con el arma; era algo más profundo, algo primario en la forma en que se movía, la forma en que la protegía como si le perteneciera.

Sus ojos vagaron hacia la silla junto a la ventana, donde ahora estaba sentado Viktor, su mirada fija en ella con esa intensidad familiar que ella había llegado a temer y anhelar. No había dicho mucho desde que regresaron a la finca, pero no era necesario. Su sola presencia fue suficiente para llenar la habitación, para despertar las emociones en su interior que todavía no entendía del todo. Su chaqueta de traje estaba tirada sobre el brazo del sillón, su camisa blanca ligeramente desabrochada en el cuello, dejando al descubierto la dura línea de su garganta. Parecía tan sereno como siempre, pero había algo diferente en el aire entre ellos, algo que había cambiado desde el ataque.

El silencio entre ellos estaba lleno de tensión tácita. Tatiana podía sentir el peso de su mirada sobre ella, como si pudiera ver a través de ella, ver las emociones conflictivas que se agitaban en su interior. Nunca antes se había sentido así, no por nadie, y ciertamente no por un hombre como Viktor. Él era peligroso, controlador y, en primer lugar, la razón por la que su vida había dado un vuelco. Pero también había una atracción innegable, una atracción que no podía ignorar, por mucho que intentara racionalizarla.

Sus pensamientos seguían volviendo a la apariencia que él había tenido en medio de la pelea: el poder puro en sus movimientos, la precisión con la que derribaba a sus enemigos. Y cuando sus ojos encontraron los de ella, en los breves momentos posteriores al caos, ella sintió que algo se agitaba en lo más profundo de su interior. Una necesidad, un anhelo que no había comprendido del todo hasta ahora. No fue sólo el miedo lo que hizo que su corazón se acelerara cuando Viktor la salvó, fue el deseo.

Tatiana se abrazó a sí misma, como si tratara de protegerse contra la comprensión. Deseo. Para Víctor. La sola idea la inquietó, pero no podía negarlo por más tiempo. Lo había sentido antes, en pequeños y fugaces momentos, pero esa noche había echado raíces y se había convertido en algo que ya no podía dejar de lado. Y de pie aquí, en esta habitación, con Viktor mirándola tan intensamente, que el deseo comenzó a latir en el aire entre ellos.

Sus dedos se apretaron alrededor de la seda de su vestido mientras se giraba ligeramente para mirarlo. La expresión de Viktor no había cambiado, pero hubo un cambio en la forma en que se sentó: inclinándose ligeramente hacia adelante, con las manos apoyadas en las rodillas, como si esperara algo. Él no era el tipo de hombre que alguna vez mostraba vulnerabilidad y, sin embargo, en ese momento, había una silenciosa intensidad en sus ojos que la hizo sentir como si las paredes entre ellos comenzaran a desmoronarse. Era desconcertante lo mucho que podía afectarla con sólo una mirada, la facilidad con la que parecía burlar sus defensas sin siquiera intentarlo.

La respiración de Tatiana se aceleró cuando encontró su mirada, su corazón latía con fuerza en su pecho. Podía sentir la habitación cerrándose a su alrededor, la tensión aumentando con cada segundo que pasaba en silencio. No estaba segura de si era miedo o deseo lo que le aceleraba el pulso, pero ya no importaba. Todo lo que sabía era que Viktor se había convertido en el centro de su mundo de una manera que no esperaba y no estaba segura de cómo manejarlo.

"No tienes que tener miedo", dijo Viktor suavemente, su voz baja y áspera en la habitación silenciosa. "No voy a hacerte daño".

Tatiana tragó saliva con fuerza y sus dedos temblaron levemente mientras dejaba que sus palabras asimilaran. No había ninguna razón para que ella confiara en él (después de todo, él le había quitado la vida), pero había algo en su tono, algo genuino que la hizo sentir feliz. quiero creerle. Y esa fue la parte más peligrosa de todo.

"Lo sé", susurró, su voz apenas audible mientras daba un paso más cerca de la cama. "No te tengo miedo".

No era del todo cierto, pero tampoco era mentira. Tatiana no le tenía tanto miedo a Viktor como cuando se conocieron. El miedo que sentía ahora era diferente: era miedo a lo desconocido, miedo a lo que estaba pasando entre ellos, a las emociones que comenzaban a aflorar, sin importar cuánto intentara reprimirlas.

Los ojos de Viktor nunca dejaron los de ella mientras se acercaba, y Tatiana sintió que la tensión entre ellos se tensaba, como una cuerda tensa, lista para romperse. Podía sentir su corazón latiendo en su garganta, sus palmas sudando por el peso del momento. Pero debajo de la incertidumbre, debajo del miedo, había una innegable chispa de deseo que hizo que su piel hormigueara y le dejara sin aliento.

Era más que una simple atracción física, aunque eso también estaba ahí, hirviendo bajo la superficie. Era la forma en que Viktor la hacía sentir cuando la miraba, cuando la tocaba. Protegida, sí, pero también vulnerable de una manera que nunca antes había

experimentado. Y esa vulnerabilidad, por aterradora que fuera, la hizo querer acercarse, acortar la distancia entre ellos.

Tatiana dio otro paso adelante, su corazón se aceleró al darse cuenta de que esto—fuera lo que fuera—era inevitable. Por mucho que intentara negarlo, por muy conflictivos que fueran sus sentimientos, no podía detener la atracción entre ellos. Y tal vez, sólo tal vez, ella no quería.

Tatiana respiró lentamente y sintió que la tensión de sus músculos comenzaba a relajarse, aunque su mente todavía estaba acelerada. Se dirigió hacia la cómoda, sus dedos rozaron ligeramente su fría superficie mientras intentaba conectarse a sí misma en el presente. Sus manos juguetearon con el dobladillo de su camisón y lanzó una mirada cautelosa a Viktor, que permanecía sentado cerca de la ventana. Su presencia era una constante en la habitación, dominante, inquebrantable, y despertó algo dentro de ella que no podía nombrar. La sensación de seguridad que aportaba era innegable, pero también lo era el miedo que la acompañaba.

Su corazón latía con fuerza mientras se daba la vuelta, sus pensamientos regresaban a los acontecimientos de la noche. El ataque, el caos, la fría garra del terror cuando esos hombres la arrastraron fuera de la finca. Todavía podía oír los disparos, oler el humo, sentir el pánico aplastante que se había apoderado de ella. Y luego estaba Viktor, atravesando el humo y la oscuridad, despiadado y poderoso, con toda su atención fijada en ella mientras luchaba por salvarla.

Tragó con dificultad y el peso de lo que había sucedido se instaló en su pecho. Nunca había estado más aterrorizada, pero tampoco había sentido una sensación de seguridad tan extraña como cuando los brazos de Viktor la rodearon, sacándola de los escombros. Una oleada de gratitud la invadió, pero chocó con la confusión de sus emociones: este hombre que la había reclamado, que la había arrebatado de la vida que había conocido, era ahora quien la protegía.

Tatiana dio un paso hacia la cama, sus dedos jugueteaban con los mechones de su cabello mientras intentaba reunir el coraje para hablar. Las palabras se sintieron pesadas en su lengua, cargadas de incertidumbre. No sabía cómo agradecerle, cómo expresar gratitud hacia alguien en quien todavía estaba aprendiendo a confiar, alguien que la asustaba y la consumía de maneras que no había previsto.

"Viktor..." Su voz apenas era más que un susurro, vacilante, como si probara las aguas de una conversación en la que no estaba segura de querer sumergirse. Su nombre permaneció en el aire y ella lo vio moverse y su mirada se volvió hacia ella con una intensidad que le hizo revolotear el estómago.

Ella vaciló de nuevo, sintiendo una oleada de nervios. La gratitud no le resultaba fácil cuando todavía estaba tan en conflicto, pero no podía ignorar lo que él había hecho por ella. "Gracias... por salvarme". Las palabras salieron precipitadas y suaves, casi como si temiera que pudieran romper el frágil momento entre ellos.

Los ojos de Viktor se oscurecieron mientras se levantaba de su asiento, cruzando la habitación con pasos lentos y deliberados. Su mirada se fijó en la de ella y el pulso de Tatiana se aceleró. Podía sentir el calor de su presencia y la tensión en la habitación aumentaba con cada paso que él daba hacia ella.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para que ella pudiera sentir el calor que irradiaba su cuerpo, Viktor se detuvo. Sus ojos nunca dejaron los de ella, su mirada era intensa, y a Tatiana se le cortó el aliento en la garganta mientras intentaba estabilizarse.

"No tienes que agradecerme", dijo Viktor en voz baja, con voz baja y firme. Extendió la mano, sus dedos rozaron su mejilla y todo el cuerpo de Tatiana se tensó bajo el suave peso de su toque. Fue tierno, casi inesperado, y la gentileza del gesto la tomó por sorpresa.

Su corazón se aceleró mientras se inclinaba hacia el tacto, su respiración se aceleró. La distancia entre ellos pareció desaparecer en ese momento y, por primera vez, el espacio no se sintió cargado de miedo, se sintió... seguro. Sus ojos se cerraron por un breve momento y se permitió sentir la extraña sensación de calma que le trajo su toque, a pesar de todo lo que había sucedido.

"Yo..." comenzó, pero las palabras se atascaron en su garganta cuando el pulgar de Viktor se movió lentamente por su mejilla, deslizándose hacia abajo para rozar sus labios. La sensación le provocó un escalofrío y el cuerpo de Tatiana la traicionó, respondiendo a la forma tranquila y posesiva en que él le sostenía la cara. Ella no lo entendía (esta mezcla de emociones, este deseo creciente), pero era innegable.

El toque de Viktor fue suave, pero había un trasfondo de control en cada movimiento, como si le estuviera recordando que ella era suya. Debería haberla inquietado, y tal vez lo hizo, pero también la hizo sentir algo que no podía ignorar: una atracción, una conexión, un anhelo que no esperaba. No estaba segura de cuándo había cambiado, cuándo el miedo había comenzado a convertirse en algo más complejo, más peligroso.

"Viktor..." Su voz vaciló, insegura, mientras lo miraba, sus labios se abrieron ligeramente bajo la presión de su pulgar. El aire entre ellos crujió con algo no dicho, algo que envió un pulso de calor a través de sus venas. La respiración de Tatiana se

entrecortó, su corazón latía con fuerza en su pecho cuando Viktor se acercó, el espacio entre ellos desapareció por completo.

"No necesitas tenerme miedo", dijo Viktor suavemente, su voz áspera pero llena de una extraña ternura que hizo que a Tatiana se le revolviera el estómago. Sus dedos se deslizaron desde sus labios hasta la curva de su mandíbula, trazando su piel con un toque posesivo que le provocó un escalofrío. “Siempre te protegeré”.

Las palabras flotaban en el aire, pesadas y llenas de significado. Tatiana no sabía qué decir, cómo responder ante la intensidad del momento. Pero ella no se apartó. En cambio, se encontró inclinándose hacia la calidez de su mano, anhelando la seguridad que su presencia parecía ofrecer.

Un silencio sin aliento se instaló entre ellos, y el pecho de Tatiana se apretó cuando encontró la mirada de Viktor. Había algo diferente en la forma en que la miraba ahora, algo más suave debajo de la frialdad habitual en sus ojos. No podía explicarlo, pero la hacía sentir más vulnerable que nunca.

Su corazón se aceleró cuando la mano de Viktor se deslizó hasta su cuello, su pulgar rozó ligeramente su clavícula. A Tatiana se le cortó el aliento, su piel hormigueó bajo el peso de su toque, y la gratitud que había sentido antes se transformó en algo más profundo, algo más peligroso.

"Yo... no sé qué decir", susurró Tatiana, con la voz temblorosa mientras lo miraba fijamente, sus emociones eran un torbellino dentro de ella. Se sintió en conflicto: agradecida por su protección pero aún insegura de la tormenta de emociones que él despertaba en su interior. El miedo y el deseo se entrelazaron, haciéndole imposible pensar con claridad.

Los ojos de Viktor se oscurecieron y sus dedos se apretaron ligeramente sobre su piel, su voz baja y áspera. "No tienes que decir nada".

La respiración de Tatiana se contuvo cuando la mano de Viktor se detuvo en su cuello, su pulgar rozó suavemente su clavícula. Podía sentir que la tensión entre ellos se espesaba, el aire a su alrededor se cargaba con algo que era imposible de ignorar. Su mente se aceleró, pero su cuerpo (su cuerpo traidor) estaba respondiendo a su toque de maneras que no podía controlar. La gratitud que había intentado expresar antes, el miedo que había sentido durante el ataque, todo pareció desvanecerse en un segundo plano, dejando nada más que el calor entre ellos.

Y entonces sucedió.

Viktor se inclinó, sus labios rozaron los de ella tan ligeramente al principio que Tatiana no estaba segura de si era real. Su corazón dio un vuelco, su respiración se entrecortó cuando la suavidad del beso provocó un escalofrío a través de ella. Era vacilante, casi como si la estuviera poniendo a prueba, esperando su reacción. Tatiana se quedó congelada por una fracción de segundo, su mente dividida entre el miedo al que se había aferrado durante tanto tiempo y el deseo abrumador que ahora corría por sus venas.

Pero la vacilación no duró.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, su cuerpo se hizo cargo. Sus labios se separaron contra los de él y ella le devolvió el beso, las emociones que había estado guardando en su interior finalmente se liberaron. No fue una decisión consciente: fue instintiva, primaria, y sentía como si algo dentro de ella se hubiera desatado.

El beso, que había comenzado tan suavemente, rápidamente se hizo más profundo. Tatiana sintió que su cuerpo ardía con una oleada de calor cuando la mano de Viktor se deslizó en su cabello, acercándola a él. Sus propias manos, como si se movieran por voluntad propia, se alzaron para tocarlo. Sus dedos rozaron los duros planos de su pecho, sintiendo la fuerza que yacía debajo de su camisa, y se sorprendió a sí misma con la intensidad de su propia respuesta.

La habitación pareció desdibujarse a su alrededor, el peso de los acontecimientos de la noche se desvaneció en el fondo y todo lo que quedó fue la atracción eléctrica entre ellos. El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho, su cuerpo presionado contra el de Viktor mientras el beso se hacía más consumidor, más urgente. Sus pensamientos, sus miedos, su confusión, todo se desvaneció, reemplazado por una necesidad que no podía negar.

Los labios de Viktor se movieron contra los de ella con creciente intensidad, su dominio evidente en cada movimiento. Su otra mano se deslizó por su espalda, acercándola a él, y Tatiana sintió una sacudida de deseo atravesarla cuando su cuerpo presionó el de ella. Podía sentir el calor que irradiaba él, la tensión que había estado hirviendo entre ellos ahora completamente desatada.

Su respiración se volvió irregular, su mente daba vueltas cuando los labios de Viktor dejaron los de ella, bajando hasta su cuello. Tatiana jadeó cuando su boca se movió sobre su piel, sus besos calientes y exigentes a medida que bajaban. Podía sentir su pulso acelerarse, la sangre corriendo en sus oídos mientras su cuerpo reaccionaba a cada toque, cada beso. La mano de Viktor se enredó en su cabello mientras inclinaba su cabeza hacia un lado, exponiendo más parte de su cuello, y ella sintió la aspereza de su aliento contra su piel.

Fue abrumador: la forma en que su cuerpo respondió a él, la forma en que la tensión entre ellos había estallado en algo que ella no esperaba. Tatiana había pasado mucho tiempo tratando de mantener la distancia con Viktor, tratando de resistir la atracción que él ejercía sobre ella, pero en ese momento, toda esa resistencia se derrumbó. Ella no quería reprimirse más. Ella no quería pelear por lo que estaba pasando entre ellos.

Sus manos, ya no vacilantes, agarraron la tela de su camisa, acercándolo mientras los labios de Viktor viajaban por su garganta. Su mente se aceleró, pero todos sus pensamientos quedaron ahogados por la pura fisicalidad del momento. Ahora no había lugar para el miedo ni la confusión: sólo el deseo.

La mano de Viktor se deslizó desde su espalda hasta su cintura, sus dedos rozaron el borde de su camisón mientras la acercaba aún más. La respiración de Tatiana se entrecortó cuando sintió la línea dura de su cuerpo presionando contra el de ella, el calor entre ellos aumentando con cada segundo que pasaba. Su piel hormigueó bajo su toque, cada nervio se llenó de sensación cuando él la reclamó con sus manos y boca.

Ella quería más.

El cuerpo de Tatiana ardía de necesidad, y la forma en que las manos de Viktor se movían sobre ella solo avivaban las llamas. Sus besos, antes suaves y provocadores, ahora eran exigentes, dejando un rastro de calor a su paso mientras bajaban, rozando su clavícula. Podía sentir su excitación, la evidencia de su deseo presionando contra ella, y eso envió una oleada de calor a través de ella.

Su propio cuerpo respondió de la misma manera, sus manos se deslizaron hasta sus hombros, aferrándose a él como si él fuera lo único que la mantenía en el torbellino de sensaciones. Nunca antes había sentido algo así: esta necesidad abrumadora, este hambre que parecía consumirla desde adentro hacia afuera. La aterrorizó y la emocionó a partes iguales.

Cuando los labios de Viktor regresaron a los de ella, los dedos de Tatiana se deslizaron en su cabello, atrayéndolo más profundamente hacia el beso. Era como si no pudiera tener suficiente, como si el fuego entre ellos sólo pudiera apagarse con más—más de su toque, más de sus besos, más de él.

Y Viktor, a pesar de su comportamiento frío y controlado, respondió con la misma intensidad. Su agarre se hizo más fuerte en su cintura, sus manos deslizándose sobre su cuerpo con una posesividad que envió otro escalofrío de deseo a través de ella. La besó más fuerte, más profundamente, como si la reclamara con cada movimiento, y Tatiana se rindió al calor entre ellos, dejando ir cualquier duda persistente.

El aliento de Tatiana se quedó atrapado en su garganta cuando los labios de Viktor se presionaron con más fuerza contra los de ella, su mano todavía agarraba su cuello con una fuerza posesiva que la aterrorizaba y emocionaba al mismo tiempo. La tensión entre ellos era espesa y palpable, sus cuerpos se encendían con un deseo que había estado hirviendo durante demasiado tiempo. Su mente estaba llena de emociones conflictivas (miedo, necesidad, confusión), pero su cuerpo ya se había rendido a la intensidad del momento.

Los labios de Viktor dejaron los de ella y se deslizaron lentamente por su cuello, provocando su piel con el calor de su aliento. Tatiana jadeó suavemente, su cuerpo temblaba cuando su boca se movió hacia abajo, su lengua trazó una línea por su clavícula. Nunca antes había sentido algo así: la forma en que su toque le provocaba escalofríos, la forma en que su cuerpo reaccionaba a cada roce de sus labios y manos. Era como si hubiera abierto algo muy profundo dentro de ella, algo que había mantenido oculto durante tanto tiempo.

Sus manos, temblando tanto de nerviosismo como de anticipación, se estiraron para quitarse los finos tirantes del camisón de sus hombros, dejando que la tela de seda cayera de su piel. La mirada de Viktor se oscureció cuando el camisón se deslizó hacia abajo, exponiendo sus pechos a él, y la respiración de Tatiana se entrecortó al ver el hambre cruda en sus ojos. Había algo en la forma en que él la miraba, como si ella fuera a la vez una conquista y un premio, que hizo que su cuerpo ardiese de necesidad.

Sin romper el contacto visual, las manos de Viktor se movieron hacia su pecho, sus dedos rozaron ligeramente la hinchazón de sus senos antes de tomarlos firmemente. Tatiana dejó escapar un suave gemido cuando sus pulgares rozaron sus pezones, provocándolos hasta convertirlos en picos endurecidos con una lentitud deliberada que hizo temblar todo su cuerpo. La sensación era casi insoportable y, aun así, anhelaba más.

Los labios de Viktor encontraron su piel nuevamente, su boca trazando besos calientes por su garganta antes de descender a su pecho. Tatiana jadeó cuando su lengua pasó sobre uno de sus pezones, su aliento cálido contra su piel mientras chupaba suavemente. Sus manos se enredaron en su cabello, acercándolo más mientras una sacudida de placer recorrió su cuerpo, haciendo que se arqueara contra él. Su boca era implacable, alternando entre suaves besos y mordiscos afilados mientras trabajaba sus senos con una precisión que la dejó sin aliento.

La aspereza de su barba contra su piel sensible se sumó a la intensidad del momento, enviando una ráfaga de calor directamente a su centro. Podía sentir la humedad entre sus piernas creciendo, su cuerpo dolía por más mientras Viktor continuaba atacando sus pechos. Sus manos la agarraron firmemente, sus dedos rodaron sus pezones entre

ellos mientras su boca chupaba con más fuerza, sacando gemidos desde lo más profundo de su interior que ya no podía controlar.

Nunca había imaginado que experimentaría algo como esto: un placer tan abrumador por algo tan simple como el toque de un hombre. Pero Viktor no era un hombre cualquiera. La forma en que él se movía, la forma en que controlaba su cuerpo con tanta facilidad, no se parecía a nada que ella hubiera imaginado jamás. Era peligroso, impredecible y cada centímetro de él irradiaba poder puro.

Como si sintiera sus pensamientos, Viktor se echó hacia atrás ligeramente, con la respiración entrecortada mientras la miraba con una mirada depredadora. Sus manos se movieron hacia la cintura de sus pantalones y Tatiana se quedó sin aliento mientras él desabrochaba el cinturón con deliberada lentitud, manteniendo sus ojos fijos en los de ella todo el tiempo. Verlo desnudándose, la forma en que sus músculos se tensaban y flexionaban con cada movimiento, envió una ola de deseo que la invadió.

La camisa de Viktor ya estaba descartada, dejando al descubierto su pecho tatuado: un lienzo de intrincada tinta negra que cubría los duros planos de los músculos. Los diseños eran oscuros y peligrosos, un reflejo del hombre mismo, y Tatiana no pudo evitar estirar la mano y trazar con los dedos las líneas de tinta que adornaban su piel. Los tatuajes sólo aumentaban su misterio, haciéndolo parecer aún más intocable, incluso más peligroso.

En el momento en que sus dedos tocaron su piel, los ojos de Viktor se oscurecieron con algo primitivo. Se quitó los pantalones, ahora completamente desnudo, su cuerpo se elevaba sobre el de ella. Los ojos de Tatiana recorrieron su amplio pecho, los tatuajes que se retorcían sobre sus hombros y bajaban por sus brazos, y aún más abajo hasta su dura y gruesa longitud, que estaba en plena posición de atención. Verlo, plenamente revelado en toda su peligrosa belleza, envió otra oleada de calor a través de ella.

Sin decir una palabra, Viktor se inclinó y sus labios capturaron los de ella en otro beso abrasador, pero esta vez no hubo vacilación. Sus manos agarraron sus caderas, tirando de su cuerpo contra el suyo mientras su boca se movía sobre la de ella con una intensidad que hizo que sus rodillas temblaran. Tatiana jadeó durante el beso, sus manos se deslizaron hacia arriba para agarrar sus hombros tatuados, aferrándose con fuerza mientras el calor entre ellos continuaba aumentando.

Las manos de Viktor recorrieron su cuerpo, explorando cada centímetro de su piel expuesta con una posesividad que no dejaba lugar a dudas: ella era suya. Y la forma en que la tocaba, la forma en que la adoraba con sus labios y sus manos, le hizo creerlo. Sus dedos regresaron a sus pechos, amasándolos bruscamente mientras su lengua se deslizaba por sus labios, saboreándola profundamente.

El cuerpo de Tatiana respondió instintivamente, arqueándose hacia él mientras se dejaba perder en las sensaciones que él estaba creando. Le dolían los pezones por el trato rudo, los mordiscos afilados y los lamidos provocadores la enviaban a una espiral de placer. Podía sentir el calor entre sus piernas intensificándose, la humedad acumulándose allí mientras su cuerpo gritaba por más de él, más del placer que tan expertamente le estaba dando.

Las manos de Viktor agarraron firmemente la cintura de Tatiana, su toque posesivo y gentil mientras la recostaba sobre la cama. La suavidad del colchón la dio la bienvenida, pero fue el peso de su presencia flotando sobre ella lo que hizo que su corazón se acelerara. Su piel hormigueó con anticipación, cada nervio de su cuerpo vivo bajo el calor de su mirada. La habitación estaba oscura, las sombras parpadeaban por la suave luz junto a la cama, pero Tatiana podía ver la cruda intención en los ojos de Viktor mientras la miraba.

Sus manos, grandes y ásperas, se deslizaron lentamente por sus costados, rozando las curvas de sus caderas. La respiración de Tatiana se entrecortó cuando él separó sus piernas, su toque envió una ola de calor recorriendo su cuerpo. Nunca se había sentido tan expuesta, tan vulnerable, y sin embargo… había algo en la forma en que él la manejaba, en la forma en que cada movimiento parecía calculado para volverla loca de anticipación, que la hacía confiar en él, incluso en este momento de intimidad cruda.

La mirada de Viktor se oscureció mientras se posicionaba entre sus piernas, sus manos acariciando suavemente la parte interna de sus muslos. Hizo una pausa por un momento, sus ojos se encontraron con los de ella y Tatiana sintió una oleada de energía nerviosa inundar su pecho. Ahora estaba completamente abierta a él, tanto física como emocionalmente, y la intensidad de ello la hizo temblar. Pero Viktor sostuvo su mirada, su expresión era ilegible excepto por el hambre ardiente que permanecía en las profundidades de sus ojos.

Sin decir una palabra, Viktor bajó la cabeza, sus labios rozaron la piel de ella, justo encima de donde más le dolía. Todo el cuerpo de Tatiana se sacudió ante el contacto, sus dedos instintivamente se enredaron en las sábanas mientras jadeaba. La sensación era electrizante, y cuando la lengua de Viktor salió para provocarla, un escalofrío de placer la recorrió, haciendo que los dedos de sus pies se curvaran.

La respiración de Tatiana se produjo en ráfagas irregulares, su pecho subía y bajaba rápidamente mientras Viktor se tomaba su tiempo, explorándola con movimientos lentos y deliberados de su lengua. Él era implacable en sus bromas, sus labios y su lengua trabajaban en conjunto para volverla loca de necesidad. Tatiana podía sentir cómo se deshacía, la tensión dentro de ella se hacía más fuerte con cada segundo que pasaba.

Su lengua se movió contra su clítoris, provocándolo con toques ligeros como una pluma antes de presionar más fuerte, su boca trabajando en ella con una habilidad que hizo temblar todo su cuerpo. Tatiana dejó escapar un suave gemido, sus caderas se levantaron ligeramente de la cama mientras su cuerpo instintivamente buscaba más de él, más del placer que tan expertamente le estaba dando. Pero Viktor no se apresuró. Se tomó su tiempo, saboreando cada momento, cada sonido que escapaba de sus labios.

Los dedos de Tatiana se clavaron en las sábanas, sus nudillos estaban blancos mientras intentaba aferrarse a algo, cualquier cosa, que la mantuviera castigada. Pero Viktor fue implacable, su lengua y sus dedos trabajaron juntos para llevarla al borde de la liberación, sólo para retroceder justo antes de que ella pudiera caer. La frustración era casi insoportable y, sin embargo, el placer era tan intenso, tan abrumador, que Tatiana no se atrevió a rogarle que se detuviera.

Su respiración se entrecortó cuando los dedos de Viktor se deslizaron dentro de ella, curvándose en la forma correcta que la hizo jadear. Su lengua volvió a recorrer su clítoris y las caderas de Tatiana se sacudieron involuntariamente cuando otra ola de placer la invadió. Podía sentirse temblando, su cuerpo tensándose por la necesidad mientras Viktor continuaba con su lento y tortuoso paso.

"Viktor", jadeó Tatiana, su voz apenas era un susurro mientras luchaba por recuperar el aliento. No estaba segura de lo que estaba pidiendo (más, menos, liberación, cualquier cosa), pero Viktor parecía entender. Él no le respondió con palabras, pero su boca presionó con más fuerza contra la de ella, su lengua se movió con más urgencia mientras sus dedos se sumergían más profundamente dentro de ella.

Todo el cuerpo de Tatiana se tensó, sus músculos se enroscaron con anticipación mientras la presión se acumulaba dentro de ella, apretándose más y más con cada golpe de la lengua de Viktor. Podía sentirse al borde del abismo, tambaleándose al borde de la liberación, pero Viktor no estaba listo para dejarla ir todavía. Él se echó hacia atrás ligeramente, su lengua desaceleró el ritmo, provocándola, prolongando el momento hasta que Tatiana pensó que podría perder la cabeza.

Sus manos volaron hacia su cabeza, sus dedos se enroscaron en su cabello mientras intentaba acercarlo más, su cuerpo dolía por la liberación que él mantenía fuera de su alcance. "Por favor", susurró, su voz temblaba de desesperación.

Viktor gruñó por lo bajo, un sonido que envió un escalofrío de anticipación a través de ella. Su agarre sobre sus muslos se hizo más fuerte, sus dedos se clavaron en su piel cuando finalmente le dio lo que quería. Su lengua se movió más rápido, su boca

devorándola con un hambre que dejó a Tatiana sin aliento. El calor entre sus piernas se intensificó, y podía sentir cómo volvía a girar en espiral hacia el borde, su cuerpo se tensaba con cada movimiento de su lengua, cada empuje de sus dedos.

Su respiración se produjo en ráfagas cortas y entrecortadas mientras el placer la abrumaba, aumentando y aumentando hasta que se volvió demasiado insoportable. Todo el cuerpo de Tatiana se tensó, sus caderas se levantaron de la cama mientras lo alcanzaba, sus dedos agarraban su cabello, las sábanas, cualquier cosa a la que pudiera agarrarse mientras el placer la invadía.

Y entonces, finalmente, sucedió.

Su orgasmo la atravesó con una fuerza que la dejó sin aliento, su cuerpo convulsionándose mientras ola tras ola de placer la consumía. Tatiana gritó, su espalda arqueada sobre la cama mientras sus músculos se apretaban alrededor de los dedos de Viktor, todo su cuerpo temblaba por la intensidad de ello. Viktor no se detuvo, su boca todavía trabajaba en ella, extrayendo hasta el último gramo de placer hasta que Tatiana quedó sin aliento y agotada, con su cuerpo inerte contra el colchón.

Su pecho se agitaba mientras intentaba recuperar el aliento, su mente era una neblina de placer e incredulidad ante la intensidad de lo que acababa de experimentar. Viktor lentamente retiró sus dedos, su boca abandonó la de ella, y Tatiana se estremeció ante la pérdida de su toque. Se sentía expuesta, en carne viva y completamente destrozada por él.

Viktor flotaba sobre Tatiana, sus ojos ardían con cruda intensidad mientras la miraba. El hambre en su mirada era inconfundible, pero debajo de eso había algo más: algo más oscuro, más posesivo y, sin embargo, extrañamente tierno. Era como si, en ese momento, él la estuviera reclamando no sólo físicamente sino enteramente, en cuerpo y alma. A Tatiana se le cortó el aliento en la garganta cuando se miraron a los ojos, el aire entre ellos estaba cargado de tensión, cargado de palabras no dichas.

Su cuerpo todavía temblaba por las olas de placer que Viktor acababa de darle, los restos de su orgasmo la dejaban sintiéndose lánguida y sensible. Pero incluso en su estado de felicidad, podía sentir la atracción entre ellos cada vez más fuerte, la anticipación crepitando en el aire como una tormenta a punto de estallar. Su corazón latía con fuerza en su pecho, su cuerpo ya anhelaba más, dolía por él.

Sin decir una palabra, Viktor se movió, poniéndose de rodillas mientras se posicionaba entre sus piernas. Su mirada nunca abandonó la de ella, el peso de su deseo presionándola como una fuerza tangible. El pulso de Tatiana se aceleró y sus manos agarraron las sábanas mientras se preparaba para lo que se avecinaba. Hubo un

momento de quietud, una breve pausa donde el mundo pareció pender de un hilo, y luego Viktor se movió.

El primer empujón fue poderoso, su polla la llenó por completo, y Tatiana jadeó, su cuerpo se sacudió por la fuerza. La sensación era abrumadora, la extensión de él dentro de ella encendía cada nervio, enviando una onda expansiva de placer a través de ella. Podía sentirlo, cada centímetro de él, grueso y duro mientras empujaba profundamente dentro de ella, y la cruda intensidad de eso la dejó sin aliento.

Las manos de Viktor agarraron sus caderas, sus dedos se clavaron en su carne mientras la atraía contra él, sus movimientos ásperos e implacables. La espalda de Tatiana se arqueó fuera de la cama, su cabeza cayó hacia atrás mientras un gemido salía de su garganta. La fuerza de sus embestidas sacudió su cuerpo, cada una más fuerte y más profunda que la anterior, y pudo sentir la tensión creciendo dentro de ella una vez más, el calor entre ellos abrasador.

Su mente daba vueltas, sus pensamientos eran un torbellino de confusión y deseo. No sabía lo que significaba todo esto (esta conexión creciente, esta innegable atracción que sentía hacia él), pero en ese momento, nada de eso importaba. Lo único que sabía era que lo necesitaba, lo deseaba con una desesperación que la aterrorizaba y la emocionaba al mismo tiempo. El dominio de Viktor, su control, era abrumador, pero la hacía sentir segura de una manera que nunca antes había experimentado.

Las manos de Tatiana volaron hacia su espalda, sus dedos se clavaron en los duros músculos mientras se aferraba a él, su cuerpo se movía al compás del de él. Cada empujón la llevaba más cerca del borde, la áspera fricción entre ellos avivaba las llamas de su deseo hasta que era todo en lo que podía pensar, todo lo que podía sentir. Los sonidos de sus cuerpos juntándose llenaron la habitación, una sinfonía de jadeos, gemidos y el golpe de piel contra piel cuando Viktor la tomó con una intensidad que la dejó sin aliento.

Sus manos agarraron sus caderas con más fuerza, acercándola a él con cada embestida, y el cuerpo de Tatiana respondió con entusiasmo, sus piernas envolvieron su cintura mientras intentaba penetrarlo más profundamente. Podía sentir el poder en sus movimientos, el control que ejercía sobre ella, y eso envió otra oleada de calor a través de ella, su cuerpo se tensó por la necesidad. Los labios de Viktor encontraron su cuello, sus dientes rozaron su piel mientras presionaba su boca en el punto sensible justo debajo de su oreja, y Tatiana jadeó, todo su cuerpo temblando en respuesta.

El placer fue casi excesivo, sus sentidos sobrecargados con la intensidad de todo. El dominio de Viktor, la forma en que la manejaba, la dominaba; no había lugar para la vacilación, ni para el miedo. Ella era suya en ese momento, completa, absolutamente suya, y darse cuenta envió otra sacudida de excitación a través de ella. Las manos de

Tatiana se deslizaron por su espalda, sus dedos trazaron los intrincados tatuajes que cubrían su piel, y se maravilló de la fuerza debajo de ellos, la forma en que su cuerpo se movía contra el de ella con tal propósito.

"Viktor", jadeó, su voz temblaba mientras se aferraba a él, sus uñas clavándose en su carne.

Él gruñó por lo bajo, el sonido vibró a través de ella mientras empujaba más fuerte, más profundo, su polla llenándola una y otra vez, cada movimiento más poderoso que el anterior. El cuerpo de Tatiana se arqueó debajo de él, sus caderas se elevaron para encontrarse con las de él, y sintió que la tensión dentro de ella se apretaba más, el calor alcanzaba un punto febril. Cada nervio de su cuerpo estaba vivo, su piel hormigueaba con anticipación a medida que el placer aumentaba, empujándola cada vez más cerca del borde.

Las manos de Viktor se deslizaron por su cuerpo, sus dedos agarraron sus muslos mientras inclinaba sus caderas justo, y Tatiana dejó escapar un grito de placer cuando él golpeó un punto profundo dentro de ella que hizo temblar todo su cuerpo. Su respiración era corta y entrecortada, su pecho se agitaba mientras luchaba por sostenerse, pero fue inútil. El placer era demasiado intenso, demasiado abrumador, y podía sentir que se salía de control.

"Ven por mí", gruñó Viktor, su voz áspera y autoritaria mientras la empujaba más fuerte, más rápido.

El cuerpo de Tatiana respondió instantáneamente, sus músculos se tensaron alrededor de él mientras el calor dentro de ella explotaba, su orgasmo se estrellaba sobre ella como una ola de puro éxtasis. Ella gritó, arqueando la espalda sobre la cama mientras su cuerpo se convulsionaba alrededor de él, cada nervio en llamas mientras el placer la consumía. Viktor no disminuyó la velocidad, sus movimientos eran implacables mientras la llevaba más alto, prolongando la sensación hasta que Tatiana pensó que podría destrozarse por la intensidad de todo.

Todo su cuerpo tembló cuando las réplicas de su orgasmo la recorrieron, y el agarre de Viktor sobre ella se apretó, sus embestidas se volvieron más erráticas, más desesperadas. Tatiana podía sentirlo perdiendo el control, la fuerza de sus movimientos sacudiéndola hasta el centro, y luego con un último y poderoso empujón, Viktor gimió su nombre, su cuerpo se puso rígido mientras encontraba su propia liberación.

Él se desplomó sobre ella, su pecho palpitaba, su aliento caliente contra su piel mientras yacían juntos, sus cuerpos todavía temblando por la fuerza de su clímax. La mente de Tatiana era una neblina de placer y cansancio, su cuerpo inerte debajo de él

mientras intentaba recuperar el aliento. Podía sentir el rápido latido del corazón de Viktor contra su pecho, su peso arraigándola después de su pasión.

Durante un largo momento, ninguno de los dos se movió, la habitación se llenó con el sonido de sus respiraciones, pesadas y desiguales. El cuerpo de Tatiana todavía hormigueaba con los restos de sus orgasmos, su piel sonrojada y cálida mientras yacía debajo de Viktor, sus piernas todavía envueltas alrededor de él. Podía sentir la conexión entre ellos ahora, más fuerte que nunca, y aunque no entendía completamente lo que significaba, sabía una cosa con certeza: no era la misma mujer que había sido antes.

El peso de Viktor presionó contra Tatiana por unos momentos más antes de que finalmente se moviera, rodando sobre su costado y arrastrándola con él. Sus fuertes brazos rodearon su cintura, acercándola hasta que su espalda estuvo al ras de su pecho. La habitación estaba en silencio ahora, los únicos sonidos eran el suave zumbido de su respiración y el suave susurro de las sábanas mientras se adaptaban, acomodándose en las consecuencias de su intensa conexión.

La mente de Tatiana todavía giraba con las abrumadoras sensaciones de su encuentro, su cuerpo vibraba con una sensación de agotamiento y satisfacción. La pasión áspera y cruda entre ellos la había dejado sin aliento, pero ahora, en la silenciosa quietud, sintió algo más, algo que no esperaba. Contentamiento. La intensidad de su acoplamiento había dado paso a una calma casi surrealista, y mientras yacía en los brazos de Viktor, una extraña sensación de pertenencia la invadió.

Sus dedos rozaron su antebrazo, que todavía estaba posesivamente alrededor de su cintura, y por un momento, se permitió relajarse al sentir su piel contra la de ella. Era una posición vulnerable, una en la que no se había imaginado estar apenas unos días antes. Pero aquí, en este momento, algo en la presencia de Viktor la hacía sentir... segura. No estaba segura si era la pura fuerza de su protección o la forma en que la había mirado antes con algo más que posesividad en sus ojos. Fuera lo que fuese, la hacía sentir menos sola y, por primera vez en mucho tiempo, esa sensación era reconfortante.

Los dedos de Viktor comenzaron a moverse, trazando lentamente patrones a lo largo de la curva de su cadera, su toque mucho más suave ahora que hace unos momentos. Fue tierno, casi reconfortante, e hizo que su corazón latiera inesperadamente. El cuerpo de Tatiana todavía sentía el calor de él, la aspereza de su deseo, pero este momento era diferente. Podía sentir su aliento contra su cuello, cálido y constante, y aunque él no dijo nada, su tranquila presencia lo decía todo.

Para Viktor, la tormenta de emociones con la que había estado luchando toda la noche no se había disipado, pero acostado allí con Tatiana en sus brazos, sintió algo

desconocido, algo que lo conectaba a tierra. No estaba acostumbrado a sentirse así, no estaba acostumbrado a la necesidad que se agitaba en su interior cada vez que ella estaba cerca. Ya no era sólo deseo; era algo más profundo, algo que no podía nombrar del todo. Pero fuera lo que fuera, hizo que la abrazara con más fuerza, sus dedos acariciando su cabello como si estuviera tratando de memorizar cada mechón.

Tatiana se movió ligeramente, su cuerpo instintivamente se curvó contra el de él, y Viktor dejó escapar un suspiro, su agarre se apretó sólo una fracción. No era un hombre que ofreciera consuelo, no de buena gana. Sin embargo, con ella, se sentía... natural.

A medida que pasaban los momentos, los pensamientos de Tatiana vagaban. Todavía no estaba segura de lo que esto significaba, no estaba segura de si podía confiar plenamente en Viktor o cuál era realmente su lugar en su mundo. Pero por ahora, acurrucada en sus brazos, sintió algo que no había sentido desde el día en que su vida cambió: algo que se parecía a la paz. La conexión entre ellos era innegable y, aunque el camino a seguir era incierto, en ese momento ella se permitió simplemente ser.

Capítulo 12

Viktor entró al club de Nikolai, su mente era una tormenta de pensamientos mientras se movía entre la palpitante multitud. El bajo fuerte reverberó en su pecho, las luces estroboscópicas parpadeantes proyectaban breves destellos de los cuerpos retorciéndose en la pista de baile. Nada de eso le importaba. Estaba aquí por una razón: venganza.

Los acontecimientos de la noche anterior se habían repetido en su mente como un bucle implacable. Los disparos, la sangre, el ataque a su casa. Y el grito de Tatiana mientras se la llevaban a rastras. Ese momento había cambiado algo dentro de él, algo para lo que no estaba preparado. Viktor había matado por ella y lo volvería a hacer sin dudarlo. Pero lo que le preocupaba ahora no era sólo la necesidad de venganza: era el peso de lo que sentía por ella, algo mucho más peligroso de lo que estaba dispuesto a admitir.

El club estaba lleno, pero la multitud instintivamente se separó para él mientras se dirigía hacia la parte de atrás, donde Nikolai esperaba en su oficina privada. La gente sabía que no debía interponerse en el camino de Viktor. Sabían qué clase de hombre era: del tipo que exigía respeto a través del poder y del tipo que lo tomaba por la fuerza si era necesario.

Al llegar a la puerta de la oficina de Nikolai, Viktor se detuvo por un momento, ordenando sus pensamientos antes de entrar. Su cuerpo estaba enroscado por la tensión, la necesidad de acción lo carcomía. Abrió la puerta y entró, encontrando a Nikolai de pie junto a la ventana grande, observando las luces de la ciudad.

"Viktor", dijo Nikolai sin darse la vuelta, su voz era tranquila, casi casual. “Me enteré del ataque. ¿Cómo está la casa?

Los pasos de Viktor fueron deliberados mientras cruzaba la habitación, su rostro era una máscara de calma a pesar de la tormenta que rugía dentro de él. "Está siendo manejado", respondió lacónicamente. “Pero esto no quedará sin respuesta. Cruzaron una línea. Quiero que los saquen”.

Nikolai finalmente se giró y sus ojos penetrantes se posaron en Viktor. Había una leve sonrisa en sus labios, pero su mirada era tan calculadora como siempre. "Por supuesto. La Morozov Bratva se está poniendo atrevida últimamente. Es hora de recordarles quién es el dueño de esta ciudad”. Se acercó al escritorio y tomó un vaso de whisky, agitando el líquido ámbar antes de tomar un sorbo lento. "Dime, ¿cómo quieres manejarlo?"

Los puños de Viktor se cerraron a sus costados, su mente ya estaba llena de planes. “Atacamos sus casas seguras. Elimina a sus lugartenientes. Paralizarlos”.

Nikolai levantó una ceja, impresionado pero no sorprendido. "Estás listo para hacer todo lo posible".

"Entraron en mi casa, Nikolai", gruñó Viktor, su voz baja, controlada, pero hirviendo de furia. “Se la llevaron”.

Nikolai lo estudió por un momento, con un ligero destello de algo en sus ojos. "Su. Te refieres a Tatiana.

La mandíbula de Viktor se apretó. No le gustó la forma en que Nikolai dijo su nombre, como si ella fuera una pieza más del juego. Pero eso es lo que ella era, ¿no? Una deuda. Una transacción. No podía permitirse pensar de otra manera. "Sí", respondió Viktor, con voz dura. “Ella es mía. Pagarán por intentar quitarme lo que me pertenece”.

Nikolai sonrió, su expresión era ilegible. “Y lo harán. Ya comencé a recopilar información sobre sus operaciones. Haremos nuestro movimiento pronto”.

Hubo un breve silencio, cargado de pensamientos no expresados. Viktor podía sentir el peso de la mirada de Nikolai, como si estuviera tratando de ver más dentro de Viktor de lo que se sentía cómodo.

“¿Y Tatiana?” Preguntó Nikolai, su tono casual pero inquisitivo. “La has estado manteniendo oculta. Todavía no la he traído.

Las entrañas de Viktor se retorcieron ante la pregunta, pero su rostro permaneció impasible. "Ella no está preparada para este mundo".

La sonrisa de Nikolai se amplió, la diversión brillando en sus ojos. "O tal vez no estás listo para presumirla". Se acercó y su voz bajó ligeramente. "No me digas que ella es más que una simple propiedad para ti".

El pulso de Viktor se aceleró, pero mantuvo su expresión fría. “Ella es mía. Eso es todo lo que necesitas saber”.

Nikolai lo estudió durante un largo momento, su mirada aguda y conocedora. “¿Eso es todo, Víktor? Porque parece que aquí están sucediendo más cosas de las que estás dispuesto a admitir.

La mandíbula de Viktor se apretó, pero no dijo nada. No tenía una respuesta para eso, ni una que estuviera dispuesto a dar.

Nikolai finalmente suspiró y se levantó del escritorio, tomando su bebida nuevamente. "Bien. Tómate tu tiempo con ella. Pero no espere demasiado. La Bratva necesita saber quién es y, lo que es más importante, que te pertenece".

Las palabras golpearon a Viktor más fuerte de lo que deberían. Te pertenece. Era verdad, ¿no? Tatiana era suya, en todos los sentidos de la palabra. Pero la idea de exhibirla frente a la Bratva como una especie de trofeo ya no le sentaba bien. Ella era más que eso, aunque todavía no podía admitirlo ante sí mismo.

"Lo pensaré", dijo Viktor, con la voz tensa mientras se giraba hacia la puerta. Necesitaba salir de allí, aclarar su mente.

Nikolai lo vio irse, con una leve sonrisa en sus labios, pero Viktor no miró hacia atrás. Tenía cosas más importantes de qué preocuparse, como cómo iba a manejar la guerra que se estaba gestando y los sentimientos que comenzaban a salirse de su control.

Cuando Viktor salió de la oficina y regresó al caos del club, sus pensamientos volvieron a Tatiana. Necesitaba verla, asegurarse de que estaba a salvo. Pero más que eso, necesitaba descubrir qué diablos significaba ella para él ahora.

Viktor se abrió paso a través del vibrante pulso del club, el bajo pesado vibrando a través de su pecho. El olor a alcohol y sudor flotaba en el aire, los cuerpos se movían al ritmo bajo el parpadeo de las luces de neón. Normalmente, este era el tipo de energía que lo conmovía, que le recordaba el poder que ejercía en el inframundo. Éste era su dominio, un lugar donde el control era absoluto y el deseo campaba a sus anchas.

Pero esta noche, la emoción habitual se sintió apagada.

Mientras Viktor pasaba por el piso principal del club, los ojos de quienes lo rodeaban parpadearon con reconocimiento y deferencia. La gente sabía quién era él, de qué era capaz y mantenían la distancia por respeto... y miedo. Pero siempre hubo excepciones, aquellos que vieron su poder y quisieron una parte de él.

Por el rabillo del ojo, Viktor la vio: una mujer, alta y de cabello oscuro, su cuerpo envuelto en un vestido negro apenas visible que brillaba bajo las luces intermitentes. Ella estaba parada cerca del borde de la barra, su mirada fija en él con una audacia

que era imposible de ignorar. Sus labios se curvaron en una lenta y seductora sonrisa mientras lo veía acercarse.

Viktor no se sorprendió. Estaba acostumbrado a este tipo de atención. Las mujeres se sentían atraídas por él, por el peligro que se aferraba a él como una segunda piel. En el pasado, él la habría entretenido, tal vez aceptado su oferta, aunque sólo fuera para quemar la tensión que siempre surgía después de planear violencia y muerte.

Pero esta noche algo se sentía diferente.

Mientras se acercaba a la barra, la mujer hizo su movimiento, interponiéndose en su camino con una confianza que la mayoría no se atrevería. Tenía los labios pintados de un rojo intenso y sensual, y los ojos llenos de delineador de ojos oscuro que sólo aumentaba el aire de misterio que la rodeaba. Ella se inclinó más cerca, su mano descansando ligeramente sobre su brazo, el calor de su toque envió una sacudida involuntaria a través de él.

"Viktor", ronroneó, su voz baja y sensual. "Me preguntaba si querrías compañía esta noche".

Sus dedos recorrieron ligeramente su antebrazo, su mirada fija en la de él, esperando su respuesta. En el pasado, él la habría acercado más y habría usado su cuerpo como una forma de escapar del peso de sus responsabilidades. Pero esta noche, su toque se sentía mal, como una distracción que ya no anhelaba.

Algo había cambiado en él.

El rostro de Tatiana pasó por su mente, sus ojos muy abiertos y temerosos mientras luchaba contra sus captores, la forma en que su cuerpo había temblado bajo su toque en la intimidad de su cama compartida. Nunca antes le había importado la posesión. Las mujeres siempre fueron placeres fugaces y temporales. Pero Tatiana no fue temporal. Ella no era cualquiera.

"No me interesa", dijo Viktor, su voz baja y áspera mientras alejaba su brazo de su toque.

Los ojos de la mujer se abrieron levemente por la sorpresa, su sonrisa vaciló mientras intentaba recuperar la compostura. Ella se inclinó más cerca, sus labios rozaron su oreja mientras susurraba: “¿Estás seguro? Puedo hacer que te olvides de todo lo demás, aunque sea por un rato”.

Sus palabras alguna vez habrían provocado algo en él, pero ahora sólo alimentaron su irritación. La idea de estar con alguien que no fuera Tatiana le dejó un sabor amargo en la boca. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Desde cuándo se había convertido en la clase de hombre que rechazaba la tentación? ¿Quién dejó que sus pensamientos se detuvieran en una mujer?

Su voz era firme cuando se apartó de ella, su mirada dura. "Dije que no estoy interesado".

Ella parpadeó, claramente no acostumbrada a ser rechazada. "Tú te lo pierdes", murmuró, su tono agudo mientras giraba sobre sus talones y desaparecía entre la multitud.

Viktor la vio irse, el fuerte ritmo de la música retumbando en sus oídos. Normalmente, este tipo de encuentro no lo desconcertaría. Ni siquiera pensaría en ello después. Pero ahora, lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que la había rechazado. Y la razón por la cual.

Tatiana.

La atracción que sentía hacia ella era más fuerte que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Había tratado de convencerse a sí mismo de que ella era sólo una deuda que debía cobrar, una mujer que le habían entregado como parte de una transacción. Pero la forma en que se sentía cuando la miraba (la necesidad de protegerla, de mantenerla a salvo) no se parecía a nada que hubiera sentido por nadie más.

Y eso lo inquietó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Mientras Viktor caminaba hacia la salida, su mente daba vueltas. Siempre había sido capaz de compartimentar, de mantener su vida personal separada de la violencia y el caos de la Bratva. Pero Tatiana había cambiado eso. Ella se había abierto camino en sus pensamientos, en su vida, de una manera que nadie más lo había hecho jamás. No estaba seguro de qué hacer con esos sentimientos, sentimientos de los que ni siquiera se había dado cuenta de que era capaz.

Nunca había sido alguien que dudara de sí mismo, que dejara que las emociones nublaran su juicio. Pero con Tatiana todo se sentía diferente. Ella no era una mujer más en su vida: era algo más. Algo que lo hacía sentir vulnerable y poderoso al mismo tiempo.

Y eso lo aterrorizó.

Los pensamientos de Viktor regresaron a las palabras de Nikolai. La Bratva necesitaba ver a Tatiana, saber que ahora ella era parte de su mundo. Pero la idea de exhibirla delante de ellos, de dejar que la vieran, le hacía hervir la sangre. Ella era suya, de nadie más. Y la idea de que alguien más pudiera verla, o peor aún, reclamarla de cualquier manera, hizo que sus manos se cerraran en puños.

No podía explicarlo, pero la idea de compartirla con el mundo, de tratarla como una pieza más de su imperio, ya no le sentaba bien. Ella era suya, pero no como lo había sido al principio. Esto fue diferente. Más adentro.

Viktor salió del club, el bajo pesado se desvaneció en el fondo mientras el aire fresco de la noche lo golpeaba como una bofetada en la cara. Afuera estaba tranquilo, un marcado contraste con el caos dentro del club donde los cuerpos se retorcían y las bebidas fluían. El distante zumbido de la ciudad no era nada comparado con el zumbido de emociones encontradas que lo recorrían.

Respiró hondo, pero eso no logró calmar la tormenta que se arremolinaba en su pecho. Su pulso todavía latía con fuerza, pero no era por la adrenalina de la vida del club, la habitual emoción de poder que lo recorría cuando estaba rodeado de gente que lo veneraba y temía. No, esto fue diferente. Su mente estaba en Tatiana.

Mientras se dirigía a su auto, los pensamientos de Viktor fueron consumidos por la mujer que había tratado de seducirlo en el club. Normalmente, ese tipo de encuentro apenas se habría registrado en su mente. Las mujeres siempre habían sido para él desechables, objetos de deseo destinados a cumplir un propósito y luego pasar a un segundo plano. Pero no esta noche. El toque de su mano le había parecido extraño, como algo extraño y no deseado. Ella no era Tatiana.

La mandíbula de Viktor se apretó al darse cuenta, sus pasos se aceleraron mientras se acercaba a su auto. Odiaba ese sentimiento, esa vulnerabilidad. Le mordía, le hacía sentir desequilibrado, como si estuviera perdiendo el control. Nunca antes se había dejado afectar por una mujer, no así. Y, sin embargo, aquí estaba, preocupado por la mera idea de que alguien que no fuera Tatiana lo tocara, lo deseara.

Mientras se deslizaba en el asiento del conductor, el motor rugió y Viktor presionó sus manos contra el volante, agarrándolo con fuerza. Las luces de la ciudad parpadearon en la distancia cuando salió del estacionamiento y salió a la calle, pero su mente estaba en otro lugar completamente diferente. Sus pensamientos estaban fijos en Tatiana, la mujer que de alguna manera había logrado traspasar los muros que con tanto cuidado había construido a lo largo de los años.

Se suponía que Tatiana no significaría nada para él. Ella había sido parte de una transacción, el pago de una deuda. Se suponía que ella era su posesión, algo que controlar, algo que poseer. Y durante un tiempo la había tratado como tal. Pero desde esa noche, cuando ella fue secuestrada, cuando casi la perdió, algo se había movido dentro de él.

El pie de Viktor presionó con más fuerza el pedal del acelerador mientras conducía por las calles de la ciudad, los edificios se desdibujaban a su lado. No estaba acostumbrado a esto. No estaba acostumbrado a preocuparse. Era peligroso ese creciente apego que sentía por ella. En su mundo, las emociones eran una carga, algo que debía explotarse y manipularse. Pero con Tatiana no fue tan sencillo.

No sólo la había salvado porque era su posesión. La había salvado porque la idea de perderla lo había aterrorizado de una manera que no esperaba. Y ahora, sentado al volante de su coche, la comprensión de que se preocupaba por ella de una manera que iba más allá de la propiedad lo carcomía.

Era inquietante esta nueva vulnerabilidad. Viktor siempre se había enorgullecido de su capacidad para mantener sus emociones bajo control, de nunca permitir que nadie se acercara lo suficiente como para lastimarlo. Pero Tatiana se había colado y por mucho que él intentara luchar contra ella, ya no podía negar la verdad.

Él se preocupaba por ella.

El agarre de Viktor se apretó con más fuerza en el volante cuando el pensamiento se asentó. No le gustó. Preocuparse por alguien significaba debilidad. Significaba que había algo que alguien podría usar contra él. Y en su mundo, la debilidad era mortal. No podía permitirse el lujo de bajar la guardia, no ahora. Nunca.

Pero cuando se trataba de Tatiana, sus instintos estaban en guerra. Una parte de él quería mantenerla a distancia, tratarla como la posesión que se suponía que era. Pero la otra parte, la parte que casi la había perdido, no podía soportar la idea de que la lastimaran o la arrebataran de nuevo. Esa parte de él quería mantenerla cerca, protegerla, protegerla de los peligros de su mundo.

Y ese era el problema. Viktor sabía que llevarla más profundamente al mundo de Bratva la pondría en mayor riesgo. Nikolai tenía razón: Tatiana no podía permanecer oculta para siempre. Con el tiempo, necesitaría que la vieran, que la presentaran a la familia, para demostrar que pertenecía a su vida. Pero hacerlo pintaría un objetivo en su espalda, un riesgo que Viktor no estaba seguro de estar dispuesto a correr.

Mientras conducía por las calles poco iluminadas, la mente de Viktor corría con pensamientos contradictorios. Traer a Tatiana a su mundo significaba exponerla a sus peligros, a la violencia y la traición que conlleva estar atada a un hombre como él. Pero mantenerla aislada, escondida como un secreto, podría no ser suficiente para protegerla a largo plazo. El rival Bratva ya había encontrado una vez la manera de entrar en su casa. ¿Quién podía decir que no lo volverían a intentar?

Viktor gruñó por lo bajo, frustrado por la complejidad de la situación. Estaba acostumbrado a tomar decisiones de forma rápida y eficaz. No dudó ni se cuestionó. Pero esto... esto era diferente. Tatiana era diferente. Y por primera vez en su vida, Viktor no estaba seguro de cuál era la decisión correcta.

Su teléfono vibró en la consola central, sacándolo de sus pensamientos. Miró la pantalla: una actualización de uno de sus hombres, un simple mensaje que le hacía saber que todo estaba seguro en la finca.

Tatiana estaba a salvo. Por ahora.

Viktor exhaló lentamente y su mente volvió a ella. No le había contado sobre la reunión con Nikolai, no había mencionado la conversación sobre traerla al redil. Una parte de él no quería. No quería cargarla con el conocimiento de lo que eso significaría. Pero la otra parte de él sabía que eventualmente ella necesitaría entender. Tendría que aceptar la realidad de la vida a la que la habían empujado.

Y él también.

Cuando Viktor giró hacia el camino que conducía de regreso a la finca, su decisión se solidificó en su mente. Haría lo que fuera necesario para mantenerla a salvo, para protegerla de los peligros que acechaban en las sombras de su mundo. Pero no podía mantenerla oculta para siempre. Tarde o temprano, Tatiana tendría que afrontar la realidad de estar atada a un hombre como él.

Pero cuando llegara ese momento, Viktor estaría listo. Él se aseguraría de ello.

Pero por ahora lo único que quería era llegar a casa. Le.

Viktor se detuvo en el camino de entrada de su propiedad, el aire fresco de la noche cortó la tensión que había estado hirviendo dentro de él desde que dejó el club de Nikolai. El rugido del motor se calmó y el único sonido fue el zumbido de la ciudad a lo lejos. Era tarde y la casa se alzaba ante él, silenciosa y silenciosa, como si hubiera estado conteniendo la respiración en su ausencia.

El viaje a casa había hecho poco para calmar su mente. La conversación con Nikolai se repitió una y otra vez, la presión de sus expectativas, la forma en que había tratado de restar importancia a Tatiana, pero en el fondo, Viktor sabía que las cosas estaban cambiando. Podía sentirlo, como una grieta en los cimientos que había construido a lo largo de los años. Cuanto más intentaba negarlo, más le mordía. Tatiana ya no era sólo una posesión, y esa comprensión lo inquietó de maneras que no había previsto.

Mientras salía del auto, la grava crujía bajo sus botas, los pensamientos de Viktor inmediatamente se dirigieron a Tatiana. Ella estaría dentro, esperándolo. Esa sola idea fue suficiente para enviar una extraña calma a través de él, como si el solo hecho de saber que ella estaba allí de alguna manera aliviara el peso sobre sus hombros. Siempre había sido un hombre que prosperaba con el control, pero Tatiana se había convertido en la única cosa en su vida que no podía controlar por completo y, sin embargo, se sentía atraído hacia ella de maneras que desafiaban la razón.

La casa estaba tenuemente iluminada cuando entró, el suave brillo de las lámparas proyectaba largas sombras a lo largo del pasillo. Los pasos de Viktor resonaron en el silencio mientras se dirigía hacia las escaleras, con sus pensamientos acelerados. No le había hablado de la conversación con Nikolai, no le había mencionado la presión para llevarla más profundamente a su mundo. Y una parte de él no quería. Cuanto más supiera, más peligro correría, pero la realidad de su situación significaba que la ignorancia podría ser igual de peligrosa.

Mientras subía las escaleras, la mente de Viktor vagaba hacia el momento en el club, la mujer que se había acercado a él, casi arrojándose hacia él. Su respuesta habitual habría sido ceder, entregarse a lo físico sin pensarlo dos veces. Pero esa noche se había sentido mal. Su toque no había encendido nada en él, nada comparado con la forma en que la mera presencia de Tatiana aceleraba su pulso. La forma en que ella removió algo muy profundo dentro de él que no estaba listo para enfrentar.

Cuando Viktor llegó a lo alto de las escaleras, se detuvo, con la mano apoyada en la barandilla. La puerta de su dormitorio estaba entreabierta y un rayo de luz se derramaba por el pasillo. Podía sentir la tensión creciendo en su pecho cuando abrió la puerta y entró.

Tatiana estaba sentada en el borde de la cama, con la postura tensa, como si lo hubiera estado esperando. Su cabello estaba suelto alrededor de sus hombros, y la suave tela de su camisón se pegaba a su forma de una manera que hizo que a Viktor se le cortara el aliento en la garganta. Ella levantó la vista cuando él entró, sus ojos se encontraron con los de él, y en ese momento, la tormenta dentro de él se calmó.

Había una tensión tácita entre ellos, un peso que ninguno de los dos podía ignorar. Viktor pudo ver el destello de incertidumbre en sus ojos, la misma incertidumbre que sentía carcomiendo su propia resolución. La noche anterior habían cruzado una línea, una línea que había sido borrosa desde el principio, pero que ahora se sentía diferente. Más real.

"Has vuelto", dijo Tatiana en voz baja, su voz rompió el silencio que se había establecido entre ellos.

"Lo soy", respondió Viktor, su tono más áspero de lo que pretendía. Podía sentir que el control que había mantenido con tanto cuidado se le escapaba, y eso lo puso nervioso. No estaba acostumbrado a sentirse así: desequilibrado, vulnerable. Pero Tatiana tenía una manera de hacerle sentir cosas que él no quería reconocer.

Ella se puso de pie, con movimientos vacilantes, y Viktor observó mientras ella cerraba la distancia entre ellos. Había una vulnerabilidad en sus ojos que hizo que algo dentro de él se tensara. Quería acercarla, asegurarle que todo estaría bien, pero él no era eso. No era el tipo de hombre que ofrecía consuelo o ternura. Y, sin embargo, con ella, se dio cuenta de que deseaba estarlo.

"¿Estás bien?" La voz de Tatiana era tranquila, pero había una suavidad que hizo que a Viktor le doliera el pecho de una manera que no entendía. Ella todavía estaba en conflicto, sus emociones eran una mezcla de miedo, incertidumbre y algo más profundo, algo que reflejaba sus propios sentimientos.

"Estoy bien", dijo Viktor, en voz baja mientras extendía la mano para quitarle un mechón de cabello de la cara. Sus dedos se demoraron más de lo necesario, trazando la curva de su mejilla. Fue un pequeño gesto, pero su intimidad envió una ola de calor a través de él.

Los ojos de Tatiana parpadearon con algo que él no podía identificar: ¿confianza, tal vez? ¿O fue algo más? No estaba seguro y esa incertidumbre lo carcomía.

Se quedaron allí, el espacio entre ellos lleno de emociones no expresadas. Viktor quería decir algo, decirle que él también estaba luchando, que no estaba seguro de lo que estaba pasando entre ellos, pero las palabras se atascaron en su garganta. No era el tipo de hombre que expresaba sus sentimientos, que compartía su confusión interior. Y, sin embargo, con Tatiana se encontró deseando hacerlo, incluso si la idea lo aterrorizaba.

"No tienes que preocuparte", dijo finalmente Viktor, su voz ahora más suave. “Te mantendré a salvo. Nadie te tocará”.

Los labios de Tatiana se abrieron, como si quisiera decir algo, pero en lugar de eso asintió. Había una mirada en sus ojos, algo vulnerable y crudo, y algo removió profundamente dentro de Viktor. Quería protegerla, no sólo porque era suya, sino porque le importaba. La idea lo sobresaltó, pero ya no podía negarlo.

Sin pensar, Viktor se acercó, su mano se movió hacia la parte posterior de su cuello mientras la atraía hacia él. Tatiana no se resistió; en cambio, ella se inclinó hacia su toque, su respiración se entrecortó mientras sus cuerpos se presionaban. Viktor podía sentir los latidos de su corazón, rápidos e inestables, y reflejaban los suyos.

Por un momento, permanecieron así, mientras la tensión tácita entre ellos crecía. El agarre de Viktor sobre ella se hizo más fuerte y pudo sentir el tirón: el deseo de protegerla, reclamarla, asegurarse de que supiera que no estaba sola. Pero más que eso, quería que ella supiera que ella significaba algo para él.

Pero Viktor no estaba listo para decir eso en voz alta—todavía no.

En lugar de eso, la abrazó y su mano acarició suavemente su cabello mientras el silencio se instalaba a su alrededor. Tatiana apoyó la cabeza contra su pecho y, por primera vez en mucho tiempo, Viktor sintió algo cercano a la paz. No sabía lo que le deparaba el futuro, no sabía qué vendría después, pero ahora mismo, tenerla en sus brazos era suficiente.

A medida que avanzaba la noche, los pensamientos de Viktor volvieron a la Bratva, a las decisiones que tenía que tomar, pero por ahora, esas cosas podían esperar. Por ahora, lo único que importaba era ella.

Y Viktor no estaba dispuesto a dejarla ir.

Capítulo 13

Tatiana estaba sentada junto a la ventana, sus dedos acariciaban distraídamente el frío cristal mientras observaba el lento descenso del sol, arrojando largas sombras sobre los terrenos de la propiedad. El silencio de la enorme casa resultaba opresivo, un contraste inquietante con el caos que había estallado la noche anterior. Todavía podía oír los ecos de los disparos, el violento choque de cuerpos y el miedo asfixiante que se había apoderado de ella cuando los hombres irrumpieron en la casa de Viktor. Su hogar. La idea de ello la inquietó.

Mucho había cambiado en tan poco tiempo. Hace apenas unas semanas, ella había sido una persona diferente: segura, protegida, inconsciente de las oscuras corrientes subterráneas que fluían bajo la superficie del mundo. Su vida había sido sencilla, predecible y tranquila, todo cuidadosamente curado por su padre. Ahora, esa simplicidad parecía un recuerdo lejano, y la mujer que la miraba desde el reflejo de la ventana era otra persona completamente distinta.

Tatiana se abrazó y su mirada se desvió de la ventana a la habitación que se había convertido en suya. La propiedad de Viktor era grandiosa y lujosa, pero a pesar de su belleza, a menudo parecía una jaula dorada. Ya no tenía control sobre su vida. Todo había sido decidido por ella, desde su matrimonio con Viktor hasta el mundo en el que había sido arrojada. Un mundo de peligro, poder y violencia. Y, sin embargo, por mucho que la asustara, algo más se agitaba en su interior.

Lo había sentido la noche anterior, después del ataque. Cuando Viktor la miró con esa feroz protección, algo había cambiado entre ellos. Ya no era sólo el miedo o la obligación lo que los unía. Había una conexión innegable creciendo, una que la confundía e intrigaba al mismo tiempo. Estaba empezando a darse cuenta de que Viktor no era sólo la figura fría y dominante que ella había pensado que era. Era complicado, peligroso, sí, pero había más en él que eso.

El recuerdo de la forma en que él la había abrazado, la forma en que sus labios habían reclamado los de ella con tanta intensidad, le provocó un escalofrío por la espalda. Nunca antes había sentido algo así: la pura fuerza de su presencia, la cruda e innegable atracción que se había encendido entre ellos. Al principio la había asustado la forma en que su cuerpo había respondido a él con tanta facilidad, pero ahora… ahora era algo en lo que no podía dejar de pensar. Viktor ya no era sólo el hombre con el que se había visto obligada a casarse. Él se estaba convirtiendo en algo más, algo que ella no entendía del todo pero que no podía ignorar.

Tatiana suspiró, apoyando la cabeza contra la ventana, su aliento empañó el cristal. No era sólo la creciente conexión con Viktor lo que la agobiaba. Lo era todo: la violencia de su mundo, la constante amenaza de peligro que se cernía sobre ellos. Nunca antes había sido parte de algo así, nunca imaginó que su vida estaría ligada a un hombre que inspiraba miedo y respeto con una sola mirada. Y, sin embargo, esta era su realidad ahora.

Sus pensamientos regresaron al ataque, la forma en que Viktor había luchado para protegerla, la forma en que sus hombres habían acudido en su ayuda. Había estado tan aterrorizada, tan completamente fuera de su alcance. Pero incluso en ese momento de miedo, había una extraña sensación de pertenencia. Como si, a pesar de todo, allí fuera donde debía estar.

Tatiana no sabía si era lo suficientemente fuerte para afrontar esta nueva vida. La habían criado para ser obediente, seguir las reglas y vivir dentro de los límites de la vida que su padre había planeado para ella. Pero el mundo de Viktor no tenía reglas ni red de seguridad. Era peligroso, impredecible y completamente extraño para ella. Y, sin embargo, había algo en ello que la llamaba. Tal vez era el atractivo del propio Viktor, la forma en que se movía por el mundo con tanto poder y control, la forma en que la había reclamado, no sólo como su esposa sino como su posesión. Eso la asustó, pero también removió algo muy profundo en su interior.

Ya no era la niña que había vivido bajo el techo de su padre, protegida de las duras realidades de la vida. Ella era de Viktor ahora. Su esposa, su posesión. La idea hizo que su pecho se oprimiera por el miedo y una extraña e innegable excitación. ¿Qué significaba ser suyo? ¿Qué significaría abrazar plenamente esta vida con él, aceptar el peligro, el poder, el control?

Tatiana no tenía respuestas a estas preguntas, pero sí sabía una cosa con certeza: no había vuelta atrás. Su antigua vida había desaparecido y el camino que tenía por delante era uno que no tenía más remedio que recorrer. La pregunta era si podría sobrevivir.

Cerró los ojos y dejó que el silencio de la habitación la invadiera. El peso de la incertidumbre presionaba fuertemente su pecho, pero debajo había algo más: una creciente sensación de resolución. No sabía lo que le deparaba el futuro, pero sabía que Viktor estaba en el centro del mismo. Y le gustara o no, estaba empezando a preocuparse por él de una manera que no esperaba.

No podía dejar de pensar en él, en las complejidades que él traía a su vida. Su mundo se había enredado tanto con el de él que no estaba segura de dónde terminaba ella y comenzaba él. Tatiana nunca había conocido una vida como esta, tan lejos de su

educación protegida y, sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con Viktor, más se sentía gravitando hacia él. No sólo por la fuerza con la que la atraía, sino porque estaba empezando a verlo más allá del hombre que la había reclamado como su posesión.

Su corazón se retorció con el recuerdo de su toque, su fuerza, su dominio. Debería haberla aterrorizado y, en cierto nivel, todavía lo hacía. Pero también encendió algo muy profundo dentro de ella, algo que ya no podía negar. Su antigua vida le parecía distante, un mundo de tranquila sencillez que ya no parecía pertenecerle. Sabía que este nuevo mundo era peligroso, pero había algo en él (en Viktor) que la hacía sentir viva de una manera que no había sentido antes.

Tatiana suspiró, apoyando la cabeza contra el cristal frío, su reflejo mirándola con incertidumbre. ¿Cómo había llegado a este punto? Unida a un hombre como Viktor, un hombre temido y respetado en igual medida. Un hombre cuyo nombre por sí solo era suficiente para infundir terror en los corazones de los demás. Sin embargo, a pesar de todo eso, a pesar de su poder, él había comenzado a mostrarle destellos de algo más, algo más suave, escondido debajo de las capas de dominio y control.

El sonido de la puerta al abrirse la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos. Se giró, con el corazón acelerado al ver a Viktor entrando a la habitación. Su presencia llenó el espacio al instante, como siempre lo hacía, pero esa noche había algo diferente. Su mirada encontró la de ella y, por un breve momento, el aire entre ellos se sintió pesado por una tensión tácita. El pulso de Tatiana se aceleró. No estaba segura de cómo saludarlo, ni de cómo navegar la dinámica cambiante entre ellos. ¿Había sentido él también el cambio que había comenzado a arraigarse entre ellos?

Los pasos de Viktor fueron medidos mientras cruzaba la habitación, sus ojos sin dejar los de ella. Llevaba dos cajas en las manos, una grande y otra pequeña. El ceño de Tatiana se frunció con curiosidad, observando cómo los colocaba en la cama. Sin decir una palabra, le indicó que se acercara, y ella lo hizo; la tensión en la habitación se hizo más palpable a cada paso.

“Ábrela”, dijo Viktor, en voz baja y autoritaria mientras señalaba la caja grande.

Tatiana vaciló y lo miró antes de levantar la tapa. La vista que encontraron sus ojos la hizo jadear suavemente. Dentro había un impresionante vestido azul intenso, de tela rica y elegante. No se parecía a nada que hubiera tenido alguna vez, a nada que alguna vez hubiera imaginado usar. El color era atrevido, el corte sofisticado pero sexy, con detalles intrincados que lo hacían atractivo y refinado. Lo levantó suavemente y la tela se deslizó entre sus dedos como seda.

Su aliento se quedó atrapado en su garganta mientras lo miraba fijamente. "Es hermoso", susurró, sintiendo una extraña mezcla de emoción e intimidación al imaginarse a sí misma con el vestido. Este era el tipo de ropa que pertenecía al mundo de Viktor, no al de ella. Un mundo de poder, peligro y elegancia en el que todavía estaba intentando encontrar su lugar.

"Es tuyo", dijo Viktor, su tono firme pero con un toque de algo más suave debajo. "Quiero que lo uses esta noche".

Tatiana lo miró con el corazón acelerado. "¿Esta noche?" La idea de usar algo tan llamativo, de salir al mundo de Viktor vestida así, hizo que su estómago se agitara de nervios. No estaba acostumbrada a esto, a ser el centro de atención, a ser vista de una manera que sin duda ese vestido la haría sentir.

"Sí", respondió Viktor, sus ojos intensos mientras sostenían los de ella. “Vamos a salir. Al club de Nikolai.

El peso de sus palabras la golpeó, la realidad de lo que estaba preguntando. Quería llevarla al club de Nikolai, presentarle su mundo, su gente. No estaba segura de estar lista para eso, si podría soportar entrar en un lugar donde el poder de Viktor reinaba con tanta fuerza. Pero al mismo tiempo, una parte de ella quería hacerlo. Quería ver cómo sería estar a su lado, ser vista como suya.

"Yo... no sé si yo..." comenzó Tatiana, pero Viktor la interrumpió suavemente.

"Lo harás", dijo, su voz no dejaba lugar a discusión. “Es hora de que te vean. Saber que eres mía”.

La posesividad en sus palabras debería haberla inquietado, pero en cambio, le provocó un escalofrío por la espalda. Había pasado mucho tiempo luchando contra la idea de pertenecer a alguien, pero con Viktor se sentía diferente. Parecía algo más que propiedad. Lo sentía como algo más profundo, algo que aún no entendía del todo.

Antes de que pudiera decir algo más, Viktor alcanzó la caja más pequeña. Él se lo entregó sin decir palabra, mirándola atentamente mientras ella lo tomaba en sus manos. Los dedos de Tatiana temblaron levemente cuando abrió la tapa, revelando un impresionante anillo de zafiro ubicado en el interior. Era delicada pero audaz, la piedra azul intenso brillaba en la suave luz de la habitación.

A Tatiana se le cortó el aliento. "Esto es..." Miró a Viktor, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

"Era de mi madre", dijo Viktor, su voz firme, pero había un trasfondo de algo crudo debajo de sus palabras. "Es hora de que uses un anillo de bodas".

Tragó con fuerza, su voz apenas era más que un susurro. "Gracias." Su gratitud fue genuina, pero más que eso, sintió una abrumadora sensación de conexión con él en ese momento. No estaba segura de cómo expresarlo con palabras, pero mientras deslizaba el anillo en su dedo, pudo ver el leve brillo de placer en los ojos de Viktor. Él no sonrió, pero ella podía sentirlo en la forma en que la miraba, en la forma en que su mirada se detenía en su mano.

Tatiana miró fijamente el anillo de zafiro, sus tonos azules captaban la luz y brillaban como las profundidades de un océano que aún no había explorado. Su corazón se llenó de emociones que no podía nombrar: gratitud, asombro, tal vez incluso afecto. El peso del anillo en su dedo se sentía simbólico, más pesado de lo que esperaba, como el peso de todo lo que ella y Viktor habían pasado en tan poco tiempo. Pero no fue una carga. No, era algo completamente distinto, algo que apenas empezaba a comprender.

Sin pensar, Tatiana miró a Viktor, sus ojos se suavizaron al ver el destello de vulnerabilidad detrás de su exterior fuerte y estoico. En ese momento, sintió una repentina atracción hacia él, no sólo como el hombre que la había reclamado, sino como la persona que le había dado una parte de sí mismo, una parte de su historia. Se quedó allí, esperando, observando su reacción, y Tatiana se dio cuenta de que no solo esperaba obediencia o sumisión de ella, sino que estaba buscando algo más profundo, aunque no lo admitiera.

Tragó, su corazón latía con fuerza en su pecho, y lentamente extendió la mano, su mano temblaba ligeramente. Gentilmente, colocó su palma contra la mejilla de Viktor, sus dedos rozaron la áspera barba de su mandíbula. Su piel estaba cálida bajo su tacto y, por un momento, pareció ponerse rígido, tomado por sorpresa por la suavidad del gesto. Pero luego, se relajó ligeramente, inclinándose hacia su mano, sus ojos oscuros e intensos mientras sostenían los de ella.

Tatiana respiró hondo y el mundo que los rodeaba desapareció mientras ella se inclinaba. Sus labios flotaron a sólo unos centímetros de los de él y, por un breve momento, vaciló. Pero entonces, con una ternura que no había mostrado antes, presionó sus labios contra los de él en un suave beso. No fue exigente ni feroz; fue suave, casi vacilante, como si estuviera probando las aguas de esta nueva conexión entre ellos.

La mano de Viktor se posó en la parte baja de su espalda, acercándola un poco más, pero no profundizó el beso. Él la dejó liderar este momento, la dejó marcar el ritmo. Y mientras Tatiana lo besaba, sintió que algo cambiaba dentro de ella: una aceptación de

esta vida, de él, de todo lo que conllevaba ser suyo. Cuando finalmente se apartó, con los dedos aún descansando contra su rostro, vio un leve destello de sorpresa en los ojos de Viktor, como si no hubiera esperado esto—esta gentileza, esta intimidad.

Pero cuando su mano permaneció en su espalda y la conexión entre ellos se hizo más profunda en el silencio de la habitación, Tatiana supo que algo había cambiado. Para ambos.

Por primera vez, Tatiana sintió una conexión profunda e innegable con Viktor, un vínculo que iba más allá de lo físico, más allá de la posesividad. Era algo más, algo que la asustaba y la excitaba a partes iguales.

La intensa mirada de Viktor la siguió mientras ella daba un pequeño paso hacia atrás, el anillo de zafiro brillando en la penumbra. Podía ver algo en sus ojos, una profundidad que no había reconocido del todo antes. No había dicho una palabra desde que ella lo besó, pero la forma en que la miró (como si hubiera hecho algo inesperado, algo que él no había anticipado) la hizo sentir como si hubiera cruzado una línea invisible.

El silencio se extendió entre ellos, y la mente de Tatiana se aceleró con todo lo que había sucedido, todo lo que estaba sucediendo ahora. Todavía podía sentir el calor de su piel bajo las yemas de sus dedos, la sorprendente suavidad de sus labios contra los de ella y la firme presión de su mano en su espalda, anclándola en ese momento de inesperada ternura. Era extraño lo fácil que le había llegado el beso, lo natural que se había sentido a pesar de toda la confusión que se había arremolinado entre ellos desde el principio.

"No esperaba eso", dijo finalmente Viktor, su voz baja y áspera, como si las palabras no le fueran familiares. No había ningún dominio en su tono, ningún tono autoritario; sólo una honestidad que la sorprendió. Tatiana no estaba segura de si era bueno o malo que lo hubiera sorprendido, pero podía sentir el cambio en la atmósfera, el cambio en su dinámica.

Tatiana respondió con una pequeña y vacilante sonrisa, sin saber qué decir. Una parte de ella quería retirarse, esconderse de la intensidad de lo que acababa de hacer, pero otra parte de ella (la que poco a poco se estaba volviendo más segura, más dispuesta a correr riesgos) se mantuvo firme. Ella no lo había besado por obligación o por miedo; ella lo había besado porque algo en ella había querido hacerlo. Y esa comprensión envió una sacudida de confusión y regocijo a través de ella.

"Yo tampoco", admitió finalmente, su voz suave pero firme. "Pero... quería hacerlo".

El ceño de Viktor se frunció ligeramente, como si sus palabras lo hubieran inquietado de una manera a la que no estaba acostumbrado. Él no respondió de inmediato, su mirada pasó de su rostro al anillo en su dedo y luego de regreso, como si estuviera tratando de reconstruir lo que significaba todo esto. Tatiana podía ver el conflicto en su expresión, la tensión entre el hombre controlado y dominante que siempre había sido y el lado más suave que mantenía oculto.

Él extendió la mano y rozó ligeramente la de ella mientras tomaba sus dedos entre los suyos y le levantó la mano para mirar el anillo una vez más. “Mi madre”, comenzó lentamente, su voz con un peso que ella no había escuchado antes, “nunca se quitó esto. Ni una sola vez, hasta el día de su muerte”.

A Tatiana se le cortó el aliento ante la gravedad de sus palabras, y el significado del gesto se profundizaba con cada segundo que pasaba. Esto no fue sólo un regalo. Esto era parte de su pasado, parte de las pocas vulnerabilidades que le quedaban a Viktor, y se lo confiaba a ella. El anillo no era sólo un símbolo de propiedad: era una oferta de algo mucho más íntimo. Y por primera vez desde que sus vidas se entrelazaron, Tatiana comprendió la profundidad de lo que él le estaba dando.

"Quiero que lo uses", continuó Viktor, su pulgar rozando sus nudillos mientras sostenía su mano. Sus ojos se oscurecieron con la habitual posesividad que ella había llegado a esperar, pero había algo más allí también, algo más suave. “Eres mía, Tatiana. No sólo por el trato, no sólo por tu padre. Ahora me perteneces”.

Sus palabras deberían haber enviado un escalofrío de miedo por su espalda. Meses atrás, lo habrían hecho. Pero ahora, mientras lo miraba (su figura alta e imponente surgiendo en la habitación con poca luz, sus tatuajes visibles bajo el cuello abierto de su camisa, sus manos firmes pero gentiles), sintió algo completamente diferente. Seguridad. Era extraño y abrumador, pero por primera vez desde que entró en este mundo, Tatiana no se sentía cautiva. Sintió que finalmente comenzaba a comprender lo que significaba pertenecer a Viktor, no sólo como su posesión sino como algo más.

Ella volvió a mirar el anillo, sintiendo su peso en el dedo, y luego volvió a mirarlo. "Lo usaré", dijo suavemente, su voz apenas un susurro. "Lo usaré porque quiero".

Un destello de satisfacción cruzó el rostro de Viktor, y aunque su habitual exterior dominante permaneció, Tatiana pudo ver el sutil cambio en él. Estaba contento, no sólo porque ella le había obedecido, sino porque había aceptado algo más profundo entre ellos. Y en ese momento, se dio cuenta de que ambos habían cruzado un umbral, uno que ninguno de los dos esperaba alcanzar tan pronto.

El agarre de Viktor en su mano se apretó ligeramente, acercándola una vez más. Esta

vez, cuando sus labios encontraron los de ella, hubo una nueva sensación de urgencia, un hambre que no había estado allí antes. Y cuando Tatiana se inclinó hacia él, su cuerpo respondiendo al familiar calor de su toque, supo que algo entre ellos había cambiado para siempre.

Tatiana salió del elegante auto negro y se quedó sin aliento al contemplar el club que se alzaba ante ella. No se parecía en nada a lo que jamás había imaginado: luces de neón parpadeantes, una larga fila de personas esperando afuera, su anticipación palpable en el aire fresco de la noche. El sonido de la música con mucho bajo pulsaba a través de las paredes, haciendo vibrar el suelo bajo sus pies, y por un momento, se quedó congelada en el lugar, sin estar segura de lo que le esperaba dentro. El mundo en el que había sido arrojada se sentía tan extraño, tan alejado de todo lo que había conocido antes de Viktor.

La mano de Viktor encontró la parte baja de su espalda, una presencia estabilizante en medio del caos. Su toque envió una calidez familiar a través de ella, anclándola en el momento. "Quédate cerca", le murmuró al oído, su voz baja y autoritaria, el dominio que ella había llegado a esperar de él claro en su tono. Su mano no vaciló mientras la guiaba hacia la entrada, su cuerpo cerca del de ella, protector. La multitud se separó para él sin dudarlo, sus ojos se dirigieron hacia él y luego rápidamente los apartaron, como si supieran que no debían mirar demasiado.

Cuando entraron al club, los sentidos de Tatiana fueron inmediatamente asaltados por la pura energía del lugar. La música ahora era más fuerte, golpeando su pecho con cada ritmo, mientras luces intermitentes iluminaban el espacio en ráfagas de color eléctrico. La gente bailaba en una masa retorciéndose en el suelo, sus cuerpos moviéndose al ritmo, perdidos en la música y el momento. Pero fueron las personas que estaban fuera de la pista de baile, las que estaban sentadas en las elegantes cabinas de cuero y de pie cerca de la barra, las que llamaron su atención.

Estos no eran simples asistentes al club. Los hombres vestían trajes caros, sus ojos agudos y calculadores mientras inspeccionaban la habitación. Las mujeres vestían vestidos de diseñador, sus cuerpos envueltos en telas lujosas, exudando una belleza que era a la vez glamorosa y peligrosa. Había algo depredador en la forma en que se movían, en la forma en que se miraban, como si cada interacción tuviera potencial para la violencia. Tatiana podía sentir la tensión en el aire, una tensión que iba más allá de la atmósfera embriagadora del club. Este era un mundo de poder, control y peligro tácito.

Instintivamente se acercó a Viktor, el peso de su entorno presionándola. Su mano permaneció firmemente en su espalda, su presencia imponente mientras caminaban por la habitación. Las cabezas se giraron cuando pasaron, los ojos se detuvieron en ella por un momento antes de girar hacia Viktor, como si midieran su reacción. Podía sentir las miradas, el escrutinio, y eso hizo que su piel erizara de malestar. Estaba claro que ella no era una mujer cualquiera que entraba a ese lugar; estaba con Viktor, y ese solo hecho tenía peso.

A medida que se acercaban al centro del club, la multitud se separó aún más y la gente se hizo a un lado para dejarles paso. Tatiana no pudo evitar notar la forma en que la gente miraba a Viktor: algunos con miedo, otros con respeto, pero todos con un nivel de deferencia que nunca antes había visto. Era como si la mera presencia de Viktor exigiera atención y nadie se atreviera a desafiarla. La dinámica de poder en la sala era palpable y, por primera vez, Tatiana comprendió verdaderamente el tipo de mundo que Viktor gobernaba.

Sus ojos se dirigieron hacia la barra, donde estaba sentado un grupo de hombres, con posturas relajadas pero mirada aguda. Eran claramente parte de la Bratva y su presencia irradiaba autoridad. Cuando uno de ellos notó a Viktor, él asintió levemente, su expresión era ilegible, pero no había duda del respeto en sus ojos. La reputación de Viktor lo precedió, y la forma en que la gente reaccionó ante él dejó en claro cuán poderoso era en este mundo. Tatiana sintió una extraña mezcla de asombro y miedo al darse cuenta del alcance de la influencia de Viktor. No era sólo un hombre; era una fuerza a tener en cuenta.

La realidad la golpeó de repente. No sólo estaba casada con Viktor; estaba casada con un hombre que tenía un poder inmenso en un mundo donde el control y la dominación lo eran todo. La gente de este club no estaba allí sólo para disfrutar de la noche: eran parte de un peligroso inframundo donde cada movimiento era calculado y la confianza era un bien escaso. Podía verlo en la forma en que la gente interactuaba, las miradas sutiles y las conversaciones susurradas que decían mucho sobre las reglas tácitas de este lugar.

El corazón de Tatiana se aceleró a medida que se adentraban más en el club. Se sentía fuera de lugar, como si no perteneciera a este mundo de poder y control. El elegante vestido azul que llevaba, un regalo de Viktor, de repente se sintió como un disfraz, una fachada destinada a disfrazar el hecho de que todavía era en gran medida una outsider. No estaba segura de si alguna vez podría realmente encajar aquí, o si siquiera quería hacerlo. La vida que había conocido antes de Viktor (simple, tranquila y segura) parecía un recuerdo lejano, y la idea de abrazar plenamente este nuevo mundo era a la vez emocionante y aterradora.

Mientras pasaban por el club, la mano de Viktor en su espalda permaneció firme, su presencia era un recordatorio constante de la protección que ofrecía. Sin embargo, por mucho que apreciara su actitud protectora, no podía evitar la sensación de que estaba entrando en un mundo para el que no estaba preparada. Había visto el peligro en la vida de Viktor de primera mano, pero ahora, rodeada de personas que vivían en ese peligro todos los días, se sentía más real que nunca.

Cuando finalmente llegaron a un rincón más tranquilo del club, Tatiana dejó escapar un suspiro que no se había dado cuenta que había estado conteniendo. Viktor se volvió hacia ella y sus ojos escanearon su rostro como si evaluara su reacción ante todo lo que acababa de presenciar. “Lo estás haciendo bien”, dijo en voz baja y tranquilizadora. "Este mundo puede ser nuevo para ti, pero aprenderás".

Tatiana lo miró a los ojos, con el corazón todavía acelerado, pero había algo en la forma en que él la miraba que la hacía sentir más castigada. Era como si, en ese momento, él no fuera sólo su marido o el poderoso ejecutor de Bratva, sino alguien que creía en ella, que pensaba que era capaz de manejar lo que viniera después. Al darse cuenta, una oleada de calidez la recorrió, calmando momentáneamente el miedo que la había estado carcomiendo desde que llegaron.

"Lo estoy intentando", admitió, su voz más tranquila de lo que pretendía. "Es simplemente... abrumador".

Los ojos de Viktor se suavizaron, sólo un poco, y asintió. "Lo es", estuvo de acuerdo. "Pero tú perteneces aquí, conmigo".

Tatiana tragó, su mente corriendo con mil pensamientos. No estaba segura de si realmente creía eso todavía, pero la forma en que Viktor lo dijo (la certeza en su voz) la hizo querer creerlo. Tal vez, sólo tal vez, pudiera encontrar su lugar en este mundo después de todo.

Las luces eran más tenues aquí, la multitud era más escasa y el ambiente más exclusivo. Se dirigían hacia una zona VIP privada y Tatiana pudo sentir que su corazón comenzaba a acelerarse nuevamente. Esta no era una parte cualquiera del club: aquí era donde se congregaban los miembros más poderosos de la Bratva, incluido el propio Nikolai. La idea de ser examinada por esa gente, de tener que navegar por las reglas tácitas de este mundo, le revolvía el estómago de los nervios.

La mano de Viktor permaneció firme en su espalda, un recordatorio silencioso de que no estaba enfrentando esto sola. Pero incluso con su presencia, Tatiana sintió una creciente sensación de inquietud. Había pasado la mayor parte de la noche tratando de entender lo que significaba estar con Viktor, ser parte de su mundo, y ahora estaba a

punto de encontrarse cara a cara con las personas que lo vivían todos los días. ¿La verían simplemente como otra cara bonita, una posesión que Viktor había reclamado? ¿O reconocerían la incertidumbre y la vulnerabilidad que ella luchaba por mantener a raya?

Cuando llegaron a la zona VIP, Tatiana vio inmediatamente al hombre que supuso era Nikolai. Estaba sentado en un lujoso sofá de cuero, con el brazo cruzado casualmente sobre el respaldo mientras inspeccionaba la habitación con la confianza de un hombre que sabía que tenía el control. Junto a él estaba una mujer de rasgos llamativos y cabello largo y oscuro. Ella se estaba riendo de algo que dijo Nikolai, con la mano apoyada ligeramente en su rodilla. Había en ella una elegancia natural, de esa que sólo se consigue estando completamente a gusto en aquel entorno.

Mientras se acercaban, Nikolai levantó la vista y le dio a Viktor un pequeño gesto de reconocimiento, sus ojos se dirigieron brevemente a Tatiana antes de regresar a su segundo al mando. "Viktor", saludó, su voz suave pero llena de autoridad. "Me preguntaba cuándo llegarías aquí".

La mano de Viktor se apretó ligeramente sobre la espalda de Tatiana mientras respondía: "Teníamos algunas cosas de las que ocuparnos".

Tatiana se movió ligeramente, sintiendo el peso de la mirada de Nikolai sobre ella. No estaba segura de qué esperar de él. Era intimidante de una manera que Viktor no lo era: su poder era más pulido, más controlado, pero igual de peligroso. Podía verlo en la forma en que actuaba la gente a su alrededor, la sutil deferencia en sus movimientos.

"Ah, y ella debe ser Tatiana, soy Nikolai", dijo, su voz adquiriendo un tono más suave cuando finalmente se dirigió a ella. "Bienvenido." Sus palabras fueron educadas, pero había algo calculador en su tono, como si la estuviera evaluando.

Antes de que Tatiana pudiera responder, la mujer a su lado se levantó y le ofreció una cálida sonrisa. "Soy Ava", dijo, dando un paso adelante para saludar a Tatiana. "Es un placer conocerte finalmente". Su voz era genuina, su expresión amable y, por primera vez esa noche, Tatiana sintió una pequeña sensación de alivio.

"Hola", respondió Tatiana, su voz más suave de lo que pretendía. "Es un placer conocerte también".

La sonrisa de Ava se amplió cuando pasó su brazo por el de Tatiana y la apartó suavemente hacia un lado, lejos de la intensidad de la conversación de los hombres. "Ven a sentarte conmigo", dijo. "Sé que todo puede resultar un poco abrumador al principio, pero prometo que se volverá más fácil".

Tatiana siguió el ejemplo de Ava, agradecida por el alivio del escrutinio de los demás. Se acomodaron en un sofá de dos plazas de terciopelo y Tatiana no pudo evitar sentirse un poco fuera de lugar. Todas las mujeres del club eran glamorosas y su confianza irradiaba en cada gesto. Pero aquí estaba Ava, alguien que parecía tan a gusto en este mundo, y aun así lograba que Tatiana se sintiera cómoda.

"Estuve en tu lugar no hace mucho", dijo Ava con un guiño conspirativo. "Casarse en este mundo es... bueno, es mucho a lo que acostumbrarse".

El corazón de Tatiana dio un vuelco. Ava entendió. Por primera vez, Tatiana no estaba afuera, mirando hacia adentro; estaba hablando con alguien que había estado donde ella estaba, alguien que podía ayudarla a navegar esta nueva e intimidante vida.

"Todavía se siente... extraño", admitió Tatiana, su voz apenas era más que un susurro. "No estoy seguro de pertenecer aquí".

Ava se acercó y le dio un apretón tranquilizador. "Sentí lo mismo cuando conocí a la gente de Nikolai. Es intimidante, sin duda. Pero encontrarás tu equilibrio. Y descubrirás que aquí somos como una familia. No en el sentido tradicional", añadió. con una pequeña risa, "pero de una manera que signifique que nadie se meta con nosotros. Nosotros protegemos a los nuestros".

La palabra "familia" permaneció en la mente de Tatiana. ¿Realmente podría verse a sí misma como parte de esto? Mientras miraba a Viktor, que estaba inmerso en una conversación con Nikolai y algunos otros hombres, no podía negar la creciente conexión que sentía con él. Pero al mismo tiempo, la idea de sumergirse por completo en su mundo (el peligro, la dinámica de poder, la tensión constante) le parecía abrumadora.

Ava debió haber notado la expresión conflictiva en su rostro porque se inclinó más cerca y dijo: "Es mucho para asimilar, lo sé. Pero dale tiempo. Verás que Viktor se asegurará de que estés a salvo. Eso es lo que Lo hacen, Nikolai, Viktor, todos ellos, protegen a las personas que les importan".

La mirada de Tatiana volvió a centrarse en Viktor, observando cómo interactuaba con los otros miembros de Bratva. No había duda del respeto que le tenían, la forma en que lo respetaban sin lugar a dudas. Era un hombre de autoridad aquí, un líder en este mundo peligroso. Y, sin embargo, a pesar de todo, sentía una extraña sensación de orgullo por estar a su lado. Era peligroso, sí, pero también ferozmente protector... y en algún lugar de la mezcla de emociones que sentía por él, esa protección importaba.

Los otros miembros de la Bratva se movían por el área VIP, sus ojos ocasionalmente miraban hacia ella, pero ahora era diferente. Ella no era sólo una chica que Viktor había traído al club; estaba con él, era parte de él. La realidad de lo que eso significaba comenzó a asimilarse. Esta era su vida ahora, y lo entendiera completamente o no, estaba unida a Viktor en más formas que solo su matrimonio.

A medida que avanzaba la noche, Tatiana se encontró conversando con Ava y escuchándola contar historias de sus primeros días con Nikolai. Era divertida y cálida, y su comportamiento tranquilo hacía que Tatiana se sintiera cómoda. De vez en cuando, Tatiana miraba a Viktor, sintiendo su presencia incluso cuando no estaban uno al lado del otro. Él siempre estaba cerca, su mirada protectora nunca lejos de ella, y ese simple hecho le trajo una sensación de calma que no esperaba.

Mientras estaba sentada allí, rodeada de personas que vivían en un mundo de poder y peligro, Tatiana no pudo evitar sentir un creciente sentido de pertenencia. Todavía era desconocido, aún intimidante, pero con Viktor a su lado (y con el apoyo de personas como Ava) no se sentía tan imposible como antes.

La comprensión fue inquietante, aunque extrañamente reconfortante. Estaba empezando a comprender más sobre el hombre con el que se había casado, sobre la vida que compartían. Y a pesar del miedo que aún persistía en el fondo de su mente, Tatiana no pudo evitar sentir que tal vez, sólo tal vez, podría encontrar su lugar aquí después de todo.

A medida que avanzaba la noche, la energía pulsante del club comenzó a atenuarse, reemplazada por una atmósfera más tranquila y reflexiva. Viktor permaneció al lado de Tatiana, su presencia protectora la mantuvo firme incluso en medio del caos del mundo de Bratva. Había superado su primera introducción real a la vida de Viktor y, aunque se había sentido intimidada, había una extraña sensación de orgullo instalándose en ella. El miedo que había sentido inicialmente comenzó a desvanecerse a medida que avanzaba la velada, reemplazado por una creciente comprensión de lo que significaba estar con un hombre como Viktor.

Pero ahora, cuando Viktor se volvió hacia ella y murmuró algo sobre regresar a casa, Tatiana sintió una oleada de alivio. Las luces intermitentes y los fuertes ritmos del club habían sido abrumadores, y la presión de adaptarse a este nuevo mundo pesaba mucho sobre sus hombros. Ahora, la idea de regresar a los tranquilos y familiares confines de la propiedad de Viktor parecía un respiro.

La mano de Viktor encontró la parte baja de su espalda mientras navegaban a través del club abarrotado, la sutil presión de su toque era a la vez posesiva y tranquilizadora. No habló mucho cuando se marcharon, su mirada recorrió la habitación como si

evaluara a cada persona, cada movimiento. Tatiana siguió su ejemplo, sintiendo los ojos de quienes los rodeaban (miembros de Bratva, mujeres, el personal del club) observando mientras salían.

El aire fresco de la noche golpeó la piel de Tatiana cuando salieron, un agradable contraste con el calor del club. Inhaló profundamente, saboreando la frescura, sus sentidos se intensificaron después de la intensidad de la velada. Viktor la guió hasta el elegante auto negro que los esperaba y ella se deslizó en el asiento del pasajero con una sensación de cansancio y alivio.

Cuando Viktor arrancó el auto, el ruido sordo del motor llenó el silencio entre ellos. Se alejaron del club, dejando atrás las luces y el ruido. Las calles de la ciudad pasaron borrosas y Tatiana apoyó la cabeza contra la ventana, perdida en sus pensamientos.

El viaje en coche a casa fue tranquilo, pero no incómodo. Tatiana se encontró reflexionando sobre la velada, sobre todo lo que había vivido. Nunca había estado en un lugar como ese antes; nunca había sentido el peso del poder en el aire como lo había hecho esta noche. Había sido estimulante y aterrador a partes iguales. Pero más que nada, había sido un vistazo al mundo de Viktor, un mundo que ahora era suyo, le gustara o no.

Miró a Viktor, su perfil nítido y definido bajo el tenue brillo de las luces del tablero. Parecía tranquilo, en control, como si nada de la noche lo hubiera perturbado. Pero Tatiana lo sabía mejor. Había visto la forma en que sus ojos la habían seguido durante toda la noche, la forma sutil en que se había mantenido cerca, asegurándose de que ella estuviera a salvo. Era un lado de él que no había comprendido del todo antes de esa noche: una mezcla de dominio y protección que, a pesar de su miedo inicial, le había proporcionado una extraña sensación de consuelo.

Por un momento, se preguntó si Viktor sentía el mismo conflicto que ella. ¿La veía como algo más que una simple posesión, una parte de su imperio? ¿O ella todavía era sólo una parte del trato con su padre, algo que él había reclamado y ahora tenía que proteger? Tatiana no lo sabía y la incertidumbre la carcomía.

Pero también había algo más, algo más profundo. A lo largo de la noche, había sentido el cuidado de Viktor por ella, aunque fuera tácito. La forma en que la había presentado a los demás, la forma en que había permanecido a su lado, no parecía una simple demostración de poder. Se había sentido... personal.

Los pensamientos de Tatiana daban vueltas mientras conducían, las luces de la ciudad destellaban borrosas. Todavía no estaba segura de cuál era su lugar en todo esto, no estaba segura de si estaba lista para abrazar completamente la vida que Viktor le había

mostrado esta noche. Pero por muy intimidante que hubiera sido, también había una parte de ella que se sentía... intrigada. Por primera vez, empezaba a verse a sí misma como algo más que la reticente esposa de Viktor. Estaba empezando a comprender que estar con él significaba ser parte de algo más grande: algo poderoso, peligroso y estimulante.

Una pequeña sensación de orgullo floreció dentro de ella. Ella había sobrevivido a la noche. Se había enfrentado a la Bratva, había estado al lado de Viktor y, a pesar de sus miedos, no había vacilado. Fue una pequeña victoria, pero una victoria al fin y al cabo. Y mientras ahora estaba sentada junto a Viktor, Tatiana no pudo evitar sentir un creciente sentido de pertenencia, por más vacilante que fuera.

Pero con ese sentido de pertenencia surgió una nueva serie de preguntas. ¿Podría ella realmente encajar en este mundo? ¿Podría aceptar todo lo que conlleva ser la esposa de Viktor: el poder, el peligro, la tensión constante? Ella no lo sabía. Pero por primera vez, estaba empezando a pensar que tal vez, sólo tal vez, pudiera hacerlo.

A medida que se acercaban a la finca, la tensión entre ellos era palpable, aunque tácita. La mente de Tatiana todavía estaba llena de pensamientos y podía sentir el peso de todo lo que no habían dicho flotando en el aire. Ahora había algo entre ellos, algo más que la conexión física que habían compartido. Era más profundo, más complicado, y Tatiana no estaba segura de a dónde llevaría.

Cuando finalmente llegaron al camino de entrada, la vista familiar de la propiedad de Viktor trajo una sensación de calma que la invadió. La energía caótica del club había quedado atrás ahora, y mientras Viktor estacionaba el auto, Tatiana sintió que una tranquila resolución se apoderaba de ella. No estaba segura de lo que le deparaba el futuro, pero por ahora estaba con Viktor. Y eso, por sí solo, fue suficiente.

Viktor apagó el motor y, por un momento, se sentaron en silencio, rodeados por la quietud de la noche. Tatiana lo miró, su corazón latía con fuerza con palabras no dichas, pero no dijo nada. Ella no necesitaba hacerlo. La tensión entre ellos se abordaría a su debido tiempo. Por ahora, lo único que importaba era que estuvieran en casa. Juntos.

Tatiana entró al dormitorio delante de Viktor, la tranquilidad de la finca contrastaba fuertemente con el ruido y la intensidad del club. La atmósfera interior se sentía más íntima, como si el peso del mundo del que acababan de salir se derritiera, dejándolos solo a ellos dos en su propia burbuja privada.

Se sentó en el borde de la cama, con las manos apoyadas en el regazo mientras miraba alrededor de la habitación que se había convertido en su espacio compartido.

Todo se sentía diferente ahora, aunque no podía explicar por qué. Los acontecimientos de la noche habían cambiado algo entre ellos. Era sutil, pero Tatiana podía sentirlo: su conexión se había profundizado, el entendimiento tácito que se había estado construyendo entre ellos lentamente salía a la superficie.

Viktor entró en la habitación poco después, su mirada se encontró brevemente con la de ella antes de caminar hacia la ventana, apartando la cortina para mirar hacia la noche. Por un momento, ninguno de los dos habló, el silencio no era incómodo, sino contemplativo. Tatiana lo miró y notó que la tensión en su postura había disminuido, los bordes duros de su conducta se suavizaron ligeramente ahora que estaban solos otra vez.

Se movió en la cama, percibiendo la calma que se había apoderado de ellos. El club, con sus luces estroboscópicas y recordatorios intermitentes del mundo que Viktor dominaba, estaba muy atrás de ellos, pero el efecto que tuvo en ella persistió. Tatiana empezaba a ver al hombre detrás del poder. Ella entendió, tal vez por primera vez, la complejidad de la vida de Viktor: su autoridad, su control y el peligro siempre presente que los rodeaba a ambos.

Viktor finalmente se alejó de la ventana y se acercó a ella, con pasos medidos y expresión ilegible. Cuando él se sentó a su lado en la cama, Tatiana sintió que una calidez la invadía. No sentía la misma incertidumbre que antes, no sentía la misma sensación de estar fuera de lugar. En cambio, había una extraña paz entre ellos, como si hubieran cruzado un umbral que no podía deshacerse.

Tatiana extendió la mano y encontró la de él. Ella entrelazó sus dedos con los de él, apretándolos suavemente. Los ojos de Viktor se dirigieron hacia ella y, aunque su expresión permaneció cautelosa, había algo más suave allí, algo que ella no había visto antes.

No necesitaron palabras en ese momento. El silencio entre ellos lo decía todo, el aire estaba cargado de un nuevo tipo de intimidad que ninguno de los dos había explorado por completo todavía, pero del que ambos eran conscientes. Tatiana lo sintió mientras se sentaba a su lado, el peso de su presencia la arraigaba de una manera que nunca antes había experimentado.

Por primera vez, Tatiana se permitió reconocer verdaderamente que Viktor no era sólo el hombre dominante y peligroso que la había reclamado. También era el hombre que la había protegido, el hombre que le había dado una parte de sí mismo en la forma del anillo de su madre y el hombre que estaba empezando a significar más para ella de lo que podría haber imaginado.

Capítulo 14

Tatiana se despertó con el suave resplandor de la luz de la mañana que se filtraba a través de las pesadas cortinas del dormitorio de Viktor. La finca estaba en silencio, el mundo exterior estaba en calma. Por un momento, mientras yacía bajo las lujosas mantas, se permitió olvidar el peso de su nueva realidad. Pero la paz fue pasajera. Sus pensamientos vagaron, espontáneamente, hacia el pasado: la vida que había dejado atrás. Su familia.

Ella parpadeó para protegerse de la luz del sol, el familiar dolor de la traición le subió al pecho. Era una sensación aguda y amarga, como si la sola mención de su familia le provocara un dolor en el corazón. Su padre, el hombre que siempre había sido su protector, su guía en la vida, la había vendido como si fuera una propiedad. El dolor todavía estaba fresco, en carne viva y sin sanar, por mucho que intentara apartarlo. Se la había entregado a Viktor, un hombre que encarnaba el peligro, el poder y el control. Su padre, que una vez le había dicho que era su pequeña, la había traicionado de la forma más inimaginable.

La mandíbula de Tatiana se apretó mientras miraba al techo. El recuerdo del rostro de su padre, la mirada de fría indiferencia cuando él selló su destino, la perseguían. Todavía podía oír su voz en su mente, tranquila y racional, como si vender a su hija fuera sólo otra transacción comercial. Una oleada de ira la recorrió y le hizo un nudo en el estómago. ¿Cómo pudo hacer esto? ¿Cómo podía mirarla a los ojos y entregársela a un hombre como Viktor sin pensarlo dos veces?

El hombre en el que más había confiado en el mundo había destrozado su sensación de seguridad. Sus recuerdos de infancia (de correr por el jardín, de su padre cargándola sobre sus hombros, de sus conversaciones tranquilas a altas horas de la noche) ahora parecían distantes y empañados. ¿Cómo podía el mismo hombre que una vez había prometido protegerla abandonarla tan fácilmente?

Pero mientras sus pensamientos daban vueltas, otro rostro entró en su mente: Viktor. El hombre al que debería odiar, el hombre que ahora controlaba su vida, se había convertido en una inesperada fuente de consuelo. Los sentimientos de Tatiana hacia Viktor eran complicados, enredados de maneras que ella luchaba por entender. Era posesivo, dominante y despiadado, todo lo que su antiguo yo habría temido. Sin embargo, debajo de ese exterior frío, sintió algo más. Algo más.

Tatiana se cubrió más con la manta, sus emociones luchaban dentro de ella. ¿Cómo podía sentir seguridad con Viktor cuando él era la razón por la que su vida había cambiado tan drásticamente? Pero ella lo hizo. Por mucho que odiara admitirlo, se sentía protegida en su presencia. Él la había salvado, una y otra vez, y el recuerdo de su feroz actitud protectora durante el ataque todavía permanecía en su mente.

La ira que sentía hacia su padre era innegable, pero había una extraña e innegable atracción hacia Viktor. Un hombre al que debería odiar, pero alguien que se había convertido en una constante en su vida, arraigándola en un mundo que no entendía. Le molestaba la forma en que Viktor la controlaba, pero había una tranquilidad tácita en su dominio. Una retorcida sensación de seguridad que anhelaba más cada día que pasaba.

Tatiana cerró los ojos con fuerza, tratando de darle sentido al torbellino de emociones dentro de ella. ¿Cómo podía sentirse tan traicionada por su padre y aún así encontrar consuelo en los brazos de Viktor? El hombre a quien su padre la había entregado era ahora quien la mantenía a salvo, y la contradicción la carcomía.

Sus pensamientos regresaron a su infancia, a la vida cálida y sencilla que alguna vez había conocido. La suave voz de su madre mientras tarareaba mientras cocinaba en la cocina, la risa de su hermano resonando por los pasillos, los momentos tranquilos en los que su familia se sentía completa. Esos recuerdos ahora se sentían distantes, casi como si pertenecieran a otra persona. Una persona que nunca había sido arrastrada al mundo de peligro y control de Viktor.

Extrañaba a su madre, extrañaba la suavidad y calidez que antes daba por sentadas. Y su hermano... ¿cuánto tiempo hacía que no hablaban? Se preguntó qué pensaba él de todo esto, de su repentina desaparición en un mundo que él no podía entender. ¿Estaba resentido con ella por eso? ¿O él también culpaba a su padre por todo lo sucedido?

Pero su padre... su padre era una historia diferente. El amor que alguna vez había sentido por él estaba enterrado bajo capas de ira y resentimiento. Su traición la había cambiado, la había despojado de la inocencia a la que se había aferrado durante tanto tiempo. Y, sin embargo, a pesar de todo, no podía dejar de lado por completo al hombre que una vez había sido. El padre que le había tomado la mano cuando estaba asustada, que le había contado historias por las noches para ahuyentar sus miedos.

Los pensamientos de Tatiana se oscurecieron al darse cuenta de que Viktor, a su manera, estaba empezando a asumir ese papel, ahuyentando sus miedos, incluso si esos miedos a veces estaban ligados a él. El hombre al que su padre la había vendido era quien ahora le ofrecía protección, seguridad y un extraño sentido de pertenencia.

Abrió los ojos y volvió a mirar al techo. El pasado parecía lejano, pero el futuro aún no estaba claro. El mundo de Viktor era peligroso y, aun así, no podía negar que una parte de ella estaba empezando a aceptarlo. Quizás incluso aceptarlo.

La idea la asustó. Pero también la intrigaba.

Viktor se había convertido en algo más que el hombre que controlaba su destino. Se estaba convirtiendo en el hombre en el que ella confiaba.

Tatiana realizó lentamente los movimientos de su mañana, cada tarea cargada de pensamientos que no la dejarían en paz. La finca estaba en silencio, todavía llevaba los ecos de la noche anterior, y mientras se vestía, no podía quitarse la sensación de la presencia de Viktor (su aura poderosa y autoritaria) flotando en el aire. Cada acción parecía deliberada, como si incluso las decisiones más simples se tomaran bajo su sombra.

Se paró frente al espejo, alisando la suave tela de su vestido, sus dedos arrastrándose distraídamente sobre la tela. Su reflejo le devolvió la mirada, familiar pero diferente. Había algo nuevo en la forma en que se comportaba, algo que había estado ausente antes de Viktor. Fue inquietante darse cuenta de cuánto había cambiado su vida en tan poco tiempo. Cada mañana solía ser predecible, sus días se estructuraban en torno a la simplicidad de su antigua vida. Pero ahora... ahora las cosas se sentían diferentes. Su identidad estaba cambiando y no estaba segura de dónde se asentaría.

Su mirada se posó en el anillo de zafiro que ahora adornaba su dedo, una pieza de Viktor que siempre estuvo con ella. La superficie fría y suave de la piedra brillaba a la luz, proyectando pequeños reflejos azules sobre su piel. Levantó la mano y la giró ligeramente para captar la luz. El anillo se sentía pesado, no sólo física sino emocionalmente. Era un recordatorio constante de lo que le habían quitado... y de lo que le habían dado.

La idea de pertenecer a Viktor era algo que todavía no podía entender. Era inquietante, pero había algo más, algo más profundo que se agitaba en su interior. La posesividad de sus acciones, la forma en que la había reclamado como suya, debería haberla aterrorizado. Y así fue, al menos en cierto nivel. Pero también había en ello un extraño consuelo, una tranquilidad que ella no entendía del todo.

En el mundo de Viktor, el poder lo era todo y, de alguna manera retorcida, ser suyo significaba que ella estaba protegida, resguardada del caos y el peligro que los rodeaba. Nadie se atrevería a tocarla, no mientras llevara ese anillo, no mientras estuviera marcada como suya. La idea era a la vez embriagadora y alarmante. Tatiana

volvió a dejar que sus dedos recorrieran la fría piedra, tratando de darle sentido a las emociones que se arremolinaban en su interior.

¿Era así como se suponía que debía sentirse al ser reclamado por alguien como Viktor? Había momentos en los que la pura fuerza de su dominio la abrumaba y la hacía sentir como si se estuviera perdiendo a sí misma. Pero también hubo momentos, pequeños y fugaces, en los que sintió como si estuviera encontrando algo nuevo, algo más. La tensión entre esos dos sentimientos la carcomía.

La vida que había dejado atrás había sido sencilla, tranquila y predecible. A veces lo extrañaba, extrañaba la libertad de moverse por el mundo sin estar constantemente consciente de lo que la rodeaba, sin el peso del peligro acechando en cada esquina. Pero al mismo tiempo, no podía negar la intensidad y profundidad que conllevaba ser parte del mundo de Viktor. Todo parecía más nítido, más vivo. Cada toque, cada mirada, cada palabra tenía significado. Era embriagador como su antigua vida nunca lo había sido.

Nunca antes se había sentido así, como si estuviera al borde de algo más grande, algo más peligroso, pero también más real. Con Viktor, no había nada que fingir, ni esconderse de las verdades de su mundo. Todo quedó al descubierto. Y eso la asustaba tanto como la emocionaba.

Tatiana se alejó del espejo, con sus pensamientos aún enredados mientras se acercaba a la ventana. Los terrenos de la finca se extendían ante ella, un hermoso pero aislado recordatorio de su nueva realidad. Se había acostumbrado a la quietud de este lugar, a la forma en que el mundo parecía detenerse dentro de sus muros. Pero hoy el silencio se sentía más pesado, como si estuviera esperando algo.

Sus dedos volvieron a trazar distraídamente el contorno del anillo. Viktor se lo había dado con poca ceremonia, sus palabras eran imponentes, pero ella había percibido el significado detrás del gesto. Este no era un anillo cualquiera: era el de su madre. Una parte de su pasado, de su familia, ahora le pertenecía a ella. Era un símbolo de algo más profundo que la mera posesión, aunque Viktor nunca lo admitiría. Él ocultaría sus acciones con dominio y control, pero Tatiana podía ver a través de las capas.

Su posesividad la inquietaba, pero también la hacía sentir extrañamente... segura. A salvo de una manera que no se había sentido en mucho tiempo. Antes de Viktor, la seguridad había sido un concepto vago, algo en lo que nunca había tenido que pensar mucho. Su vida había estado protegida, protegida por su padre y su familia. Pero esa seguridad había sido una ilusión, destrozada en el momento en que su padre la traicionó. Ahora, la seguridad significaba algo completamente diferente. Significaba estar bajo el control de Viktor, bajo su protección. Significaba llevar su anillo, ser marcado como suyo.

Pero había más. Más que solo seguridad o protección. Con Viktor, estaba empezando a sentir cosas que no sabía que estaban dentro de ella, sentimientos que no había experimentado antes que él. Su toque, su naturaleza posesiva, la forma en que su mirada podía hacer que su piel hormigueara con anticipación… despertó algo profundo dentro de ella. Un deseo que había estado latente en su vida anterior, encerrado por la inocencia y la ingenuidad. Pero ahora, bajo el control de Viktor, ese deseo había despertado y era poderoso.

Su cuerpo respondió a él de maneras que no había imaginado que fueran posibles. Su dominio, su pura presencia, había encendido algo dentro de ella: un hambre, una necesidad que la asustaba y excitaba al mismo tiempo. Había pasado mucho tiempo resistiéndose a él, resistiéndose al poder que él tenía sobre ella, pero no se podía negar la forma en que su pulso se aceleró cuando él la tocó, la forma en que su aliento se quedó atrapado en su garganta cuando su mirada se detuvo en ella solo un momento también. largo. Había abierto una puerta dentro de ella que ella ni siquiera sabía que existía, y ahora no había forma de cerrarla.

¿Era posible sentir miedo y consuelo al mismo tiempo en presencia de alguien? ¿Estar aterrorizado e irresistiblemente atraído hacia ellos? Viktor era peligroso, eso era seguro. Su mundo estaba lleno de violencia, de reglas y dinámicas de poder que ella todavía no entendía del todo. Pero en medio de ese peligro, se sintió viva como nunca antes. Y con cada día que pasaba, la idea de pertenecerle, de ser suyo, parecía menos aterradora y más como algo que empezaba a anhelar.

Cerró los ojos y sus dedos todavía descansaban sobre el anillo de zafiro. Había un peso en ello, un recordatorio constante de la vida que ahora estaba viviendo. El mundo de Viktor era su mundo ahora, y no importaba cuánto intentara aferrarse a los restos de su pasado, estaba empezando a darse cuenta de que no había vuelta atrás.

Tatiana no estaba segura de lo que eso significaba para su futuro, pero una cosa estaba quedando clara: la chica que había sido antes de que Viktor se desvaneciera, y en su lugar había una mujer que comenzaba a abrazar el fuego que él había encendido dentro de ella. Ella ya no era sólo una posesión. Se estaba convirtiendo en algo más, algo más fuerte, y estuviera dispuesta a admitirlo o no, fue Viktor quien había sacado eso a relucir en ella.

Los dedos de Tatiana rozaron ligeramente el anillo de zafiro mientras miraba por la ventana, sus pensamientos regresaban a la noche anterior. Todavía podía oír el repiqueteo de la música del club de Nikolai, el murmullo de las voces y la tensión persistente que parecía seguir a Viktor donde quiera que fuera. Pero no era la música ni las miradas de los otros miembros de Bratva lo que llenaba su mente ahora; era su

conversación con Ava, la mujer que silenciosamente la había tranquilizado en medio de todo ese caos.

Ava había sido una sorpresa. En un mundo lleno de hombres peligrosos y amenazas susurradas, Ava era un raro faro de calidez. Era más joven de lo que Tatiana había esperado, más cercana a su edad que al experimentado mundo de violencia que representaba la Bratva. Sin embargo, a pesar de su juventud, Ava se había mostrado segura y su comportamiento tranquilo destacaba contra la intensidad de su entorno. Y sus palabras... esas eran las que se habían aferrado a Tatiana como un salvavidas.

"La Bratva se convertirá en tu familia", había dicho Ava con tranquila certeza. "Puede que ahora no lo parezca, pero con el tiempo verás que no estás solo aquí. También somos una familia, solo que... de un tipo diferente".

Tatiana asintió en ese momento, sin saber cómo responder. Familia. La palabra tenía mucho peso para ella. Siempre había sido el centro de su vida, lo que más creía. Su familia la había moldeado, la había protegido... o eso creía ella. Pero ahora, después de todo lo que había sucedido, la idea de reemplazar a su familia con el mundo de Viktor le parecía extraña e inquietante.

Y, sin embargo, mientras estaba allí ahora, en la tranquilidad de la propiedad de Viktor, esas palabras de Ava le trajeron tanto miedo como esperanza. Existía una posibilidad, un atisbo de algo nuevo, algo que no esperaba. ¿Podría ella realmente pertenecer a la Bratva? ¿Podrían estos hombres, peligrosos y poderosos como Viktor, convertirse realmente en su familia? La idea le parecía a la vez desalentadora y extrañamente atractiva.

Ava había hablado con sensación de comprensión, como si supiera exactamente lo que Tatiana estaba sintiendo. Le había dicho que la Bratva no se trataba sólo de poder o control: se trataba de lealtad, de proteger a quienes importaban. La familia, había dicho Ava, no se trataba sólo de sangre. Se trataba de los vínculos que construías con las personas que te rodeaban. Y aunque Tatiana se había sentido fuera de lugar en ese club, no podía negar que Viktor la había hecho sentir... protegida. Incluso en medio de todo el miedo y la incertidumbre, tenía la sensación de que no estaba sola.

Pero no fue tan simple. Por mucho que las palabras de Ava la consolaran, también le recordaron lo que había perdido. Su mente se desvió hacia su propia familia, la familia de la que la habían arrancado. Pensó en su madre y su hermano, las dos personas que más había amado en el mundo. Podía imaginarse la suave sonrisa de su madre, la calidez en los ojos de su hermano. Habían sido su hogar, su seguridad, y ahora los sentía muy lejos. Una parte de ella anhelaba volver a verlos, escuchar sus voces, pero esa esperanza se vio empañada por la fría y amarga realidad de la traición de su padre.

Su padre.

El hombre que una vez había sido el ancla de su vida, en quien había confiado más que todos los demás, había destrozado esa confianza de la manera más dolorosa. Él la había vendido, negociado su vida con Viktor como si ella no fuera nada más que una mercancía para ser intercambiada. Cada vez que pensaba en él, su pecho se contraía con una mezcla de ira y dolor. El hombre al que una vez había idolatrado la había traicionado de una manera que parecía irreparable.

Tatiana apretó los puños a los costados y sus nudillos se pusieron blancos. ¿Cómo pudo hacerle eso? ¿Cómo podía el hombre que la había criado, que había prometido protegerla, entregársela a Viktor sin pensarlo dos veces? El peso de esa traición todavía pesaba sobre su pecho, y no importaba cuánto tiempo pasara, no estaba segura de que alguna vez desapareciera por completo.

Pero luego estaba Viktor.

A pesar de la forma en que había comenzado su relación, a pesar del miedo y la incertidumbre que habían rodeado sus primeros momentos juntos, había algo en Viktor que la atraía. Era posesivo, controlador, sí, pero también había una actitud protectora en él, una fuerza. eso la hizo sentir segura de una manera que no esperaba.

No pudo evitar comparar a los dos hombres. Su padre había sido quien la vendió, quien la entregó como un objeto de trueque. Viktor, a pesar de todos sus defectos, nunca la había hecho sentir así. Él la reclamó, sí, pero no fue lo mismo. Él la había protegido, la había protegido de los peligros que amenazaban con consumirla, y aunque su dominio todavía la inquietaba a veces, no podía negar la creciente conexión entre ellos.

Ava había llamado familia a la Bratva, y Tatiana estaba empezando a ver que en el mundo de Viktor, la familia se basaba en la lealtad y la protección. No era la familia cálida y cariñosa que había conocido cuando era niña, pero era algo. Era fuerte, irrompible y, en cierto modo, la hacía sentir... deseada.

Su mirada volvió al anillo de zafiro que llevaba en el dedo, cuyo peso era un recordatorio constante de su nueva vida. Esta era su realidad ahora. Ya no era la niña que había sido, la niña que una vez creyó que su familia siempre la protegería. Ese mundo había desaparecido, destrozado por las acciones de su padre.

Pero con Viktor, estaba empezando a construir algo nuevo. No fue fácil y no estuvo exento de desafíos, pero había un extraño sentido de pertenencia aquí que no esperaba encontrar. La idea de pertenecer a Viktor, de ser parte de su mundo, todavía la asustaba, pero también le daba un sentido de propósito.

Por mucho que extrañara su antigua vida, por mucho que anhelara la calidez del abrazo de su madre y la familiaridad de la voz de su hermano, no podía ignorar la atracción que sentía hacia esta nueva realidad. La tensión entre los dos mundos la carcomía, pero cada día que pasaba, sentía que se inclinaba más hacia la vida a la que Viktor la había traído.

Tatiana dejó escapar un lento suspiro, sus pensamientos aún enredados, pero había una cosa que no podía negar: a pesar de todo, el mundo de Viktor se estaba convirtiendo en su mundo también.

Tatiana estaba sentada en la habitación con poca luz, su mente todavía dando vueltas con pensamientos sobre su padre y la vida que una vez había conocido. El anillo de zafiro que Viktor le había regalado brillaba suavemente en la luz, un recordatorio constante de su nueva realidad, y su peso parecía presionar su dedo, cargado de significado. La ira que sentía hacia su padre no había disminuido, pero a medida que pasaban los minutos, sus pensamientos volvieron a Viktor. Su mundo era peligroso, pero a su manera retorcida, también ofrecía algo que su antigua vida nunca tuvo: protección, propósito e incluso pasión.

El suave sonido de unos pasos interrumpió su ensoñación. Tatiana levantó la vista y vio a Viktor entrando a la habitación, su alta figura proyectaba una sombra contra la puerta. Sus ojos, oscuros e intensos como siempre, estaban fijos en ella, pero había algo diferente en su mirada esta noche. No era sólo el dominio que esperaba. Debajo de la superficie, había una corriente subyacente de cuidado, una sutil suavidad que no había notado antes. Hizo que se le quedara el aliento en la garganta y la tensión entre ellos se hizo más espesa con emociones no expresadas.

Viktor cruzó la habitación con pasos deliberados y medidos, sin romper ni una sola vez el contacto visual. Su presencia llenó el espacio y el corazón de Tatiana se aceleró en respuesta. No estaba segura de si era miedo, excitación o algo intermedio, pero el efecto que él tenía en ella era innegable. Cuando finalmente la alcanzó, se paró lo suficientemente cerca como para que ella pudiera sentir el calor de su cuerpo, su aroma envolviendo sus sentidos.

Sin decir una palabra, Viktor extendió la mano y tocó suavemente su mejilla, sus dedos ásperos pero tiernos mientras trazaban la curva de su rostro. El gesto fue a la vez posesivo y protector, provocando que un escalofrío le recorriera la espalda. Su pulgar rozó su piel y el pulso de Tatiana se aceleró. Nunca se había sentido tan vulnerable y, paradójicamente, nunca tan segura. La comprensión la golpeó con fuerza, casi dejándola sin aliento.

Con Viktor, sintió algo que no había sentido en mucho tiempo: seguridad. No el tipo de seguridad superficial que había conocido en su antigua vida, donde todo estaba seguro en la superficie pero frágil en el fondo. Esto fue diferente. Era una seguridad construida sobre el poder de Viktor, su control y su despiadada habilidad para proteger lo que era suyo. Y ahora mismo, ella era suya.

Tatiana no estaba segura de cómo procesarlo. Debería haber tenido miedo de esto, de pertenecer a un hombre como Viktor, que inspiraba miedo y respeto con una simple mirada. Pero cuando su mano se detuvo en su mejilla, ella sintió una profunda, casi primaria sensación de consuelo. Él era peligroso, sí, pero también era la única persona que la había mantenido a salvo cuando todo lo demás se había desmoronado. Esa comprensión la consoló y la aterrorizó a partes iguales.

Cerró los ojos por un momento, permitiéndose sentir el peso de su toque, el calor de su cuerpo tan cerca del de ella. Fue embriagador. ¿Cómo podía sentirse así por el hombre que había tomado el control de su vida y que ahora dictaba cada uno de sus movimientos? Y, sin embargo, aquí estaba ella, no sólo aceptando su toque sino anhelándolo. Las líneas entre el miedo, la seguridad y el deseo se estaban desdibujando, y Tatiana ya no estaba segura de poder separarlas.

"Viktor…" comenzó, su voz suave, casi vacilante.

Él no respondió con palabras, pero su mano se deslizó hasta su nuca, acercándola a ella en un gesto inequívocamente posesivo. La respiración de Tatiana se entrecortó cuando lo miró, su cuerpo reaccionó instintivamente a su dominio. Debería odiar esto, pensó. Debería odiar el control que él tenía sobre ella, lo impotente que se sentía en su presencia. Pero la verdad es que no lo hizo. Ya no.

Su agarre se apretó ligeramente, lo suficiente para recordarle la dinámica de poder entre ellos, pero no había malicia en su toque. En todo caso, se sentía como una promesa silenciosa: que mientras ella fuera suya, nadie más se atrevería a hacerle daño. Y, extrañamente, ese pensamiento le trajo más consuelo del que quería admitir.

Tatiana se inclinó hacia su toque, sus ojos se cerraron mientras se permitía hundirse en el momento. Los labios de Viktor rozaron su sien, un beso fugaz que envió calidez a través de ella. La intensidad de sus emociones era abrumadora, pero ella no se apartó. Esta vez no. En cambio, se inclinó hacia él y su cuerpo respondió de una manera que no entendía del todo pero que no podía negar.

Cuando Viktor la soltó, retrocediendo ligeramente, Tatiana sintió una extraña sensación de pérdida, pero también una claridad que no había tenido antes. Ella abrió los ojos y lo miró, lo miró de verdad, y vio no sólo al hombre que controlaba su vida sino al hombre

que se había convertido en su protector. El hombre que empezaba a querer, a pesar de todo.

En ese momento, algo dentro de ella se movió. La ira que había cargado durante tanto tiempo hacia su padre, su pasado, su sentido perdido de libertad, todavía estaba allí, hirviendo bajo la superficie, pero ya no era la fuerza dominante en su vida. Lo que antes había sido miedo y resistencia ahora era algo más complicado, más enredado con su creciente apego a Viktor. No quería admitirlo, pero estar con él, pertenecerle, estaba empezando a sentirse como un nuevo tipo de libertad, incluso si venía con sus propias cadenas.

Tatiana miró el anillo de zafiro que llevaba en el dedo y sus dedos recorrieron la fría piedra. Se sentía pesado, no sólo por el peso de su historia sino por el peso de su nueva realidad. Ya no era la niña inocente que alguna vez fue. Ya no era alguien que pudiera fingir que su antigua vida todavía tenía algún poder sobre ella. El mundo de Viktor era su mundo ahora, y cuanto antes lo aceptara, más fácil sería seguir adelante.

Pero por mucho que estuviera empezando a aceptar su lugar con Viktor, todavía había un conflicto persistente dentro de ella. Una parte de ella que anhelaba cerrar con su familia, especialmente con su madre y su hermano. Sabía que esa puerta probablemente estaría cerrada para siempre, pero ese pensamiento la carcomía, dejándola dividida entre el mundo que había dejado atrás y aquel del que ahora formaba parte.

La presencia de Viktor la castigó, devolviéndola al momento. Ella lo miró, buscando en sus ojos cualquier indicio de lo que podría estar pensando. Su expresión era ilegible, como solía serlo, pero había una suavidad en su mirada que ella no había visto antes. No era amor (Tatiana no estaba segura de si Viktor era capaz de amar) pero era algo parecido. Algo que la hacía sentir como si tal vez, sólo tal vez, no estuviera tan sola en este mundo como alguna vez había pensado.

Y por ahora eso fue suficiente.

Mientras permanecían allí en el silencio de la habitación, Tatiana se dio cuenta de que estaba empezando a aceptar su nueva vida. No era la vida que había elegido, pero era la que tenía, y con Viktor a su lado, no se sentía tan aterrador como antes.

Pero en el fondo, la idea de enfrentarse a su familia aún persistía y, a medida que el capítulo de su antigua vida se desvanecía, Tatiana supo que había una puerta más que necesitaba cerrar antes de poder abrazar plenamente el mundo al que Viktor la había traído.

Capítulo 15

Tatiana se sentó frente a Viktor en la mesa del comedor, la luz de la mañana filtrándose a través de las altas ventanas, arrojando un suave brillo sobre la madera pulida. El olor a café recién hecho y el suave tintineo de los cubiertos llenaban el aire, pero la calma habitual de su rutina de desayuno parecía fuera de lugar. La mente de Tatiana estaba a kilómetros de distancia, volviendo a pensamientos sobre su familia: la sonrisa llorosa de su madre, el abrazo protector de su hermano y la fría traición de su padre. Había estado guardando estos pensamientos en su interior durante días, pero su peso se había vuelto demasiado. Hoy ya no podía ignorarlo.

Se quedó mirando su plato, empujando la comida con el tenedor, sin apetito. El anillo de zafiro que Viktor le había regalado se sentía pesado en su dedo, un recordatorio constante de la vida a la que ahora estaba destinada. Una vida que ella había aceptado. Una vida que intentaba comprender, pero que no borraba la persistente necesidad de cerrar el mundo que había dejado atrás.

Viktor se sentó frente a ella, con la mirada aguda y observadora, aunque no había dicho mucho desde que habían comenzado a desayunar. Su presencia era imponente, incluso en el silencio. Era un silencio que se sentía más cargado cada minuto que pasaba, hasta que Tatiana no pudo aguantar más.

“Necesito ver a mi familia”, dijo en voz baja, su voz apenas era más que un susurro.

El tenedor de Viktor se detuvo en el aire, sus agudos ojos azules se fijaron en los de ella, un destello de irritación brilló en su mirada. Dejó el tenedor con un movimiento deliberado y controlado, recostándose en su silla como para poner distancia entre él y la idea que ella acababa de expresar. La habitación se sentía más pesada ahora, la tensión era palpable.

"No", dijo Viktor simplemente, su voz firme e inquebrantable. “Dejaste esa vida atrás, Tatiana. No es necesario que regreses”.

Tatiana tragó, su corazón latía más rápido. Ella sabía que él se resistiría, había anticipado esta reacción, pero no esperaba que el dolor inmediato de su despido fuera tan profundo.

"Lo sé", respondió ella, tratando de mantener la voz firme, aunque las emociones que surgían dentro de ella amenazaban con desbordarse. “Sé que ahora pertenezco aquí contigo, pero mi madre… mi hermano… todavía son parte de mí. Y necesito verlos. Necesito confrontar a mi padre”.

Ante la mención de su padre, la mandíbula de Viktor se tensó y su expresión se endureció. "Tu padre te traicionó", dijo con frialdad. “Él te vendió a mí sin pensarlo dos veces. Ese hombre ya no es tu familia”.

Tatiana se estremeció ante sus palabras, aunque las esperaba. La actitud protectora de Viktor era feroz, implacable, pero había algo en la forma en que hablaba de su padre que hacía que le doliera el corazón. Ella entendía su enfado (también lo sentía), pero eso no borraba el dolor de tener que enfrentarse al hombre que había destrozado su confianza.

“Sé lo que hizo”, susurró Tatiana, con la voz ligeramente temblorosa. “No estoy pidiendo perdón. Sólo necesito enfrentarlo. Necesito escuchar sus razones... incluso si no son lo suficientemente buenas. Necesito un cierre, Viktor.

La mirada de Viktor se entrecerró, el aire entre ellos se cargó con su resistencia. Se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos buscando los de ella en busca de algún tipo de comprensión que no pudiera captar del todo. “¿Y eso qué cambiará, hm? ¿Quieres escuchar sus excusas? ¿Quieres escuchar a un hombre que no te protegió? ¿Quién te entregó como si fueras una mercancía?

El corazón de Tatiana se torció. “No cambiará lo que pasó”, admitió con voz suave pero decidida. “Pero no puedo seguir adelante sin él. Necesito saber por qué. Necesito saber si fue sólo miedo o si fue algo peor. Tengo que enfrentarlo”.

El silencio de Viktor se extendió entre ellos, su expresión ilegible mientras procesaba sus palabras. Podía ver el conflicto en sus ojos, la posesividad luchando con la parte de él que entendía el atractivo de la familia, incluso si estaba fracturada. Había crecido en un mundo donde la familia lo era todo, donde la lealtad y la traición caminaban en una delgada línea. Había dejado claro que nunca más se podía confiar en su padre, pero Tatiana no estaba pidiendo reconciliación. Ella estaba pidiendo paz.

"Te pertenezco", continuó, su voz se hizo más fuerte mientras se inclinaba hacia adelante, su mirada fija en la de él. “Tú lo sabes. No pido permiso para volver a mi antigua vida. Estoy pidiendo la oportunidad de decir adiós a las partes que todavía me persiguen. Mi madre y mi hermano todavía son importantes para mí. Y por mucho que odio a mi padre por lo que hizo, necesito confrontarlo. Necesito decirle que ya no soy mi dueño”.

Los ojos de Viktor se suavizaron, pero sólo ligeramente. No habló durante un largo momento, la tensión en el aire se espesaba con cada segundo que pasaba. Tatiana contuvo la respiración, esperando que él dijera algo, cualquier cosa. Su corazón se aceleró, latiendo con fuerza en su pecho mientras se preguntaba si él alguna vez

cedería. Sabía lo protector que era él, lo mucho que odiaba la idea de que ella estuviera expuesta a las personas que la habían lastimado.

Finalmente, suspiró, el sonido era pesado y cargado de resignación. “Estás pidiendo mucho, Tatiana”, dijo en voz baja, con la voz aún teñida de frustración. “Pero… entiendo la atracción hacia tu madre y tu hermano. No son como tu padre”. Hizo una pausa y su mirada se endureció una vez más. “Pero no te equivoques, tu padre nunca es bienvenido en nuestras vidas. Alguna vez."

Tatiana asintió, una ola de alivio la invadió a pesar de que sabía que la guardia de Viktor todavía estaba alta. "Entiendo", susurró. “Sólo necesito esto, Viktor. Necesito enfrentarlo por última vez”.

La expresión de Viktor todavía estaba tensa, pero algo en sus ojos cambió. Él extendió la mano, su mano rozó la de ella sobre la mesa, su toque cálido y posesivo. "Irás con uno de mis hombres", dijo, su tono no dejaba lugar a discusión. “Él te llevará allí y te traerá de regreso. No irás a ninguna parte sin protección. ¿Lo entiendes?"

Tatiana asintió de nuevo, su corazón se llenó de gratitud a pesar de la tensión que aún persistía entre ellos. Ella le apretó la mano suavemente, agradecida de que él estuviera dispuesto a dejarla confrontar su pasado, incluso si iba en contra de todos sus instintos protectores.

“Entiendo”, susurró, con la voz llena de emoción. "Gracias."

La mano de Viktor apretó la de ella y, por un breve momento, Tatiana vio algo en sus ojos: algo más profundo que la posesión, algo que parecía casi comprensión. Pero tan rápido como apareció, desapareció, reemplazada por la conducta fría y autoritaria que había llegado a esperar.

"Termina tu desayuno", dijo, y su voz volvió a su tono habitual de autoridad. "Necesitarás tu fuerza".

Tatiana logró esbozar una pequeña sonrisa, aunque su corazón todavía estaba pesado por el peso de lo que le esperaba. Volvería con su familia, se enfrentaría a su padre y finalmente rompería los lazos que la habían estado frenando. Y cuando regresara, estaría lista para abrazar plenamente su vida con Viktor.

Pero por ahora, saborearía la pequeña victoria que había obtenido: la comprensión de Viktor, por muy cautelosa que fuera.

El viaje en auto se sintió más largo de lo que debería, el zumbido rítmico del motor se mezcló con el suave murmullo de las calles de la ciudad. Tatiana estaba sentada en el asiento trasero, con las manos cuidadosamente cruzadas sobre el regazo, aunque la tensión que recorría su cuerpo no era nada clara. Miró por la ventana y observó cómo los hitos familiares de su infancia pasaban borrosos. Cada uno le trajo recuerdos, algunos dulces, otros amargos, y su pecho se apretó con el peso de todo.

El guardia que conducía el coche permaneció en silencio, con los ojos fijos en la carretera y su presencia como un recordatorio constante del mundo al que ahora pertenecía. Viktor había insistido en enviarlo, y aunque Tatiana entendía la necesidad de protección, también la hacía sentir prisionera de una manera que no había previsto. No sólo iba a visitar a su familia; regresaría bajo la vigilancia de Viktor, con su guardia siguiendo cada movimiento de ella. Tocó el anillo de zafiro en su dedo y sintió su fría superficie contra su piel. Era pesado, no sólo en peso sino en significado. Este anillo era un símbolo de su nueva vida, su vínculo con Viktor y el innegable cambio en su identidad. Era hermoso, sí, pero también era un recordatorio constante de la vida a la que la habían empujado, una vida que había llegado a aceptar, incluso si a veces todavía la inquietaba.

Cuando el auto giró hacia una calle más tranquila, la casa de su infancia apareció a la vista y su corazón comenzó a acelerarse. No había estado aquí desde el día en que su padre la entregó a Viktor, el día en que todo cambió. La casa estaba tal como siempre lo había estado: pintoresca, familiar, el jardín delantero pulcramente arreglado como si nada en el mundo hubiera salido mal. Pero para Tatiana ya no era un lugar de consuelo. Fue el escenario de su traición más profunda.

Sus dedos se apretaron en su regazo mientras intentaba estabilizar su respiración, su mente corriendo con pensamientos sobre su madre, su hermano y su padre. Su padre, el hombre que una vez había sido su protector, el hombre al que admiraba y en quien confiaba, había destrozado esa confianza con una decisión egoísta. Se la había vendido a Viktor, sin importar cómo intentara justificarlo. Y ahora estaba a punto de enfrentarlo.

Los recuerdos volvieron a inundarlo, espontáneos y nítidos. Recordó la calidez del abrazo de su madre, la forma en que su hermano se colaba en su habitación por las noches cuando eran más pequeños, sólo para hablar y compartir secretos. Esos momentos de inocencia, de amor familiar, ahora los sentía distantes, como una vida que pertenecía a otra persona. Los extrañaba, a su madre y a su hermano, pero la traición de su padre lo eclipsó todo. ¿Podría ella alguna vez perdonarlo de verdad? ¿Querría siquiera hacerlo?

La mirada de Tatiana volvió al anillo de zafiro y volvió a pasar el pulgar por su superficie. Viktor le había dado esto no sólo como símbolo de su matrimonio, sino como una parte de sí mismo, algo de su pasado, de su familia. Era una conexión tácita que la unía a él más profundamente de lo que jamás había esperado. Y ahora, a medida que se acercaba a su antigua vida, se dio cuenta de lo lejos que había llegado de la chica que una vez vivió allí.

Ya no era esa niña protegida por la ilusión de seguridad familiar. Ahora ella era la esposa de Viktor, una parte de su mundo, un mundo de peligro, control y poder. Y aunque al principio se había resistido, no podía negar la atracción que ejercía sobre ella, el sentido de pertenencia que poco a poco estaba echando raíces. La posesividad de Viktor, su feroz protección, la habían asustado al principio, pero ahora encontró un extraño consuelo en ello. Con él, se sentía segura como no se había sentido en mucho tiempo. Seguro, pero también conflictivo.

Tatiana dejó escapar un suspiro lento, su corazón todavía latía con fuerza cuando el auto se detuvo en la acera frente a la casa de su familia. El peso de lo que estaba a punto de hacer la oprimía, pero sabía que era necesario. Esta confrontación con su padre no era sólo para cerrar la situación. Fue el último paso para romper los lazos que la habían atado a un pasado al que nunca podría regresar por completo. Necesitaba enfrentarlo, mirarlo a los ojos y decirle las cosas que había estado guardando en su interior durante tanto tiempo. Sólo entonces podría abrazar verdaderamente la vida que ahora estaba viviendo.

El guardia estacionó el auto y salió, moviéndose para abrirle la puerta. Tatiana vaciló por un momento, con la mano apoyada en el mango mientras respiraba profundamente por última vez. No estaba segura de qué diría ni de cómo se desarrollaría la conversación, pero sí sabía una cosa con certeza: aquel era el momento en que tomaría el control de su propia historia. No importa lo que sucediera dentro de esa casa, ella no sería la misma chica que había sido traicionada y entregada. Ella era de Viktor ahora y enfrentaría su pasado con la fuerza que había ganado al estar a su lado.

Al bajar del coche, Tatiana sintió la familiar oleada de nervios y anticipación. El hogar de su infancia se alzaba ante ella, pero esta vez no regresaba como la hija que había sido agraviada. Ella regresaba como la mujer que había reclamado su vida y que se enfrentaría al hombre que había intentado arrebatarle esa vida.

Mientras caminaba hacia la puerta principal, con el corazón cargado de emociones, se armó de valor para lo que estaba por venir. Esta no era sólo una visita: era el comienzo de su ruptura definitiva con el pasado, y estaba lista para afrontarlo de frente.

Tatiana estaba en la puerta de la casa de su infancia, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. El familiar sonido de pasos se acercó desde el otro lado y antes de que pudiera prepararse por completo, la puerta se abrió. Allí de pie, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el alivio, estaba su hermano menor, Aleksander.

"Tati", respiró, su voz llena de emoción. Sin decir una palabra más, la abrazó con fuerza, envolviéndola con sus brazos como si temiera que ella pudiera desaparecer si la soltaba. Tatiana se aferró a él, sintiendo la calidez de su familiar abrazo, y por un momento, el peso de todo lo que llevaba se disipó.

Aleksander se echó hacia atrás ligeramente para mirarla, con las manos todavía agarrando sus hombros. "Realmente estás aquí", susurró, sus ojos buscando en su rostro alguna señal de la hermana que había conocido, la que había sido arrancada de su familia.

Antes de que Tatiana pudiera responder, una voz familiar sonó desde el interior de la casa. "Aleks, ¿quién está en la puerta?"

Su madre apareció en la entrada y en el momento en que vio a Tatiana, sus ojos se llenaron de lágrimas. "Oh, mi bebé", gritó, corriendo hacia adelante para abrazar a su hija. El abrazo fue cálido, familiar y lleno del tipo de amor que Tatiana no se había dado cuenta de cuánto extrañaba. Su madre sollozaba suavemente contra su hombro, y Tatiana sintió que sus propios ojos se llenaban de lágrimas mientras la abrazaba.

“Te he extrañado mucho”, susurró su madre, retrocediendo para tomar el rostro de Tatiana entre sus manos, con los ojos llenos de alivio y preocupación. “Pareces… mayor. Más crecido”.

Tatiana esbozó una pequeña sonrisa agridulce y se miró a sí misma. Sabía lo que quería decir su madre. El mes pasado la había cambiado de maneras que aún no había comprendido del todo. Sintió el peso del mundo de Viktor presionándola, transformándola en alguien que ya no era la chica ingenua que alguna vez había vivido en esta casa. El anillo de zafiro que llevaba en el dedo brillaba bajo la luz y llamó la atención de su madre.

Su madre jadeó suavemente y extendió la mano para tocar el anillo. "¿Eso es...?"

Tatiana asintió. "Es el anillo de bodas de la madre de Viktor".

Los ojos de su madre volvieron a llenarse de lágrimas, pero esta vez había algo más: orgullo, tal vez, o resignación. Apretó suavemente la mano de Tatiana. "Es hermoso.

Pareces... pareces una mujer ahora, Tati. Muy maduro”.

Tatiana tragó saliva y las palabras se sintieron reconfortantes y dolorosas al mismo tiempo. Se había visto obligada a crecer de una manera que su madre no podía entender, en un mundo en el que su familia no tenía lugar. Y, sin embargo, allí, en la casa de su infancia, con las personas que más amaba, Tatiana sintió una extraña sensación de desplazamiento. . Ahora pertenecía a dos mundos y ninguno se sentía del todo bien.

Aleksander tomó su mano y la empujó suavemente hacia la sala de estar. "Entra, siéntate. Cuéntanos cómo has estado", dijo, guiándola hasta el sofá donde los tres solían sentarse juntos en las tranquilas tardes de domingo.

Mientras Tatiana estaba sentada entre su madre y su hermano, sintió que una ola de nostalgia la invadía. La habitación estaba exactamente como la recordaba: nada había cambiado. Las fotografías familiares enmarcadas, los muebles desgastados pero acogedores, el familiar aroma de la comida de su madre flotando en el aire. Y, sin embargo, todo había cambiado.

Al principio tuvieron una pequeña charla, su madre y Aleksander le preguntaron sobre su vida con Viktor, tratando de entender el mundo al que había sido arrojada. Tatiana respondió con cautela, cuidando de no revelar demasiado sobre los negocios de Viktor o la peligrosa realidad de su mundo. En cambio, se centró en las cosas menos complicadas: los lugares que había visto, la forma en que la finca de Viktor se sentía tan diferente del hogar de su infancia y el hecho de que se estaba adaptando a su nuevo papel como esposa de Viktor.

Su madre escuchó atentamente y asintió, aunque Tatiana pudo ver la preocupación grabada en su rostro. Aleksander permaneció en silencio, con la mano apoyada ligeramente en la rodilla de Tatiana, como si tuviera miedo de soltarla otra vez.

"Pareces... diferente", dijo su madre en voz baja, sus ojos escaneando el rostro de Tatiana. “No sólo mayor, sino… más fuerte. Puedo verlo en tus ojos”.

Tatiana sonrió levemente, sin saber cómo responder. Más fuerte, tal vez, pero también más conflictiva que nunca. Había aprendido a navegar en el mundo de Viktor, a estar a su lado, pero todavía había momentos en los que sentía el peso de todo eso presionándola, amenazando con aplastarla.

La conversación cambió y su madre le hizo más preguntas sobre los detalles del día a día de su vida con Viktor, mientras Aleksander se sentaba en silencio, observándola de cerca. Pero a medida que pasaban los minutos, Tatiana podía sentir que la tensión

aumentaba en la habitación, el tema tácito de su padre flotando sobre ellos como una nube oscura.

Su madre miró hacia la puerta, donde el sonido de pasos resonó por el pasillo. Su expresión se tensó y Tatiana supo quién se acercaba incluso antes de verlo.

El padre de Tatiana entró en la habitación y la atmósfera cambió instantáneamente. La calidez y el confort que habían llenado el espacio momentos atrás, cuando se reunió con su madre y su hermano, se evaporaron como la niebla bajo el sol de la mañana. El corazón de Tatiana se apretó, se le cortó el aliento en la garganta mientras lo veía congelarse y sus ojos se abrieron cuando la vio.

"Tati..." comenzó, su voz insegura, cargando un peso de arrepentimiento y vacilación.

Tatiana se puso de pie abruptamente, cada músculo de su cuerpo se tensó mientras sus emociones se arremolinaban dentro de ella como una tormenta a punto de estallar. El hombre que una vez había sido su protector, su padre, en quien había confiado su vida, la había traicionado de una manera que nunca podría olvidar. La calidez que había sentido al estar con su familia momentos atrás ahora fue reemplazada por un frío y agudo aguijón de traición, uno que era tan profundo que se preguntaba si alguna vez podría sanar de verdad.

Su padre dio un paso vacilante hacia ella y extendió la mano como para tocarla, como si pudiera salvar la distancia que ahora los separaba con un solo gesto. Pero Tatiana retrocedió, dando un paso atrás, con los ojos brillando de ira. Ella levantó una mano para detenerlo, su voz era baja pero llena de furia.

"No lo hagas", dijo, su tono mordaz, la única palabra que contenía la avalancha de emociones que había reprimido durante tanto tiempo.

Su madre y Aleksander intercambiaron miradas; la tensión en la habitación era palpable. El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho mientras miraba al hombre que una vez había amado incondicionalmente, el hombre que le había vendido su futuro a Viktor como si fuera un bien común. La traición fue profunda, dejándola conmocionada y con el corazón abierto de par en par.

“Estoy aquí por una razón”, comenzó Tatiana, con la voz ligeramente temblorosa, a pesar de sus esfuerzos por mantenerla firme. “Para decirte que nunca podré perdonarte”. Las palabras eran amargas en su lengua, pero tenía que decirlas. Necesitaba liberar el dolor, la ira que se había enconado en su interior desde el día en que su vida había sido alterada irrevocablemente. “Me traicionaste de la peor manera

posible. Me entregaste a un hombre que no conocía... ¿y para qué? ¿Para salvarte a ti mismo?

El rostro de su padre se contrajo de pesar, pero Tatiana no encontró simpatía en su interior. Ella no pudo. Los recuerdos de ese día, de Viktor llevándosela, quedaron grabados en su mente como una pesadilla que se repite. Su padre había elegido su propia supervivencia antes que su seguridad, su propia conveniencia antes que su felicidad, y no había justificación para eso.

“Hice lo que pensé que era necesario”, dijo finalmente su padre, con voz ronca, tensa por el peso de lo que había hecho. “Viktor… amenazó a nuestra familia, Tati. No tuve elección”.

Las manos de Tatiana se cerraron en puños a los costados, sus nudillos blancos mientras sus uñas se clavaban en sus palmas. "Tú *tenía* una elección. Siempre tuviste una opción. Simplemente no te importó lo suficiente como para tomar la correcta”, respondió ella, con voz dura, aguda como vidrio roto.

Los hombros de su padre cayeron y desvió la mirada, incapaz de mirarla a los ojos. Verlo derrotado y avergonzado debería haber ablandado su corazón, pero no fue así. El último hilo de su conexión con él se rompió y ella no sintió nada más que un frío y entumecido desapego.

“Lo siento, Tati”, susurró su padre, su voz apenas audible, pero las palabras ya no significaban nada para ella.

Tatiana sacudió la cabeza lentamente. "¿Lo siento?" repitió, con incredulidad y enojo luchando por dominar su tono. “¿Lo sientes? ¿Crees que eso cambia algo? ¿Crees que eso lo hace bien? No sólo tomaste una mala decisión, padre: me sacrificaste. Me entregaste a un hombre del que no sabías nada, para tu propio beneficio.

Su padre se estremeció ante sus palabras, pero Tatiana siguió adelante, incapaz de contenerse ahora que las compuertas se habían abierto. “Se supone que debes proteger a tu familia. Se supone que debes proteger *a mí* . Y fallaste”.

El silencio se instaló pesadamente entre ellos, el peso de las palabras de Tatiana llenó la habitación. Su padre estaba frente a ella, luciendo mayor de lo que jamás lo había visto, con el rostro marcado por líneas de culpa y arrepentimiento. Pero no fue suficiente. Nada de lo que pudiera decir o hacer sería suficiente.

Al volverse hacia su madre y Aleksander, la voz de Tatiana se suavizó y la ira en su corazón fue reemplazada por una profunda y dolorosa tristeza. “Los amo a ambos.

Pero nunca podré volver aquí. No después de lo que pasó".

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas frescas, su rostro se contrajo de tristeza cuando tomó la mano de su hija. "Tati, por favor…" susurró su madre, con la voz temblorosa de emoción.

Tatiana negó con la cabeza; su decisión ya estaba tomada. "Esto es un adiós", dijo en voz baja, dirigiendo sus palabras a su padre. "Para él, al menos. Aleksander y tú podéis visitarme en cualquier momento, pero nunca volveré a poner un pie en esta casa.

Su hermano, que había permanecido en silencio durante todo el enfrentamiento, dio un paso adelante, con el rostro marcado por el dolor. "Tati… no digas eso. Todavía somos familia".

A Tatiana le dolió el corazón cuando se volvió hacia él, su hermano menor que siempre la había admirado, que había quedado atrapado en medio de esta pesadilla sin tener culpa alguna. "Nosotros *son* familia, Aleks", dijo en voz baja, con la voz quebrada. "Y siempre estaré aquí para ti y para mamá. Pero no puedo volver aquí. No mientras esté en esta casa.

Aleksander asintió lentamente, con la mandíbula apretada por la emoción mientras la abrazaba. Tatiana se aferró a él por un momento, sacando fuerzas del familiar consuelo de su abrazo. Su madre se unió a ellos y abrazó a sus hijos, pero la calidez del momento no pudo borrar la fría realidad de lo que había sucedido.

Cuando Tatiana dio un paso atrás, lanzó una última mirada a su padre. Permaneció allí, con expresión hueca y los ojos llenos del arrepentimiento que lo perseguiría por el resto de sus días. Pero Tatiana sabía que era demasiado tarde para disculparse. Demasiado tarde para la redención.

Sin decir una palabra más, se dio vuelta y caminó hacia la puerta, sus pasos resonaron en la habitación silenciosa. Con cada paso, sentía que el peso de su antigua vida se desvanecía, pieza a pieza. El hogar que alguna vez había sido su santuario ahora era un lugar al que nunca podría regresar. Su padre, el hombre en quien alguna vez había confiado más que todos los demás, ahora era un extraño, alguien a quien nunca podría perdonar.

Esta era la separación final, el descanso que necesitaba para abrazar plenamente su nueva vida con Viktor. Y por muy doloroso que fuera, sabía que era el único camino a seguir.

Cuando Tatiana salió de la casa, dejando atrás a su padre, sintió que su corazón se sentía pesado por la determinación. Las despedidas de su madre y su hermano fueron emotivas pero breves, y se intercambió una suave promesa de que la visitarían pronto. Con una última mirada a la casa en la que había crecido, salió por la puerta y entró en el coche que la esperaba. El portazo detrás de ella se sintió como el cierre de un capítulo y, cuando el auto se alejó, respiró hondo y el peso de sus decisiones se asentó.

Tatiana estaba sentada en el asiento trasero del elegante auto negro, el peso de lo que acababa de suceder se posaba sobre ella como una pesada manta. Mientras el conductor se alejaba de la casa de su familia, mientras la casa se hacía más pequeña en el espejo retrovisor, sintió una abrumadora mezcla de emociones, arremolinándose y chocando dentro de su pecho.

La confrontación con su padre había sido todo lo que esperaba: dolorosa, cruda y definitiva. Había roto los lazos que una vez la unieron a la vida que había conocido, al padre que la había traicionado de la peor manera. Fue una indemnización que, aunque necesaria, la dejó sintiéndose liberada y a la deriva. Había una parte de ella, la parte que siempre había buscado la aprobación y protección de su padre, que lamentaba la pérdida. Pero otra parte, una parte más fuerte, sintió los impulsos del empoderamiento, como si le hubieran quitado un peso de encima.

El pensamiento de Viktor llenó su mente y con él vino una ola de emociones complejas. Era posesivo, dominante y, en ocasiones, aterrador. Pero él también había sido su protector de una manera que ella no esperaba. Viktor la había salvado, no sólo del peligro físico del ataque a su casa, sino también de una vida de ilusiones. Su familia nunca había sido el refugio que ella pensaba que era. Se había construido sobre mentiras, sobre acuerdos hechos en secreto, acuerdos que le habían costado más de lo que realmente podría entender.

Tatiana se reclinó en su asiento y observó cómo las calles de la ciudad daban paso a caminos más tranquilos y apartados que conducían a la propiedad de Viktor. Le dolía el corazón por su madre y su hermano. Le habían recibido con los brazos abiertos y su amor por ella no estaba contaminado por las decisiones de su padre. Por un breve momento, en su abrazo, Tatiana había sentido una sensación de pertenencia, una calidez que no sabía que había echado de menos. Pero por mucho que los amaba, por mucho que deseara protegerlos de las verdades más oscuras de su nueva vida, sabía que su lugar ya no estaba con ellos.

Su lugar estaba con Viktor.

Fue una comprensión que la asustó y la consoló al mismo tiempo. Al principio se había resistido, luchado contra la idea de pertenecerle, de estar atada a un hombre que

representaba todo lo que había temido. Pero ahora, después de enfrentar las duras verdades de su pasado, vio las cosas con más claridad. El mundo de Viktor era peligroso, sí, pero era real. Se basaba en el poder, el control y la fuerza, cosas que a su padre le habían faltado cuando más importaba.

Tatiana sintió una oleada de resolución mientras el coche aceleraba por las tranquilas carreteras. Ella había tomado su decisión. Había elegido enfrentarse a su padre, romper los lazos que la mantenían atada a un pasado que ya no le servía. Y ahora, a medida que se acercaba a la propiedad de Viktor, sintió una nueva sensación de propósito. Esta era su vida ahora. Ella era la esposa de Viktor y, aunque el camino que tenía por delante era incierto, sabía que estaba lista para recorrerlo.

El coche giró por el largo y sinuoso camino que conducía a la finca, con las altas puertas de hierro asomando delante. Cuando se abrieron para permitir el paso del auto, Tatiana sintió que su corazón comenzaba a estabilizarse. La extensa finca, con sus altos muros y su imponente presencia, ya no parecía fría y desconocida. Me sentí como en casa.

Había pasado mucho tiempo sintiéndose atrapada, primero por las decisiones de su padre y luego por las circunstancias de su matrimonio con Viktor. Pero cuando el auto se acercó a la entrada principal, se dio cuenta de que ya no se sentía prisionera. Viktor le había dado algo que su padre nunca pudo: seguridad, no sólo en el sentido físico, sino en el conocimiento de que ella era valorada, que era deseada. Y por primera vez se permitió creer que tal vez, sólo tal vez, podría encontrar la felicidad en esta nueva vida.

El auto se detuvo y Tatiana respiró hondo cuando el conductor le abrió la puerta. Salió al camino de grava y sus tacones resonaron suavemente mientras se dirigía hacia la entrada. La finca se alzaba ante ella, pero ya no la intimidaba. Más bien, representaba un nuevo capítulo, uno que estaba dispuesta a aceptar.

Capítulo 16

El aire fresco de la noche rozó su piel, haciendo poco para calmar la tormenta de emociones que se arremolinaban en su interior. La confrontación con su padre la había dejado en carne viva, con el corazón pesado por el peso de la finalidad. Había esperado sentirse liberada después de despedirse de él, después de cortar los lazos con el hombre que la había traicionado, pero ahora, parada afuera de la casa de Viktor, sintió una mezcla de alivio y tristeza.

Esta era su vida ahora.

La gran estructura se alzaba ante ella, bañada por el suave resplandor de la luz de la luna, y su imponente presencia contrastaba marcadamente con la sencilla casa que había dejado atrás ese mismo día. Todo en ello representaba su nueva realidad: el poder, el peligro, el control que Viktor tenía sobre su vida. Y, sin embargo, a pesar de la complejidad de todo, había una extraña sensación de consuelo al saber que ese era el lugar al que pertenecía ahora. Viktor la estaba esperando adentro y, de alguna manera, ese pensamiento la tranquilizó.

Respiró hondo y se dirigió hacia la entrada, sus pasos resonaban débilmente contra la piedra. La pesada puerta se abrió con un chirrido cuando la empujó y la calidez de la finca la envolvió al instante. Era un marcado contraste con el escalofrío que había sentido durante su confrontación con su padre. No esperaba que le doliera tanto ver al hombre en el que alguna vez confió reducido a un caparazón desesperado, suplicando comprensión que ya no podía dar.

Los ecos de sus palabras todavía resonaban en sus oídos, mezclándose con el dolor de las lágrimas de su madre y el silencioso apoyo de su hermano. Pero fue la mirada en los ojos de su padre (el arrepentimiento, el miedo) lo que más la persiguió. Él había tomado su decisión y ahora ella había tomado la suya. No había vuelta atrás.

Los dedos de Tatiana rozaron la fría superficie del anillo de zafiro que tenía en la mano, un recordatorio de la nueva vida que había elegido o, más exactamente, la vida a la que se había visto obligada. ¿Pero era realmente tan simple? Había luchado contra la idea de pertenecer a Viktor, de ser reclamada por él, pero la verdad era que, cada día que pasaba, sentía que los muros entre ellos se derrumbaban.

Mientras deambulaba por los tranquilos pasillos de la finca, el entorno familiar hizo poco para aliviar la tensión que se acumulaba en su interior. Alguna vez la finca se había sentido como una jaula dorada, un lugar donde estaba atrapada y controlada, pero

ahora se sentía como algo más. Se estaba convirtiendo en su hogar. La idea despertó algo extraño en su interior: una sensación de aceptación que no esperaba.

Pero la aceptación no borró el dolor de la traición de su familia.

Tatiana se detuvo frente a uno de los grandes ventanales y contempló los jardines iluminados por la luna. Su reflejo en el cristal parecía diferente de lo que recordaba: más endurecido, más seguro. Había cambiado de maneras de las que no se había dado cuenta hasta ahora. La niña que había sido arrojada a un mundo de violencia y poder había desaparecido, reemplazada por una mujer que había hecho las paces con él.

No estaba segura de si eso la asustaba o la tranquilizaba.

Sus dedos recorrieron el frío cristal mientras continuaba por el pasillo hacia el estudio de Viktor. Sabía que él estaría allí, esperándola, como siempre. Ahora había un tranquilo entendimiento entre ellos, uno que no había existido antes. Viktor todavía era dominante, todavía tenía el control, pero había algo más, algo más profundo que ella no había reconocido hasta hacía poco. Él se estaba convirtiendo en su ancla en este mundo caótico, y darse cuenta le provocó un escalofrío por la espalda.

Mientras se acercaba a la puerta de su estudio, Tatiana desaceleró el paso. El familiar zumbido del fuego crepitando en el interior llegó a sus oídos, un sonido que se había vuelto reconfortante en las últimas semanas. Ella dudó, con la mano apoyada en el pomo de la puerta. Una parte de ella quería retirarse, tomarse un momento para sí misma antes de enfrentarse a Viktor, pero otra parte de ella anhelaba su presencia. Lo necesitaba ahora más que nunca: su fuerza, su certeza. Necesitaba sentirse castigada después del torbellino emocional del día.

Pero esta conversación sería diferente. Tatiana sabía que en el momento en que entrara en esa habitación, tendría que enfrentarse no sólo a Viktor sino también a la verdad de la vida que había elegido. Tendría que admitirse a sí misma que ya no estaba luchando contra este mundo, que ya no se resistía a lo que Viktor representaba. En cambio, estaba empezando a aceptarlo.

Tatiana respiró hondo y se armó de valor para lo que estaba por venir. Su mano se apretó alrededor del pomo de la puerta y, con una lenta exhalación, lo giró, entrando en la calidez del estudio de Viktor. El fuego arrojaba un suave resplandor por la habitación, iluminando los muebles de madera oscura y las sombras parpadeantes en las paredes.

Viktor estaba sentado en el sofá, con un vaso de whisky en la mano y la mirada fija en las llamas. Él no levantó la vista cuando ella entró, pero ella podía sentir su conciencia

de su presencia, el cambio sutil en el aire entre ellos. Había tensión en su postura, una silenciosa intensidad que le decía que él también había estado esperando ese momento.

Tatiana se quedó en la puerta por un momento, su corazón latía con fuerza en su pecho mientras lo veía. Este hombre que había llegado a significar tanto para ella, que la había reclamado de maneras que no esperaba: ahora era su futuro. Y a pesar de todo, encontró en ese hecho un extraño consuelo.

Finalmente, los ojos de Viktor se alzaron para encontrarse con los de ella, la luz del fuego proyectaba sombras sobre sus rasgos afilados. No habló, no exigió respuestas, pero su mirada contenía una pregunta silenciosa: la necesidad de comprender lo que había sucedido. Tatiana sintió que el peso del día se apoderaba de ella una vez más, pero esta vez no era la única que lo cargaba.

Tatiana cerró la puerta suavemente detrás de ella, el calor del fuego la golpeó inmediatamente cuando entró al estudio de Viktor. El silencioso crepitar de las llamas en el hogar llenó la habitación, proyectando sombras parpadeantes en las paredes. Viktor estaba sentado en el sofá de cuero, con un vaso de whisky descansando en su mano. Su mirada, que había estado fija en el fuego, se desvió hacia ella cuando ella entró, suavizándose de una manera que siempre lograba tomarla por sorpresa.

Por un momento, ninguno de los dos habló. El peso del día pareció caer sobre ella de repente, más pesado ahora que estaba de vuelta en la quietud de la finca. Había una silenciosa tensión entre ellos, no por un conflicto sino por algo no dicho, una comprensión compartida de la intensidad del día.

Tatiana caminó lentamente hacia él, la suave alfombra amortiguó sus pasos. Su corazón se sentía lleno y pesado al mismo tiempo, los acontecimientos de su visita a casa daban vueltas en su mente. El enfrentamiento con su padre había dejado una huella en ella, una huella que no estaba segura de cómo expresar. Pero con Viktor sentado allí, su presencia firme y tranquila, sintió que la opresión en su pecho comenzaba a aliviarse. Éste era ahora su lugar seguro.

Ella se hundió en el sofá junto a él, su cuerpo de repente se sintió agotado por el costo emocional del día. Viktor se movió ligeramente, dejando su vaso en la mesa a su lado, sus ojos oscuros nunca la abandonaron. Podía sentir su preocupación sin que él tuviera que decir una palabra.

"Le dije adiós", dijo Tatiana en voz baja, su voz apenas era más que un susurro. Las palabras flotaron en el aire entre ellos, cargadas de finalidad.

La mirada de Viktor se mantuvo firme, pero vio un destello de algo (comprensión, tal vez, o simpatía) cruzar su rostro. Él no habló de inmediato, no la presionó para que le diera más detalles, algo que ella había llegado a apreciar de él. Viktor sabía cuándo esperar, cuándo dejarla encontrar su propio camino hacia las palabras.

Tatiana exhaló lentamente, recostándose en el sofá mientras miraba el fuego. Las llamas danzaban en el hogar, su movimiento era casi hipnótico, pero sus pensamientos estaban a kilómetros de distancia, de vuelta en la sala de estar de su casa familiar. El momento en que miró a su padre a los ojos y le dijo que nunca podría perdonarlo se sintió tan crudo ahora como entonces.

"Él trató de explicarme", continuó, con la voz ligeramente temblorosa. “Trató de justificar lo que hizo, pero… no importó. Nada de lo que dijo podría cambiar el hecho de que me traicionó”.

La mandíbula de Viktor se apretó ligeramente, pero aun así permaneció en silencio, dándole espacio para decir lo que necesitaba. Su mano, grande y cálida, buscó la de ella y sus dedos rodearon los de ella en un gesto de silencioso apoyo. El simple acto la ancló en el momento en que las emociones que había estado reprimiendo comenzaron a aflorar.

"Hice las paces con mi madre y mi hermano", añadió, sus ojos parpadeando brevemente hacia Viktor antes de regresar al fuego. “Pero fue difícil. No esperaba que me doliera tanto”.

Su voz se quebró al final y sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Las lágrimas que había mantenido a raya durante todo el día ahora amenazaban con desbordarse y luchó por mantener la compostura. No había llorado delante de Viktor antes, no le había dejado verla en un estado tan vulnerable. Pero aquí, en la tranquila intimidad de su estudio, con la luz del fuego proyectando un cálido resplandor a su alrededor, se sintió lo suficientemente segura como para dejar que las lágrimas brotaran.

El brazo de Viktor se movió alrededor de sus hombros, acercándola a él. El gesto fue protector, pero también había ternura en él, algo que hablaba de su comprensión sin necesidad de decir las palabras. Tatiana apoyó la cabeza contra su pecho, sus lágrimas caían silenciosamente mientras se dejaba abrazar.

Durante mucho tiempo, permanecieron así: ella acurrucada contra él, el sonido del fuego crepitando suavemente de fondo. La mano de Viktor acarició suavemente su cabello, su toque firme y tranquilizador, y por primera vez ese día, Tatiana sintió que podía respirar de nuevo.

"Pensé que me sentiría aliviada", susurró después de un largo silencio, su voz apenas audible. "Pero en cambio, me siento... vacío".

El pecho de Viktor subía y bajaba con un profundo suspiro, sus dedos continuaban su relajante ritmo a través de su cabello. “A veces, hacer lo correcto no trae la paz que esperas”, dijo en voz baja y áspera. “Pero hiciste lo que tenías que hacer. Eso requiere fuerza”.

Tatiana cerró los ojos y dejó que la calidez de sus palabras la invadiera. Había un profundo consuelo en la presencia de Viktor, en la forma en que entendía sin necesidad de sondear o cuestionar. Él le había dado el espacio para confrontar su pasado, pero ahora estaba aquí para ella, ofreciéndole una fuerza silenciosa que no sabía que necesitaba.

Pero incluso mientras descansaba contra él, una parte de su mente luchaba con la ironía de todo. Viktor fue la razón detrás de todo esto. La razón por la que su padre la había traicionado, la razón por la que su vida había sido destrozada y reconstruida en torno a esta nueva y peligrosa realidad. Ella había sido una deuda, un peón en un juego que ni siquiera sabía que estaba jugando. Su padre la había entregado a Viktor y, de alguna manera, ahora estaba allí, encontrando consuelo en el mismo hombre responsable de su dolor. Ella no debería sentirse segura en sus brazos, no debería sentir esa sensación de consuelo que la invadía cada vez que él la abrazaba. Y sin embargo… lo hizo.

Tatiana abrió los ojos y su mirada se dirigió hacia las llamas parpadeantes del hogar. El calor del fuego reflejaba la agitación dentro de ella, una batalla entre la lógica y la emoción que se libraba silenciosamente bajo la superficie. ¿Cómo era posible que Viktor, el hombre que la había comprado, pudiera hacerla sentir tan protegida? Sabía que debería odiarlo por lo que representaba, por el poder que tenía sobre ella y la vida a la que la había obligado. Pero mientras estaba sentada allí, envuelta en su abrazo, no podía negar la atracción que sentía hacia él, la extraña sensación de pertenencia que conllevaba estar a su lado.

"Lo sé", murmuró, su voz apenas era más que un susurro. "Yo simplemente... no me di cuenta de que sería tan definitivo".

Sus palabras tuvieron más peso del que pretendía. La finalidad de dejar atrás a su padre era una cosa, pero la finalidad de aceptar a Viktor era algo completamente distinto. Había cruzado una línea hoy, una línea que la separaba de su pasado y la empujaba más hacia el mundo de Viktor. Y a pesar de todo (la traición, el dolor, el miedo), no se atrevía a alejarse de él.

Este conflicto interno la carcomía, un recordatorio constante de que se suponía que no debía sentirse así. Viktor había sido el catalizador de todo. Él la había tomado, la había reclamado, remodelado su vida en torno a la suya y ahora la tenía entre sus brazos como si fuera su protector. Y en cierto modo lo era. El mundo de Viktor era violento, despiadado, pero dentro de ese caos, había un extraño tipo de seguridad que nunca antes había conocido. Le aterrorizaba lo mucho que había llegado a confiar en ello, a anhelarlo.

Mientras la mano de Viktor acariciaba suavemente su cabello, Tatiana se dio cuenta de que a pesar de la guerra dentro de ella, ya no era sólo una víctima de las circunstancias. Ella también había tomado decisiones y, de alguna manera, esas decisiones la habían llevado hasta aquí, a ese momento tranquilo e íntimo con el hombre que se suponía odiaría. Pero el odio nunca llegó y ella no supo si sentirse aliviada o asustada por eso.

“Simplemente no me di cuenta de cuánto cambiarían las cosas”, susurró, con la voz teñida por el peso de sus emociones conflictivas.

Viktor no dijo nada, pero su agarre sobre ella se apretó ligeramente, como si entendiera la batalla que ella estaba librando dentro de sí misma. Y en el silencio que siguió, Tatiana supo que no importaba cuánto lo cuestionara, Viktor era el único lugar en el que ahora se sentía como en casa.

"Tenía que ser así", respondió Viktor, su voz firme pero no cruel. “Tu padre tomó su decisión. Ahora has hecho el tuyo”.

Tatiana asintió contra su pecho y sus dedos apretaron su mano. La verdad de sus palabras se instaló en sus huesos y, aunque el dolor todavía estaba allí, también había una sensación de cierre. Había dado el paso que necesitaba y ahora, al borde de su antigua vida, finalmente podía empezar a avanzar.

Después de un largo momento, Tatiana se apartó ligeramente y su mirada se encontró con la de Viktor. Sus ojos, oscuros e intensos como siempre, contenían algo más suave ahora, algo que hacía que su corazón doliera de una manera diferente. Podía ver la preocupación grabada en sus rasgos, pero también había una pregunta allí, algo tácito que persistía entre ellos.

“Quiero entender”, dijo en voz baja, con voz firme a pesar de las emociones que se arremolinaban en su interior. “Quiero entenderte. Esta vida. Todo."

La expresión de Viktor cambió, su mandíbula se apretó mientras miraba hacia otro lado por un momento. Podía ver la vacilación en él, la forma en que sopesaba sus palabras, decidiendo si la dejaría entrar. Ése era un lado de él que ella había vislumbrado antes: el lado cauteloso y protector que mantenía gran parte de él oculto al mundo.

Pero esta noche, en el calor de la luz del fuego, con el peso de su pasado finalmente quitado de sus hombros, Tatiana se sintió lista para saber más. Listo para ver al hombre detrás de los muros que Viktor tan cuidadosamente construyó a su alrededor.

"Por favor", susurró ella, sus dedos rozando ligeramente los de él. "Necesito saber".

Los ojos de Viktor se encontraron con los de ella nuevamente y, en ese momento, Tatiana vio que algo cambiaba. Había allí una vulnerabilidad, una grieta en la armadura que con tanto cuidado mantenía. Y cuando él asintió lentamente, supo que estaba a punto de mostrarle una parte de sí mismo que pocos habían visto jamás.

Por un momento, Viktor pareció perdido en sus pensamientos. Tenía los ojos fijos en el fuego y la mandíbula apretada, como si luchara con algo muy profundo en su interior. Tatiana lo miró, esperando, sintiendo el peso de las palabras no dichas que flotaban entre ellos. Sabía que Viktor no era del tipo que se abría fácilmente: su vida lo había endurecido, había construido muros a su alrededor que ni siquiera ella había traspasado por completo. Pero esa noche había algo diferente en su comportamiento, una vulnerabilidad que ella no había visto antes.

"No hablo de mi pasado", comenzó Viktor, su voz baja y ronca. Hizo una pausa, mirándola por el rabillo del ojo como si estuviera calibrando su reacción. “No porque lo esté ocultando… sino porque hay cosas de las que no estoy orgulloso. Cosas que tuve que hacer para sobrevivir”.

Tatiana permaneció en silencio, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Este era el lado de Viktor que siempre había sentido que estaba ahí, escondido bajo las capas de dominio y control. Y ahora, por primera vez, él estaba descorriendo la cortina, permitiéndole vislumbrar al hombre detrás del poder.

“No siempre fui parte de la Bratva”, continuó, con la mirada todavía fija en el fuego. “No crecí en este mundo. Me arrojaron a eso. Mi padre no era nada: un inmigrante que trabajó hasta la muerte prematura tratando de mantener la comida en la mesa. Mi madre… bueno, ella no duró mucho después de él”.

No había emoción en su voz mientras hablaba de sus padres, pero Tatiana podía escuchar el vacío que persistía debajo de sus palabras. Él le estaba contando hechos,

pero el dolor seguía ahí, enterrado profundamente.

“Cuando era joven no tenía a nadie. Sin familia, sin protección. Aprendí rápidamente que en este mundo, si no luchabas por lo que querías, alguien más te lo quitaba. A las calles... no les importaba quién eras o qué querías. O te adaptaste o desapareciste”.

Los dedos de Tatiana apretaron los suyos, en un pequeño gesto de consuelo. Viktor miró sus manos entrelazadas, sus ojos se suavizaron por un breve momento antes de continuar.

“Yo no elegí esta vida”, dijo, con la voz endurecida. “Pero tomé decisiones que le dieron forma. Tenía que demostrar mi valía ante Nikolai, ante la Bratva, ante todos los que pensaban que yo no era nada. Cada paso en la escalera significaba dejar atrás algo de mí mismo: mi inocencia, mi confianza, mi misericordia. Tenía que convertirme en lo que ellos necesitaban que fuera. Frío. Calculador. Implacable."

A Tatiana se le cortó el aliento en la garganta. Siempre había sabido que Viktor era peligroso; eso había quedado claro desde el momento en que lo conoció. Pero escuchar la cruda verdad de su ascenso al poder, los sacrificios que había hecho, la hizo verlo bajo una nueva luz. Él no era sólo la figura dominante y controladora que ella había llegado a conocer: era un hombre moldeado por la brutalidad del mundo que lo rodeaba, un hombre que había aprendido a sobrevivir por cualquier medio necesario.

“La gente piensa que el poder te hace invencible”, dijo Viktor con tono amargo. “Pero la verdad es que te convierte en un objetivo. Cada día que estoy vivo, hay alguien que quiere derribarme. Ese es el precio de estar en la cima”.

A Tatiana le dolía el corazón mientras escuchaba. Viktor habló de su poder como si fuera una maldición, una pesada carga que tuviera que llevar. Nunca había pensado en el coste de su posición: en cómo los enemigos que se había creado a lo largo de los años acechaban constantemente en las sombras, esperando un momento de debilidad.

"Y luego está Nikolai", continuó Viktor, su voz suavizándose ligeramente. “Él es la única persona en la que he confiado en este mundo. Me dio una oportunidad cuando nadie más la daría. Pero incluso eso tuvo un precio. La lealtad a Nikolai significa lealtad a la Bratva. No hay lugar para la debilidad. No hay lugar para errores”.

Tatiana sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Ella sabía, en cierto nivel, que la vida de Viktor era peligrosa. Pero oírlo hablar tan abiertamente sobre la violencia, los enemigos, la amenaza constante, le hizo darse cuenta de cuánto había sacrificado para convertirse en el hombre que era hoy.

“Has construido algo poderoso”, dijo Tatiana en voz baja, con la voz llena de admiración y empatía. “¿Pero a qué precio, Viktor? ¿Qué has perdido?

Viktor guardó silencio por un momento, apretando la mandíbula mientras consideraba su pregunta. Sus ojos se encontraron con los de ella y, por primera vez, Tatiana vio un destello de algo vulnerable en su mirada.

“Me perdí”, admitió, su voz apenas era más que un susurro. “Me convertí en otra persona: un hombre que hace lo necesario, sin importar el costo. Y a veces me pregunto si queda algo de la persona que solía ser”.

El corazón de Tatiana se retorció dolorosamente ante sus palabras. Podía ver el peso de las decisiones que Viktor había tomado, el precio que le habían cobrado. Pero también vio algo más: debajo del duro exterior, debajo de la personalidad despiadada que él había creado, todavía había un hombre capaz de sentir, de preocuparse.

"No lo has perdido todo", dijo Tatiana suavemente, sus dedos rozando los de él. “Todavía estás aquí. Y eres más de lo que te hizo la Bratva”.

Viktor la miró entonces, sus ojos buscaron los de ella durante un largo y tranquilo momento. Había algo crudo y tácito en su mirada: una emoción que no estaba acostumbrado a expresar, una vulnerabilidad que rara vez dejaba ver.

"Eres el único a quien le he dicho esto", dijo, en voz baja y firme. "El único en quien he confiado lo suficiente como para decir la verdad".

Tatiana sintió que su corazón se hinchaba de emoción. Viktor, el hombre que la había tomado, reclamado y dominado su vida, se estaba abriendo a ella de una manera que no esperaba. Ya no se trataba sólo de poder o control. Se trataba de confianza, de conexión, de algo más profundo de lo que ninguno de los dos había anticipado.

Y en ese momento, Tatiana supo que a pesar de la oscuridad del pasado de Viktor, a pesar de la brutalidad del mundo en el que vivía, estaba empezando a enamorarse de él, no sólo como el hombre que la poseía, sino como el hombre que le había mostrado sus cicatrices.

Capítulo 17

La mirada de Viktor se detuvo en Tatiana, la luz del fuego parpadeando en sus rasgos afilados. Había una suavidad en sus ojos ahora, algo que ella no había visto antes, como si el peso de la conversación que acababan de compartir hubiera quitado una capa del hombre que ella siempre había pensado que era. Ella sintió la intensidad de su presencia, pero no era sofocante: era reconfortante, incluso tranquilizadora. El silencio entre ellos estaba cargado de palabras no dichas, pero no era incómodo. En todo caso, estaba lleno de algo nuevo, algo diferente.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho cuando encontró su mirada, sintiendo el peso de su atención posarse sobre ella como una cálida manta. Su mano, todavía descansando en la parte baja de su espalda, se apretó ligeramente, acercándola. Ella no se resistió. En lugar de eso, se permitió inclinarse hacia él, su cuerpo respondiendo a la proximidad del de él. La tensión entre ellos, que siempre había estado hirviendo justo debajo de la superficie, se sentía diferente esta noche: más cruda, más intensa.

Los ojos de Viktor se posaron en sus labios y Tatiana sintió una oleada de calor recorrer su cuerpo. No era sólo atracción, aunque eso siempre había estado ahí. Era algo más profundo, algo más significativo. Por primera vez, sintió que realmente se estaban viendo el uno al otro, no sólo como los roles que habían estado desempeñando, sino como las personas en las que se estaban convirtiendo juntos.

Se acercó, su aliento cálido contra su piel y el pulso de Tatiana se aceleró. Los dedos de Viktor inclinaron suavemente su barbilla hacia arriba, su pulgar rozó ligeramente su labio inferior. El toque fue tierno, casi reverente, como si estuviera probando los límites de esta nueva conexión. Tatiana cerró los ojos y se le cortó la respiración mientras la anticipación crecía entre ellos.

Entonces, los labios de Viktor se encontraron con los de ella.

El beso comenzó lento, tierno, como si estuviera saboreando el momento, el sabor de ella. El corazón de Tatiana se aceleró cuando sus labios se movieron contra los de ella, suaves pero firmes, y no pudo evitar el suave suspiro que se le escapó mientras se fundía en él. Había ternura en la forma en que la besó, una suavidad que ella no esperaba de un hombre que había pasado su vida ejerciendo poder y control. Pero a

medida que el beso se hizo más profundo, esa ternura dio paso a algo más primario, más urgente.

Las manos de Viktor se deslizaron por su espalda, acercándola hasta que no quedó espacio entre ellos. Tatiana jadeó durante el beso, sus dedos encontraron su camino en su cabello, tirando ligeramente mientras sus labios se movían sobre los de ella con un hambre que reflejaba la suya. Nunca antes había sentido algo así: la necesidad abrumadora, el fuego que ardía dentro de ella cada vez que Viktor la tocaba. Era como si cada centímetro de su cuerpo estuviera vivo, eléctrico, zumbando con la intensidad del momento.

Su mano se deslizó bajo el dobladillo de su camisa, sus dedos recorrieron la piel desnuda de su estómago, y Tatiana se estremeció ante la sensación. Había una posesividad en la forma en que Viktor la tocaba, pero en lugar de miedo, envió un escalofrío de excitación recorriéndola. Ella ya no veía su dominio como algo de lo que debía desconfiar; ahora lo sentía como protección, como si la intensidad de su deseo por ella fuera un escudo que nunca había sabido que necesitaba.

Los labios de Viktor dejaron los de ella por un momento, recorriendo la línea de su mandíbula hasta la sensible piel de su cuello. Tatiana inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras su boca se movía sobre ella, depositando besos apasionados a lo largo de su clavícula. Su respiración se produjo en ráfagas cortas y superficiales mientras sus manos recorrían su cuerpo, tirando de la tela de su camisa con un cuidado deliberado que sólo hizo que ella lo deseara más.

"Viktor..." susurró, su voz temblaba por el peso del deseo que ya no podía contener.

Él se apartó lo suficiente para mirarla, sus ojos oscuros se llenaron de un calor que la hizo sentir como si estuviera al borde de algo que no podía nombrar. Su pulgar trazó la línea de su mandíbula y Tatiana sintió que se le cortaba el aliento cuando él se inclinó y sus labios rozaron su oreja.

"Eres mía", susurró él, su voz baja y áspera, llena de una posesividad que debería haber hecho que su corazón se acelerara de miedo. Pero no fue así. En cambio, envió una sacudida de calor directamente a través de ella, encendiendo un deseo que ardía más que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Los dedos de Tatiana apretaron su cabello, acercándolo mientras su cuerpo respondía a sus palabras con un hambre que la sorprendió. Ya no se sentía en conflicto por el poder que Viktor ejercía sobre ella; en cambio, la excitaba, la hacía sentir deseada, deseada de una manera que no había imaginado que fuera posible. Ella era suya y, por primera vez, la idea no la llenó de temor. La llenó de un sentido de pertenencia.

Sus manos se movieron hacia su pecho, deslizándose debajo de su camisa mientras sentía los músculos duros debajo de las yemas de sus dedos. Viktor gruñó suavemente ante su toque, sus labios encontraron los de ella nuevamente en un beso que fue todo menos gentil. Era feroz, hambriento, como si no pudiera tener suficiente de ella, y Tatiana respondió con la misma intensidad, arqueando su cuerpo contra el de él mientras el calor entre ellos aumentaba.

Las manos de Viktor se deslizaron por sus costados, agarrando la tela de su camisa y pasándola por su cabeza con un movimiento rápido. El aire fresco de la habitación golpeó su piel desnuda, pero fue rápidamente reemplazado por la calidez del toque de Viktor mientras sus manos vagaban sobre ella, reclamando cada centímetro de ella como suyo.

La respiración de Tatiana se convirtió en jadeos irregulares cuando los labios de Viktor recorrieron su cuello, sus manos se movieron hacia el cierre de su sostén, liberándola de la última barrera entre ellos. Ella se estremeció cuando la tela cayó, exponiéndola completamente a él. La mirada de Viktor se oscureció mientras la contemplaba, sus manos ahuecando sus pechos con una ternura que hizo que le doliera el corazón.

"Eres hermosa", murmuró, su voz llena de una reverencia que la tomó por sorpresa.

Las mejillas de Tatiana se sonrojaron ante sus palabras, pero antes de que pudiera responder, los labios de Viktor encontraron los de ella nuevamente, atrayéndola a un beso que no dejó lugar para el pensamiento. Ahora todo era sensación: sus manos, sus labios, el calor de su cuerpo presionándose contra el de ella mientras ambos se rendían a la pasión que se había estado acumulando entre ellos durante tanto tiempo.

Ya no había vuelta atrás. Tatiana había cruzado una línea y, por primera vez, no quería volver atrás. Ella quería esto, lo deseaba, y estaba lista para aceptar cada parte de lo que significaba pertenecer a Viktor.

La mirada de Viktor la quemó mientras la levantaba suavemente del sofá, guiándola hacia el suelo frente al fuego. El suave crepitar de las llamas y el calor que irradiaba el hogar crearon una atmósfera íntima, casi surrealista, mientras se quitaba el resto de la ropa. El momento se sintió suspendido en el tiempo y a Tatiana se le cortó la respiración mientras se dejaba guiar por él.

Ella ya no tenía miedo. No se sentía como la chica que había sido arrojada a un mundo que no entendía. Esta noche, mientras las fuertes manos de Viktor recorrían su cuerpo, sintió algo completamente diferente: una oleada de poder, de control, mientras se entregaba a él no por miedo u obligación sino por deseo. Era una sensación nueva y embriagadora que hacía que su corazón se acelerara.

Los labios de Viktor presionaron suavemente contra su cuello, sus manos recorrieron sus costados mientras la bajaba sobre la suave alfombra junto al fuego. Su toque era a la vez tierno y posesivo, sus dedos rozando su piel con deliberada lentitud, como si quisiera memorizar cada centímetro de ella. Tatiana se estremeció debajo de él, su cuerpo ya anhelaba más. La luz del fuego proyectaba sombras sobre sus cuerpos, resaltando las líneas afiladas de los músculos de Viktor mientras flotaba sobre ella.

Por un momento, Viktor simplemente la miró, sus ojos oscuros con intención. No dijo nada, pero la intensidad de su expresión lo decía todo. Tatiana sintió que se le aceleraba el pulso bajo su mirada, el aire entre ellos estaba denso por un deseo tácito.

Sus manos se movieron hacia sus muslos, separándolos con un dominio sin esfuerzo que hizo que Tatiana se quedara sin aliento. Se sintió expuesta bajo su mirada, pero en lugar de alejarse, se deleitó con ella. Los ojos de Viktor recorrieron su cuerpo, deteniéndose en la humedad entre sus piernas antes de agacharse, sus labios rozando ligeramente la parte interna de su muslo. La sensación envió una descarga eléctrica a través de ella, y se mordió el labio para evitar gemir demasiado fuerte.

Viktor se tomó su tiempo, su boca se abrió camino hacia arriba, provocándola con suaves besos que hicieron que su cuerpo temblara de anticipación. Cuando sus labios finalmente llegaron a su centro, Tatiana ya estaba sin aliento y sus dedos se curvaron en la suave alfombra debajo de ella. El primer toque de su lengua contra su clítoris fue tan suave que casi era una provocación, pero fue suficiente para hacerla jadear y sus caderas se movieron instintivamente hacia él.

Viktor sostuvo sus caderas hacia abajo con firmeza, su dominio la castigó mientras continuaba provocándola con movimientos lentos y deliberados de su lengua. Todo el cuerpo de Tatiana se sentía como si estuviera en llamas, su piel hormigueaba por el placer creciente. Cada movimiento de su lengua, cada remolino y caricia enviaba oleadas de éxtasis que la atravesaban, y podía sentir la tensión enroscándose más y más dentro de ella, amenazando con romperse.

Su respiración se volvió irregular, sus gemidos más fuertes, llenando la habitación junto con el crepitar del fuego. Estaba tan cerca, el borde de su orgasmo aparecía justo a su alcance, pero entonces... Viktor se alejó.

Tatiana dejó escapar un gemido frustrado y abrió los ojos mientras lo miraba. Sus labios brillaban con su excitación, sus ojos brillaban con satisfacción mientras le negaba la liberación que tan desesperadamente anhelaba.

"Todavía no", murmuró, su voz baja y autoritaria.

El cuerpo de Tatiana tembló con la necesidad de correrse, pero ella asintió, su respiración se entrecortó mientras Viktor se movía hacia arriba, besando un lento camino a lo largo de su estómago. Todavía podía sentir el dolor pulsante entre sus piernas, todo su cuerpo en vilo, pero sabía que Viktor tenía el control. Y a ella no le importó. Ya no.

Cuando sus labios encontraron los de ella, el sabor de su propia excitación en su lengua envió otra ola de calor que la recorrió. Ella le devolvió el beso con avidez, sus dedos se enredaron en su cabello mientras lo acercaba más. La conexión entre ellos, tanto física como emocional, era innegable, y Tatiana sintió que caía más profundamente en él, en las sensaciones que él estaba extrayendo de ella.

La boca de Viktor se movió hacia sus pechos, su lengua rodeó uno de sus pezones endurecidos antes de llevárselo a la boca. La espalda de Tatiana se arqueó del suelo, un suave gemido se le escapó cuando sus dientes rozaron su piel sensible. El placer era casi demasiado, demasiado intenso, pero no quería que terminara. La mano de Viktor se deslizó por su cuerpo, sus dedos se deslizaron entre sus piernas, provocando su clítoris una vez más mientras su boca continuaba atacando sus pechos.

Los gemidos de Tatiana se hicieron más fuertes, su cuerpo reaccionaba a cada toque, cada beso, cada movimiento de su lengua y cada caricia de sus dedos. Estaba tambaleándose al borde de la liberación una vez más, su cuerpo temblaba de necesidad. La posesividad de Viktor, la forma en que la reclamaba con cada toque, ya no la asustaba. En cambio, la hizo sentir viva, deseada y completamente consumida por él.

"Eres mía", susurró Viktor contra su piel, su voz llena de una intensidad posesiva que envió un escalofrío de excitación a través de ella.

La respiración de Tatiana se entrecortó y su cuerpo se arqueó ante su toque. "Sí", jadeó, la palabra salió de sus labios sin dudarlo.

Los dedos de Viktor se movieron más rápido, su pulgar presionó contra su clítoris mientras empujaba dos dedos dentro de ella. Tatiana gritó, sus caderas se sacudieron contra su mano mientras el placer aumentaba a un nivel casi insoportable. Su mente era una neblina de sensaciones, su cuerpo se tensaba con cada golpe de sus dedos, cada movimiento de su pulgar.

Justo cuando sintió que se tambaleaba al borde una vez más, Viktor se inclinó y su boca capturó la de ella en un beso abrasador. El sabor de él, el calor de su cuerpo, la sensación de sus dedos dentro de ella... todo era demasiado. El cuerpo de Tatiana se

tensó, sus dedos se clavaron en los hombros de Viktor mientras su orgasmo se estrellaba sobre ella como un maremoto.

Ella gritó su nombre, su cuerpo temblaba por la fuerza de su liberación, pero Viktor no se detuvo. Sus dedos continuaron trabajando en ella, extrayendo hasta el último trozo de placer hasta que Tatiana se convirtió en un desastre tembloroso y jadeante debajo de él.

Viktor se echó hacia atrás ligeramente, sus ojos oscuros se llenaron de satisfacción mientras la veía bajar de su altura. La besó de nuevo, esta vez más suave, su mano acariciando suavemente su muslo mientras su cuerpo se relajaba lentamente.

El pecho de Tatiana se agitaba mientras luchaba por recuperar el aliento, pero la satisfacción en la mirada de Viktor la hacía sentir poderosa, como si acabara de darle algo que él necesitaba tanto como ella.

Pero Viktor aún no había terminado.

La mirada de Viktor se oscureció mientras se posicionaba encima de Tatiana, su respiración era pesada mientras se movía entre sus piernas, la luz del fuego parpadeaba sobre sus cuerpos. El calor de su piel presionó contra la de ella y el corazón de Tatiana se aceleró con anticipación. Podía sentir la tensión entre ellos creciendo, espesa y eléctrica, mientras Viktor colocaba su peso contra ella, sus manos agarraban sus caderas con una autoridad posesiva que le provocaba escalofríos por la espalda.

Por un momento, él simplemente la mantuvo allí, sus ojos se encontraron, el aire a su alrededor estaba cargado de un deseo tácito. El pulso de Tatiana se aceleró y su cuerpo se arqueó instintivamente hacia él, ansiando la liberación que sólo él podía proporcionarle. Ya no tenía miedo del control que él ejercía sobre ella; en cambio, la excitaba, encendiendo un fuego profundo dentro de ella que la hacía doler de necesidad.

La mirada de Viktor nunca abandonó la de ella mientras lentamente la empujaba, llenándola centímetro a centímetro. Tatiana jadeó, la sensación abrumadora mientras él la estiraba, la plenitud de él hizo que su cuerpo se apretara alrededor de él en respuesta. El mundo que los rodeaba parecía desdibujarse, reducido a nada más que el calor de su cuerpo contra el de ella, el sonido de sus respiraciones mezcladas y la profunda conexión que palpitaba entre ellos.

Sus embestidas iniciales fueron lentas y deliberadas, cada movimiento medido como si estuviera saboreando cada segundo de estar dentro de ella. Las manos de Tatiana se

alzaron, agarrando sus brazos en busca de apoyo mientras su cuerpo se adaptaba a la plenitud de él. Sus uñas se clavaron en su piel mientras sus caderas se movían al ritmo de las de él, el lento ritmo de sus cuerpos moviéndose juntos avivaba el fuego de su deseo hasta que ardía al rojo vivo.

Con cada embestida, Viktor empujó más profundamente dentro de ella, y la respiración de Tatiana se convirtió en jadeos irregulares, su cuerpo temblaba debajo de él mientras el placer crecía con cada movimiento. La forma en que él la llenó, la forma en que su cuerpo se movía contra el de ella, envió ondas de calor que la recorrieron, y pudo sentir que comenzaba a desmoronarse debajo de él, sus gemidos se hacían más fuertes, más desesperados.

Pero entonces, sin previo aviso, Viktor se movió.

Con un movimiento rápido y fluido, agarró uno de los tobillos de Tatiana y lo levantó por encima de su hombro, cambiando instantáneamente el ángulo de su penetración. Tatiana jadeó, la nueva sensación era tan abrumadora que gritó, sus manos volaron para agarrar los brazos de Viktor en busca de apoyo. La profundidad de sus embestidas era ahora más profunda, más intensa, y la mente de Tatiana daba vueltas mientras intentaba recuperar el aliento.

Su cuerpo estaba en llamas, cada nervio encendido con la sensación cuando Viktor empujó dentro de ella de nuevo, esta vez con más fuerza. La intensidad de eso envió ondas de placer a través de ella, y la mente de Tatiana luchó por mantenerse al día con las sensaciones que la inundaban. Era casi demasiado, casi más de lo que podía soportar, pero al mismo tiempo no quería que terminara. Ella quería más. Ella lo anhelaba.

El agarre de Viktor sobre ella se hizo más fuerte, sus movimientos se volvieron más exigentes mientras repetía el movimiento con la otra pierna de ella, levantándola sobre su hombro opuesto. La nueva posición lo envió aún más profundamente dentro de ella, y la cabeza de Tatiana cayó hacia atrás contra el suelo, sus labios se abrieron mientras un gemido se le escapaba. El placer era indescriptible, todo su cuerpo temblaba mientras los embates de Viktor se hacían más fuertes, más rápidos, cada uno de ellos acercándola al borde.

"Viktor", jadeó, su voz temblaba de necesidad, sus manos se aferraban a él mientras su cuerpo se arqueaba debajo de él. "I-"

Pero ella no pudo terminar. Las palabras se perdieron cuando el ritmo de Viktor se aceleró, su dominio y control nunca flaquearon mientras la empujaba a sus límites. Las piernas de Tatiana temblaron sobre sus hombros, la sensación de él llenándola por

completo hizo que su cuerpo palpitara con un placer tan intenso que sintió como si fuera a destrozarse debajo de él.

Sus gemidos se hicieron más fuertes, su cuerpo se movía en perfecto ritmo con el de él mientras se aferraba a él, sus dedos se clavaban en su piel. Podía sentir que se acercaba al borde, la tensión dentro de su edificio a un nivel casi insoportable mientras Viktor empujaba dentro de ella de nuevo, sus movimientos duros e implacables. La luz del fuego parpadeaba a su alrededor, proyectando sombras en las paredes mientras sus cuerpos se movían juntos, el calor entre ellos ardía como un infierno.

El cuerpo de Tatiana se tensó, cada músculo se contrajo cuando el placer se volvió demasiado difícil de soportar. Se sentía como si estuviera tambaleándose al borde, su mente era una neblina de sensaciones, cada centímetro de ella temblaba de anticipación. La forma en que Viktor se movía dentro de ella, la forma en que sus manos agarraron sus caderas mientras la penetraba más fuerte y más profundamente, la estaba empujando más cerca del punto sin retorno.

"No puedo..." jadeó, su respiración se hizo corta y desesperada. “Víctor, yo…”

Pero antes de que pudiera terminar, su orgasmo la golpeó como un maremoto, estrellándose sobre ella con una fuerza que la dejó sin aliento. Tatiana gritó, arqueando la espalda del suelo mientras su cuerpo se apretaba alrededor de él, el placer desgarrándola en oleadas intensas e incontrolables. Agarró los brazos de Viktor, sus uñas se clavaron en su piel mientras su cuerpo se estremecía con la fuerza de su liberación, sus gritos llenaban la habitación mientras se sentía abrumada por la intensidad de todo.

Viktor no se quedó atrás. El sonido del placer de Tatiana, la forma en que su cuerpo se apretó alrededor de él, lo llevó al límite. Con un gemido profundo y gutural, la empujó por última vez, su cuerpo se tensó mientras se liberaba dentro de ella. Tatiana pudo sentir el calor de su liberación, la forma en que sus músculos se tensaron bajo su toque, y el sonido de su placer envió otro escalofrío de satisfacción a través de ella.

Durante un largo momento permanecieron así, con sus cuerpos entrelazados mientras el fuego crepitaba suavemente a su lado. El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho, su cuerpo todavía temblaba por la intensidad de su forma de hacer el amor, pero ahora había una extraña sensación de paz que la invadía. Viktor la había reclamado por completo, no sólo físicamente, sino también emocionalmente.

Mientras Viktor bajaba las piernas de ella desde sus hombros, sus manos ahora más suaves, se inclinó y le dio un suave beso en los labios. Fue un gesto tierno, casi reverente, un marcado contraste con la pasión cruda y primaria que acababan de

compartir. El corazón de Tatiana se hinchó cuando le devolvió el beso, sus manos se deslizaron por su cabello mientras lo acercaba más.

Ella era suya. Completamente.

Después, Viktor tomó a Tatiana en sus brazos, su cuerpo todavía cálido y resbaladizo por la intensidad de su pasión. El fuego crepitaba suavemente a su lado, proyectando sombras parpadeantes en las paredes, la suave luz pintaba sus cuerpos entrelazados con un brillo casi etéreo. Tatiana se acurrucó contra él, con la cabeza apoyada en su pecho mientras escuchaba el ritmo constante de su respiración, sintiendo el ascenso y descenso de su pecho debajo de su mejilla.

Durante mucho tiempo ninguno de los dos habló. El silencio entre ellos no era incómodo: era pacífico, lleno de una sensación de calma que Tatiana no había experimentado en mucho tiempo. Su mente todavía daba vueltas, su cuerpo todavía hormigueaba con los restos del placer que acababan de compartir, pero ahora había algo diferente. Algo más profundo.

Los brazos de Viktor se apretaron alrededor de ella, sus dedos trazaron suavemente la curva de su columna mientras yacían juntos en el suelo, con sus cuerpos entrelazados. Tatiana cerró los ojos y su respiración se hizo más lenta mientras se permitía hundirse en el momento, sintiendo una extraña sensación de seguridad en su abrazo. Sabía que no debería sentirse así: él era la razón por la que su vida había sido desarraigada, el hombre con el que se había visto obligada a casarse como parte de un trato que había hecho su padre. Y, sin embargo, a pesar de todo eso, no podía negar la atracción que sentía hacia él, la forma en que su presencia parecía calmar la tormenta dentro de ella.

Ella se movió ligeramente y giró el rostro hacia arriba para mirarlo. El rostro de Viktor era más suave ahora, los bordes duros de su habitual expresión estoica fueron reemplazados por algo más gentil. Su mirada se encontró con la de ella, oscura e intensa, pero ya no había la fría distancia que ella había sentido una vez. En cambio, había calidez, una silenciosa vulnerabilidad que rara vez mostraba. Extendió la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara, sus dedos se detuvieron en su mejilla mientras su pulgar acariciaba suavemente su piel.

El corazón de Tatiana se hinchó, una avalancha de emociones la invadió mientras lo miraba. Este hombre, que una vez la había aterrorizado, que la había reclamado tan completamente, ahora era alguien a quien comenzaba a ver bajo una luz diferente. Todavía había una parte de ella que luchaba por reconciliar las complejidades de su relación (la dinámica de poder, el dominio que él ejercía sobre ella), pero con cada momento que pasaba, esos pensamientos parecían desvanecerse en un segundo plano.

"Soy tuya", susurró, su voz apenas audible, pero las palabras parecían correctas. Por primera vez, no cargaron con el peso del miedo o la sumisión. Se sintieron aceptados.

Los ojos de Viktor se oscurecieron y, por un momento, Tatiana creyó ver un destello de algo crudo y desprevenido en su mirada. Él no habló, pero sus dedos se movieron para acariciarle suavemente la barbilla y levantar su rostro hacia el suyo. Sus labios rozaron los de ella en un beso suave y tierno, muy lejos del calor apasionado que acababan de compartir. Esto fue diferente. Esto fue íntimo de una manera que Tatiana no esperaba.

Ella le devolvió el beso, su mano descansando sobre su pecho mientras sus labios se movían juntos, lento y deliberado. No había prisa ni urgencia. Sólo ellos. Sólo la silenciosa comprensión de que algo había cambiado entre ellos, algo que ninguno de los dos podía explicar del todo, pero ambos lo sentían.

Cuando el beso se rompió, Viktor la acercó aún más, su barbilla descansando en la parte superior de su cabeza mientras yacían frente al fuego. Su toque era diferente ahora: menos posesivo, más tierno. Tatiana podía sentir el cambio en él, la forma en que su mano se detenía en su piel, la forma en que la abrazaba como si no quisiera dejarla ir.

Su mente volvió a la conversación que acababan de tener, al vistazo que él le había dado de su pasado, del hombre en el que se había convertido. Pensó en el dolor que debió haber soportado, las decisiones que había tomado, la vida que había vivido. Y, sin embargo, a pesar de todo eso, había algo innegablemente humano en él, algo que la hacía sentir conectada con él de una manera que no esperaba.

"Eres diferente esta noche", susurró Tatiana, su voz suave mientras lo miraba de nuevo. "Siento que estoy viendo tu verdadero yo".

Viktor no respondió de inmediato, su mirada se dirigió al fuego por un momento antes de regresar a la de ella. Su mano se deslizó por su cabello, su toque suave pero firme, y dejó escapar un suspiro. "Quizás lo seas", admitió, con la voz áspera por la emoción. "O tal vez eres el único al que dejé que me viera de esta manera".

El corazón de Tatiana se aceleró ante sus palabras, su pecho se apretó al darse cuenta de cuánto peso tenían. Este hombre, temido por tantos, que tenía tanto poder, le estaba permitiendo ver un lado de él que nadie más había visto. Ella no era sólo su esposa de nombre: se estaba convirtiendo en algo más para él. Y a su vez, Viktor se estaba volviendo más para ella de lo que jamás creyó posible.

Al darse cuenta, la estremeció, pero también le trajo una sensación de paz. Había estado luchando contra esta conexión durante mucho tiempo, resistiendo la atracción

que sentía hacia él, aferrándose a los restos de su antigua vida. Pero ahora, mientras yacía en sus brazos, empezó a comprender que su antigua vida había desaparecido. No había vuelta atrás. Y cuanto más se dejaba hundir en la realidad de su nueva vida, más se daba cuenta de que no quería volver atrás.

Capítulo 18

El suave parpadeo de la luz del fuego bailó a través de las paredes del estudio de Viktor, proyectando largas y cambiantes sombras que parecían reflejar la inquietud dentro de él. Era tarde y la propiedad se había acomodado en la tranquilidad de la noche, pero la mente de Viktor se negaba a encontrar la paz. Estaba sentado en su silla de cuero, con el peso de un vaso de whisky en equilibrio en su mano, pero no había tomado un sorbo en lo que le parecieron horas. El líquido ámbar se arremolinaba perezosamente, intacto, mientras sus pensamientos se agitaban inquietos.

La semana pasada lo había puesto a prueba de maneras que no había previsto. Introducir a Tatiana más profundamente en su mundo siempre había sido parte del plan, pero había subestimado la complejidad emocional que despertaría en su interior. Lo que había comenzado como un simple acuerdo, una deuda pagada, se había convertido en algo más enredado, algo más peligroso. No era peligroso por las amenazas externas que constantemente acechaban en las sombras (ésas las podía manejar), pero sí por el cambio dentro de sí mismo.

Viktor no esperaba cuidarla así. La posesividad siempre había sido parte de su naturaleza: exigía lealtad, exigía control y reclamaba lo que era suyo sin dudarlo. Pero con Tatiana, se estaba convirtiendo en algo más que posesión. Podía sentirlo, esta emoción desconocida arrastrándose hasta los bordes de su mente, haciéndolo más protector, más... vulnerable. La sola palabra le hizo apretar los dientes.

Los últimos días habían sido un torbellino de eventos y compromisos sociales. Había llevado a Tatiana con él a algunas reuniones, presentándole los rostros que ocupaban su mundo. Ella había permanecido a su lado, tranquila pero observadora, su presencia tranquilizadora e inquietante al mismo tiempo. Había algo en tenerla con él que lo hacía sentir más anclado, pero también más expuesto. Cada mirada que otro hombre lanzaba hacia ella, cada susurro intercambiado mientras pasaban, encendía un fuego dentro de él, uno que no tenía nada que ver con proteger su imagen y sí con la idea de que ella fuera tocada, o incluso mirada, por alguien más.

Se reclinó en su silla y exhaló lentamente mientras su mirada se fijaba en las llamas que lamían el hogar de piedra. Siempre había mantenido un estricto control sobre el mundo que lo rodeaba. Cada movimiento fue calculado, cada relación definida por el

poder y el control. Pero esto, esto con Tatiana, lo estaba desequilibrando. La intensidad de sus sentimientos por ella lo inquietaba, y Viktor odiaba sentir algo que no fuera el control.

Su agarre se hizo más fuerte alrededor del cristal. Ella era suya ahora y, sin embargo, la idea de compartirla con este mundo parecía un riesgo inaceptable. La Bratva no se trataba sólo de lealtad y poder; se trataba de sobrevivir frente a amenazas constantes. Sabía lo que había en las sombras. Los enemigos siempre estaban dando vueltas, esperando un momento de debilidad para atacar. Y ahora Viktor tenía algo que perder.

Sus pensamientos se dirigieron a la creciente tensión entre las filas de la Bratva. Había estado recibiendo advertencias sutiles, rumores de malestar, amenazas de facciones rivales. Nada evidente todavía, pero no era tonto: sabía lo rápido que podían cambiar las cosas. Saberlo le carcomía, un recordatorio persistente de la precariedad de su posición. Pero no era su vida lo que le preocupaba.

El rostro de Tatiana apareció en su mente: esos ojos muy abiertos e inocentes que alguna vez lo miraron con miedo pero que ahora comenzaban a suavizarse, a confiar. No merecía esa confianza. Víctor lo sabía. La habían arrojado a este mundo, entregada a él como moneda de cambio. Ella no debería sentirse segura con él. Y, sin embargo, el conocimiento de que ella lo hacía, que había comenzado a aceptarlo, agitó algo profundo y primitivo en su pecho.

Todavía no le había permitido entrar en las partes más oscuras de su vida. La mantuvo cerca pero la protegió de las verdades más feas de su mundo. Las cenas, las reuniones sociales, todo eso era bastante seguro. Pero la violencia, la sangre, las traiciones... ese era el lado de su vida al que nunca podría exponerla. Al menos eso es lo que se dijo a sí mismo. Pero la realidad fue más complicada. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más la deseaba a su lado, incluso en los momentos más oscuros. Ella se estaba convirtiendo en una parte de él, una parte que no quería ocultar, aunque cada pensamiento racional en su mente le decía que debería hacerlo.

Viktor finalmente tomó un lento sorbo de whisky, el ardor del alcohol hizo poco para aliviar la tensión enrollada dentro de él. No era un hombre que amaba. No creía en ello, no como otros. El amor, en su mundo, era una debilidad, algo que podía explotarse. Lo había visto demasiadas veces antes: hombres arrodillados por emociones que los hacían vulnerables, los ciegan ante los peligros que los rodeaban.

¿Pero era eso lo que era esto? ¿Estaba... enamorándose de ella?

Se burló suavemente ante la idea, pero la incomodidad en su pecho no desapareció. Lo mordió, lo hizo moverse en su asiento como si intentara sacudirse el peso. No sabía si

era capaz de amar, no en la forma suave y gentil en que otros hablaban de ello. Pero sabía que no podía soportar la idea de perderla. ¿Y no fue eso, de alguna manera, amor? ¿El deseo de protegerla, de mantenerla cerca, de asegurarse de que ella siempre fuera suya?

Viktor se pasó una mano por el cabello, con la mandíbula apretada mientras el fuego crepitaba suavemente en el fondo. La idea de lo que le haría a cualquiera que se atreviera a amenazar su seguridad le provocó una oleada de ira, pero fue seguida por algo más: una sensación de hundimiento en el estómago. Su mundo era violento, brutal e implacable. Él podría protegerla ahora, pero ¿por cuánto tiempo?

El peligro se acercaba. Podía sentirlo, como si se apretara una soga. Y cuanto más se acercaba, más se daba cuenta de cuán profundamente Tatiana se había entrelazado en su vida. Ella ya no era sólo una posesión. Ella era algo más.

Y eso le asustó muchísimo.

La casa estaba en silencio cuando Viktor decidió salir del estudio. El fuego había ardido lentamente, arrojando un tenue resplandor anaranjado a través de la habitación mientras bebía lo último de su whisky y se levantaba. Su cuerpo se sentía tenso, los músculos contraídos por la tensión de una semana que había pasado al límite. Habían pasado por su mente demasiados pensamientos, demasiadas emociones conflictivas esa noche. Estaba acostumbrado a tomar decisiones con rapidez, con elecciones claras. Pero cuando se trataba de Tatiana, ya nada parecía sencillo.

Se pasó una mano por la cara y sus dedos rozaron la barba incipiente de su mandíbula antes de dirigirse hacia el dormitorio. Probablemente Tatiana se había acostado hacía horas, pero la perspectiva de verla, de estar cerca de ella, le ofrecía una sensación de consuelo que no sabía que necesitaba.

Cuando abrió la puerta de su habitación, lo recibió el suave resplandor de una lámpara de noche, bañando la habitación con una luz cálida. Tatiana estaba sentada en la cama, con un libro en sus manos, pero sus ojos se levantaron en el momento en que Viktor entró. Había algo en verla allí, cómoda en su espacio, que lo hizo detenerse. Ella encajaba ahora en esta habitación, como si siempre hubiera pertenecido allí, y ese pensamiento despertó algo en lo más profundo de su interior, algo más que simple posesión.

Su mirada lo siguió mientras él se movía por la habitación, su presencia imponente como siempre. Viktor tenía una manera de llenar un espacio, de hacerlo sentir más pequeño con solo estar en él. Pero esta noche había una energía diferente en él, una tensión que se adhería a sus movimientos como una segunda piel.

"Llegas tarde", dijo Tatiana en voz baja, su voz mezclada con preocupación mientras cerraba su libro y lo dejaba a un lado.

Viktor gruñó en respuesta, sentándose pesadamente en el borde de la cama. Se quedó mirando al suelo por un momento, con las manos apoyadas en los muslos, como si sopesara la decisión de hablar o permanecer en silencio. Su mente era un campo de batalla, dividida entre la necesidad de mantener todo bajo llave y el creciente deseo de dejarla entrar. Esto no era algo a lo que estuviera acostumbrado: este sentimiento de querer compartir, ser vulnerable.

Tatiana lo observó atentamente, frunciendo el ceño mientras el silencio se prolongaba. Podía sentir la pesadez en el aire, el peso de algo no dicho colgando entre ellos. Viktor siempre fue fuerte, siempre tuvo el control, pero esta noche, hubo una grieta en su armadura y eso la atrajo.

"¿Qué ocurre?" preguntó en voz baja, su voz suave pero insistente.

La mandíbula de Viktor se apretó y, por un momento, no respondió. No era un hombre que compartiera sus pensamientos fácilmente. El control era su moneda de cambio y la vulnerabilidad era un lujo que no podía permitirse. Pero la mirada en sus ojos (la silenciosa preocupación, la silenciosa súplica de honestidad) hizo que algo cambiara dentro de él. Exhaló lentamente, inclinándose hacia adelante y con los codos apoyados en las rodillas.

"El mundo en el que vivo... no es seguro", comenzó con voz áspera, como si las palabras mismas estuvieran raspando las paredes de su garganta. "Siempre lo he sabido. He construido mi vida en torno a ello. Puedo manejarlo. Estoy acostumbrado a las amenazas, la violencia, el peligro constante. Pero contigo..." Hizo una pausa, su mirada se endureció. mientras él miraba al suelo, incapaz de mirarla. "Contigo es diferente."

El corazón de Tatiana palpitaba en su pecho y se inclinó ligeramente hacia adelante, con las manos apoyadas en su regazo mientras esperaba que él continuara. Viktor no habló así. Él siempre estuvo tan controlado, tan cauteloso, y escucharlo admitir que algo (alguien) había sacudido ese control hizo que su pecho se apretara con una emoción que no estaba segura de cómo nombrar.

"Eras una deuda pagada", dijo después de un largo momento, con voz baja y mesurada, como si se recordara a sí mismo los hechos. "No deberías haber sido más que eso. Una transacción. Pero..." Vaciló de nuevo, flexionando los dedos y tensando los músculos. "Es más que eso ahora".

La admisión quedó flotando en el aire entre ellos, pesada y cruda. Viktor finalmente giró la cabeza para mirarla, sus ojos oscuros eran intensos y llenos de algo que ella no había visto antes. Vulnerabilidad. Miedo. Y algo más, algo más profundo.

"No puedo perderte, Tatiana".

Las palabras la golpearon como una fuerza física y a Tatiana se le cortó el aliento en la garganta. Nunca había visto a Viktor así, nunca lo había visto tan expuesto, tan real. El hombre que había dominado su mundo, que había reclamado su cuerpo y alma, estaba sentado a su lado, admitiendo que tenía miedo de algo que no podía controlar.

"He estado tratando de mantenerte cerca", continuó, su voz ahora era un susurro áspero. "Pero cuanto más te traigo a mi mundo, más me doy cuenta de lo peligroso que es para ti. Y odio eso. Odio no poder protegerte de todo eso. Puedo protegerte de los hombres que quieren hacerte daño, de los enemigos que nos rodean... ¿pero el mundo mismo no sé si puedo protegerte de eso?

El pecho de Tatiana se apretó ante sus palabras y, sin pensarlo, extendió la mano y colocó su mano sobre la de él. Sus dedos estaban fríos contra los de ella, pero ella no se apartó. En cambio, apretó suavemente, ofreciéndole un pequeño pero significativo gesto de consuelo. La mirada de Viktor cayó a sus manos, y por un momento, simplemente se quedó mirando, como si tratara de entender el significado de un toque tan simple.

"No tienes que protegerme de todo", dijo suavemente, con voz firme a pesar del torbellino de emociones que se arremolinaban en su interior. " No tengo miedo."

"Deberías estarlo," murmuró Viktor, su mano apretando la de ella. "Deberías tener miedo de todo".

Tatiana negó con la cabeza, manteniendo firme su agarre en la mano. "Confío en ti", dijo con voz firme. "No dejarás que me pase nada".

Los ojos de Viktor volvieron a los de ella y pudo ver el conflicto arrasándose dentro de él. Quería creerle, quería creer que podía protegerla de todo. Pero en el fondo sabía que eso no era cierto. El mundo en el que vivían no ofrecía garantías. No ofrecía seguridad. Y cuanto más se preocupaba por ella, más peligrosas se volvían las cosas.

Pero Tatiana no se echaba atrás. Ahora podía ver las grietas en su armadura, el hombre detrás del exterior dominante. No sólo estaba tratando de controlarla; estaba

tratando de protegerla, protegerla de lo peor de su mundo. Y al hacerlo, estaba revelando lo mucho que ella significaba para él.

"No voy a ir a ninguna parte", dijo en voz baja, su voz apenas era más que un susurro. "No importa qué."

La mirada de Viktor se suavizó ligeramente, la tensión en sus hombros se aflojó mientras asimilaba sus palabras. Por un momento, la habitación se llenó con nada más que el sonido de su respiración, el crepitar del fuego y el peso de todo lo no dicho entre ellos. Luego, lentamente, Viktor extendió la mano y tomó su rostro entre sus manos, su pulgar rozó suavemente su mejilla.

"No sabes en lo que te estás metiendo", murmuró, su voz llena de advertencia y algo más, algo más profundo.

Tatiana se inclinó hacia su toque, su corazón se hinchó mientras lo miraba a los ojos. "Sí," susurró. "Y todavía estoy aquí".

Ese fue el momento en que Viktor lo supo: esto ya no era sólo posesión. No se trataba sólo de control o dominio. Esto era algo mucho más peligroso. Y por mucho que le aterrorizara, no podía darle la espalda.

Tatiana era suya.

Y nada iba a cambiar eso.

La luz del sol que se filtraba a través de los grandes ventanales de la oficina de Viktor hizo poco para disipar la oscuridad que se había apoderado de sus pensamientos. Estaba de pie detrás de su enorme escritorio de roble, con las manos apoyadas en la madera pulida mientras contemplaba los informes extendidos ante él. La habitual conducta tranquila y calculada que tan bien llevaba era más difícil de mantener hoy. La noticia que acababa de recibir lo carcomía, poniendo al límite sus ya agudizados instintos.

Frente a él estaba Mikhail, uno de sus hombres de mayor confianza, con una expresión tan sombría como el mensaje que acababa de entregar. La tensión en la habitación era palpable, espesa por el peso de la información que colgaba entre ellos.

"Una facción rival se está moviendo", dijo Mikhail, en voz baja y firme, aunque Viktor podía escuchar el trasfondo de urgencia. “Han estado poniendo a prueba nuestros límites desde hace un tiempo, pero esto es más que eso. Se habla de que se avecina algo grande”.

La mandíbula de Viktor se tensó y sus ojos se estrecharon mientras procesaba las palabras. Esto no era inesperado (había estado anticipando algún tipo de movimiento por parte de sus enemigos durante semanas), pero el momento era preocupante. El mundo de Bratva era uno de constantes cambios de poder y violencia latente, pero Viktor siempre había prosperado en ese caos, doblándolo a su voluntad. Pero ahora las cosas eran diferentes.

Tatiana era diferente.

"¿Cuál es la probabilidad de un ataque?" Preguntó Viktor, su voz tranquila, aunque su mente ya estaba repasando los posibles escenarios. Podía sentir que los límites de su control se desgastaban ligeramente, algo que se había vuelto más frecuente desde que Tatiana había entrado en su vida.

"Están fingiendo", respondió Mikhail. “Pero la información sugiere que esta vez hablan en serio. Han estado en silencio durante demasiado tiempo. Es un ataque o una medida para interrumpir uno de nuestros acuerdos”.

Viktor dejó escapar un lento suspiro, flexionando sus dedos contra el escritorio mientras consideraba las implicaciones. La Bratva podía manejar una perturbación o una confrontación; ya había pasado por innumerables batallas y luchas de poder antes. Pero ahora sus pensamientos seguían derivando hacia Tatiana. Cuanto más intentaba sacarla de su mente, más ferozmente permanecía su imagen.

No podía permitirse el lujo de distraerse.

“Dile a los hombres que se mantengan alerta. Duplica la seguridad alrededor de la finca”, ordenó Viktor, con voz firme. No podía permitir que el enemigo pensara que tenía la ventaja. “Y aumentar la vigilancia de nuestras empresas. Si hacen un movimiento, quiero saberlo incluso antes de que crucen la línea”.

Mikhail asintió pero dudó antes de volver a hablar. “¿Qué pasa con tu esposa?”

Los ojos de Viktor se alzaron para encontrarse con los de Mikhail, la pregunta del hombre despertó algo profundo y primitivo dentro de él. Sabía lo que Mikhail estaba sugiriendo: mantener a Tatiana oculta, protegida del peligro que se acercaba. Fue la

elección lógica, la estratégica. Por un breve momento, Viktor lo consideró. Lo había pensado más veces de las que admitiría. Tatiana era preciosa para él de una manera que no había previsto, y el instinto de protegerla (de protegerla de la violencia y el derramamiento de sangre que marcaban su mundo) era una fuerza feroz, casi abrumadora.

Pero la idea de mantenerla encerrada lo carcomía. Su lado más oscuro y posesivo salió a la superficie, erizado ante la idea de esconderla. Ella no era frágil. Ella no era una cosa delicada que necesitaba ser escondida fuera de la vista. Ella era suya. Su esposa. Su mujer. La idea de mantenerla alejada de él, aunque fuera para su protección, era insoportable. Se sentía como una especie de derrota, como admitir que había una debilidad en él, algo que podía usarse en su contra.

Tatiana pertenecía a él. Estaba más segura cuando estaba cerca de él; nadie podía protegerla como él. Viktor había construido su vida basándose en el control, en la capacidad de dominar y proteger lo que era suyo. Tatiana no fue diferente. Ella era su responsabilidad ahora y nadie podía protegerla mejor que él.

"Ella se queda conmigo", dijo Viktor, su voz ahora más fría, su decisión definitiva. "No la esconderé".

Mikhail vaciló, el peso de la preocupación silenciosa flotando en el aire entre ellos. Sabía que no debía cuestionar a Viktor, pero la cautela en sus ojos permaneció, su tono cauteloso mientras hablaba de nuevo. “Entiendo, Víctor. Pero ya sabes cómo funciona este mundo. Si creen que pueden llegar hasta usted a través de ella...

"No lo harán", lo interrumpió Viktor, su voz acerada, inflexible. “Nadie la tocará”.

No fue sólo una declaración; era un voto, una promesa forjada en la voluntad de hierro que había construido el imperio de Viktor. Su agarre se apretó alrededor del borde del escritorio, la cruda intensidad de su posesividad burbujeaba justo debajo de la superficie. No permitiría que usaran a Tatiana en su contra. No dejaría que nadie se acercara lo suficiente como para siquiera intentarlo. Ella era suya para protegerla, y el único lugar donde estaría segura era a su lado, bajo su vigilancia, donde podría protegerla de la tormenta que se acercaba.

Tatiana ya no era sólo una parte de su mundo. Ella era el centro de ello. Y Viktor Volkov no perdió lo que era suyo.

La habitación quedó en un pesado silencio, el único sonido era el suave crepitar del fuego en la chimenea. Pero la mente de Viktor estaba lejos de estar quieta. Podía sentir el peso de sus decisiones presionándolo, el familiar impulso del deber chocando con la

desconocida oleada de emoción que Tatiana despertaba en su interior. Su mundo siempre había girado en torno al control, al poder, y nunca había permitido que nada ni nadie lo desviara de ese camino.

Hasta ahora.

Tatiana se había convertido en algo más que una simple posesión, más que una mujer a la que podía dominar y reclamar. Ella era suya de una manera que iba más allá de ser dueña de ella, y esa comprensión lo asustaba más que cualquier amenaza de la Bratva rival.

"Si la amenaza se vuelve más inmediata", comenzó Mikhail, con voz cautelosa, "podemos tomar precauciones adicionales y enviarla a una casa segura".

La mandíbula de Viktor se apretó. La idea de despedirla le parecía una admisión de que él mismo no podía protegerla. No era un hombre que dependiera de otros para lo que podía hacer con sus propias manos. Pero la realidad de la situación lo estaba carcomiendo. Su mundo era peligroso, más peligroso que nunca ahora que los rivales se acercaban y los riesgos eran mayores gracias a ella.

"Yo me encargaré," dijo Viktor finalmente, su tono definitivo. “Ella se queda conmigo. Ese es el lugar más seguro para ella”.

Mikhail asintió nuevamente, aceptando la decisión. Viktor lo miró por un momento, luego volvió su mirada a los papeles sobre su escritorio. El mundo exterior estaba cambiando, peligroso e incierto, y el control de Viktor se estaba escapando de maneras que no le gustaban.

Pero una cosa permaneció constante: Tatiana era suya. Y él la protegería, sin importar lo que costara.

Después de que Mikhail se fue, Viktor se recostó en su silla, con los dedos entrelazados debajo de la barbilla mientras miraba las llamas parpadeantes en el hogar. Su mente repasó las posibilidades: las amenazas, los enemigos, las estrategias que necesitaría emplear para evitar que todo se desmoronara. Pero por mucho que intentara concentrarse, sus pensamientos seguían volviendo a ella.

Tatiana era más que una simple vulnerabilidad. Ella era parte de él ahora, y eso lo asustó de una manera que no esperaba.

Pensó en ella en su cama, su suave piel contra la suya, su cuerpo cediendo a su tacto. La forma en que sus ojos lo miraban, llenos de confianza, incluso después de todo lo que había pasado. Fue esa confianza lo que más lo puso nervioso. Ella creía en él, creía que él podría protegerla, y esa creencia era peligrosa.

Porque por primera vez en su vida, Viktor no estaba seguro de poder hacerlo.

La idea de perderla, de que algo le pasara por culpa de él, era un peso que no había previsto. Siempre había estado dispuesto a hacer sacrificios, a hacer lo que fuera necesario para asegurar su poder y su posición. Pero con Tatiana, lo que estaba en juego era diferente. Ya no estaba simplemente protegiendo su imperio; él la estaba protegiendo.

Y eso lo hacía vulnerable como nunca antes lo había sido.

Viktor se puso de pie, la tensión en su cuerpo lo inquietaba. Se acercó a la ventana y contempló la extensa propiedad que había construido con sus propias manos. La nieve caía ligeramente, cubriendo el terreno con una capa blanca, pero debajo de esa fachada pacífica estaba la constante corriente subterránea de peligro. Sus enemigos estaban ahí afuera, esperando, observando, y Viktor sabía que pronto llegaría el momento de actuar.

Pero esta noche no podía concentrarse en eso. Esta noche su mente estaba en Tatiana.

Se alejó de la ventana y su resolución se endureció. Él la protegería. Él la mantendría cerca, la mantendría a salvo, sin importar qué. Porque ahora Tatiana no era sólo parte de su mundo: era parte de él.

Y Viktor Volkov nunca permitiría que nadie le quitara lo que era suyo.

Más tarde esa noche, la casa estaba en silencio, el peso de los acontecimientos del día flotaba en el aire. Viktor se movía por los pasillos poco iluminados de su propiedad, su mente todavía ocupada por la amenaza que se cernía sobre ellos. Pero algo más profundo lo carcomía: una posesividad, una necesidad que se había hecho más fuerte con cada hora que pasaba. No era sólo el peligro lo que le preocupaba; era la idea de que Tatiana quedara atrapada en el fuego cruzado. La sola idea despertó una furia en su interior que no podía ignorar.

Abrió la puerta de su dormitorio y encontró a Tatiana allí, preparándose para ir a dormir. Estaba parada junto a la cómoda, sus movimientos eran lentos y la suave luz

proyectaba un brillo dorado sobre su piel. La mirada de Viktor se fijó en ella, su cuerpo reaccionó instintivamente al verla. Se giró cuando lo escuchó entrar, sus ojos se encontraron con los de él y, por un momento, ninguno de los dos habló. El silencio entre ellos no era incómodo: estaba cargado, cargado de emociones no expresadas que hervían a fuego lento bajo la superficie.

Sin decir una palabra, Viktor cruzó la habitación, su presencia llenó el espacio mientras avanzaba hacia ella. Tatiana no se inmutó, no se apartó, mientras sus manos se deslizaban alrededor de su cintura, atrayéndola hacia él. Había algo diferente en la forma en que la abrazaba: algo más urgente, más posesivo. Su agarre fue firme, pero había una ternura innegable en la forma en que sus dedos rozaron su piel, como si estuviera prometiendo silenciosamente protegerla de los peligros de su mundo.

Tatiana apoyó la cabeza contra su pecho, escuchando el ritmo constante de los latidos de su corazón. Fue un momento de tranquilidad, pero se sintió como si el mundo entero se hubiera reducido a solo ellos dos. Los brazos de Viktor se apretaron alrededor de ella, abrazándola como si ella fuera a escaparse si él no lo hacía. Por primera vez en su vida, sintió un miedo que no estaba ligado al poder o al control, sino a la idea de perder algo (alguien) que le importaba.

En ese momento, Viktor se dio cuenta de algo que no se había permitido admitir antes. Tatiana no era sólo su posesión, una mujer que le había sido entregada como parte de un trato. Se había convertido en algo más, algo más profundo. Ella estaba entretejida en el tejido de su vida como nadie más lo había estado jamás.

Él le levantó la barbilla y la miró a los ojos. Había una suavidad en sus ojos, una silenciosa aceptación que hizo que a él se le oprimiera el pecho. La ferocidad que normalmente reservaba para sus enemigos, la determinación despiadada que había construido su imperio, ahora se centraba por completo en ella. Y por primera vez, Viktor no estaba seguro si se trataba de control o de algo completamente distinto.

"Eres mía", dijo, en voz baja pero llena de una intensidad que incluso lo sorprendió a él.

Tatiana no respondió con palabras; ella no necesitaba hacerlo. En lugar de eso, levantó la mano y la colocó sobre su mejilla, con un toque suave pero firme. Fue un gesto simple, pero lo decía todo. Ella no sólo se estaba sometiendo a él, sino que lo estaba eligiendo.

Mientras se acostaban juntos, con el fuego crepitando suavemente de fondo, la mente de Viktor daba vueltas. Toda su vida se había basado en el poder, en el control, en asegurarse de que nadie pudiera quitarle nada. Pero ahora, acostado allí con Tatiana en sus brazos, se dio cuenta de que no podía soportar la idea de que alguien intentara

arrebatársela. Ya no se trataba sólo de posesión. No se trataba sólo de que ella fuera suya.

Se trataba de que ella fuera parte de él.

Su mano acarició su espalda, el calor de su cuerpo presionado contra el suyo. Para un hombre que había pasado tanto tiempo levantando muros a su alrededor, manteniendo a raya las emociones, aquel era un territorio desconocido. No estaba preparado para admitir lo que sentía, no estaba preparado para darle un nombre. Amor era una palabra que nunca se había permitido considerar, especialmente en un mundo tan peligroso como el suyo. Pero fuera lo que fuese (esta intensidad, esta necesidad), era innegable.

Tatiana se movió ligeramente, acurrucándose más en su abrazo, y el agarre de Viktor se apretó con más fuerza por reflejo. Él la mantendría a salvo. Tenía que hacerlo. No había otra opción. Pero incluso cuando hizo ese voto silencioso, la vulnerabilidad que conllevaba lo inquietó. Protegerla no se trataba sólo de mantenerla a salvo, sino de preservar una parte de sí mismo que ni siquiera sabía que existía hasta que ella entró en su vida.

Mientras yacían juntos, la mente de Viktor volvió a las amenazas de las que se había enterado antes. El peligro se acercaba, pero él no dejaría que la afectara. No pudo. Ella era suya para protegerla, suya para poseerla. Y tal vez, sólo tal vez, ella era la única persona que podía hacerle sentir algo que nunca antes se había permitido sentir.

Amar.

Pero todavía no estaba preparado para pensar en eso. Por ahora, era suficiente abrazarla, sentir el constante subir y bajar de su respiración contra él. Viktor cerró los ojos, dejando que el calor del fuego y la tranquila presencia de Tatiana lo adormecieran en un raro momento de paz. Se ocuparía de las amenazas cuando llegaran. Pero esa noche ella era suya y nada más importaba.

Capítulo 19

Tatiana estaba sentada a la larga y pulida mesa del comedor de Viktor, el suave tintineo de los cubiertos resonaba débilmente en el vasto espacio. El sol de la mañana entraba a raudales por las altas ventanas, arrojando una luz cálida sobre la habitación, pero había una tensión en el aire que atenuaba su calidez. Frente a ella, Viktor estaba sentado en silencio, con los ojos fijos en su teléfono y una mano alrededor de su taza de café. El silencio entre ellos no era inusual, pero hoy tenía un peso extra. Tatiana podía sentirlo presionándola, haciendo que su corazón latiera un poco más rápido de lo normal.

Intentó concentrarse en la comida, pero le faltaba el apetito. Su mente seguía volviendo a las realidades de su nueva vida, del mundo al que todavía estaba luchando por adaptarse. La Bratvá. El mundo de Víctor. Su mundo ahora también.

El zumbido del teléfono de Viktor rompió el silencio, atrayendo su atención de nuevo a la pantalla. Leyó el mensaje, su expresión cambió sutilmente y entrecerró los ojos mientras pensaba. Tatiana no pudo evitar mirarlo, tratando de leer su reacción. Se había acostumbrado a sus momentos de silencio, a su naturaleza melancólica, pero esta vez había algo diferente, una oleada de anticipación que le hizo sentir un nudo en el estómago.

Después de un momento, Viktor dejó su teléfono y volvió su mirada hacia ella. Sus ojos oscuros tenían una intensidad tranquila, una que siempre le provocaba un escalofrío por la espalda. No perdió el tiempo con bromas, sus palabras fueron directas y autoritarias.

"Cenamos esta noche", dijo, con voz tranquila pero firme. "Con Nikolai, Dimitri, Aleksei y sus esposas. Es importante".

Las palabras golpearon a Tatiana como una sacudida. Cena con la Bratva. De nuevo. Su tenedor se detuvo en su mano mientras una familiar ola de ansiedad comenzaba a acumularse en su pecho. Ella había estado en una de estas reuniones antes y, aunque había logrado mantener la compostura, la experiencia la había dejado conmocionada. Estar en una habitación llena de hombres tan poderosos (y sus igualmente intimidantes

esposas) era desalentador. No estaba segura de estar preparada para afrontar eso de nuevo, no tan pronto.

Su vacilación debió ser visible porque la mirada de Viktor se agudizó. Se inclinó ligeramente hacia adelante, su presencia dominaba el espacio entre ellos. "Estarás bien", dijo, su tono no dejaba lugar a discusión. "Eres lo suficientemente fuerte para manejar esto".

Tatiana tragó y su pulso se aceleró. Ella quería creerle. Quería ser la mujer que él necesitaba que fuera: equilibrada, segura, capaz de estar a su lado sin vacilar. Pero en el fondo, un nudo de incertidumbre se tensó en su interior. Las expectativas de este mundo, de ser la esposa de Viktor, todavía eran nuevas para ella y la presión era abrumadora.

"Es sólo que... no estoy segura de estar lista", admitió, su voz más tranquila de lo que pretendía. La vulnerabilidad en sus palabras le pareció extraña, pero no podía ocultársela a Viktor.

La mirada de Viktor se suavizó, aunque su expresión permaneció ilegible. Él se acercó a la mesa, su gran mano descansaba sobre su antebrazo, su tacto era firme pero no áspero. "Estás listo", dijo, en voz baja y firme. “Has pasado por cosas peores. Esto no es nada”.

Tatiana miró su mano sobre su brazo y sintió la posesividad en su agarre. Viktor no sólo le estaba diciendo que ella era lo suficientemente fuerte; lo estaba afirmando, afirmando su creencia en ella con la misma intensidad que aplicaba a todo en su vida. Su toque, aunque protector, fue un recordatorio de que ella era suya. Completamente. Su esposa, su posesión, su responsabilidad.

Y a pesar de la ansiedad que se retorcía en sus entrañas, había un extraño consuelo en eso. Por mucho que el mundo de Viktor la aterrorizara, por mucho que luchara con la violencia y el peligro que lo rodeaba, no podía negar la seguridad que sentía cuando él estaba cerca. Nadie podría protegerla como él.

"Te quiero a mi lado", continuó Viktor, su pulgar rozando ligeramente su piel. “Éste es tu lugar ahora, Tatiana. Ya has demostrado tu valía y esta noche lo volverás a hacer”.

Sus palabras flotaron en el aire entre ellos, cargadas de significado. Tatiana lo miró a los ojos, buscando en su rostro cualquier signo de duda, pero no había ninguno. La confianza de Viktor era inquebrantable y, en ese momento, se dio cuenta de cuánto la necesitaba para tener éxito. No se trataba sólo de la cena. Se trataba de su lugar en su

mundo, de demostrar que podía estar a su lado sin vacilar. Y él no iba a dejar que fracasara.

"Estaré lista", dijo finalmente, su voz un poco más fuerte ahora, aunque los nervios todavía revoloteaban bajo la superficie.

Los labios de Viktor se curvaron en el más mínimo indicio de una sonrisa, una visión rara que hizo que su corazón diera un vuelco. Le dio un último apretón en el brazo antes de soltarlo, la calidez de su toque persistió incluso después de que se retiró.

"Bien", dijo, su voz con una inconfundible nota de satisfacción. “Salimos a las ocho”.

Con eso, Viktor se puso de pie, sus movimientos fluidos y autoritarios mientras se movía alrededor de la mesa. Tatiana lo miró, con una mezcla de anticipación e inquietud arremolinándose en su interior. El día que tenía por delante se extendía ante ella, pero su mente ya corría hacia la noche, imaginando las miradas, el escrutinio, el peso de la expectativa que enfrentaría.

Mientras Viktor desaparecía en la habitación de al lado, Tatiana respiró hondo, tratando de calmar la creciente marea de nervios. Quería enorgullecer a Viktor. Quería demostrar que podía manejar esta vida, que podía ser la mujer que él necesitaba que fuera. Pero la idea de volver a entrar en ese mundo, de enfrentar el juicio de las otras esposas de Bratva, le aceleró el pulso.

Tatiana se puso de pie y caminó hacia los grandes ventanales, contemplando los extensos terrenos de la propiedad de Viktor. El sol ya estaba más alto en el cielo, proyectando largas sombras sobre la hierba. Este lugar, el hogar de Viktor, era su santuario ahora, pero esta noche tendría que salir de su seguridad y adentrarse en lo desconocido una vez más.

Presionó su mano contra el vidrio frío, su mente ya estaba llena de pensamientos sobre la noche que se avecinaba. Pase lo que pase, ella sabía una cosa con certeza: Viktor estaría allí. Y por ahora eso fue suficiente.

El exclusivo restaurante tenía un aire de elegancia que inmediatamente le pareció extraño a Tatiana. Los candelabros de cristal arrojaban un suave brillo sobre la habitación íntima y privada cuando entraron, y los cubiertos pulidos brillaban en la penumbra. Los camareros con uniformes impecables se movían silenciosamente entre

las mesas, sus pasos amortiguados por las lujosas alfombras bajo los pies. Era un espacio diseñado para el poder y la riqueza, un enclave exclusivo donde sólo se reunía la élite. Pero debajo del glamour, Tatiana podía sentir la tensión hirviendo justo debajo de la superficie, un hilo invisible de inquietud serpenteando en el aire.

Mientras los escoltaban a una sala privada en la parte trasera del restaurante, los nervios de Tatiana se tensaron y su corazón latía un poco más rápido con cada paso. La mano de Viktor descansaba firmemente en la parte baja de su espalda, guiándola, pero el gesto fue más que simplemente protector: era posesivo. Su toque comunicó un mensaje silencioso a todos los que los rodeaban: ella era suya y nadie se atrevería a cruzar esa línea. Aún así, Tatiana podía sentir el peso de las miradas que los seguían mientras caminaban.

Entraron en el comedor privado, donde ya estaban sentados Nikolai, Dimitri, Aleksei y sus esposas. La mesa, larga y cubierta con un impecable mantel blanco, estaba puesta con porcelana costosa y vasos de cristal que brillaban bajo la cálida luz. La sala rezumaba riqueza e influencia, pero Tatiana podía sentir la dinámica tácita en juego. Estos hombres, estas esposas, no eran parejas cualquiera. Eran Bratva, llenas de poder, peligro y secretos. Cada mirada, cada movimiento sutil, tenía significado.

Viktor acercó una silla para ella, su mano rozó su espalda nuevamente mientras ella se sentaba a su lado. Agradeció el pequeño gesto de apoyo, pero sus nervios estaban lejos de calmarse. Tatiana podía sentir el peso de la expectativa sobre sus hombros. Ella todavía era nueva en este mundo y todavía estaba aprendiendo sus reglas tácitas y sus complejas jerarquías. Las otras esposas, sentadas elegantemente junto a sus maridos, exudaban una confianza natural que Tatiana no podía igualar. Todavía era una outsider en muchos sentidos, tratando de encontrar su lugar en esta vida peligrosa e impredecible.

Cuando comenzó la conversación alrededor de la mesa, Tatiana permaneció en silencio al principio, su mirada recorriendo los rostros de las mujeres sentadas con ella. Eran deslumbrantes, cada uno pulido y sereno, con expresiones cautelosas pero serenas. Estas mujeres habían aprendido durante mucho tiempo a afrontar las complejidades de sus vidas, y Tatiana no pudo evitar preguntarse qué habían sacrificado para llegar a este punto. Estaba empezando a comprender que estar con Viktor no se trataba sólo de amarlo, sino de sobrevivir en el mundo que habitaba.

Viktor se sentó a su lado, con una postura relajada, pero Tatiana lo sabía mejor. Siempre estuvo alerta, siempre hiperconsciente de su entorno, y esta noche no fue diferente. Su mano nunca se alejó mucho de ella, sus dedos ocasionalmente rozaban los de ella en una sutil muestra de posesión. No estaba allí sólo para cenar: estaba aquí para hacer una declaración, para demostrar que Tatiana le pertenecía en todos los sentidos de la palabra.

A medida que avanzaba la noche, la conversación pasó de bromas ligeras a temas más serios. Negocio. Fuerza. La política tácita de la Bratva. Tatiana escuchó atentamente, incluso mientras conversaba con las esposas. Podía sentir la tensión subyacente en la habitación, la forma en que se mencionaban ciertos nombres con cierto grado de precaución, la forma en que los ojos se movían cuando se abordaban ciertos temas. Incluso aquí, en este entorno glamoroso, el peligro persistía en cada conversación.

Tatiana tomó un sorbo de vino, tratando de calmar la energía nerviosa que se arremolinaba en su interior. Aunque ya había conocido a las mujeres alrededor de esta mesa una vez en el club, esta noche se sentía diferente: más formal, más intensa. Había mucho en juego y las expectativas que conllevaba ser la esposa de Viktor pesaban mucho sobre ella. Sabía que tenía la protección de Viktor, pero eso no le impidió sentir la corriente subterránea de escrutinio.

Las esposas no eran completamente frías con ella, pero de vez en cuando sus ojos se movían en su dirección, observándola de una manera que la hacía sentir como si todavía la estuvieran evaluando. Tatiana sabía que no se trataba sólo de aceptación; se trataba de aprender a encajar en la intrincada y peligrosa jerarquía de su mundo. No fue personal; era supervivencia, y ella lo entendía. Pero eso no hizo que la sensación de estar bajo su mirada fuera más fácil.

Desde el otro lado de la mesa, Ava, la esposa de Nikolai, llamó la atención de Tatiana. A diferencia de los demás, la expresión de Ava era cálida y tranquilizadora, un suave recordatorio de la amabilidad que le había mostrado a Tatiana durante su primer encuentro en el club. Tatiana había apreciado la fácil confianza de Ava y sus genuinos intentos de hacerla sentir bienvenida. Esta noche, esa misma presencia tranquila era una fuente de consuelo. Ava le sonrió, un sutil gesto de apoyo que ayudó a aliviar la tensión que se arremolinaba en el estómago de Tatiana.

Pero incluso con la calidez de Ava, Tatiana no pudo evitar notar el cambio sutil en la atmósfera cada vez que surgían ciertos temas. No se trataba sólo de tener aplomo y confianza: se trataba de sortear los peligros de esta vida con la misma precisión y cálculo que los hombres que la gobernaban. Ava, aunque amable, no era ajena a estos matices. Tatiana pudo ver la forma en que se manejaba con una fuerza discreta, y eso le hizo preguntarse si alguna vez alcanzaría ese nivel de facilidad y resistencia.

Ava se inclinó ligeramente, su voz era lo suficientemente baja como para que sólo Tatiana pudiera oírla. "Lo estás haciendo muy bien", dijo suavemente, con una sonrisa genuina. "Estas cenas pueden parecer pruebas, pero ya has demostrado tu valía. La parte más difícil es aprender a no importarte lo que piensen los demás".

Tatiana le devolvió la sonrisa, agradecida por la tranquilidad. "Lo estoy intentando",

admitió en voz baja.

"Lo lograrás", continuó Ava, su voz aún baja pero con un hilo de acero. "Solo recuerda, este mundo se trata de lealtad y poder, pero también de supervivencia. Mantente cerca de Viktor. Es el lugar más seguro para estar".

Tatiana asintió y su corazón se aceleró un poco más. Las palabras de Ava no eran nuevas, pero tenían cierto peso esa noche. Estar al lado de Viktor significaba más que simplemente ser su esposa: significaba ser parte de un mundo peligroso, calculado y en constante cambio. Un mundo que podría cambiar en un instante.

La mano de Viktor rozó la de ella debajo de la mesa, su pulgar rozó su piel en un gesto que era a la vez posesivo y tranquilizador. Había estado observando las interacciones de cerca, su mirada protectora recorriendo la habitación, sin alejarse demasiado de Tatiana. Podía sentir su tensión, la advertencia tácita en su toque que le recordaba que no toleraría ninguna falta de respeto o amenaza hacia ella. Él la estaba presumiendo esta noche, sí, pero también estaba reclamando su derecho frente a todos.

La atmósfera alrededor de la mesa estaba cargada de dinámicas de poder tácitas, pero la presencia de Viktor la tranquilizó. Puede que todavía esté aprendiendo a navegar en este mundo, pero con él a su lado, se sentía más fuerte. Aún así, Tatiana no podía quitarse la sensación de que esta cena era más que una simple introducción. Era un recordatorio de la vida a la que se había comprometido, los peligros que conllevaba y las expectativas que recaían sobre sus hombros.

Y a pesar de las sonrisas y las garantías, Tatiana entendió algo que Ava no necesitaba decir en voz alta: en este mundo, el peligro siempre estaba al acecho, sin importar cuán glamoroso fuera el entorno.

A medida que avanzaba la noche, Tatiana logró encontrar el equilibrio y sus nervios se calmaron lentamente a medida que entablaba más conversación. Viktor, aunque todavía vigilante, parecía satisfecho con cómo se estaba manejando y, por un momento, sintió una pequeña oleada de orgullo. Estaba probándose a sí misma, demostrando que podía navegar por este mundo junto a él. Pero la tensión nunca desapareció del todo.

La actitud protectora de Viktor se hizo más evidente a medida que avanzaba la velada. La mantuvo cerca, su mano constantemente encontrando su camino hacia su brazo, su mano, su cintura. Era como si no pudiera soportar la idea de que ella estuviera fuera de su alcance ni siquiera por un momento. Y aunque Tatiana apreció el gesto, también le recordó el mundo peligroso en el que se encontraban. Viktor no solo estaba siendo afectuoso: estaba afirmando su control, su propiedad, frente a los otros hombres.

En un momento, Dimitri, sentado frente a ellos, hizo un comentario sobre la suerte que tenía Viktor de tener una novia tan hermosa. Fue un cumplido, pero Tatiana pudo sentir la sutil tensión en la reacción de Viktor. Su sonrisa era tensa, sus ojos brillaban con una intensidad posesiva que le provocó un escalofrío por la espalda.

"Ella es mía", dijo Viktor, su voz tranquila pero mezclada con una advertencia que nadie en la habitación pasó por alto. "Y tengo la intención de mantenerla a salvo".

Las palabras flotaban en el aire, cargadas de significado. Tatiana podía sentir el cambio en la atmósfera, la forma en que los hombres alrededor de la mesa registraron el reclamo de Viktor. Fue un recordatorio, no sólo para ellos, sino también para la propia Tatiana, del precio que conllevaba ser suyo.

Mientras continuaba la cena, la mente de Tatiana corría con pensamientos sobre todo lo que había presenciado, cada intercambio sutil, cada comentario velado. Estaba empezando a comprender el delicado equilibrio de poder en este mundo, la forma en que Viktor lo navegaba con un exterior tranquilo que ocultaba la tormenta que se avecinaba debajo. Y aunque había logrado defenderse esa noche, no podía evitar la sensación de que algo se avecinaba, algo más oscuro, más peligroso que cualquier cosa a la que se hubiera enfrentado antes.

La mano de Viktor apretó la de ella nuevamente, sacándola de sus pensamientos. Ella lo miró y sus ojos se encontraron con los de ella con una promesa silenciosa. Cualesquiera que fueran los peligros que le aguardaban, él la protegería. Ella era suya y nadie se la quitaría.

Pero a medida que avanzaba la noche, Tatiana no pudo evitar preguntarse si la protección de Viktor sería suficiente.

La cena había adquirido un tono más tranquilo a medida que avanzaba la noche, y la conversación fluía y fluía con la cadencia natural de las personas que se conocen bien. Tatiana finalmente había logrado encontrar un ritmo, charlando con Ava y la esposa de Aleksei, ganando un poco más de confianza a medida que avanzaba la velada. Viktor, sentado a su lado, mantuvo una mano posada posesivamente sobre su muslo debajo de la mesa, un gesto que la hizo sentir protegida y reclamada. Su presencia era constante, anclándola en este mundo que todavía se sentía extraño.

Acababan de servir la comida cuando el silencio fue roto por el repentino golpe de la puerta de la cocina al abrirse de golpe. Todo pareció suceder al mismo tiempo, una confusión de movimiento y sonido, pero la mente de Tatiana lo procesó con lenta y espantosa claridad.

Sonó el primer disparo.

Fue ensordecedor, un crujido atronador que silenció toda la habitación. Tatiana giró la cabeza justo a tiempo para ver a Dimitri, sentado a dos sillas de ella, desplomado hacia adelante, con un agujero oscuro en el centro de la frente y la sangre salpicando el impecable mantel blanco. El impacto la golpeó como una ola, congelándola en su lugar durante un agonizante segundo mientras se le quedaba sin aliento en la garganta.

Estallaron gritos. Las mujeres se apresuraron a esconderse debajo de la mesa, derribando vasos y sillas en su frenético intento por encontrar seguridad. El cuerpo de Tatiana se movió en piloto automático cuando el agarre de hierro de Viktor se apretó alrededor de su brazo, tirándola hacia abajo de la mesa con él.

"Quédate abajo", ladró, su voz baja y peligrosa, los ojos brillando con una furia que le provocó escalofríos.

El aire estaba cargado del olor acre de la pólvora mientras se escuchaban más disparos. Nikolai y Aleksei habían sacado sus armas y disparado con una precisión que provenía de años de perfeccionar sus habilidades en este mundo brutal. Tatiana se encogió debajo de la mesa, su corazón latía salvajemente, cada respiración era una lucha mientras se presionaba contra el costado de Viktor.

A través del caos, podía oír la respiración agitada de Viktor, los gruñidos de los hombres moviéndose, el sonido de las sillas raspando y el crujido de los cristales rotos bajo las botas. Vislumbró la escena sobre la mesa: destellos de movimiento, disparos y sangre. Su mente luchó por procesarlo todo, la violencia era un crudo recordatorio de la peligrosa vida que había elegido al estar con Viktor.

Otro disparo resonó en la habitación y Tatiana escuchó a Viktor maldecir en voz baja. Giró la cabeza y vio sangre goteando por su hombro izquierdo, manchando su camisa y acumulándose debajo de él. El pánico la invadió, pero Viktor permaneció sereno, sus ojos agudos y enfocados como si la herida apenas se registrara.

"Viktor, eres..." comenzó, pero él la interrumpió con una mirada tan feroz que la silenció.

"Estoy bien", gruñó. "No te muevas".

Sabía que no debía discutir. Este era su mundo, su batalla y, a pesar del dolor que ella sabía que él debía sentir, su única preocupación era su seguridad. Sus ojos recorrieron la habitación, observando la carnicería: los cuerpos de los atacantes tirados por el

suelo, la sangre acumulándose a su alrededor y los restos destrozados de lo que había sido una cena lujosa.

Entonces, justo cuando pensaba que lo peor ya había pasado, una mano fría la agarró del brazo por detrás y tiró de ella hacia arriba con fuerza brutal.

Tatiana jadeó, sus manos instintivamente alcanzaron a Viktor, pero antes de que pudiera gritar, un brazo duro se deslizó alrededor de su cintura, acercándola al cuerpo de un extraño. Una pistola le presionó un lado de la cabeza, fría e implacable, el sabor metálico del miedo inundó su boca cuando se dio cuenta de que estaba siendo utilizada como escudo.

El último pistolero, el último de los atacantes, la tenía inmovilizada contra él, su cuerpo temblaba de desesperación mientras se enfrentaba a Viktor y Nikolai. El corazón de Tatiana se aceleró salvajemente, su respiración se hizo entrecortada, jadeos de pánico cuando sintió el frío cañón del arma clavándose en su sien.

“No te muevas o le volaré la cabeza”, gruñó el pistolero, con voz aguda y frenética.

Todo el cuerpo de Viktor se puso rígido, sus ojos se entrecerraron en una mirada de pura y asesina furia. La habitación pareció quedarse quieta cuando su mirada se fijó en el pistolero, cada gramo de su atención se centró en la amenaza que se interponía entre él y Tatiana.

"Déjala ir", dijo Viktor, su voz era un gruñido bajo y mortal, del tipo que hizo que a Tatiana se le erizara el pelo de la nuca.

El pistolero no se movió. Su agarre se hizo más fuerte sobre Tatiana, sus dedos sudorosos se clavaron en su piel mientras la acercaba más, usándola como escudo humano. El pulso de Tatiana latía con fuerza en sus oídos y su visión se nublaba mientras intentaba contener el miedo que amenazaba con consumirla.

Viktor se movió lentamente, su dedo avanzando poco a poco hacia el gatillo de su arma. Tatiana podía ver la tensión en su mandíbula, la ira apenas contenida hirviendo justo debajo de la superficie. Era calculador, frío y metódico: cada movimiento era deliberado, cada respiración medida. Sabía que él estaba esperando el momento adecuado, el instante preciso en el que podría atacar sin poner en peligro su vida.

"No seas estúpido", advirtió Viktor, su voz era como hielo. "Sabes que no saldrás vivo de aquí".

El agarre del pistolero flaqueó por una fracción de segundo, un destello de duda cruzó por su rostro. Tatiana podía sentir los latidos de su corazón corriendo contra su espalda, su desesperación creciendo con cada momento que pasaba. Sabía que Viktor tenía razón.

Y entonces sucedió.

Viktor se movió a la velocidad del rayo, Tatiana apenas registró lo que estaba sucediendo antes de escuchar el ensordecedor chasquido del disparo. El sonido fue tan fuerte que resonó en su cráneo, provocando que le zumbaran los oídos cuando el cuerpo del pistolero quedó inerte detrás de ella.

Tatiana tropezó hacia adelante, con las piernas débiles e inestables mientras el peso muerto del pistolero se alejaba de ella. Ella jadeó, tratando de recuperar el aliento, pero antes de que pudiera procesar lo que había sucedido, Viktor estaba allí, abrazándola con una ferocidad que no dejaba lugar a dudas.

"Estás bien", susurró, su voz áspera y ligeramente temblorosa, aunque sus brazos alrededor de ella eran fuertes e inflexibles.

Tatiana asintió, su cuerpo todavía temblaba por el shock. Su mente daba vueltas, pero el toque de Viktor era lo único que la conectaba a tierra, lo único que evitaba que se desmoronara por completo.

Viktor tomó su rostro, su pulgar rozó su mejilla mientras la miraba a los ojos, su expresión oscura con furia posesiva. "Nadie te toca", gruñó, las palabras eran una promesa más que una declaración. "Nadie."

Tatiana se inclinó hacia él, la adrenalina todavía corriendo por sus venas. Podía sentir su pulso acelerarse bajo sus dedos, su cuerpo tenso por la tensión y el dolor, pero él no la soltó. Su necesidad de protegerla, de mantenerla cerca, era palpable en cada toque, en cada respiración.

El restaurante estaba sumido en el caos a su alrededor, pero por un breve momento, todo lo que importó fueron los brazos de Viktor alrededor de ella, la presencia sólida e inquebrantable que se había convertido en su salvavidas.

El aire de la noche afuera del restaurante estaba cargado de tensión cuando Viktor, con sangre saliendo de la herida en su hombro izquierdo, abrió la puerta del auto y empujó a Tatiana adentro. Su rostro era una máscara de furia, el dolor apenas se registraba en sus ojos acerados mientras se deslizaba en el asiento del conductor junto a ella. Su mano derecha agarró el volante, con los nudillos blancos por la fuerza, mientras que su brazo izquierdo colgaba rígido a su costado, la sangre empapaba la tela de su camisa.

El corazón de Tatiana todavía latía aceleradamente, su cuerpo temblaba por el puro caos del ataque. El olor metálico de la sangre flotaba en el aire, mezclándose con la adrenalina que zumbaba en sus venas. Miró a Viktor, su preocupación la carcomía, pero antes de que pudiera hablar, él presionó un botón en el volante, activando el sistema telefónico del auto.

"Llame al médico", gruñó Viktor por el altavoz. Su voz era una orden aguda, fría y sin emociones, aunque Tatiana podía sentir el calor de su ira irradiando de él. "Estaremos en casa en diez minutos".

Su voz era cortante, controlada, pero Tatiana podía ver la tensión en las líneas de su cuerpo, la forma en que hacía una mueca con cada sacudida del auto. Su herida era grave y, aunque no había dicho mucho al respecto, el constante goteo de sangre de su hombro a su regazo era un sombrío recordatorio de la violencia de la noche.

Mientras el auto aceleraba por las calles, Viktor lo maniobraba con una mano, su derecha agarraba el volante con la misma precisión despiadada con la que se acercaba a todo. Tatiana se sentó en silencio atónito junto a él, su mente repasando los acontecimientos de la noche: los disparos, el cuerpo de Dimitri cayendo sin vida al suelo, el aterrador momento en que la sacaron de un lugar seguro y la usaron como escudo.

El peso de lo que acababa de suceder estaba cayendo sobre ella, pero sus ojos seguían mirando a Viktor. No la había perdido de vista ni un solo segundo desde el ataque. Incluso ahora, a pesar del dolor y el caos que los rodeaba, su presencia era una fuerza sólida y dominante. Su actitud protectora era tangible y ella podía sentirla en el aire entre ellos, casi sofocante en su intensidad.

La mirada de Viktor permaneció fija en el camino que tenía por delante, con la mandíbula apretada y su mente claramente acelerada. No le había dicho mucho desde que salieron del restaurante y el silencio entre ellos era pesado, pero Tatiana podía sentir la tormenta acercándose dentro de él. Estaba furioso, no sólo por el ataque, sino también por la amenaza a ella.

Sujetó con más fuerza el volante mientras sus pensamientos daban vueltas. La imagen

de Tatiana, apuntada con una pistola, pasó ante sus ojos. Su pulso se aceleró, su corazón golpeando contra su caja torácica con una fuerza que reflejaba la ira que crecía dentro de él. Había estado demasiado cerca de perderla esa noche. Demasiado cerca.

Viktor tragó saliva, empujando la ola de emociones hacia abajo. Tenía que concentrarse, tenía que mantenerlos a ambos a salvo. Pero la posesividad que sentía hacia ella, la necesidad primordial de protegerla, se estaba volviendo casi insoportable. Ella era suya, su responsabilidad, su protección de los peligros de su mundo. Y, sin embargo, cada vez que él la metía más en eso, el riesgo para ella aumentaba.

Tatiana lo miró, con el aliento atrapado en la garganta al ver la lucha que se desarrollaba detrás de su duro exterior. Su control sobre la situación nunca flaqueó, pero ella podía sentir la batalla que se libraba dentro de él. Quería decir algo, extender la mano y tocarlo, pero la vista de su camisa manchada de sangre la hizo dudar.

"Estás herido", dijo finalmente, su voz apenas era más que un susurro.

"Estoy bien", espetó Viktor, sin dejar de mirar la carretera. "No es nada."

Tatiana se mordió el labio, sabiendo que no debía empujarlo cuando estaba en ese estado. Su concentración era nítida, centrada en llevarlos a casa sanos y salvos. Pero no podía ignorar la forma en que su respiración se había vuelto más dificultosa, o la palidez que se apoderaba de su rostro a medida que la pérdida de sangre comenzaba a pasar factura.

El coche giró chirriando en una esquina y los faros atravesaron la oscuridad a medida que se acercaban a la finca. El brazo izquierdo de Viktor permaneció rígido a su costado, la herida sin duda palpitaba con cada latido de su corazón, pero siguió conduciendo, con su mente centrada en la seguridad de Tatiana. Podía sentir el peso de su mirada sobre él, pero no se atrevía a mirarla todavía. No estaba preparado para afrontar la realidad de lo cerca que había estado de perderla.

En cambio, se concentró en el camino que tenía por delante, la ruta familiar hacia la finca, un salvavidas en el caos que se había desarrollado. Sabía que el médico los estaría esperando cuando llegaran, sabía que su herida podía ser atendida, pero nada de eso importaba. Lo único que importaba era Tatiana: mantenerla cerca, mantenerla a salvo. Su mundo estaba lleno de peligros, pero ella era suya y nadie, ninguna amenaza, se la arrebataría.

Las puertas de la finca aparecieron a la vista y Viktor presionó el botón en el tablero, observando cómo se abrían lentamente. Condujo a través de ellos, su mente ya

enfocada en los siguientes pasos: asegurarse de que la casa estuviera segura, asegurarse de que Tatiana estuviera protegida.

Cuando el auto se detuvo afuera de la entrada, Viktor la miró por primera vez desde que habían salido del restaurante. Sus ojos, oscuros e intensos, se fijaron en los de ella, y en ese momento, ella vio la profundidad de su posesividad.

“Estamos en casa”, dijo en voz baja pero firme. “Estás a salvo”.

Tatiana asintió, su pecho se apretó al percibir la feroz protección en su mirada. No había dudas sobre dónde se encontraba ella en su vida ahora. Ella no era sólo una esposa para presumir o una posesión que conservar. Ella era suya y nada se interpondría en su camino, ni siquiera la violencia que los rodeaba.

Sin otra palabra, Viktor abrió la puerta, haciendo una leve mueca de dolor mientras movía su brazo herido. Tatiana salió apresuradamente del auto tras él, pero antes de que pudiera alcanzarlo, el personal de la finca corrió hacia ellos y los hizo entrar.

Las grandes puertas de roble se cerraron detrás de ellos con un ruido sordo, aislando el mundo exterior y la violencia que casi había arrebatado a Tatiana de las garras de Viktor. En el momento en que entraron, el personal de Viktor entró en acción, el médico de familia ya estaba esperando en el vestíbulo como Viktor había ordenado. Tatiana se quedó parada, con los ojos muy abiertos con una mezcla de ansiedad y cansancio, observando cómo el médico avanzaba hacia Viktor, con su maletín médico en la mano.

Viktor apenas reconoció al hombre mientras caminaba hacia la sala de estar, con el hombro izquierdo ensangrentado y rígido. Su mente no estaba en su herida, sino en Tatiana. Su mirada, oscura e intensa, nunca se apartó de ella mientras el médico se ponía a trabajar, limpiando la herida y cosiéndola con movimientos eficientes. El dolor era agudo, un latido constante irradiaba desde su hombro, pero Viktor no se inmutó, su atención estaba completamente fija en la mujer que estaba a unos metros de distancia.

Tatiana se movió inquieta, sus manos retorciéndose mientras observaba al médico atender a Viktor. Quería correr hacia allí para ayudar, pero algo en la forma en que Viktor la observaba (como un depredador vigilando a su presa) la mantenía en su lugar. Su presencia era abrumadora, incluso ahora, herido y sangrando, pero aún exudando ese crudo dominio que lo definía.

“Tienes suerte”, murmuró el médico con voz clínica. “Es una herida superficial, nada demasiado grave. Unos días de descanso y volverás a la normalidad”.

Viktor no respondió, con la mandíbula apretada y los ojos todavía en Tatiana. El médico

terminó rápidamente su trabajo, empacó sus suministros antes de salir de la habitación con un breve asentimiento. Cuando la puerta se cerró detrás de él, el silencio que llenó el espacio se sintió pesado, cargado de algo que Tatiana no podía identificar.

Viktor se puso de pie lentamente, sus músculos se tensaron mientras se movía. La herida palpitaba con cada latido de su corazón, pero no le importaba. Lo único que le importaba ahora era la mujer que estaba frente a él: su mujer. Ella había estado tan cerca de ser arrebatada de él, tan cerca de perderse, y la idea de ello encendió una feroz posesividad dentro de él que rayaba en la desesperación.

Sin decir una palabra, cruzó la habitación con zancadas largas y decididas, extendiendo la mano hacia ella. Tatiana apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que la abrazaran y su brazo ileso la rodeara por la cintura con una fuerza que la dejó sin aliento. Viktor la abrazó con fuerza contra su pecho, su agarre firme e inflexible, como si temiera que si aflojaba su agarre aunque fuera por un momento, ella podría escaparse.

Tatiana podía sentir la tensión en su cuerpo, la forma en que su corazón latía contra su mejilla mientras ella presionaba su rostro contra su pecho. Su necesidad por ella era palpable, casi asfixiante en su intensidad, pero en lugar de miedo, ella sintió algo más, algo que no podía nombrar. Había consuelo en su posesividad, en la forma en que se negaba a dejarla ir. Nunca se había sentido más segura que en sus brazos, a pesar de la violencia que lo rodeaba.

La mano de Viktor se deslizó hasta la parte posterior de su cuello, sus dedos se enredaron en su cabello mientras inclinaba su cabeza hacia atrás para mirarlo. Su mirada era feroz, sus ojos ardían con una emoción que Tatiana nunca antes había visto en él. Había algo crudo en su expresión, algo primitivo y desesperado, y le provocó un escalofrío por la espalda.

"Eres mía, Tatiana", gruñó Viktor, su voz baja y posesiva. “Nadie jamás te separará de mí”.

Las palabras enviaron una descarga eléctrica a través de ella y, por primera vez, no cargaron con el peso del miedo. Más bien, se sintieron como una promesa, una declaración de algo más profundo. Ella era suya y, de una manera extraña, se dio cuenta de que quería serlo. La idea de pertenecerle ya no la asustaba: la hacía sentir segura, protegida de una manera que nunca antes había sentido.

Tatiana asintió, su voz apenas fue un susurro mientras respondía: "Lo sé".

Los ojos de Viktor se oscurecieron aún más ante sus palabras, y la acercó más, su agarre se apretó mientras presionaba su frente contra la de ella. Respiró hondo, inhalando su aroma, arraigándose en el conocimiento de que ella estaba aquí, a salvo, en sus brazos, donde pertenecía.

"No dejaré que nadie te haga daño", susurró ferozmente, con la voz áspera por la emoción. “Estás a salvo conmigo. Siempre."

Tatiana cerró los ojos y dejó que sus palabras la invadieran. Podía sentir la verdad en ellos, la intensidad de su necesidad de protegerla. Fue abrumador, pero en lugar de sentirse atrapada, se sintió... libre. Libre del miedo al mundo exterior, libre del peligro que acechaba en las sombras. Mientras estuviera con Viktor, sabía que estaría a salvo.

Viktor se echó hacia atrás ligeramente, su mano todavía firmemente en su cintura mientras la conducía escaleras arriba. El dolor en su hombro palpitaba a cada paso, pero lo ignoró. Lo único que importaba era llevar a Tatiana a su dormitorio, a la seguridad de su cama. Se negó a separarse de ella, ni siquiera por un momento.

Una vez dentro, Viktor la guió hasta la cama, sentándola antes de acostarse lentamente a su lado. Sus brazos la rodearon posesivamente, acercándola a él mientras se recostaba, al diablo con su hombro herido. La luz del fuego del hogar arrojaba un suave brillo sobre ellos, pero la oscuridad en los ojos de Viktor permanecía. No podía deshacerse de la imagen de Tatiana en manos del pistolero, el terror en sus ojos mientras la apuntaban con una pistola. La ira todavía hervía dentro de él, apenas contenida.

Pero por ahora ella estaba aquí. Seguro.

Tatiana se acurrucó más cerca de él y sus dedos recorrieron ligeramente su pecho. Podía sentir la tensión en sus músculos, la forma en que su cuerpo zumbaba con energía reprimida, pero no habló. Sabía que no debía tratar de calmarlo con palabras. En cambio, dejó que su tacto lo calmara, su presencia era un silencioso recordatorio de que estaba allí, ilesa.

El agarre de Viktor sobre ella se apretó una vez más, su aliento cálido contra su oído mientras susurraba: "Eres mía, Tatiana. Siempre."

La posesividad de su voz le provocó un escalofrío y, por primera vez, Tatiana no se sintió en conflicto. Sabía que el mundo de Viktor era peligroso, que la violencia nunca los abandonaría realmente, pero también sabía que preferiría enfrentar ese peligro con él que estar en cualquier otro lugar.

Ella era suya. Y en sus brazos, ella sintió que finalmente pertenecía.

Capítulo 20

Tatiana salió del auto, el aire fresco de la tarde rozó su piel mientras Viktor cerraba la puerta detrás de ellos. El viaje de regreso desde el funeral de Dimitri había sido silencioso, ambos absortos en sus pensamientos. Tatiana todavía sentía el peso del sombrío evento presionándola, su pecho apretado con una mezcla de tristeza, miedo y una comprensión cada vez más profunda del mundo en el que ahora vivía. No era solo la violencia lo que le había quitado la vida a Dimitri, sino la lealtad y el respeto que rodearon su muerte. La Bratva tenía una manera de convertir incluso los momentos más brutales en demostraciones de poder y unidad. Y hoy, esa unidad se había manifestado plenamente.

Mientras caminaba junto a Viktor hacia la casa, los tacones de Tatiana resonaban suavemente en el camino de entrada, el único sonido en la tranquila noche. Miró a Viktor, su rostro rígido y su postura rígida. Había estado así todo el día: fuerte, impenetrable, ofreciendo nada más que una presencia silenciosa junto a ella mientras observaban a la viuda de Dimitri, destrozada por el dolor, recibir infinitas condolencias. A Tatiana le había llamado la atención el contraste entre el tierno respeto mostrado hacia la familia de Dimitri y la violenta corriente subterránea que siempre hervía bajo la superficie de este mundo.

La casa se alzaba ante ellos y sus cálidas luces proyectaban un suave resplandor sobre la finca, pero Tatiana no se sintió nada reconfortada cuando cruzaron el umbral. Había algo pesado entre ellos, algo silencioso que flotaba en el aire. Sabía que tenían que hablar sobre los acontecimientos de los últimos días, pero las palabras parecían demasiado pesadas para pronunciarlas. Le dolía el cuerpo por la tensión y podía sentir el peso de su nueva vida instalándose más profundamente en sus huesos.

La mano de Viktor era firme pero suave en su espalda baja cuando entraron a la casa, guiándola hacia adelante como si pudiera sentir la agitación que se gestaba dentro de ella. Su toque, incluso en su posesividad, le trajo una extraña sensación de calma. Odiaba encontrar consuelo en ello; odiaba que, después de presenciar tanta violencia y destrucción, una parte de ella todavía anhelara la seguridad que sólo Viktor parecía brindarle.

Cuando entraron al vestíbulo, la puerta se cerró suavemente detrás de ellos, la mano de Viktor se detuvo en su espalda por un momento más antes de girarse hacia la sala de estar. El silencio se extendió entre ellos como una cuerda tensa, a punto de romperse. Tatiana lo miró, sus ojos siguieron la tensión en sus hombros, la forma en que apretaba la mandíbula como si estuviera reprimiendo un torrente de emociones.

No sabía qué decir, cómo romper la barrera que se había formado entre ellos. Los últimos días habían sido un recordatorio brutal de la vida que había elegido: una vida llena de peligro, violencia y muerte. Pero también era una vida ligada por la lealtad, el poder y un tipo de seguridad que nunca antes había conocido. Por más aterrador que pudiera ser el mundo de Viktor, había algo sólido en él. Algo que, a pesar de su miedo, la acercaba más a él.

La voz baja de Viktor rompió el silencio, sacándola de sus pensamientos. "¿Estás bien?"

La pregunta, aunque simple, tenía muchos significados. No se trataba sólo de hoy, del funeral o del derramamiento de sangre. Se trataba de todo: de las decisiones que habían tomado, del camino que seguían. Tatiana sintió el peso presionándola y por un momento no supo cómo responder.

"No lo sé", admitió en voz baja, su voz apenas era más que un susurro. Se miró las manos, entrelazando los dedos, tratando de encontrar las palabras adecuadas. “Hoy fue... abrumador. Ver a la esposa de Dimitri... su familia... hizo que todo pareciera tan real”.

Viktor guardó silencio, pero podía sentir sus ojos sobre ella, observándola, esperando que continuara. Tragó con fuerza, obligándose a expresar los pensamientos que habían estado dando vueltas en su mente durante todo el día.

"Esta vida... es aterradora", susurró. “Pero al mismo tiempo, hay algo en él que te hace sentir... seguro. Estar contigo… me asusta, pero también me hace sentir protegida de una manera que nunca esperé”. Ella levantó la mirada para encontrarse con la de él, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. "No sé cómo explicarlo".

Los ojos de Viktor se suavizaron, sólo por un momento, y se acercó a ella, acortando la distancia entre ellos. Su mano se estiró para acariciar su mejilla y su pulgar rozó suavemente su piel. “Estás a salvo conmigo”, dijo en voz baja, con voz firme y firme. "Pase lo que pase, te protegeré".

La respiración de Tatiana se entrecortó ante sus palabras, una oleada de emoción surgió dentro de ella. Ella le creyó; a pesar de todo, le creyó. Pero era más que sólo protección lo que quería de Viktor. Era confianza, respeto y algo más profundo que el control posesivo que él tenía sobre su vida.

"Lo sé", susurró ella, inclinándose hacia su toque. "Pero esto... ya no se trata sólo de seguridad". Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos. “No sólo le tengo miedo a

este mundo, Viktor. Tengo miedo de lo que significa para nosotros".

El ceño de Viktor se frunció y, por primera vez en días, Tatiana vio un destello de vulnerabilidad en sus ojos. Él dejó caer la mano de su mejilla y sus dedos recorrieron su brazo hasta que agarró su mano y la sostuvo firmemente entre las suyas. "¿Qué quieres decir?" —preguntó en voz baja, casi cautelosa.

Tatiana respiró hondo, sintiendo el peso del momento instalarse entre ellos. "Me estoy enamorando de ti", confesó, su voz apenas era más que un susurro. "Y eso me asusta más que cualquier otra cosa".

El silencio que siguió fue ensordecedor. Tatiana contuvo la respiración, esperando su respuesta, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. No había querido decirlo, no así, no después de todo lo que habían pasado. Pero las palabras se habían derramado, crudas y sin filtro, y ahora flotaban en el aire entre ellos, exigiendo ser reconocidas.

El agarre de Viktor en su mano se apretó ligeramente y su mirada se fijó en la de ella, intensa e inquebrantable. "No es necesario que tengas miedo", dijo con voz suave pero firme. "No de mí. No de nosotros".

Tatiana buscó en sus ojos, buscando la verdad en sus palabras. Sabía que Viktor no era un hombre que ofreciera garantías a la ligera, y el hecho de que estuviera ofreciéndola ahora, frente a todo lo que habían soportado, envió una sacudida de calidez a través de ella.

Por primera vez en días, la tensión entre ellos comenzó a disminuir y Tatiana sintió que una extraña sensación de calma se apoderaba de ella. Lo que fuera que viniera después, cualquier peligro o violencia que enfrentaran, ella sabía que lo enfrentarían juntos.

Y de alguna manera, eso fue suficiente.

Tatiana yacía en la cama junto a Viktor, la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche proyectaba sombras largas y suaves por la habitación. El silencio entre ellos era pesado, lleno del peso del día que acababan de soportar. El funeral, el dolor y el peligro inminente los habían envuelto como una manta asfixiante, pero aquí, en este momento, finalmente estaban solos, lejos de la violencia y la tensión que parecían seguirlos a todas partes.

El cuerpo de Tatiana estaba cerca del de Viktor, el calor de su piel irradiaba hacia ella, pero había un espacio entre ellos que se sentía como un abismo. Podía sentir su tensión, podía sentir la agitación dentro de él que nunca expresaba del todo. Había visto destellos de su vulnerabilidad antes, pero siempre habían sido fugaces, rápidamente enterrados bajo la máscara de fuerza y control que tan bien llevaba. Esta noche, sin embargo, algo se sentía diferente. La intensidad de los últimos días, el peligro que habían enfrentado juntos, había cambiado algo entre ellos.

Tatiana giró levemente la cabeza para mirarlo. La mirada de Viktor estaba fija en el techo, su mandíbula apretada, el músculo de su mejilla temblando. Su hombro herido estaba vendado, rígido bajo la sábana, y aunque él dijo poco sobre el dolor, ella sabía que todavía debía estar molestándolo. Pero no era sólo la herida física lo que tenía a Viktor tan tenso. Tatiana podía sentir la tormenta emocional que se gestaba bajo su exterior estoico.

Durante mucho tiempo ninguno de los dos habló. Tatiana no estaba segura de por dónde empezar. Su mente corría con pensamientos y emociones que no sabía muy bien cómo articular. El funeral la había conmocionado, no sólo por la muerte de Dimitri, sino por la brutal realidad que la había obligado a afrontar. Esta era la vida que le habían dado, el mundo del que se había convertido en parte. La muerte y el peligro siempre estaban al acecho y, sin embargo, a pesar de todo, ella no quería huir. Ella no quería dejar a Viktor. Ella no pudo.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho cuando reunió el coraje para romper el silencio. "Viktor", susurró, su voz suave pero firme.

Él giró la cabeza para mirarla y sus ojos oscuros buscaron los de ella. "¿Qué es?" — preguntó en voz baja y controlada, aunque ella podía oír la corriente subyacente de emoción que intentaba mantener a raya.

Tragó con dificultad y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. “He estado pensando... en todo. Sobre nosotros, sobre esta vida”. Hizo una pausa, tratando de ordenar sus pensamientos, sus dedos retorcieron nerviosamente el borde de la sábana. “Solía tener mucho miedo. De ti, de este mundo. Pero ahora… ahora no lo soy”.

El ceño de Viktor se frunció levemente, un destello de confusión cruzó su rostro. Él no dijo nada, esperando que ella continuara.

“No tengo miedo porque confío en ti”, continuó Tatiana, su voz se hacía más fuerte con cada palabra. “Confío en ti para que me protejas, para que me mantengas a salvo. Sé que este mundo es peligroso y sé que enfrentaremos más violencia, pero... estando contigo, siento que puedo manejarlo. Como si pudiéramos manejarlo juntos”.

Los ojos de Viktor se suavizaron, aunque su mandíbula permaneció tensa. Él se movió ligeramente, haciendo una mueca cuando el movimiento tiró de su hombro herido, pero no apartó la mirada de ella.

“Nunca pensé que me sentiría así”, admitió Tatiana, con el corazón martilleando en su pecho. “Pero te amo, Viktor. Te amo y ya no tengo miedo”.

Las palabras flotaban en el aire entre ellos, cargadas de significado. Tatiana contuvo la respiración, esperando su respuesta, su pulso se aceleró con una mezcla de miedo y esperanza. Ella había confesado sus sentimientos más profundos, se había expuesto ante él y ahora todo lo que podía hacer era esperar.

Por un momento, Viktor no dijo nada. Su expresión seguía siendo ilegible, pero ella podía ver las ruedas girando en su mente, la forma en que sus ojos se oscurecían por la emoción. Se movió de nuevo, esta vez volviéndose completamente de costado para mirarla, y extendió la mano buena para quitarle un mechón de cabello de la cara. El toque fue tierno, más tierno de lo que jamás había sentido de él antes.

"Nunca pensé que escucharía esas palabras", dijo Viktor en voz baja, con la voz áspera por la emoción. “No de ti. No de nadie”.

La respiración de Tatiana se entrecortó cuando lo miró a los ojos y vio algo en ellos que no había visto antes: vulnerabilidad. Estaba crudo, desprotegido y la dejó sin aliento.

La mano de Viktor se deslizó hasta su mejilla, su pulgar recorriendo la curva de su mandíbula. “Nunca he dicho esas palabras”, continuó, su voz apenas era más que un susurro. “Pero tú… has cambiado algo en mí, Tatiana. No sé cómo explicarlo”.

El corazón de Tatiana latía con fuerza en su pecho cuando la mirada de Viktor se fijó en la de ella, sus ojos llenos de una mezcla de emociones que ella no podía descifrar. Estaba luchando, podía verlo, luchando contra los muros que había construido a su alrededor durante tanto tiempo. Pero ella sabía que él estaba al borde de algo, algo que nunca antes se había permitido sentir.

"Te amo", dijo Viktor, las palabras escapando de sus labios con una silenciosa intensidad que envió un escalofrío por su espalda. Su voz era áspera, vulnerable y, por primera vez, Tatiana vio al hombre detrás de la máscara: el hombre que había sido moldeado por la violencia y el poder, pero que ahora estaba dispuesto a dejarla entrar.

El corazón de Tatiana se hinchó de emoción, su garganta se cerró mientras las lágrimas brotaban de las comisuras de sus ojos. No esperaba que él dijera eso, no esperaba que bajara la guardia tan completamente. Pero ahora que lo había hecho, sintió que el peso de su confesión se apoderaba de ella como un cálido abrazo.

El pulgar de Viktor volvió a rozar su mejilla, limpiando una lágrima que se había escapado. "No sé qué es esto, Tatiana", susurró con voz áspera. “Nunca antes había amado a nadie. Pero tú... eres mía. Y haré lo que sea necesario para protegerte”.

La respiración de Tatiana se entrecortó, su corazón latía con fuerza en su pecho mientras las palabras de Viktor asimilaban. Podía sentir la posesividad en su voz, la determinación feroz que siempre había sido parte de quién era él. Pero ahora había algo más: algo más suave, más tierno. Ya no se trataba sólo de control. Se trataba de amor, de confianza.

“Soy tuya”, susurró Tatiana, con la voz temblorosa de emoción. “Y te amo, Viktor. Estaré a tu lado, pase lo que pase”.

La intensidad del momento los envolvió como un capullo, el peso de sus confesiones los unió de una manera que era más fuerte que cualquier cosa que hubieran compartido antes. Tatiana sintió que su corazón se llenaba de amor por Viktor, un amor que ya no se trataba sólo de miedo o sumisión, sino de confianza, lealtad y algo más profundo.

Viktor se inclinó y sus labios rozaron los de ella en un suave y tierno beso. No había urgencia ni prisa, sólo la tranquila y constante tranquilidad de su nueva conexión. Tatiana se derritió en el beso, su corazón latía con fuerza en su pecho mientras la mano de Viktor se movía hacia la parte baja de su espalda, acercándola más.

Ya no eran sólo marido y mujer por las circunstancias. Ahora eran algo más: socios, amantes, iguales. Y por primera vez desde que estaban juntos, Tatiana sintió que una sensación de paz se apoderaba de ella.

Cuando sus labios se separaron, Viktor apoyó su frente contra la de ella, su cálido aliento contra su piel. "Eres mía", susurró de nuevo, su voz baja y posesiva. "Siempre."

Tatiana sonrió suavemente, con el corazón lleno. “Siempre”, repitió, sabiendo que, sin importar los peligros que enfrentaran, los enfrentarían juntos.

Tatiana estaba sentada en la tranquila intimidad del dormitorio, el peso de las palabras de Viktor aún flotando en el aire entre ellos. Su corazón se hinchó con una mezcla de

emociones: amor, confianza, una comprensión más profunda del hombre que estaba a su lado. Las sombras de la habitación parpadeaban suavemente, proyectadas por la suave luz de la lámpara de la mesita de noche, creando un capullo a su alrededor, protegiéndolos del resto del mundo. Ahora solo estaban ellos dos, y había una ternura en los ojos de Viktor que ella no había visto antes, una vulnerabilidad que rara vez dejaba que nadie vislumbrara.

Tatiana se acercó más y su aliento se mezcló con el de él cuando sus frentes se tocaron. La calidez de la piel de Viktor era reconfortante y constante, a pesar del caos que ambos habían vivido. Sus dedos rozaron la herida vendada en su hombro, un crudo recordatorio de la violencia que había enfrentado y hasta dónde había llegado para protegerla. Aquello despertó algo en lo más profundo de su interior: un amor feroz, mezclado con gratitud y asombro. Él había estado dispuesto a enfrentar la muerte por ella y, a cambio, ella le daría todo lo que tenía.

La mano sana de Viktor acarició su mejilla y su pulgar rozó la suave piel debajo de su ojo. Su toque, aunque todavía posesivo, ahora tenía una dulzura, una ternura a la que ella todavía se estaba acostumbrando. Tatiana presionó sus labios contra la palma de su mano, dejando que el simple acto transmitiera todas las emociones que luchaba por expresar con palabras.

Se besaron lentamente, con una intensidad tranquila que hablaba de todo lo que acababan de confesar. El ritmo de sus movimientos, la forma en que sus labios se rozaban, era deliberado. No fue apresurado ni frenético; estaba lleno de emoción, de amor. Tatiana podía sentir el cambio en su dinámica: ya no se trataba sólo de poder o dominio. Se trataba de ellos, de lo que habían construido juntos.

Mientras se alejaban, Tatiana se levantó de la cama, sin dejar de mirar a Viktor. Ella se paró frente a él, sus dedos se movieron hacia los botones de su camisa, desabrochándolos con cuidado uno por uno. Viktor se reclinó, su mirada oscura e intensa mientras la miraba, dejándola tomar el control por primera vez. Había una confianza en sus ojos que no había antes, e hizo que a Tatiana le doliera el corazón de amor por él.

Ella le abrió suavemente la camisa, dejando al descubierto las vendas que le rodeaban el hombro. Sus manos se cernieron sobre la herida por un momento, sus dedos trazando los bordes del vendaje con cuidado. "Hiciste esto por mí", susurró, con la voz llena de emoción.

La mirada de Viktor se suavizó mientras la miraba. "Lo haría de nuevo", dijo simplemente, su voz era un gruñido bajo que le provocó un escalofrío por la espalda.

Tatiana se inclinó y le dio un suave beso en el pecho, justo encima del vendaje. Sus labios permanecieron allí por un momento antes de enderezarse y sus manos se movieron hacia la cintura de sus pantalones. Ella le desabrochó el cinturón, lo deslizó lentamente de las presillas y lo arrojó a un lado, el sonido del cuero golpeando el suelo resonó suavemente en la habitación.

Los ojos de Viktor nunca la abandonaron mientras le bajaba los pantalones, sus dedos rozaban su piel mientras revelaba el resto de él. Su cuerpo, aunque endurecido por años de violencia y control, era hermoso para ella. Él era fuerte, poderoso, pero ahora podía ver al hombre debajo de todo eso: el hombre que se había abierto a ella, que le había confiado su corazón.

La respiración de Tatiana se entrecortó cuando sus ojos bajaron, su mirada se posó en la dureza entre sus piernas.

Tatiana estaba frente a él, sus ojos fijos en los de él mientras alcanzaba el dobladillo de su vestido. Lentamente, levantó la tela y se la pasó por la cabeza, dejándola caer al suelo en un suave montón. Sus manos se movieron para desabrocharse el sujetador, sus dedos temblaban ligeramente, no por miedo, sino por la intensidad del momento. Cuando el sostén se deslizó de sus hombros, su piel desnuda quedó bañada por la suave luz de la habitación, sus pezones se endurecieron bajo la mirada hambrienta de Viktor. Finalmente, enganchó sus pulgares en la cintura de sus bragas y los deslizó por sus piernas, su cuerpo ahora completamente expuesto a él. La vulnerabilidad de estar desnuda ante él era palpable, pero iba acompañada de la abrumadora confianza que sentía: ésta era su elección, su amor, y quería que él la viera por completo.

Ella se arrodilló a su lado, sus dedos envolvieron su erección, su toque ligero al principio, luego más firme cuando comenzó a acariciarlo. La fuerte inhalación de Viktor fue el único sonido en la habitación, y le envió un escalofrío de satisfacción.

Tatiana se inclinó hacia adelante, sus labios se encontraron nuevamente en un beso lento y profundo, el calor entre ellos se intensificó con cada segundo que pasaba. Su mano se movió expertamente a lo largo de su gruesa y erecta polla, sus dedos se apretaron ligeramente mientras lo acariciaba en un ritmo constante y deliberado, igualando el ritmo de su creciente deseo. Podía sentirlo palpitar bajo su agarre, la tensión se enrollaba dentro de ambos como un resorte a punto de romperse.

La mano buena de Viktor se movió con propósito, deslizándose entre sus muslos, sus dedos separando sus pliegues húmedos. Un grito ahogado escapó de sus labios, tragado por el beso mientras sus dedos la exploraban, rozando ligeramente su clítoris hinchado. Sus caderas se movieron instintivamente hacia su toque, anhelando más, necesitando más. Sus dedos provocaron su entrada antes de retirarse, su pulgar ahora

rodeaba su sensible clítoris en círculos lentos y agonizantes. La sensación era abrumadora y provocaba sacudidas de placer que le recorrieron la columna.

Tatiana gimió en su boca, su voz sin aliento y llena de necesidad. Su beso se hizo más profundo, volviéndose más hambriento, más desesperado mientras sus dedos continuaban su tormento, empujándola cada vez más cerca del borde. Su mano sobre su polla comenzó a moverse más rápido, sus golpes se volvieron más urgentes mientras sus cuerpos se sincronizaban en perfecto ritmo. Cada toque, cada movimiento fue deliberado, lleno del tipo de pasión e intensidad que surgía de la conexión emocional que ahora compartían.

Su cuerpo temblaba, el placer crecía dentro de ella como una ola que amenazaba con estrellarse en cualquier momento. Cada nervio de su cuerpo estaba vivo, en llamas, mientras los dedos de Viktor jugueteaban y acariciaban su punto más sensible. Podía sentir que perdía el control, completamente consumida por la sensación de su toque y la cruda necesidad entre ellos.

El aire entre ellos estaba cargado de anticipación, cada movimiento lleno de propósito. Tatiana subió a Viktor, sentándose a horcajadas sobre él mientras se posicionaba encima de él. Ella volvió a tomar su gran erección en su mano, guiándolo hasta su entrada. Por un momento, hicieron una pausa, sus miradas se encontraron, el peso de todo lo que habían pasado entre ellos. Luego, lentamente, Tatiana se dejó caer sobre él, su cuerpo tomándolo por completo, la sensación era abrumadora.

La mano de Viktor agarró su cadera, sus dedos se clavaron en su piel mientras guiaba sus movimientos. Tatiana jadeó mientras él la llenaba, el placer crecía dentro de ella con cada centímetro. Su ritmo fue lento al principio, deliberado, cada movimiento era un reflejo del amor y la confianza que habían construido. Tatiana se colocó encima de él, su cuerpo balanceándose en sincronía con el de él, sus manos apoyadas en su pecho.

Los labios de Viktor encontraron sus pezones, succionándolos y provocándolos mientras ella lo montaba, su lengua golpeando los sensibles picos. Los gemidos de Tatiana se hicieron más fuertes, su cuerpo temblaba mientras el placer aumentaba a un nivel casi insoportable. Cada embestida, cada toque, enviaba oleadas de sensaciones que la atravesaban, su mente giraba en espiral mientras se movían juntos.

Ya no se trataba sólo de dominio. No se trataba de control. Se trataba de ellos, del amor que habían confesado, de la confianza que habían construido. La naturaleza posesiva de Viktor todavía estaba ahí, pero se había suavizado, reemplazada por una ternura que Tatiana nunca antes había experimentado.

A medida que el calor entre ellos se intensificaba, los movimientos de Tatiana se aceleraron, sus caderas se frotaban contra las de él mientras encontraban un ritmo más rápido. La mano de Viktor la agarró con más fuerza, su propio cuerpo se tensó debajo de ella mientras luchaba por mantener el control. Pero incluso ahora, con el placer llegando a un punto álgido, había una sensación de equilibrio entre ellos, un entendimiento mutuo de que ya no se trataba sólo de que él la tomara, sino de que ellos se dieran el uno al otro.

El cuerpo de Tatiana tembló cuando sintió que se tambaleaba al borde de la liberación, sus gemidos se hicieron más fuertes cuando el placer se volvió demasiado difícil de soportar. La mano sana de Viktor se deslizó entre sus piernas nuevamente, su pulgar encontró su clítoris, frotándolo en círculos lentos y deliberados que la enviaron a una espiral de éxtasis.

"Viktor", jadeó Tatiana, su cuerpo temblaba mientras el placer la abrumaba.

"Ven por mí", susurró Viktor, su voz áspera por el deseo.

Y ella lo hizo. Su orgasmo se estrelló sobre ella como un maremoto, su cuerpo se apretó alrededor de él mientras gritaba su nombre. Viktor gimió debajo de ella, su propia liberación siguió momentos después cuando la empujó por última vez, su cuerpo temblando mientras entraba dentro de ella.

Permanecieron así por un largo momento, sus cuerpos todavía entrelazados, su respiración entrecortada mientras las réplicas de su placer los recorrían. Tatiana se desplomó contra el pecho de Viktor, su cuerpo flácido por el cansancio pero su corazón lleno.

El brazo de Viktor la rodeó, manteniéndola cerca mientras yacían juntos, sus cuerpos aún conectados. Sus dedos recorrieron perezosamente su espalda, su tacto era suave, casi reverente. No había necesidad de palabras ahora. Se había dicho todo lo que necesitaban decir, su amor y confianza se solidificaron de la manera más íntima posible.

La cabeza de Tatiana descansaba sobre el pecho de Viktor, su oreja presionada contra su corazón. Podía oír el constante latido de su corazón, sentir el subir y bajar de su pecho mientras respiraba. Y en ese momento supo que estaba exactamente donde debía estar.

Este era su amor. Fue feroz, intenso y, a veces, peligroso. Pero también fue tierno, lleno de confianza y respeto mutuo. Y sin importar los peligros que le aguardaban,

Tatiana sabía que ella y Viktor los enfrentarían juntos, unidos por el amor que tanto habían luchado por encontrar.

Capítulo 21

Unos días después del funeral de Dimitri, Viktor y Tatiana se encontraron entrando a una reunión privada organizada por Nikolai, el jefe de la Bratva. La atmósfera interior estaba cargada de tensión, del tipo que persistía después de que se derramaba sangre y se ponía a prueba el poder. La sala estaba llena de los hombres más influyentes de la Bratva, sus ojos penetrantes escaneaban la sala, evaluándose en silencio unos a otros. Había un entendimiento tácito entre ellos: las alianzas debían mantenerse cuidadosamente, el poder debía equilibrarse delicadamente y cualquier señal de debilidad podía tener consecuencias desastrosas.

Tatiana estaba de pie junto a Viktor, su mano rozando ligeramente la de él, sus dedos deseando agarrarlo para consolarlo. Pero ella no lo necesitaba. Durante las últimas semanas, algo en ella había cambiado. El miedo que una vez se había aferrado a ella en estos entornos, la inquietud que se instalaba en sus huesos cada vez que estaba cerca de la Bratva, se había desvanecido. Ahora comprendía que aquellas reuniones, aquellas demostraciones de poder, no sólo eran peligrosas sino necesarias para la supervivencia. El peso de la pérdida de Dimitri todavía flotaba en su pecho, pero al lado de Viktor, se sentía fuerte, más fuerte de lo que jamás imaginó que podría ser. El mundo de Bratva ya no era un misterio para ella. Ahora era su mundo y su lugar junto a Viktor era indiscutible.

Miró a Viktor y lo observó mientras se movía sin esfuerzo entre la multitud. Su brazo permaneció cerca de ella, un recordatorio constante de su actitud protectora, y aunque su atención estaba en los hombres que lo rodeaban, Tatiana sabía que él también la estaba vigilando de cerca. Fue sutil (la forma en que su cuerpo se inclinó ligeramente en su dirección, la forma en que sus dedos rozaron su espalda, guiándola a través de la habitación), pero era inconfundible. Viktor siempre tuvo el control.

Los hombres en la sala lo saludaron con gestos de respeto, sus palabras fueron bajas y mesuradas mientras hablaban con él. Incluso como segundo al mando de Nikolai, Viktor llamaba la atención. Había un poder en la forma en que se comportaba, un aura de dominio que hacía que los demás se detuvieran antes de hablar. Tatiana notó cómo sus ojos lo seguían, cómo hasta el más endurecido de los hombres parecía vacilar antes de acercarse. La llenaba de orgullo saber que el hombre que estaba a su lado era respetado, incluso temido, en este mundo. Viktor no era un miembro más de la Bratva: era un líder, alguien a quien otros buscaban orientación y protección.

A medida que avanzaba la velada, Tatiana se familiarizó más con la dinámica tácita de la sala. Las otras mujeres, esposas y novias de los líderes de Bratva, la observaron atentamente, con ojos penetrantes, evaluando. Todas habían pasado por esto:

aprender a sortear los peligros del mundo de sus maridos y encontrar su propio lugar en él. Tatiana alguna vez se había sentido como una extraña, insegura de poder pertenecer por completo alguna vez, pero ahora, de pie junto a Viktor, sabía que se había ganado su lugar. Estas mujeres ya no la intimidaban; eran sus compañeros y ella los miró a los ojos con confianza.

Ava, la esposa de Nikolai, llamó su atención desde el otro lado de la habitación y le ofreció un pequeño gesto de aprobación. Fue sutil, pero el significado era claro: Tatiana había sido aceptada. Ava siempre había sido amable con ella, pero este reconocimiento se sintió diferente. Fue un reconocimiento de todo lo que había pasado Tatiana, los peligros que había enfrentado y la fuerza que había demostrado. Tatiana le devolvió el asentimiento, sintiendo una sensación de orgullo hincharse en su pecho. Había luchado por su lugar aquí, no sólo al lado de Viktor, sino en este mundo, y ahora era verdaderamente suyo.

El brazo de Viktor presionó suavemente contra su espalda, su toque la castigó. Ella lo miró y sus ojos se encontraron por un breve momento. No necesitaba decir nada; podía verlo en sus ojos: el mismo orgullo que ella sentía. Ahora eran un equipo, unidos por algo más que poder u obligación. Eran socios, y ese vínculo era algo que ni siquiera la Bratva podía romper.

A medida que avanzaba la noche, la mirada de Viktor nunca se desvió de Tatiana. Incluso mientras conversaba sobre estrategia y represalias con los otros hombres, su atención siempre parecía volver a ella. Todavía estaba en alerta máxima, sus instintos protectores se habían intensificado desde el ataque. Tatiana podía sentir la tensión en su cuerpo, la forma en que sus músculos se tensaban cada vez que alguien miraba en su dirección durante demasiado tiempo. Su posesividad, que alguna vez fue abrumadora y asfixiante, ahora se sentía como un escudo, uno que ella agradecía. Viktor haría cualquier cosa para mantenerla a salvo y, sabiendo eso, encontró consuelo.

No pasó mucho tiempo antes de que Nikolai se acercara a ellos, y sus ojos penetrantes oscilaban entre Viktor y Tatiana. Su presencia imponía respeto y la habitación pareció quedar en silencio a medida que se acercaba. Nikolai no dijo mucho; no era necesario. Con un ligero movimiento de cabeza, reconoció primero a Viktor, luego desvió su mirada hacia Tatiana. Su aprobación fue sutil, una mirada breve pero significativa que lo decía todo.

Fue un gesto no sólo de respeto, sino de aceptación. Tatiana ya no era sólo la esposa de Viktor; ahora era parte del círculo íntimo, completamente integrada en la vida de la Bratva. Este pequeño gesto de Nikolai lo selló. Ella ya no era una extraña.

Tatiana sintió el peso del reconocimiento, pero en lugar de miedo o incertidumbre, sintió

algo completamente distinto: orgullo. Se había ganado su lugar aquí, no sólo casándose con Viktor, sino estando a su lado a través del fuego, a través del peligro. Había demostrado su valía y ahora podía sentir el cambio en la habitación. Las esposas, los hombres... ya no la veían como alguien periférico al mundo de Viktor. Ella era parte de ello.

La mano de Viktor presionó la parte baja de su espalda, acercándola un poco más. Podía sentir la fuerza constante en su toque, el agarre posesivo pero protector que le recordaba la vida que ahora compartían. No necesitaba decir nada para que ella entendiera lo que estaba pensando. Su orgullo por ella era palpable, pero también lo era su necesidad de asegurarse de que ella permaneciera a salvo.

Mientras Nikolai avanzaba, continuando su lento circuito por la habitación, Tatiana dejó escapar un suspiro silencioso. La tensión que había estado creciendo durante toda la noche comenzó a disminuir lentamente, aunque el peligro subyacente que venía con su mundo nunca se desvaneció del todo.

Viktor se inclinó y sus labios rozaron su oreja. "Lo hiciste bien esta noche", murmuró, en voz baja, dirigida sólo a ella. "Estoy orgulloso de ti".

Tatiana sonrió y la calidez la inundó ante el raro elogio. Viktor no era alguien que repartiera cumplidos fácilmente, así que cuando lo hacía, tenía un peso inmenso.

“Tuve un buen maestro”, le susurró ella, mirándolo con los ojos con un toque de alegría, pero debajo de eso, un profundo sentido de gratitud y amor.

Los ojos de Viktor se oscurecieron, el destello de posesividad que ella había llegado a conocer tan bien cruzó por su rostro. “Eres más que eso”, dijo con voz firme. “Eres mía”.

Las palabras enviaron una emoción familiar a través de ella, pero esta vez, no tenían el mismo peso de control o dominio que antes. Ahora estaban llenos de amor, protección y algo más profundo: un vínculo inquebrantable que ninguno de los dos podía negar.

Cuando la noche llegó a su fin y se dirigieron al auto, el agarre de Viktor sobre ella se hizo más fuerte, su brazo rodeó su cintura como para protegerla del mundo. El aire fresco de la noche los recibió cuando salieron, los sonidos de la ciudad amortiguados por el poder silencioso de la reunión de Bratva.

Antes de llegar al auto, Viktor la atrajo hacia él, su mirada fija en la de ella con una intensidad que hizo que su corazón se acelerara. Sus dedos rozaron su mejilla,

inclinando su rostro hacia arriba mientras hablaba en ese tono bajo y autoritario que ella había llegado a amar.

“Eres mía, Tatiana. Siempre”, susurró, las palabras una promesa, un voto.

El corazón de Tatiana se hinchó, su pecho se apretó por la emoción mientras se inclinaba hacia él, sus labios rozaban los de él en un beso suave e íntimo.

"Siempre", le susurró ella, su voz firme y llena de la misma convicción.

El peso de la noche se desvaneció mientras permanecían allí, envueltos en el abrazo del otro. Habían pasado por muchas cosas, enfrentado peligros y sobrevivido a la brutalidad del mundo de Viktor. Pero ahora, mientras estaban juntos en el aire fresco de la noche, Tatiana sabía una cosa con certeza: no había ningún lugar en el que preferiría estar que al lado de Viktor.

Cuando Viktor le abrió la puerta del auto y la guió hacia adentro, su toque persistió en su cintura, Tatiana sintió que una sensación de paz se apoderaba de ella. El camino por delante sería peligroso, ella lo sabía. Pero ahora eran más fuertes, juntos. Y cualquier cosa que se les presentara, lo enfrentarían mano a mano.

Mientras el auto se alejaba de la reunión, la mano de Viktor encontró la de ella, sus dedos entrelazados con los de ella mientras conducían en silencio. No había necesidad de palabras: el vínculo entre ellos se había solidificado de una manera que ninguno de los dos esperaba.

Tatiana giró la cabeza para mirar a Viktor, su fuerte perfil iluminado por el suave brillo de las luces de la ciudad mientras pasaban. Se había enamorado de este hombre, de este hombre peligroso y poderoso que la había reclamado como suya. Y ella lo había reclamado a cambio.

Juntos, eran imparables.

Y mientras Viktor los conducía hacia el futuro, Tatiana sabía que sin importar los desafíos que les aguardaban, los enfrentarían juntos, como uno solo. Unidos para siempre por el amor, la lealtad y la conexión inquebrantable que habían forjado.

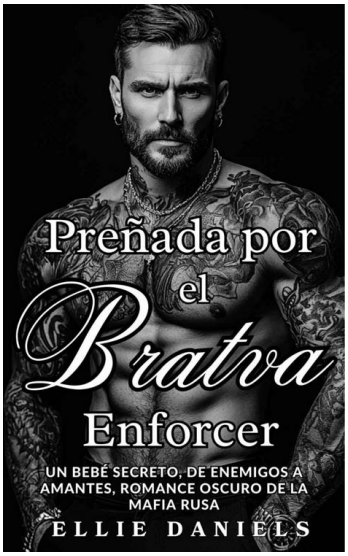
Espero que hayas disfrutado de Prometido a la Bratva. ¡Escanea el código QR a continuación y comparte tu amor con una reseña!



Busque el nuevo libro en

La serie Volkov Bratva

¡Muy pronto!



Enemigos por sangre, amantes por destino. Cuando un ejecutor de Bratva descubre que la mujer que se supone que debe matar está embarazada de su bebé, nada le impedirá reclamarla... incluso si eso significa comenzar una guerra.

Sobre el autor

Ellie Daniels es una autora de Colorado que enciende la pasión y el deseo a través de sus cautivadoras novelas románticas eróticas y sus apasionantes cuentos. Cuando no está creando mundos de deseo e intimidad, Ellie disfruta de momentos tranquilos en casa con su amado esposo, su devoto chihuahua y cuatro gatos juguetones. Sensualista de corazón, cree en el poder transformador de la pasión y la conexión. Apreciando las relaciones cercanas, Ellie encuentra inspiración en las complejidades del amor.